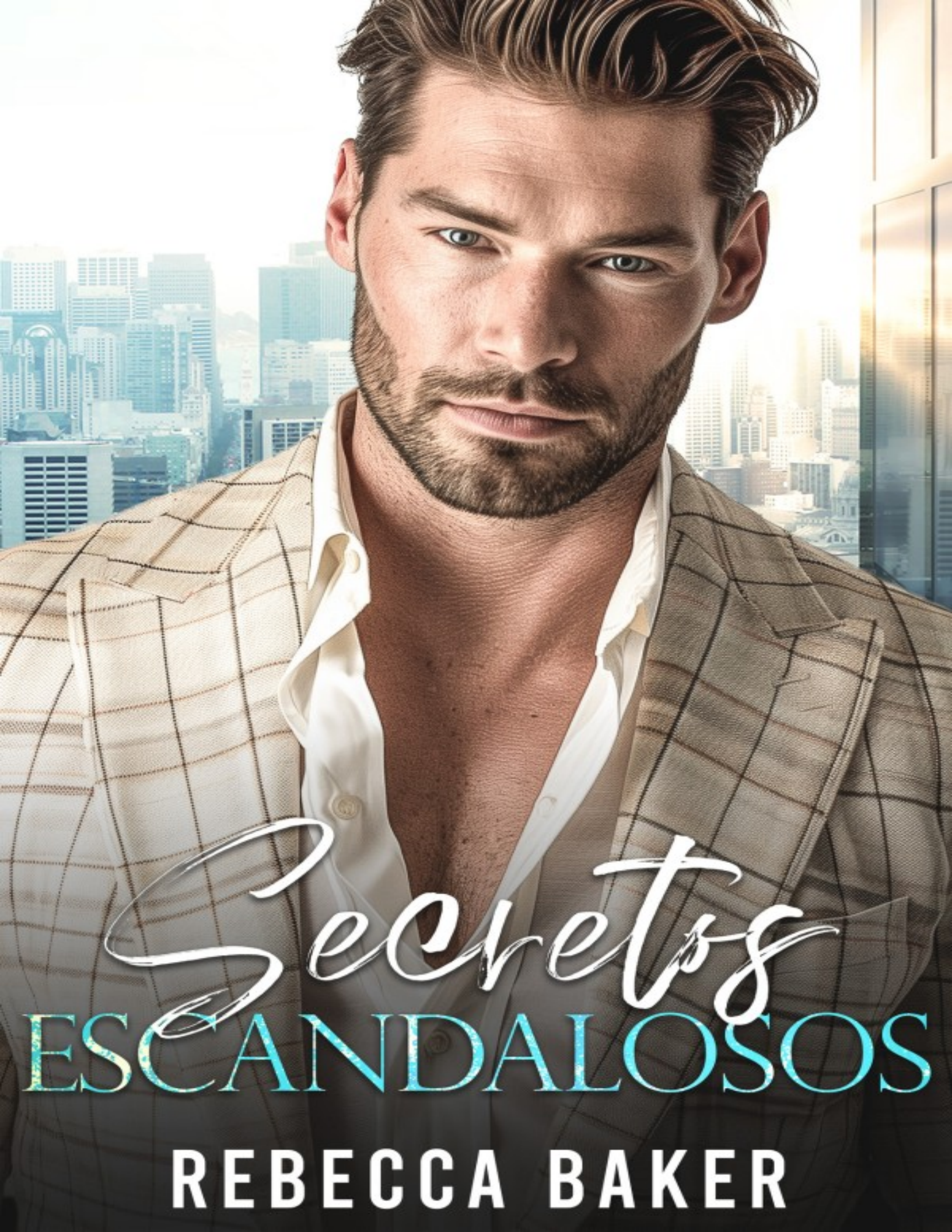

Secretos
ESCANDALOSOS
REBECCA BAKER

Secretos Escandalosos

UNA NOCHE CON CONSECUENCIAS

REBECCA BAKER

Copyright © 2025 Rebecca Baker

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito de la autora.

Traducido por: Heartbeat Publishing

www.heartbeat-publishing.de

***

Boletín: **https://www.subscribepage.com/rebecca-espanol**

Indice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Epílogo

Capítulo 1

Mónica

Tenía que salir de aquí.

Miré a mi alrededor en el restaurante, vi algunas mujeres que se mostraban tímidas en sus primeras citas, otras estaban sentadas en el mismo lado del reservado durante, probablemente, su trigésima cita. Inspiré con dificultad, cogí mi copa de vino y bebí un largo sorbo de sauvignon blanc frío. El sabor a cítricos bailaba en mi lengua y miré a cualquier parte menos al hombre que seguía parloteando delante de mí.

Era guapo. No era mi tipo, pero era bastante guapo. Tenía el pelo de un castaño rojizo que le caía como un sombrero. Seguramente el tipo de corte que llevaba en la universidad, pero nunca lo cambió. Y a los cuarenta, eso era algo que probablemente no sucedería. Sus ojos marrones eran como los de un cachorro. Eso es lo que era. Un cachorro. Un cachorro de perro de cuarenta años llamado Dean.

"Así que por eso perdí mi último trabajo...", dijo con un suspiro.

No tenía ni idea de por qué había perdido su trabajo, porque no había estado escuchando desde que me contó que había mentido en su currículum sobre su trabajo benéfico en Uganda. Podía parecer un cachorro, pero no era inocente.

Me pregunté por qué mi editor me había emparejado con ese idiota y por qué había aceptado. Dije que había renunciado a las citas, pero allí estaba, en un restaurante del centro de Manhattan, demasiado maquillada y planeando cómo salir de allí. Ni siquiera habíamos pedido la comida.

"¿A qué te dedicas?", preguntó Dean, inclinándose mientras se sacudía el pelo de la cara.

Vaya. Estaba preguntando algo sobre mí. Sólo había tardado veinte minutos.

"Soy escritora", dije, deslizando los dedos por el tallo de mi copa de vino.

"¿Oh? ¿Como un bloguero?".

"No, como escritora. Novelas".

"Vaya. ¿Algo que debería saber?", preguntó, reclinándose en su silla y estudiándome como si no acabara de creerme.

"¿Lees novelas románticas?".

Resopló y sacudió la cabeza, su pelo largo y enmarañadose movía con él.

"Entonces probablemente no".

Intenté ignorar su insulto, sobre todo porque mi último libro había sido un fracaso total. No tenía nada que hacer. No leía las críticas. Mi agente sí. Normalmente, compartía las que realmente importaban. Las buenas y una pizca de malas para salvar mi orgullo. Pero esta vez apenas había más que una pizca de elogios y procedían de mis fans más acérrimos, que me defenderían hasta el final. Pero incluso algunos de ellos se habían vuelto contra mí.

No podía culparlos. Había estado completamente estancada desde el libro anterior, que había llegado a la lista de los más vendidos de Amazon en la categoría romántica. Ese sí que me había inspirado. Mi mejor amiga se había encontrado en un aprieto en la vida, pero al final tuvo una preciosa niña y un marido que la quería. Un marido rico y cariñoso. Como un multimillonario.

Fue una historia tan inesperada. Eso es lo que la gente anhela. La fantasía en la vida. La emoción de conocer a alguien nuevo y el desorden que conlleva enamorarse. Era el típico giro romántico de los opuestos que se atraen. La gente se lo tragaba.

Sabía que esperaban que siguiera con un libro igual de bueno, pero no tenía nada en lo que inspirarme.

Estuve viendo a alguien por un tiempo. Su nombre era Josh. Era escritor como yo, pero de ciencia ficción. Era agradable tener a alguien con quien hablar que entendiera esta vida de escribir en cafeterías, el recuento de palabras y los plazos. Mi editora me había emparejado con él (debería dejar de confiarle mi vida amorosa) y pensó que sería una buena pareja porque teníamos mucho en común.

Y lo fue, hasta que dejó de serlo.

Nuestra primera cita fue para los libros. Literalmente. Creo que no dejamos de hablar, besarnos o tomar aire todo el tiempo. Estaba completamente consumida por él. Su intelecto. Su voz. Su pasión por la escritura. Su mano en mi rodilla. No era nada como esta cita, donde lo único que quería hacer era encontrar una salida.

Tal vez había estado sola tanto tiempo que me perdí en Josh. Nos volvimos prácticamente inseparables después de eso. Venía a trabajar a mi cafetería favorita y yo le acompañaba a la suya. Disfrutamos de demasiados cafés con leche mientras tecleábamos en nuestros portátiles, compartiendo besos y alguna que otra edición.

Así estuvimos seis meses, hasta que encontró a otra. Alguien diez años más joven que había conocido en una firma de libros en el norte del estado de Nueva York. Era una cosita bonita. Rubia, tetas grandes, ojos azules. Por supuesto, la había buscado en Google. Necesitaba verla. Necesitaba torturarme. Inspirarme.

Probablemente por eso mi último libro había sido un fracaso. Había sido angustioso y no había tenido un final feliz. No puedes no tener un final feliz. Al menos no en el romance.

Además, estaba el acosador. Tenía un fan obsesionado con los libros que merodeaba fuera de mi apartamento y me seguía a casi todas partes. La policía no hizo nada hasta que se puso realmente mal y entró en mi apartamento. Por suerte, yo no estaba en casa, pero fue suficiente para que finalmente lo arrestaran.

Así que sí. Había pasado un año. Escribir no era exactamente lo primero en mi lista de prioridades.

"Soy más de novelas gráficas", dijo Dean encogiéndose de hombros. "Menos palabras".

"Mmm", dije asintiendo con la cabeza. "¿Me disculpas?".

No esperé su respuesta, me levanté y me dirigí al baño. Me paré junto al lavabo y saqué el teléfono del bolso. Me desplacé hasta el nombre de mi mejor amiga Corazón y pulsé enviar. Me cogió el teléfono.

"Uh-oh", dijo en la otra línea. *"Sólo llevas veinticinco minutos".*

"Sí, y estoy lista para salir", murmuré.

"Ah, Mónica. Lo siento. Deja al chico y ven a cenar con nosotros. Daniel y yo estamos en ese nuevo sitio de comida tailandesa en el West Village".

"Allí estaré. ¿Pero cómo salgo de esto?".

"Sólo di que no te sientes bien".

Suspiré. *"Vale, estaré allí pronto".*

"Buena suerte", dijo.

Colgué y volví a meter el teléfono en el bolso antes de mirarme en el espejo. Me había puesto un vestido verde, unos aros dorados y me había recogido el pelo en una coleta. Todo para nada. Al menos tendría una cena, aunque eso significaba ser la tercera en discordia en una cita con Corazón y Daniel. Los quería, pero no eran más que otro recordatorio de mi vida solitaria. Aun así, eran mejores que el perro callejero de ahí fuera.

Respiré hondo y atravesé la puerta del baño, dirigiéndome de nuevo a la mesa donde Dean tenía un whisky recién servido en la mano.

"Ah, aquí estás. No sabía si querías otra copa. Probablemente deberíamos pedir...".

"Lo siento mucho", dije, tocándome el estómago con la mano y haciendo una mueca de dolor. "La verdad es que no me encuentro muy bien".

"¿Oh?".

"Sí, creo que puede ser un virus estomacal o algo así. Creo que debería irme a casa".

"Bueno, puedo llevarte...", se ofreció sin un ápice de sinceridad en su voz.

Le hice un gesto con la mano. "No, no pasa nada. Sólo has tomado una copa. No dejes que te arruine la noche".

"Ya te llamaré".

Sonó más como una pregunta, ni siquiera se levantó mientras me dirigía a la puerta. Llamé a un taxi y me metí dentro, dejando escapar un suspiro de alivio. Quince minutos después, llegué a la puerta del restaurante tailandés. Saludé a la camarera y vi a Corazón y Daniel en una esquina, muy cómodos. Cuando me acerqué, sus caras se iluminaron, haciéndome sentir menos como una intrusa.

"Entra", dijo Daniel después de levantarse para darme un abrazo.

Me senté junto a Corazón y le di un beso en la mejilla, mientras Daniel ocupaba la silla de enfrente. Hizo señas a la camarera y me pidió una copa de vino blanco. Le dediqué una cálida sonrisa mientras pensaba en lo lejos que habíamos llegado. El tipo al que una vez había detestado, en este momento conocía mis gustos de bebidas.

"¿Tan malo era?", preguntó Corazón.

"Era como un adolescente atrapado en el cuerpo de un hombre de cuarenta años". Gemí.

"Lo siento".

Daniel se rió mientras bebía un sorbo de bourbon. Estaba acostumbrado a conversaciones de chicas. Pensé que en secreto lo disfrutaba.

"¿Dónde está Bridgette esta noche?", pregunté.

"Está con mi madre", dijo Corazón.

"¿Oh?",

"Vinieron a la ciudad anoche".

"Otra vez", añadió Daniel con una sonrisa burlona.

"Creo que les gusta ser abuelos", dijo Corazón riendo.

Sonreí pensando en cómo su hija Bridgette había sido la fuerza motriz para que Corazón arreglara la distanciada relación con sus

padres. Era un pequeño y hermoso milagro. Y era mi ahijada.

La camarera volvió con mi copa de vino y nos tomó la comida. Pedimos al estilo familiar. Curry verde de coco, pad Thai, sopa de gambas picante y agria, pollo satay. La comida llegó rápidamente y apenas pudimos decir nada más porque teníamos la boca llena. Todo estaba buenísimo.

"Bueno, tenemos buenas noticias...", dijo Corazón, mirando a Daniel y de vuelta a mí con una sonrisa.

"¿Ah?" pregunté, animándome. "¿Vais a tener otro bebé?".

Empezaron a reírse y a negar con la cabeza.

"Todavía no", dijo Corazón.

"Todavía estamos recuperando el sueño del último". Daniel guiñó un ojo. "No, en realidad conozco a alguien que busca una asistente personal. Corazón me ha dicho que trabajaste de asistente personal antes de ser escritora. Quizá te vendría bien".

"¿En serio?", pregunté pensativa.

Corazón asintió con entusiasmo. "Sé que escribir no ha sido fácil últimamente. Tal vez sería bueno tener otro trabajo. Puedes escribir en tus días libres".

Me lo pensé un momento. No me había planteado la idea de tener otro trabajo aparte de escribir. Escribir ha sido mi vida durante muchos años, pero últimamente no estaba tan segura.

"¿Sabes? Eso podría ser genial".

"Perfecto", dijo Daniel, sacando su teléfono del bolsillo. Tecleó algo.

"Esto podría ser realmente bueno para ti", dijo Corazón, apretando mi mano.

Unos instantes después, el teléfono de Daniel sonó sobre la mesa. Leyó el mensaje rápidamente. "De acuerdo. Está decidido. Empiezas mañana", dijo, colgando el teléfono con seguridad.

Mis ojos se abrieron de par en par. "¿Mañana? Ni siquiera he hecho la entrevista".

"El tipo me debe un favor. Además, confía en mí".

Vaya, pensé. Parecía demasiado fácil. Intenté no pensar que era demasiado bueno para ser verdad. Tal vez el universo estaba siendo amable conmigo después de todo.

Una vez pagada la cuenta, que Daniel insistió en pagar, nos despedimos en la puerta, corría un aire fresco esa noche, que empezó mal y terminó con una nota alta. Les di las gracias por todo y subí al taxi que Daniel me había pedido.

"¿Adónde, señorita?", preguntó el conductor, mirándome por el retrovisor.

Me quedé pensativa. Probablemente debería irme a la cama, pero estaba demasiado nerviosa por este nuevo trabajo que me había caído de repente.

"¿Hay bares nuevos por aquí?".

"Sí, acaban de abrir uno a unas manzanas de aquí".

"Vale, llévame allí, por favor".

Asintió y apartó el coche de la acera.

Quizá una copita me tranquilizara.

Capítulo 2

Troy

"¿Otra vez de vuelta, señor Gunner?", preguntó la camarera de pelo negro detrás del mostrador.

Sus ojos bailaban de curiosidad y deseo. Una mirada que ya había visto antes en mujeres guapas. Me entregó una carta de bebidas con una sonrisa socarrona en sus labios rosa bebé.

"Por favor, llámame Troy", le dije, cogiendo la carta como si la necesitara.

Ya sabía lo que quería. Era lo mismo que tomaba casi todas las noches.

"Tomaré un Old Fashioned. El de cereza ahumada, por favor".

"Enseguida", dijo.

Suspiré y me recosté en el taburete de cuero, contemplando la barra casi vacía y la falda corta de la camarera, que dejaba ver lo justo

para pedir más. Sabía lo que hacía.

"¿Troy?", dijo una voz detrás de mí.

Me giré y vi a uno de los directores de inversiones de la empresa de mi padre acercándose a mí con una rubia platino menuda del brazo.

"Jeremy", dije asintiendo con la cabeza.

"¿Estás aquí solo?", preguntó mirando los asientos vacíos a mi izquierda y a mi derecha.

"Eso parece", respondí.

"Bueno, estoy seguro de que no será por mucho tiempo", dijo, mirando a la camarera, que había vuelto con mi bebida.

"Aquí tienes, Troy", dijo haciendo hincapié en mi nombre de pila.

Me acercó la bebida, de la que aún salía humo en una neblina gris. Le di las gracias y juré que, de alguna manera, podía oír la sonrisa que se extendió por la cara de Jeremy mientras observaba el coqueto encuentro que tenía ante sí. Dios, el tío era un capullo. Estaba seguro de que informaría a mi padre de que había salido al bar un lunes por la noche, pero eso no me impidió dar un largo sorbo a mi bebida.

Tenía treinta y ocho años. No necesitaba una niñera. Aunque estaba seguro de que mi padre no estaría de acuerdo. Parecía que tenía ojos por todas partes que le informaban de todo lo que yo hacía, dentro y fuera de la oficina. Si no trabajaban para él, era la prensa la que le daba información en la página seis.

"¿Te apuntas?", pregunté de mala gana, sabiendo que era lo más educado. El tipo no me caía bien, pero trabajaba en la empresa de mi padre. Y yo era un hombre de negocios. Era mejor mantener la cordialidad.

"Claro. No te importa, ¿verdad, cariño?", le preguntó a la chica que llevaba del brazo.

Ella negó con la cabeza y se sentó a su lado en la barra.

"¿Cómo van las cosas en la empresa?", preguntó Jeremy mientras le entregaba un menú a su pareja. No se molestó en presentármela. Probablemente se habría ido por la mañana. No tenía sentido. Además, dudaba que a su mujer le gustara que presentara su amante a sus colegas.

"Las cosas van bien, ocupado", respondí.

Lo de bien era mentira. Lo de ocupado era cierto.

Desde que me independicé de mi padre para fundar mi propia empresa de fondos de cobertura, me había estado rompiendo el culo intentando demostrar que era lo bastante bueno para hacerlo. Sin embargo, de no haber sido por mi padre, nunca habría despegado y todo el mundo lo sabía. Mi empresa era una filial de la compañía de mi padre, que era una de las empresas de inversión con más éxito del país. Su legado era conocido en todas partes y mi reputación como su hijo creció, lo que significaba que nadie me tomaba en serio.

No importaba que hubiera sido el mejor de la clase en mi licenciatura o en mi MBA, siempre se me iba a ver como el hijo de

Bryson Gunner. El legendario banquero de inversión. Tampoco me dejaría olvidarlo.

El día en el trabajo fue especialmente estresante, terminé el día tomando una copa después de cenar. El bourbon siempre me calmaba después de un largo día en la oficina. También lo hacía una camarera coqueta, con las piernas largas y bonitas.

"Estar ocupado es bueno", dijo Jeremy. "Significa que estás ganando dinero. ¿No es cierto, cariño?", dijo, dándole un codazo a su pareja.

Me pregunté si había olvidado su nombre o si por casualidad se llamaba cariño. La idea me hizo reír en voz baja antes de beber otro sorbo de bourbon.

Jeremy me lanzó una mirada, pero pareció dejarlo pasar mientras le hacía señas a la camarera.

"Tomaremos un cosmopolitan y un whisky doble con hielo".

"Enseguida", dijo la camarera.

Cuando ella se marchó, los ojos de Jeremy se detuvieron donde lo hacían los ojos de todos los hombres del local antes de volverse hacia mí y mover las cejas.

"Es increíble, ¿verdad?", dijo en voz baja.

Le hice un gesto solitario con la cabeza.

"Pues sí". Se golpeó las rodillas con las manos. "¿Cómo es tener tu propia oficina? Siempre he querido hacerlo, pero ya sabes, no es tan

fácil para alguien como yo".

"¿Alguien como tú?", pregunté y enarqué una ceja.

"Ya sabes. Sin conexiones. No todos podemos ser el hijo de Bryson Gunner".

Dios. Este tipo era un gilipollas.

Miré alrededor del bar en busca de algún tipo de balsa salvavidas que me salvara de decapitar a este tipo. Algo que era tentador, pero también cabrearía a mi padre, eso era algo que estaba tratando de evitar en ese momento. Todavía estaba superando mi último escándalo, que no era para tanto. ¿Quién no querría ser fotografiado con dos mujeres diferentes en una noche? Dos hermanas para ser exactos.

Aunque no para mi padre. No dejaba de amenazarme con echarme de la oficina si no me ponía las pilas. No había nada que mi padre odiara más que su imagen se viera empañada y yo no estaba ayudando.

"Oye, lo siento, tío. No pretendía ofenderte...", dijo Jeremy sin una sola nota de sinceridad.

"No lo hiciste. Yo sólo...".

Y fue entonces cuando la vi. Mi balsa salvavidas.

Una morena menuda con un vestido de jersey que abrazaba cada centímetro de curvas acababa de entrar por la puerta. Sus ojos estaban fijos en la barra y caminaba con una tranquila confianza hacia un asiento en el otro extremo del mostrador. Observé cómo

movía las caderas y cómo el dobladillo del vestido se acercaba ligeramente a la curva de su culo perfecto. Si pensaba que la camarera tenía buen aspecto, ni siquiera le llegaba a la suela de los zapatos a esta belleza morena.

"Acabo de ver entrar a mi cita", mentí, sin apenas mirar a Jeremy mientras cogía mi copa y me acercaba a la recién llegada.

Jeremy dijo algo después de mí, pero no pude oírlo. No me importó.

"¿Está ocupado este asiento?", pregunté, señalando el taburete junto a la mujer.

Ella se giró lentamente y me miró, sus ojos marrones caramelo evaluándome. De cerca era aún mejor. Su piel bronceada y suave se veía acentuada por el verde salvia del vestido que le colgaba de los hombros, atrayendo mis ojos hacia sus clavículas, que suplicaban que las rozara con mis labios.

"Es todo tuyo", dijo con indiferencia, volviendo a leer la carta de bebidas.

Me senté a su lado y di un sorbo a mi bebida, echando miradas furtivas. Cada una de ellas venía acompañada de algo más que me excitaba. Tenía los labios carnosos y pegados a su prominente arco de cupido, por lo que era difícil no preguntarse a qué sabrían. Llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta que le caía por la espalda y me pregunté si tal vez sería negro en lugar de castaño.

"¿Ves algo que te guste?", preguntó sin levantar la vista de su menú.

Mierda. Me había pillado.

"Oh. Uh. Lo siento. Sólo estaba...".

"¿Qué hay de bueno aquí?", interrumpió mi pésimo intento de excusa de por qué mis ojos seguían mirándola.

"Sus martinis sucios son los mejores de la ciudad", dije.

"Perfecto". Hizo un gesto a la camarera para que viniera.

"Un martini sucio, por favor. Extra sucio".

La camarera me miró y asintió secamente. Una breve expresión de decepción cruzó su rostro antes de darse la vuelta.

"¿Cómo te llamas?", preguntó, volviéndose hacia mí.

Hice todo lo que pude para no dejar que mis ojos se desviaran hacia el escote sin tirantes de su vestido, que se ajustaba perfectamente justo por encima de sus pechos.

"Troy", le dije. "¿Y tú eres?".

"Mónica", dijo, tendiendome la mano.

Me sorprendió la firmeza con la que me estrechó la mano y la sacudida que me produjo.

"¿Qué te trae a la Brasserie esta noche?", pregunté, recostándome en mi asiento y mirándola con curiosidad.

"Una cita infernal", respondió con un suspiro.

No pude evitar sentir una pizca de celos injustificados por esta desconocida que acababa de conocer, sabiendo que había salido con otro hombre antes de esto. Pero también me sentí aliviado porque eso significaba que lo más probable era que estuviera soltera. Qué suerte la mía.

"Dímelo a mí".

"¿En serio?".

"Me vendría bien algo de entretenimiento después del día que tuve". Me encogí de hombros.

Mónica gimió. "Antes necesito una copa".

"Martini extra sucio", dijo la camarera justo a tiempo, deslizándolo. "¿Quieres otro, Troy?".

Mónica me miró y yo asentí.

"¿Nos tuteamos?", preguntó mientras la camarera se alejaba.

"No es así".

"Mhmm", se burló antes de tomar un sorbo de su bebida. Sus ojos se abrieron ligeramente. "Vaya, esto está bueno".

"Te lo dije. Háblame de esa cita".

Ella procedió a contarme sobre su cita con un tal Joe Schmoe que claramente no sabía lo bien que lo tenía. Me pregunté cómo la

habían emparejado con un tipo así. Parecía un aspirante a Justin Bieber sin trabajo. No tenía nada que envidiar a quien tenía delante.

La escuché atentamente, observando cómo hablaba animadamente. Estaba enganchado. Era una narradora fantástica.

"Sé que acabamos de conocernos, pero eres demasiado buena para ese tipo", le dije.

Y lo dije en serio. No era una frase.

Sus mejillas se sonrojaron y bajó la vista hacia su bebida, que estaba totalmente vacía.

"Creo que necesito otra", dijo con una risita.

Me reí e hice una señal a la camarera para que sirviera otra.

"Mañana empiezo en un trabajo nuevo...", admitió Mónica, volviendo a centrarse en ella, mientras la camarera traía otro martini.

"¿Así que quieres ir con resaca?", pregunté bromeando.

Me dio un empujón juguetón. Cuando se apartó, deseé que su mano se quedara contra mi pecho.

"Sólo estoy nerviosa", dijo mordiéndose el labio.

Ese mordisco me la puso dura.

Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y dio un largo sorbo a su bebida.

"Vaya, sí que estás nerviosa".

"Sólo un poco", admitió, levantando dos dedos y pellizcándolos.

"Sabes...". Me incliné hacia ella. "Podría ayudarte con eso".

"¿Ah, sí?", preguntó ella, inclinándose también, con nuestras caras a escasos centímetros.

"Mhmm".

"¿Y cómo lo harías?", preguntó con los ojos fijos en los míos.

Levanté la mano y tomé su barbilla entre el pulgar y el índice, inclinando ligeramente su cara hacia la mía. Sus ojos se cerraron justo cuando apreté mis labios contra los suyos. Sus labios se humedecieron contra los míos y, cuando los recorrí con la lengua, tenían un sabor salado y dulce. Soltó un pequeño gemido y aproveché para explorar su boca abierta.

Se apartó un poco y me miró. Sus ojos color caramelo parecían encendidos.

"¿En tu casa o en la mía?", preguntó sin aliento.

Probablemente era la mujer más atrevida que había conocido. Nada de hacerse la difícil. Sin juegos. Sin timidez. Fue directa al grano y era muy sexy.

"Mía", dije mientras arrojaba unos cuantos billetes de cien sobre la barra antes de cogerla de la mano y llevarla hasta la puerta, pasando junto a un Jeremy boquiabierto mientras salíamos.

Capítulo 3

Mónica

Mientras cogía de la mano a este práctico desconocido, muy guapo por cierto, sentí una oleada de excitación y nervios recorrer mi cuerpo mientras él tiraba de mí a través del bar. No era propio de mí enrollarme con un hombre que acababa de conocer en el bar. Al menos no a mis treinta y cinco años. La Mónica veinteañera era otra historia. Sin embargo, aquí estaba yo, siguiéndole hasta las aceras de Manhattan con su sabor aún en mi boca.

Troy. Era un buen nombre. Y apropiado para él. Era como un dios griego, con el pelo espeso y oscuro que se le desviaba hacia un lado sin esfuerzo. Daría lo que fuera por pasar mis dedos por él, y planeaba hacerlo esta noche. Sus ojos eran un caleidoscopio verde y ámbar y su intensidad me atravesaba como un carbón caliente.

No sabía nada de él, aparte de que era muy sexy. Él no sabía casi nada de mí. Algo en ese hecho hizo que me excitara mucho más. El traje entallado de color carbón que llevaba y el tamaño de su fuerte mano alrededor de la mía también aumentaban su atractivo.

Me cogió de la mano mientras llamaba a un taxi con una asertividad que hizo que tres coches amarillos se acercaran a la acera. Eligió el primero, abrió la puerta y me ayudó a entrar. Después de que la puerta se cerrara tras él y le dijera al conductor su dirección, esperaba una especie de silencio incómodo en el que ambos nos preguntáramos si era una idea descabellada. En lugar de eso, de repente sus manos estaban en mi pelo y su frente estaba pegada a la mía mientras me miraba con la misma intensidad. No hubo incomodidad. Sólo tensión. Mucha tensión.

Levanté la barbilla en señal de invitación y él la tomó con una lentitud que me hizo arder de deseo. Sus labios rozaron ligeramente los míos y sus ojos no se apartaron de mí. Sentí que se me cortaba la respiración y cerré los ojos, esperando lo que venía a continuación. Me besó con más fuerza y sus dedos se enredaron en mi pelo. Sentí su lengua contra mis labios, separándolos y encontrándose con los míos en una lenta danza.

No supe cuánto tiempo estuvimos besándonos hasta que sentí que el taxi se detenía lentamente y el conductor lo aparcaba. Me aparté de mala gana y miré por la ventanilla para ver un gran edificio de cristal que se inclinaba hacia el cielo hasta tal punto que no podía ver dónde terminaba en la bruma del cielo nocturno. Miré a Troy, que me dedicó una sonrisa que decía que éste era mi hogar. Tragué saliva mientras me preguntaba quién demonios era aquel tipo.

Pagó al conductor y abrió la puerta trasera, deslizándose hacia fuera y acercándose a mi puerta. La abrió y me ofreció la mano. Sentí que el corazón me daba un vuelco. De algún modo, sabía que esta noche iba a ser buena, y por eso la expectación se apoderaba de mí. Hacía años que no tenía buen sexo. Ya sabes, ¿ese en el que se te enroscan los dedos de los pies mientras la ola te baña? Eso era algo que me había faltado en mi última relación.

Troy se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido antes de llevarme al interior del edificio.

"Buenas noches, señor Gunner", saludó el portero.

Troy. Troy Gunner.

Su nombre era incluso sexy.

"Buenas noches, Manny", dijo Troy.

Me condujo hasta los ascensores y pulsó el botón, esperando a que se abrieran las puertas y sin soltarme la mano en ningún momento. Una vez dentro, sacó una tarjeta de su cartera y la acercó al sensor antes de pulsar el botón PH. Ático. Tenía un ático. ¿Quién era ese tipo? Intenté que mi curiosidad no se reflejara en mi cara mientras subíamos varias decenas de pisos.

El ascensor se detuvo lentamente y las puertas se abrieron a una habitación grande y oscura con ventanas por paredes. Las luces de la ciudad contra el cielo oscuro eran nuestra única luz. Era impresionante.

Troy salió del ascensor y tiró suavemente de mí para que le siguiera. Caminamos por la habitación hacia lo que parecía el borde de un acantilado. Mi corazón empezó a acelerarse. No sabía si era porque estábamos tan arriba o por la forma en que me miraba mientras yo contemplaba el paisaje.

"Guau", susurré.

"Yo podría decir lo mismo", susurró él, pero ya no miraba a la ciudad.

Tragué saliva y sentí un calor intenso cuando sus palabras llegaron a mis oídos como música. Se colocó detrás de mí y me puso las manos en las caderas mientras mirábamos por el gran ventanal. Sentí su aliento en la nuca y me dejé llevar por su calma y firmeza.

Sus labios rozaron el lateral de mi cuello y, con suaves besos, subió por mi mandíbula hasta llegar a mi oreja. Sentí cómo sus dientes rozaban el lóbulo de mi oreja antes de que su lengua lo recorriera lentamente. Tortuosamente. Dejé escapar un suave suspiro mientras alzaba los brazos y le rodeaba la nuca con las manos, dándole libertad para que se moviera a su antojo. Y lo hicieron.

Sus fuertes manos subieron por mis costados hasta encontrar mis pechos a través de la suave tela de mi vestido. Juntó las palmas y me masajeó los pechos mientras empezaba a besarme el cuello. Apreté mi cuerpo contra el suyo y sentí su polla contra mí. Respiré hondo al notar su tamaño.

Giré ligeramente la cabeza hacia él y nuestros ojos se encontraron. Levanté la cara para encontrarme con la suya y su boca encontró la mía. Me besó profundamente y yo me apreté más contra él. Lo sentí gemir en mi boca abierta y, de repente, sus manos subieron y me bajaron la parte superior del vestido, dejando al descubierto mis pechos desnudos. Sus manos los agarraron con avidez y gemí de placer cuando las yemas de sus dedos rozaron mis pezones.

Al cabo de un momento, se separó de nuestro beso sin aliento y sus manos se dirigieron rápidamente a mis caderas mientras me giraba hacia él. Apoyé la espalda desnuda contra la ventana y su frescor me penetró. Tiró de mi vestido y lo deslizó por mi cuerpo hasta que cayó en un montón a la altura de mis tobillos. Lo aparté suavemente de un puntapié mientras observaba sus ojos verdes recorrer mi cuerpo, de pie, sin nada más que un tanga negro de encaje.

"Jesús", susurró. "Eres preciosa".

Me acerqué a él y lo agarré de las caderas, tirando de él hacia mí. Le quité la chaqueta de los hombros y la tiré a un lado. Mis dedos tantearon los botones de su camisa, hasta que encontraron un ritmo desesperado y lo liberaron de ella, dejando al descubierto su torso bronceado y tonificado. Mis ojos recorrieron sus músculos con avidez. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo.

Era lo más hermoso que había visto nunca. Me mordí el labio mientras mis ojos se posaban en la cintura de sus calzoncillos, pidiendo ver más. Levantó la mano y me pasó el pulgar por el labio inferior, liberándolo de mis dientes que se clavaban en él con deseo.

"Eso te volverá loca", me dijo.

Sus dedos rodearon el dobladillo de mi tanga de encaje y tiraron bruscamente de él hacia abajo. Inspiré por la desesperación. Las yemas de sus dedos subieron por la parte interior de mi muslo hasta encontrarse conmigo. Ya me sentía húmeda por su contacto. Me pasó el pulgar por el clítoris con movimientos circulares y sus ojos observaron los míos mientras se llenaban de placer. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios perfectos mientras hundía un dedo en mí y su pulgar seguía moviéndose contra mi clítoris. Respiré agitadamente mientras la sensación me inundaba.

Empezó a moverse rítmicamente. Entraba y salía. Me rodeaba. Me retorcí ante la fuerza de sus dedos. Levanté las manos y le agarré el pelo oscuro, tirando desesperadamente de él mientras se movía más deprisa. Un temblor empezó a crecer desde lo más profundo de mí. Se hizo más fuerte hasta que cerré los ojos y grité de éxtasis. Retiró lentamente sus dedos de mi clítoris.

Respiré entrecortadamente un par de veces antes de abrir los ojos y encontrarme con su mirada más sexy. Orgullo. Vergüenza. Excitación. Lo necesitaba en ese momento.

Agarré la cintura de sus calzoncillos y tiré de ellos hacia abajo, revelando su gran polla. Mis ojos contemplaron con avidez su tamaño mientras apartaba los calzoncillos, antes de volver a mirarle a los ojos. Sabiendo que lo volvería loco, clavé los dientes superiores en la carne del labio inferior. Era una invitación.

Él la aceptó con un movimiento rápido, me agarró por las caderas y me levantó, de modo que mi espalda quedó pegada a la ventana y mis piernas se enroscaron alrededor de él. Jadeé ante su fuerza y la facilidad con que me levantaba. Sentí la punta de su polla contra mí mientras lo miraba con los brazos alrededor del cuello. Su respiración era agitada, como la mía.

"Te necesito", susurré con los ojos clavados en los suyos.

Sin vacilar, ajustó mis caderas y me bajó lentamente sobre su polla. Sentí cada centímetro de él contra mis paredes, llenándome gloriosamente. Me apreté a su polla mientras me la metía hasta el fondo. Soltó un gemido mientras sus dedos se clavaban en la carne de la parte superior de mis muslos.

Sacó la polla con la misma lentitud con la que había entrado y, con una nueva intensidad en sus ojos, me la metió rápidamente, haciéndome gritar. Entraba y salía con fuerza. Mis piernas se estremecieron a su alrededor cuando empezó a moverse más deprisa. Oí los golpes rítmicos de nuestros cuerpos al encontrarse una y otra vez.

Volví a gritar de placer. Luché por contenerme mientras sus dedos me penetraban aún más. Cerró los ojos y se corrió dentro de mí,

gimiendo con fuerza. Mis paredes se convulsionaron contra su cuerpo. Olas de placer me recorrieron antes de que nos desplomáramos en el suelo.

A la mañana siguiente, me desperté en la cama de Troy, donde habíamos acabado en un estado desesperado con nuestras manos una sobre la otra listos para la segunda ronda. Que fue tan bueno como el primero. Me cubría con el brazo y respiraba con dificultad. Lo miré dormir un momento, admirando cómo un hombre podía ser tan jodidamente perfecto, incluso cuando dormía.

Entonces recordé el trabajo. Empezaba hoy. Miré el reloj de su mesilla y sentí un ligero pánico. Tenía que estar allí en poco más de una hora. Con cuidado, salí del brazo de Troy y puse los pies en el suelo de madera. Busqué mi ropa en la habitación oscura, pero no encontré nada.

Salí del dormitorio de puntillas y caminé hacia una corriente de luz que venía del pasillo. Llegué al salón donde habíamos estado la noche anterior. A la luz de la mañana, podía ver la inmensidad del lugar. Sacudí la cabeza ante el tamaño de la habitación antes de ver mi ropa amontonada junto a la ventana. Me puse el tanga, seguí con el vestido y encontré mi bolso cerca.

Decidí despertar a Troy y despedirme. Pero todo aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Un tío increíble. Un polvo increíble. Dinero increíble. No había forma de que funcionara. Tomé la decisión de dejarlo como un alucinante rollo de una noche y pulsé el botón de los ascensores.

Capítulo 4

Troy

Me desperté con el pequeño resquicio de luz matinal que entraba en cascada a través de las cortinas de mi dormitorio. Abrí los ojos despacio y parpadeé un par de veces mientras me adaptaba. Entonces recordé la noche anterior y palpé alrededor de la cama, sólo para encontrarla vacía. Me incorporé y miré a mi alrededor. La mujer de anoche ya no estaba. Mónica. Al menos, me pareció que se llamaba así.

Me pasé los dedos por el pelo y sentí una extraña mezcla de confusión, alivio y vacío. Había tenido aventuras de una noche en el pasado, pero normalmente me despertaba intentando sacar a la mujer de mi casa. Esta vez, ella lo hizo sola y no estaba del todo seguro de que me gustara. O de que hubiera querido que se fuera. Me recosté contra las almohadas de plumón y dejé escapar un suspiro mientras pensaba en la noche anterior.

Sus ojos. Su boca. Su cuerpo. Ella rodeándome.

Era como si tuviera un pase de diapositivas de ella en la cabeza, pasando delante de mí demasiado rápido para que pudiera captarlo.

Cerré los ojos y gemí. Había sido un sexo alucinante. Posiblemente el mejor que había tenido nunca. Habría ido con gusto a por la segunda ronda esta mañana, pero estaba claro que yo era el único que tenía ese sentimiento, porque estaba aquí solo.

Me di la vuelta y miré el reloj. Eran las 9:45 de la mañana.

Mierda. Llegaba tarde al trabajo.

Me quité las sábanas de encima y me dirigí al baño, con el frío suelo de madera rozándome las plantas de los pies. No oí ningún ruido en mi apartamento, así que realmente se había ido. Abrí la ducha y esperé a que la habitación se llenara de vapor antes de entrar. Me lavé y me sequé rápidamente, pero juraba que aún podía oler su olor en mí. No me quejaba. Era un olor dulce, como a jazmín. No me importaría volver a despertarme con él.

Me vestí apresuradamente para ir a trabajar, con un traje azul marino y una camisa blanca. Tendría que tomar café y desayunar en el trabajo. Ya llevaba más de una hora de retraso, lo cual no era un gran problema porque yo era el dueño. Pero aún así me gustaba tener una reputación profesional. Además, estaba seguro de que llegaría a oídos de mi padre y me enfrentaría a otra amenaza vacía de que me quitaría la empresa.

Si Mónica, si es que se llamaba así, se hubiera quedado esta mañana, me habría presentado con gusto tres horas tarde al trabajo, si no es que me habría ausentado por completo. Que le den a mi padre. Sonreí para mis adentros mientras la noche volvía a pasar ante mí. Sólo deseaba que las luces hubieran estado encendidas.

Salí a la acera, llamé a un taxi y me metí dentro. Le di la dirección al conductor y me acomodé para el corto trayecto hasta el trabajo.

Mi padre no entendía por qué cogía taxis cuando podía permitirme fácilmente un chófer, pero había algo en llamar a un taxi que me atraía. Era el auténtico estilo neoyorquino y me encantaba la ciudad. A pesar de tener millones para hacer lo que quisiera, quería mantener los pies en la tierra en algunos aspectos. No muchos, pero sí algunos.

Diez minutos después, el taxi se detuvo frente a mi edificio. La gran estructura de hormigón y cristal tenía un aspecto aún más gris y apagado que de costumbre, a medida que se acercaban las nubes. Solté un suspiro, pagué al conductor y me acerqué a las pesadas puertas de la entrada, que me abrieron dos porteros. Les saludé con la cabeza mientras mis pasos resonaban en el gran vestíbulo. Esperaba que hoy fuera menos estresante que ayer.

En mi despacho, me senté en mi gran sillón de cuero y me froté los ojos. La falta de sueño de la noche anterior unida a un exceso de bebidas alcohólicas me estaba afectando. Necesitaba un café de inmediato.

Estaba a punto de llamar a mi asistente personal para que me trajera uno cuando recordé que no tenía. Mi anterior asistente se había mudado a Seattle para estar más cerca de su familia, o al menos esa fue su excusa después de que yo pusiera fin a nuestra aventura secreta en la oficina. Se fue la semana pasada.

Leí los correos electrónicos de la mañana y vi uno de mi jefa de oficina, Kathy.

Troy:

Sólo un recordatorio de que tu nueva asistente personal comienza hoy. Estará en prácticas durante buena parte del día, pero me

aseguraré de presentártela, ya que aún no la conoces, si hay tiempo al final de la jornada laboral.

Un cordial saludo,

Kathy

Me reí entre dientes al leer su correo electrónico. Kathy se había apresurado a encontrarme una nueva ayudante, lo que no habría sido difícil si hubiera dejado de consultarlo todo con mi padre. Juraba que ella y Jeremy estaban cortados por el mismo patrón. Siempre acudiendo a mi padre por cualquier cosa.

No sabía qué le pasaba a mi padre, pero todos sentían que debían informarle de cada detalle de mi vida. Estaba segura de que Jeremy ya le había contado que me había ido del bar con una mujer la noche anterior. Seguramente Kathy le había dicho que había contratado a una asistente personal sin que ella lo supiera.

Anoche le había enviado un mensaje de texto diciéndole que el puesto estaba cubierto y que Daniel se pondría en contacto con ella para darle los datos de contacto. Intentó llamarme varias veces, pero ignoré sus llamadas y al final desistió.

Le debía un favor a Daniel y confiaba en él. Era uno de los hombres de negocios más admirables de la ciudad y había labrado todo un imperio. Mentiría si dijera que no envidiaba que lo hubiera hecho todo él solo, sin la ayuda de su rico y exitoso padre.

A lo largo de los años nos compararon a menudo. Ambos jóvenes multimillonarios de Nueva York. Uno hecho a sí mismo y el otro bajo la tutela de su padre. Ambos con reputaciones que nos precedían en los periódicos. Bueno, al menos él solía hacerlo. En este momento

estaba casado y tenía una hija. Nadie pensó que el tipo sentaría cabeza, pero ahí estaba demostrando que todos se equivocaban. En este momento era a mi quien perseguían los tabloides.

A pesar de todo, nos las habíamos arreglado para seguir siendo amigos. Me había ayudado con su software de inteligencia artificial para mi empresa. Literalmente me ayudó. No envió a nadie a hacerlo. Me guió él mismo. Me di cuenta de lo apasionado que era. Y por una buena razón. Su lanzamiento fue salpicado en todos los periódicos y se muestra en todas las noticias. Fue su mayor éxito y su primer acuerdo en el extranjero.

Así que sí. Le debía un favor.

Cuando me mandó un mensaje anoche diciéndome que tenía en mente una asistente personal para mí, acepté sin pensarlo. Estaba hasta arriba de bourbon y supuse que sería un estresante menos en mi vida que él se ocupará de ello.

Al fin y al cabo, yo era el jefe de la empresa y tenía la última palabra.

Excepto esta mañana que siendo el jefe de la empresa, tuve que comprarme mi propio café. Bajé en ascensor hasta el vestíbulo y salí a la acera. Bajé la manzana hasta mi cafetería favorita y me puse en la pequeña cola. Casi todo el mundo había tomado ya su café, porque habian llegado puntuales al trabajo.

"Sr. Gunner. Me alegro de verle", dijo el joven camarero.

Debía de tener diecinueve años y venía casi siempre que yo entraba. Siempre conversábamos. Me di cuenta de que era muy trabajador por la seriedad con la que se tomaba el trabajo.

"Yo también me alegro de verte. ¿Cómo va la escuela?". Le pregunté.

"Estoy en la lista del decano. Otra vez".

"Bravo", dije, dando una palmada en el mostrador.

"Gracias. Sólo trato de seguir tus pasos. Entonces, ¿qué puedo ofrecerte? ¿Lo de siempre?".

“Sí, por favor”.

"Americano helado en camino".

"¿Puede añadir un sándwich de desayuno, también? ¿El de salchicha y huevo?".

"Claro, Sr. Gunner".

Después de pagar, unos minutos más tarde, el camarero me llamó por mi nombre desde el final del mostrador y me sirvió la bebida. Le di las gracias y dejé una generosa propina sobre el mostrador. Sus ojos se abrieron de par en par y, antes de que pudiera darme las gracias, me escabullí por la puerta. Nunca quise darle demasiada importancia a mi riqueza, pero quería ayudar siempre que pudiera.

De vuelta en mi despacho, repasé el resto de los correos electrónicos de la mañana. Tan estresante que fue ayer y hoy ha sido exactamente lo contrario. De hecho, me aburría un poco. Así era este trabajo. O me ponía los pelos de punta con el estrés o me aburría sin sentido. No había término medio. Pero era lo único que conocía. Todo con lo que había crecido.

Afortunadamente, tenía una reunión por la tarde que le daría a mi cerebro un poco de ejercicio. Por desgracia, era con Jeremy.

Llamaron a la puerta y Kathy hizo entrar a Jeremy.

"Troy, mi hombre. Me alegro de volver a verte. Oí que llegaste tarde hoy", dijo con una sonrisa y una mirada compartida con Kathy. "Debes haber trasnochado con esa morena tan buena anoche".

Kathy miró de Jeremy a mí, absorbiendo con fastidio esa pequeña información.

"Por favor, siéntate. Gracias, Kathy", dije, despidiéndola.

Cerró la puerta tras de sí y yo evité cualquier pregunta personal de Jeremy e intenté centrarme en la reunión. Tenía un inversor interesado en abrir un fondo de cobertura, pero vivía en el extranjero. Utilizaba a Jeremy como enlace, lo cual era molesto porque yo era más que capaz de cerrar el trato por mí mismo.

Después de una hora de videollamadas y de utilizar a Jeremy como intermediario innecesario, por fin cerré el trato. Me sentí triunfante y le agradecí a Jeremy su tiempo, aunque estaba seguro de que sólo lo había hecho para asegurarse un favor. Así funcionaba el mundo de los negocios. Nada era gratis. Todo era para ganar algo. Así fue como acabé con una asistente personal a la que nunca había entrevistado y de la que ni siquiera tenía un currículum.

Cuando Jeremy se fue, se acercaba el final de la jornada laboral. Realmente no tenía motivos para quedarme en la oficina. A veces me iba antes o terminaba el trabajo en casa. Pero entonces recordé que aún tenía que reunirme con mi asistente personal. Me quejé. ¿Dónde estaba?

Envié un correo electrónico a Kathy:

Kathy,

¿Alguna novedad sobre la asistente personal? Son casi las cuatro.

Le di a enviar. Unos minutos más tarde, mi correo electrónico sonó.

Troy,

Estaremos allí a las cinco. ¿Y yo que pensaba que la jornada laboral no terminaba hasta las cinco?

Puse los ojos en blanco ante su respuesta.

Bien. Al menos llegarían pronto, así que podría terminar con esto y volver a casa. Todavía estaba cansado de la noche anterior. El americano me había ayudado un poco, pero ya se me había pasado. Pensaba cenar de camino a casa y dormirme pronto. Esta noche no necesitaría una copa.

Unos minutos más tarde, llamaron a mi puerta.

"Adelante", dije.

Kathy asomó la cabeza.

"Ha llegado tu nueva ayudante".

"Hazla pasar", asentí.

Kathy abrió la puerta y entró, seguida de una mujer con un traje de falda color crema que reconocí inmediatamente. Me levanté y tragué saliva cuando nuestras miradas se cruzaron.

Mierda. Mierda. Mierda.

Capítulo 5

Mónica

Sentí que el estómago me bajaba unos cuarenta pisos hasta el vestíbulo del edificio al establecer contacto visual con Troy. Me sonaba el nombre de Gunner cuando el director de su oficina lo mencionó durante mi formación. Sin embargo, no le di importancia, aunque mi mente se había desviado a la noche anterior con el hombre que estaba frente a mí. Mi jefe, por lo que parecía.

Llevaba un traje azul marino entallado, probablemente hecho a medida para su cuerpo divino, que yo había visto muy bien la noche anterior, incluso en la penumbra de su salón. Llevaba el pelo peinado hacia un lado, con un mechón cayéndole sobre la frente como si lo hubiera hecho a propósito. Vi la barba incipiente de la sombra de las cinco de la tarde recorriéndole la mandíbula. Me pregunté si también habría tenido prisa esta mañana y no le habría dado tiempo a afeitarse. Le quedaba bien. Aunque probablemente cualquier cosa le quedaría bien.

"Sr. Gunner, le presento a su nueva asistente personal, Mónica", dijo Kathy, llevándome más adentro de la habitación. Más adentro de la boca del lobo. Sentí que me temblaban los tobillos en los zapatos negros que me había convencido de ponerme esta mañana cuando

di otro paso hacia él. Eran una mala elección, por muy profesionales que parecieran.

Sabía que debería haber dicho algo. Reconocerlo. Lo que fuera. Pero me quedé sin palabras. Me sentí congelada en el sitio. Muda. Me pasé las manos nerviosamente por la parte delantera de mi falda color crema, preocupada porque dejaban un rastro de sudor por la parte delantera de mis muslos, mientras veía a Troy registrar quién era su nueva asistente personal.

Nuestros ojos se cruzaron brevemente. Sus ojos verdes eran más oscuros que los de la noche anterior, como si en ellos se estuviera gestando algún tipo de tormenta. Rápidamente rompí su mirada que intentaba mantener calmada, pero vi los nervios detrás de ella.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? Nunca había tenido un rollo de una noche en mi vida, y la única vez que lo tengo, resulta que es con mi jefe, el día antes de empezar mi nuevo trabajo. No sé qué se apoderó de mí o de mi juicio anoche. Me sentí tan bien en ese momento, e incluso después de irme esta mañana, sentí cualquier cosa menos arrepentimiento.

Era como si estuviera viviendo una especie de fantasía. Un hombre guapo se me acercó en el bar y enseguida se me nubló la cabeza por la forma en que me miraba. Los coqueteos y el zumbido de nuestras bebidas eran altos y entonces su boca estaba en la mía y lo siguiente que supe es que le estaba pidiendo que se fuera conmigo. Estaba sacado directamente de uno de mis libros, pero esto era la vida real. Mi vida. Y las cosas se habían complicado.

Obviamente, no podía saber que iba a ser mi jefe. No sabía nada del trabajo ni de quién dirigía la empresa por la falta de detalles que Daniel me había contado. Probablemente debería haber hecho más preguntas durante la cena de anoche cuando me lo propuso antes

de aceptar ciegamente un trabajo. Demonios, ni siquiera había tenido una entrevista.

Y no sabía nada de Troy, aparte de que bebía Old Fashioneds, poseía un ático en el East Village, tenía unas manos grandes que sabían exactamente lo que hacían y era sin duda la mejor pareja sexual de mi vida. Pero en este momento sabía que era el jefe de esta corporación, una de las empresas de fondos de cobertura con más éxito de la Costa Este, de ahí las vistas desde el suelo hasta el techo de su enorme apartamento. Lo supe todo sobre el trabajo y la empresa, pero nada sobre él.

También descubrí que tenía fama de acostarse con sus asistentes personales. Un bonito detalle que Kathy me contó durante mi formación de hoy. Me sentí extrañamente incómoda al ver que aireaba trapos sucios tan íntimos sobre su jefe. Tuve la sensación de que tal vez no le tenía mucho aprecio, pero quizá sólo era una mujer que se preocupaba por los demás. Dijo que no había nada probado, por supuesto, pero con su reputación, no sería sorprendente.

Me pregunté cuál sería esa reputación.

Ya que estaba frente a él, de repente sentí un poco de celos, al saber de las otras que me habían precedido. Sus manos sobre ellas. Su boca en las suyas. Probablemente aquí mismo, en este despacho. Sentí que mis mejillas se sonrojaban mientras miraba su escritorio, donde estaba segura de que había follado con alguien allí mismo. Diablos, incluso estaba pensando en ello sólo de pie aquí. ¿Cómo iba a trabajar para él si lo había visto desnudo?

Había fantaseado con él toda la mañana, cuando salí corriendo de su casa a regañadientes y durante todo el tiempo que estuve preparándome para ir a trabajar y el trayecto hasta este mismo edificio de oficinas. No podía quitarme de la cabeza sus ojos verdes

ni las huellas blancas de sus dedos en mis muslos mientras la ciudad se extendía bajo nosotros. Me parecía aún más difícil olvidarle. Si aceptaba el trabajo, claro.

Lo necesitaba de verdad. No sabía cuánto lo necesitaba hasta esta mañana, cuando he asistido a la formación y he visto la estabilidad de un horario de nueve a cinco. No había incertidumbre sobre lo que pensarían los lectores. No había bloqueo del escritor que hiciera imposible cumplir los plazos. No había malas críticas que sacudieran mi confianza. Además, el sueldo era generoso.

Cuando firmé mi contrato esta mañana, apenas podía creer los ceros que se alineaban ante mí como fichas de dominó. Me pregunté si me habían dado el contrato equivocado. Al fin y al cabo, sólo era una asistente personal, pero después de revisarlo de nuevo, me di cuenta de que era correcto. Y firmé con impaciencia.

No me malinterpreten. Me encantaba escribir. Era mi pasión. Era mi vida. Pero desde que mi último libro fracasó, mi confianza se había tambaleado. Es difícil recuperarse de eso. Ganarse la confianza de los lectores era una de las cosas más difíciles cuando sólo leían palabras en una página y esperaban perderse en una historia. Cuando se rompía esa confianza, era difícil recuperarla. Y nunca se sabía el final. Los titulares leían...

¿Probará el próximo libro de Durrall que aún tiene talento?

¿Ha perdido Durrall su toque especial?

No hay final feliz para ti aquí.

Tuve libros en el pasado que habían bajado en las críticas, pero nada como esto. Tal vez fue el éxito del libro anterior. A la gente le

encantó la historia de Corazón y Daniel. Fue inesperada y tuvo un final feliz como si estuviera atada con un lazo de terciopelo rojo. Cuando conté que estaba basada en una historia real, manteniendo el anonimato, por supuesto, los fans se volvieron locos. Fue escalando posiciones en la lista de los más vendidos hasta llegar al número uno.

Entonces ocurrió mi ruptura. Y el acosador. No hubo final feliz en mi vida, lo que dificultó escribir lo que querían mis lectores. No había vuelto a escribir desde entonces, para decepción de mi agente, que me acosaba. Sabía que existía una amenaza real de que mi editor me dejara, pero no podía sentarme a escribir.

Necesitaba un descanso de la escritura, eso significaba menos dinero y por eso acepté este trabajo. Un trabajo que veo puede haber sido un error.

Oí a Kathy aclararse la garganta cuando Troy y yo no nos presentamos ni pronunciamos una sola palabra. Me tambaleé hacia adelante torpemente, haciendo mi mejor esfuerzo para mantener la compostura y haciendo mi mejor esfuerzo para actuar como si no acabara de dormir con el hombre que había delante de mí.

"Hola. Encantada de conocerle, señor Gunner", dije tendiéndole la mano.

Dudó un momento antes de tomarla y estrecharla suavemente. No fue un apretón firme, de negocios. Fue más íntimo. Tierno. Me hizo aspirar un suspiro silencioso.

"Por favor. Llámame Troy. Encantado de conocerte también, Mónica. Mónica...",

"Durall".

Me cogió la mano un momento demasiado largo antes de que yo se la quitara, todos los sentimientos de la noche anterior volviendo en un solo toque. Me pregunté si él también lo sentiría.

Mis mejillas se sonrojaron cuando Kathy nos miró con curiosidad. Me pregunté si de algún modo podía ver la tensión que se estaba creando entre nosotros a cada segundo que pasaba. Parecía que la habitación iba a explotar.

"Daniel sólo tenía cosas buenas que decir de ti, Mónica", dijo Troy.

"Me alegra oírlo. Daniel es un buen amigo mío".

No siempre fue así.

Oí a Kathy resoplar ligeramente y la miré con curiosidad. Cuando la conocí me di cuenta de que no estaba muy contenta con la forma en que me habían contratado. Parecía que ella solía tener voz y voto en todo y yo fui toda una sorpresa al llegar esta mañana. Tampoco estaba segura de que me cayera muy bien, basándome en mi primera impresión. Sentí un pequeño alivio al saber que no iba a ser mi jefa y eso ya era mucho decir dadas las circunstancias.

"Bueno, os dejo para que os conozcáis mejor", dijo Kathy secamente.

Noté que le lanzaba una mirada a Troy antes de salir, cerrando la puerta tras de sí. Me pregunté si era una mirada de advertencia. Una que decía "no te acuestes con ella". Poco sabía ella que eso ya había sucedido. Juraría que Troy puso los ojos en blanco cuando ella le dio la espalda.

Por un momento, me debatí en seguirla por la puerta. Renunciar incluso antes de empezar. Haría las cosas mucho menos complicadas, pero de nuevo, necesitaba este trabajo. Necesitaba el dinero. Además, Troy le había hecho un favor a Daniel al contratarme y Daniel me había hecho uno a mí. No podía arruinar eso. No cuando él y Corazón se habían arriesgado por mí para ayudarme.

¿Qué diría mi marcha de ellos o de su juicio? No dejaba de pensar en que Daniel había dicho que Troy confiaba en él. No sería yo quien rompiera esa confianza.

Troy se aclaró la garganta y se ajustó el cuello de la camisa blanca, lo que hizo resaltar el bronceado de su piel que asomaba por debajo de los botones. Recordé mis dedos trabajando en los botones de otra camisa la noche anterior. A tientas. Desesperada. Más o menos como me sentía en ese momento. Tragué saliva y aparté el recuerdo. Aún lo tenía muy presente. No sabía cómo iba a superar el día de hoy, ni ningún otro.

Me pregunté si él estaría tan nervioso como yo sabiendo que sabía todo lo que había debajo de aquel traje de crema. Si lo estaba, no lo demostró. Tenía la misma confianza en sí mismo, mientras que yo estaba totalmente agitada. Le envidiaba en ese momento.

"Por favor, siéntese", dijo con una sonrisa tensa mientras señalaba el cómodo sillón de cuero frente a su enorme escritorio.

Observé la brillante superficie de roble. Sin duda había practicado sexo aquí antes. La idea me revolvió el estómago. ¿Eran celos? ¿O el hecho de que yo hubiera sido otra de sus aparentes conquistas?

Me senté y me alisé la falda, dando a mis manos algo que hacer mientras temblaban sin descanso. Respiré hondo y me obligué a

calmarme mientras lo veía acomodarse en la silla frente a mí. Allá vamos.

Capítulo 6

Troy

Intenté mantener la cordura mientras Mónica estaba sentada con un aspecto aún más delicioso que la noche anterior. El traje color crema resaltaba su piel aceitunada y la abrazaba en todos los lugares adecuados. Llevaba el pelo oscuro suelto y ondulado justo por encima de los hombros. Se lo colocó cuidadosamente detrás de una oreja mientras sus ojos color caramelo evitaban los míos. No me importaba. Me daba más tiempo para mirarla. Para asimilarlo todo.

Estaba totalmente jodido. Eso era seguro. Mi padre ya me había advertido de que si me acostaba con otra asistente personal, se haría con la propiedad total de la empresa. Como era una filial, tenía todos los derechos.

No tenía pruebas de que me hubiera acostado con ninguna de mis asistentes, pero los rumores circularon y se enteró. Probablemente gracias a Kathy. Nunca negué mis encuentros sexuales, pero tampoco los admití. Eran sólo aventuras. Nada serio. Sólo un poco de diversión. Todo consensuado. Siempre estaban dispuestas, si no ansiosas. Era difícil no acercarse a alguien con quien pasabas tanto tiempo y que conocía los entresijos de la mayor parte de tu vida.

Además, Kathy siempre parecía contratar a las más atractivas. Era como si lo hiciera a propósito. Como si me tuviera manía.

Serena, mi última asistente, había sido inesperada. Se hizo la difícil durante un tiempo. Supuse que no estaba interesada después de los primeros meses de comida para llevar y noches hasta tarde en mi oficina. Me dijo que tenía novio, así que dejé mis tímidas insinuaciones y me limité a los negocios. Lo mejor que pude. Yo soy hombre y ella era una rubia natural con unos pechos turgentes que dejaba asomar por sus blusas de una forma que te hacía desear un poco más. Siempre me llamaba la atención, pero nunca me molestaba. Parecía orgullosa de ello.

Kathy parecía a la vez satisfecha y decepcionada de haber encontrado una ayudante que se atuviera al trabajo y resistiera mis amables insinuaciones. Pero una noche, Serena se puso sentimental y me contó que su novio había roto con ella. La consolé con un abrazo, y ella fue más allá poniendo su boca en la mía y luego en otros lugares. Aquí mismo, en esta oficina.

Yo estaba feliz de ser un repuesto para ella y sus gemidos llenos de placer me decían que ella también estaba feliz. Pero con el tiempo, se encariñó y quiso más de mí. Cosas que yo no podía darle, como la estabilidad de una relación. Se lo dije desde el principio, justo antes de que me empujara sobre la silla del escritorio y se sentara a horcajadas sobre mí. Ella sabía que nunca se convertiría en nada. Aún así, se le metió en la cabeza que podía cambiarme.

No pudo. Las cosas se complicaron, por eso renunció y se mudó. Y por eso Mónica se sentó frente a mí lista para tomar su lugar.

Este era un tipo diferente de predicamento. ¿Cómo iba a saber que mi nueva asistente personal sería alguien con quien ya me había acostado? Técnicamente no podía meterme en problemas por eso.

Pero sí podía meterme en problemas por los pensamientos que me rondaban por la cabeza en ese momento, con Mónica sentada frente a mí.

No pude evitar fijarme en el pequeño escote que asomaba bajo su traje de chaqueta o en cómo se le subía la falda al cruzar sus suaves piernas. Aquellos tacones negros le sentaban de maravilla y me imaginé cómo sería sin nada más.

Lo tortuoso era que ya la había visto. Había explorado cada centímetro de ella con los ojos, las manos y la boca. Sabía a qué sabía. Sabía cómo sonaba cuando gemía. Sabía cómo la sentía a mi alrededor. Estos pensamientos me pusieron duro contra mis pantalones y me alegré de tener este escritorio entre nosotros.

Un escritorio en el que con gusto la tomaría aquí mismo. Ya mismo.

Se movió en su asiento y supe que tenía que decir algo.

"Me sorprende volver a verte", dije, reclinándome en la silla y esperando a que me mirara.

No hubo suerte.

"Esperaba haberte visto al levantarme esta mañana", añadí.

Eso la sorprendió.

Sus ojos castaños levantaron la vista de repente y captaron los míos. "Lo siento...", balbuceó.

Levanté la mano y negué con la cabeza. "No pasa nada. Sé cómo funciona un rollo de una noche".

"Pues yo no", dijo, mordiéndose el interior de la mejilla.

Me sorprendió. Parecía tan segura en el bar. Fue Mónica quien me invitó a irme con ella. Descubro que todo esto le resultaba desconocido. Una parte de mí se sintió aliviado, porque pensar en ella con otra persona hizo que mis celos se desataran. Estaba haciendo maravillas por mi ego diciéndome que yo era el primero.

"No estoy segura de lo que me pasó", dijo en voz baja, mirando al suelo.

"Fuera lo que fuera, me alegro de que lo hicieras".

"Y esta mañana me desperté en tu cama y me entró el pánico. No quería llegar tarde al trabajo".

"Y entonces me encontraste aquí...". Miré alrededor de mi despacho y de nuevo hacia ella.

"Eres la última persona que esperaba encontrarme hoy", admitió, mordiéndose el labio nerviosamente.

Mis ojos se posaron en sus carnosos morritos y me lamí los labios con deseo. ¿Sabía lo jodidamente sexy que era? ¿Sabía lo que eso me provocaba? Anoche la exhibí contra la ventana, ofreciendo un espectáculo a toda la ciudad. Juraba que aún podía sentirla temblar a mi alrededor mientras me liberaba dentro de ella. Mi polla palpitaba ligeramente.

Me sorprendió mirándome y soltó el labio del agarre de sus dientes. Sus mejillas se tiñeron de rosa. Se acordó.

"¿Qué hacemos en este momento?", preguntó.

"Bueno, creo que es mejor que hagamos como si lo de anoche no hubiera pasado".

"De acuerdo". Ella asintió.

Me decepcionó un poco lo rápido que aceptó, pero era lo mejor. Aunque no estaba seguro de cómo iba a fingir que no había pasado nada cuando sabía lo bien que me sentía dentro de ella. No iba a olvidarlo pronto, sobre todo cuando la tenía delante como una maldita zanahoria. Pero no quería arriesgarme a perder mi empresa con mi padre molestándome. Además, Kathy se daría cuenta de que pasaba algo. Ya parecía que lo hacía.

"Me alegro de que estemos de acuerdo", dije, preguntándome si realmente lo estábamos.

"Entonces, ¿qué quieres que haga por ti?", preguntó, sentándose un poco más erguida como para demostrar que hablaba en serio.

Pero las palabras me trajeron de vuelta a la noche anterior en el borde de mi cama cuando ella preguntó esas mismas palabras de rodillas. No esperaba volver a hacerlo tan rápido después de nuestro jugueteo contra la ventana, pero después de quedarnos sin aliento en el suelo de madera durante unos instantes, nuestras bocas volvieron a encontrarse y nos dirigimos a trompicones al dormitorio. Era difícil resistirse a ella.

Sobre todo cuando tomaba el control. Me empujo sobre la cama, me miraba con ojos que susurraban todas las cosas que quería hacerme. Así que la dejé. Dejé que deslizara sus deliciosos labios por mi polla, estremeciéndome al sentir su lengua en la parte inferior. Me abrazó mientras yo agarraba las sábanas hasta que se me pusieron blancos los nudillos, sin apartar los ojos de los míos.

¿Cómo demonios iba a quitarme esa imagen de la cabeza?

"No hay nada que necesite en este momento", dije, sacudiendo internamente la cabeza para librarme del recuerdo de su boca a mi alrededor.

Necesitaba algo, pero era algo que no podía tener. Si seguía pensando en ello, no habría nada que me impidiera empujar todo este papeleo fuera de mi escritorio y tirarla a ella encima.

"¿Estás seguro?", preguntó.

Asentí mientras me acomodaba incómodo en mi asiento, con mi polla erguida bajo la cubierta de mi escritorio.

"En realidad tengo una reunión por la tarde", mentí, "así que puedes irte. De todas formas, son casi las cinco".

La necesitaba fuera de mi despacho para poder tranquilizarme.

Asintió y se levantó. Esperó un momento, como si esperara que yo también me levantara. Me hubiera gustado darle la mano, pero era imposible en mi estado actual. Me limité a asentir torpemente con la cabeza y vi cómo se volvía hacia la puerta. No pude evitarlo. Se veía aún más delicioso en la tela crema de su falda bien ajustada.

Cuando cerró la puerta suavemente, respiré hondo. Tenía que controlarme. Trabajaríamos juntos en un futuro imprevisible. No podía permitir que mi polla se interpusiera en nuestra relación profesional.

Llamaron a mi puerta y me pregunté si se le había olvidado algo. O si había vuelto para el tercer asalto.

"Adelante", dije con demasiada impaciencia.

Mis esperanzas se desinflaron cuando Kathy asomó la cabeza.

"¿Qué tal ha ido?", preguntó.

"Bien. Parece muy capaz", dije.

Y lo era. Por lo que sabía fuera de la oficina.

"Hace años que no es asistente personal", dijo Kathy, con un deje de advertencia en el tono.

"No puede ser tan difícil", dije.

Enarcó una ceja y me miró poco convencida.

"Vamos, Kathy. Dale una oportunidad", dije encogiéndome de hombros.

Puso los ojos en blanco, salió y cerró la puerta tras de sí. Sabía que iba a vigilar más de cerca a Mónica, lo que significaba que no podía haber nada raro entre nosotros. Era mi última oportunidad de demostrarle a mi padre que podía hacerlo. Que me lo merecía.

La decepción de ver a Kathy en mi puerta no sólo había desinflado mis esperanzas, sino también mi polla. Ya podía irme. Cogí mi maletín y me dirigí a la puerta. Cuando salí al pasillo, vi a Mónica en su mesa, justo enfrente de mi despacho. Estaba organizando sus cosas, sin percatarse de mi presencia.

La observé un momento mientras apilaba papeles y organizaba el cajón de su escritorio. Su cara era de concentración mientras se inclinaba y miraba su ordenador, leyendo algo en la pantalla. Se echó el pelo a un lado mientras leía, dejando al descubierto su largo cuello, donde yo había dejado un rastro invisible de besos. Realmente era un bombón.

Me di la vuelta en silencio y continué por el pasillo hacia los ascensores. Durante todo el trayecto en taxi, pensé en Mónica y en las ganas que tenía de volver a verla a la mañana siguiente. Sería una tortura, pero al menos no sería una extraña.

Cuando llegué a casa, me caí de bruces en la cama con un gemido. El día había sido inesperado y mi cerebro se agitaba. El olor a jazmín y a sudor dulce me llenó los pulmones mientras respiraba hondo. Las imágenes de la noche anterior pasaron instintivamente por mi cabeza. Cerré los ojos e intenté silenciarlos, pero fue inútil. Suspiré frustrado mientras me dirigía al baño. Necesitaba una ducha helada.

Esta iba a ser una situación difícil, en más de un sentido.

Capítulo 7

Mónica

Esperé un rato para salir de la oficina después de ver a Troy escabullirse por la puerta sin siquiera despedirse. Pero, ¿podía culparlo? Todo esto era tan incómodo. Me pregunté si su reunión de la tarde se había cancelado o si se la había inventado para evitarme. Probablemente yo habría hecho lo mismo. Pero no podíamos evitarnos para siempre.

"¿Qué tal tu primer día?", preguntó Kathy, acercándose a mi mesa con su bolso.

"Bien. Acomodándome", respondí, mientras revolvía sin pensar algunos papeles en mi escritorio.

"¿Qué te pareció Troy?".

Sentí que se me ponía en guardia, como si acabara de preguntarme algo extremadamente personal. Me pregunté si la pregunta tenía dos caras. ¿Habría notado la tensión entre nosotros? No sería difícil. Llenaba la habitación como un humo espeso.

"Fue muy profesional", respondí. "Ya veo por qué ha tenido tanto éxito".

Resopló por la nariz. Era la segunda vez que lo hacía. Realmente no debía de gustarle. La miré con curiosidad.

"Bueno, buena suerte", dijo, tamborileando con los dedos sobre mi escritorio.

“Gracias”.

La vi darse la vuelta y caminar por el pasillo hacia los ascensores. Exhalé un suspiro de alivio al saber que por fin estaba a solas con mis pensamientos. Ya sola, abrí mis correos electrónicos y los hojeé para asegurarme de que no me había perdido nada. Todo era información que ya había completado. Me recosté en la silla y miré hacia el despacho vacío de Troy, al otro lado del pasillo.

Era como si aún pudiera sentir su presencia mucho después de que se hubiera ido a casa. ¿Cómo era posible que una noche con él me afectara tanto? Esta mañana hice todo lo posible por convencerme de que sólo era un rollo de una noche y que no significaba nada, aunque fuera una hazaña triunfal dejarle en aquella cama cuando lo único que quería era quedarme. Estaba claro que yo no estaba hecha para la intimidad sin ataduras.

Había percibido un matiz de decepción en su voz cuando mencionó que me había ido sin avisar esta mañana. ¿O me lo había imaginado? No parecía el tipo de hombre al que le importara, sobre todo por su reputación con sus asistentes personales. Me preguntaba por cuántas había pasado. Estaba segura de que Kathy podría decírmelo fácilmente, pero no quería saberlo. Esta tarde ya había tenido demasiados celos injustificados de gente que no conocía.

Apoyé la cabeza en las manos y me pasé los dedos por el pelo, frustrada. Necesitaba hablar con alguien de esto. Cogí el teléfono y me desplacé hasta el contacto de Corazón para escribir un mensaje rápido y pulsar enviar.

Yo: SOS. ¿Podemos cenar juntas?

Corazón: Por supuesto.

Sonreí al teléfono. Sin preguntas, ella estaba ahí para mí. Por eso era mi mejor amiga.

Yo: ¿La taberna? ¿En treinta minutos?

Corazón: Nos vemos.

Metí el teléfono en el bolso y me levanté del escritorio. Eran casi las seis. Parecía que el resto de la oficina también se había vaciado. Saber que volvería aquí mañana era una sensación extraña. Hacía mucho que no trabajaba de 9 a 5 y estaba acostumbrada a un horario más fluido en el que podía trabajar donde y cuando quisiera. Sería algo a lo que tendría que acostumbrarme de nuevo.

Entre otras cosas.

Como volver a ver esos ojos verdes.

El trayecto en taxi hasta Queens duró más de lo esperado debido al tráfico vespertino, pero me sentí aliviada cuando llegué al restaurante y vi que era la primera en llegar. La anfitriona me condujo a un reservado de la esquina e inmediatamente pedí una copa de vino blanco. Tomé un sorbo y dejé que el frescor me recorriera mientras me relajaba.

"¿Has empezado sin mí?", preguntó Corazón con las manos en la cadera.

Me reí y me acerqué para que pudiera sentarse.

"Siento llegar tarde", dijo. "Bridgette estaba prácticamente agarrada a mi pierna, pero entonces Daniel le puso marionetas en las manos y fue como si yo fuera invisible. Lo juro, le encantan esas marionetas".

Me reí al pensar en Daniel con marionetas en las manos. Realmente era un buen padre. Había dado un paso adelante y le había dado una buena vida a mi mejor amiga y a su bebé. Me alegré mucho por ella.

Igual que el resto de Estados Unidos cuando leyeron mi libro.

"Pagaría por ver eso", dije, tomando otro sorbo de vino.

Corazón levantó la mano e hizo un gesto cortés al camarero para que se acercara.

"Tomaré uno de esos", dijo señalando mi vino.

"Y yo tomaré otro".

Ni siquiera había terminado el primero.

Cuando el camarero se alejó, Corazón me miró con curiosidad.

"¿Qué pasa?", preguntó. "Primero el mensaje de SOS y en este momento el ahogo en vino. ¿Hemos vuelto a los veinte o ha pasado algo?".

Gemí mientras jugueteaba con el tallo de mi copa de vino.

"Dios mío, Mónica. ¿Es el acosador?", preguntó, sentándose más derecha y cogiéndome la mano.

"No, no". Negué profusamente con la cabeza. "No tiene nada que ver con él".

El corazón exhaló un suspiro de alivio. Sabía que se preocupaba por mí.

Sinceramente, no había sabido nada de él ni lo había visto en meses, no desde que salió de la cárcel. Había pedido noticias a la policía, pero me dijeron que no podían revelar ninguna información debido a la confidencialidad. Fue frustrante, pero pude poner una orden de alejamiento. También me mudé de casa y había intentado pasar desapercibida.

Queens no era mi primera opción para vivir, pero con el mercado actual era el único lugar que podía encontrar que se ajustara a mi reducido presupuesto. Corazón y yo vivíamos juntas en Brooklyn. Me hice cargo de lo que quedaba de su contrato de alquiler cuando Daniel le pidió que se mudaran juntos. Me encantaba aquel pequeño loft. Había tantos recuerdos allí, especialmente con mi ahijada en sus primeros días. Era una pena que alguien pudiera entrar y destruir todos esos recuerdos, manchándolos con sombras de miedo.

Estaba muy agradecida de que ella y Bridgette se hubieran mudado cuando todo se puso tan feo. Nunca me perdonaría haber sido la causa de que invadieran así su espacio de seguridad personal.

Desde que me mudé, había mantenido un perfil bajo. No había hecho ninguna firma de libros ni ninguna aparición. No es que nadie

quisiera venir después de mi último libro.

"Entonces, ¿de qué se trata?", preguntó.

"Bueno, hoy he empezado mi nuevo trabajo...".

Corazón se golpeó la frente con la mano. "Dios mío, soy la peor amiga del mundo. ¿Cómo he podido olvidarlo? A Bridgette le han salido los dientes y juraría que es un gremlin. Con la falta de sueño, no sé si estoy bien o mal".

"No pasa nada. En serio". Le dediqué una sonrisa tranquilizadora antes de que fuera devorada por otra nerviosa.

"¿Te ha gustado? ¿Qué tal tu primer día?".

Di un largo sorbo de vino. "Estuvo bien. Sólo tengo que acostumbrarme de nuevo a un trabajo administrativo".

"Lo harás. Y puedes seguir escribiendo por las tardes. Esto no será para siempre si no quieres".

"Conocí a Troy", dije, mi voz saltando una octava.

"¿Y? ¿Te gustó? Sólo le he visto un par de veces, pero parece muy majo".

"¿Lo has conocido? Podrías haberme avisado de que era un dios griego". Entrecerré los ojos.

Ella se rió y cogió su copa de vino del camarero que acababa de traerla.

"El caso es que... ya le conocía de antes", dije con timidez.

"¿Ah? No lo sabía". Tomó un sorbo de vino.

"Sí, anoche me acosté con él".

Corazón escupió el vino sobre la mesa mientras sus ojos se salían de su bonita cara.

"¡¿Qué?!", se atragantó.

Me llevé las manos a la cara para ocultar el rojo ardiente que se había apoderado de ellas y asomé por las rendijas de los dedos para ver a mi mejor amiga.

"Cuéntamelo todo", exigió.

Deslicé las manos por la cara y le expliqué cómo lo había conocido la noche anterior en el bar, después de cenar juntas. Una cosa llevó a la otra y luego estaba en su ático. No tenía ni idea de quién era ni de que acabaría siendo mi jefe.

"¿Le pediste que se fuera contigo? Esto no es propio de ti. Esto es tan emocionante", dijo, aplaudiendo.

"¿Quieres dejar de hacer eso?". Dije riendo, agarrándola de las manos y tirando de ellas por debajo de la mesa. "No tiene nada de emocionante. Todo es tan complicado".

"¿Qué hizo cuando te vio?".

"Creo que le entró el pánico. Sólo por un segundo. Luego volvió a estar fresco como una lechuga".

Corazón asintió con la cabeza antes de que una sonrisa socarrona se dibujara en su cara.

"¿Qué?", le pregunté.

"¿Cómo era su pepino?".

"¡Dios mío, Corazón!". No pude evitar soltar una risita.

"Oh, vamos, Mónica. Detalles. Necesito detalles".

Esperé unos instantes, sabiendo que la estaba torturando.

"El mejor sexo de mi vida". Suspiré, apoyándome en el respaldo del reservado.

Ella chilló y algunas de las personas del restaurante miraron con curiosidad.

"¡Pero esa no es la cuestión! ¿Cómo voy a hacer mi trabajo? Es mi maldito jefe".

"Esto es una locura. ¿Sabes qué? Parece un gran argumento para una novela...", dijo sugerentemente. "Tal vez podrías encontrar algo de inspiración para tu próximo bestseller".

"No sé...".

"Bueno, ¿qué haría la heroína en este escenario?", preguntó.

"Probablemente se pasaría todo el libro teniendo sexo salvaje, apasionado y secreto por toda la oficina con el hombre más sexy que jamás hubiera conocido", admití.

"Exacto", dijo con un gesto seco de la cabeza.

"Pero esto no es una novela. Es mi vida. No puedo hacer eso", dije. "Además, he descubierto que Troy tiene bastante fama de acostarse con sus asistentes personales".

Corazón gimió. "Oh, él es uno de esos".

"Y yo realmente no quiero ser añadida a esa lista. Aunque ya lo estaba".

Corazón se rió. "Eso no cuenta. No lo sabías", me tranquilizó.

"Aun así, no puedo arriesgar mi reputación profesional por vivir una fantasía. Necesito este trabajo. Necesito el dinero. Con lo que ha subido Queens, cualquiera diría que vivo en Manhattan. En este momento apenas puedo pagar el alquiler".

"Lo sé", dijo Corazón, rodeándome con el brazo y dándome un apretón antes de soltarme. "Ya sabes, estoy aquí para ayudarte en lo que necesites".

No era la primera vez que Corazón se ofrecía a prestarme algo de dinero mientras me orientaba. Sentía que ella pensaba que me lo debía después de que su vida diera un vuelco con su inesperado embarazo, pero yo simplemente hice lo que haría una mejor amiga y la ayudé lo mejor que pude. Nunca quise que sintiera que me debía algo a cambio.

Así que siempre rechacé su oferta de ayuda económica. No me parecía inteligente mezclar amistad y dinero, por muy tentadora que fuera a veces la oferta. Tampoco era inteligente acostarse con tu jefe, pero ahí estábamos.

Este era mi lío a resolver.

"Ya lo resolveré", dije. "Pero gracias".

"Vale, pero vamos a cenar esta noche para celebrar tu nuevo trabajo".

"En ese caso", bromeé. "Tomaré lo más caro del menú".

Se rió mientras le hacía señas al camarero y los dos pedimos una hamburguesa con bacon y queso y patatas fritas extra, lo más caro del menú. Por eso me encantaba este sitio. También me parecía una apuesta segura que Troy, el Sr. Multimillonario, nunca pondría un pie aquí.

No era como si pudiera evitarlo. Lo vería por la mañana. La idea hizo que mi estómago diera un vuelco. Esperaba que la sensación se calmara con el tiempo.

Capítulo 8

Troy

Después de mi ducha helada, que fue más incómoda que aliviadora, salí del agua y me envolví en una toalla. Por suerte, había ayudado a que mis crecientes sentimientos remitieran tras mi breve estancia con Mónica. Me dirigí al lavabo de mármol negro de mi cuarto de baño y apoyé las manos en la encimera, estudiándome en el espejo.

"¿Cómo has podido ser tan estúpido?", murmuré.

Le debería haber hecho más preguntas a Mónica anoche. Ella había mencionado el nuevo trabajo y yo ni siquiera le había preguntado qué era o qué iba a hacer. Probablemente me habría dado alguna pista de que esta tarde entraría en mi despacho como mi nueva asistente personal. Lo único que sabía era que había tenido una cita de mierda y que le apetecía montárselo con alguien, yo no iba a dejar pasar esa oportunidad.

Además, siempre intentaba no hablar demasiado con las mujeres que conocía. Todo eran charlas. Sin sustancia. Nos apresurábamos en nuestras palabras sólo tratando de llegar al resultado final, que

terminaba en mi cama o en la suya. No quería nada más de ellas. Las palabras complicaban las cosas. Pero aparentemente la falta de palabras también complicaba las cosas.

Gemí mientras me pasaba las manos por las mejillas llenas de barba.

Necesitaba afeitarme. No tuve tiempo esta mañana después de despertarme tan tarde. Y solo. Por alguna razón, aquello seguía siendo un hilo de decepción que me recorría.

Cogí mi maquinilla eléctrica y empecé a afeitarme con cuidado. Cuando terminé, limpié el lavabo y me dirigí a mi dormitorio y al gran armario principal. Di una vuelta lenta mientras me debatía entre ponerme un chándal y quedarme en casa o ponerme otro traje y salir a tomar la copa de costumbre. A pesar de lo cansado que me había sentido durante todo el día, el agua fría me había despertado un poco.

Normalmente era el momento en que salía a cenar solo y luego me dirigía al bar a tomar unas copas para adormecer el cuerpo y el cerebro y poder dormir. No era lo mejor, pero me había acostumbrado en los dos últimos años, desde que abrí mi propio bufete.

Era muy poco probable que volviera a encontrarme con Mónica. El destino no podía ser tan tramposo. La idea de verla escabullirse hasta el bar como lo hizo anoche era una posibilidad atractiva, pero por la que no apostaría. Era la posibilidad cero de que lo hiciera. Lo que pasó anoche no podía volver a pasar. No, era mejor verla en la oficina.

No es que el entorno de la oficina me hubiera detenido antes con anteriores asistentes personales, pero me había metido en

problemas. Si realmente creía en las amenazas de mi padre, perseguir a Mónica significaría despedirme de mi oficina.

En ese momento, mi teléfono sonó en la mesilla de noche de mi habitación. Pasé junto a la cama, aún deshecha y con las sábanas enredadas y cogí el teléfono. Suspiré al mirar el identificador de llamadas. Era mi padre. ¿Realmente quería hacer esto en este momento? Más me valía acabar de una vez. Deslicé la barra verde de respuesta.

"¿Diga?". Contesté.

"Troy". Su habitual saludo frío.

"Hola, papá. ¿Qué tal?".

"Bueno, acabo de hablar por teléfono con Kathy...".

Puse los ojos en blanco. Claro que lo hizo.

"¿Y?".

"Bueno, me ha dado una noticia interesante...".

Suspiré en silencio mientras dejaba que lo que fuera que estaba tratando de decir se alargara como una película que no necesitaba durar tres horas.

"¿Oh? ¿Qué es eso?". Me senté en la cama, todavía envuelto en una toalla. El aroma del dulce jazmín aún persistía, e intenté por todos los medios ignorarlo y memorizarlo al mismo tiempo. Tenía que lavarlas inmediatamente. O deshacerme de ellas. No podía dormir

con ellas puestas sabiendo que en algún momento habían envuelto su cuerpo desnudo.

Me levanté, entré en el vestidor y me senté en el sillón de felpa que había en el centro de la habitación, junto a mis cajones de relojes y corbatas. Jugueteé con mi Rolex más nuevo, que estaba sobre la superficie de cristal de la pequeña cómoda, mientras esperaba a que mi padre me dijera algo.

"Me ha dicho que has contratado a una nueva asistente personal".

"Sí, así es".

"¿Qué ha sido de la anterior?", preguntó, aunque ya lo sabía.

"Serena se mudó de nuevo a Seattle para estar más cerca de la familia", dije.

Era la verdad, con un poco de historia omitida.

"Mmm. Cierto. Así es".

Me di cuenta de que no estaba convencido, aunque ni él ni Kathy tenían pruebas de Serena y mi cita nocturna. A pesar de tener la oportunidad de destruir mi vida cuando no pude darle la relación que quería, Serena admitió que estaba enamorada de mí. No quería hacerme daño, por eso se fue sin hacer ruido.

"¿Y tu nueva asistente?".

"Mónica", dije, su nombre reverberando en mí.

"¿Dónde la encontraste?".

"Me la recomendó Daniel Jacobs".

Eso hizo callar a mi padre durante unos instantes.

"Vaya", dijo finalmente con sorpresa.

Sabía que admiraba a Daniel. Se aseguraba de decirlo cada vez que salía su nombre.

"Admiro a ese chico", dijo mi padre. *"Construyó su negocio desde cero en su propio dormitorio. Y todo por su cuenta".*

Miré al techo e intenté contener mi enfado.

"Un tipo listo", dije en tono cortante.

"Sí. Sin embargo, he oído que ni siquiera entrevistaste a esta chica. Kathy no recibió ni un currículum ni ningún aviso antes de empezar esta mañana".

"Bueno, papá. Es mi empresa y mi asistente personal trabaja muy cerca de mí, y sólo de mí. Sentí que debía tener la decisión de elegir quién era".

"Todos los asistentes personales que ha elegido Kathy parecían ser de tu agrado", dijo mi padre con cierta sorna.

Sabía lo que estaba insinuando. Aunque nunca me había acusado directamente de nada de lo que pasaba con mis asistentes, la insinuación estaba ahí. Siempre había sido discreto con mis asuntos

personales en la oficina. Nada de eso había salido nunca en la página seis. Lo de las modelos de Victoria 's Secret era otra historia, pero en ese aspecto mantenía mi vida laboral en secreto. Aun así, tenía a su pequeña espía, Kathy, chivándose al oído casi todos los días.

Con mi primera asistente personal, hubo una tarde que volvía a la oficina después de comer y de tomar demasiado champán. Los dos estábamos tan desesperados que no llegamos a salir del ascensor. Fue ella quien lo inició cuando pulsó el botón de parada de emergencia y se me echó encima allí mismo. Me aseguré de devolverle el favor en mi despacho.

Aún me sorprende que no nos atraparan o que la policía de Nueva York no viniera a salvarnos, sólo para encontrarme con los pantalones bajados y su boca alrededor de mi polla. Eso habría acabado en la página xxx.

"Lo han sido, pero le debía un favor a Daniel Jacobs y confío en su criterio", dije.

"Bueno, si Daniel tuvo algo que ver, por mí está bien", dijo.

"Genial", murmuré.

"Sólo recuerda...", empezó. *"Si algo sale a la luz, pierdes el bufete. No puedo permitir que manches la impecable reputación de mi empresa. ¿Entendido?".*

"Entendido".

"De acuerdo. Bueno, mejor cuelgo. Tu madre me espera abajo para cenar".

"Saludala de mi parte".

"Mhmm. Adiós, hijo".

Colgué el teléfono y lo tiré sobre la alfombra de felpa del suelo de mi armario, frustrado. Tenía casi cuarenta años y aún tenía que responder ante mi padre. No sólo eso, tenía una niñera llamada Kathy que, por alguna razón, me tenía manía.

No iba a salir esta noche. No estaba de humor. Abrí los cajones del armario, saqué un par de sudaderas negras y me las puse, junto con una camisa Mets holgada.

Luego me dirigí a mi dormitorio y miré a la cama con todos los recuerdos de Mónica que estaban envueltos en las sábanas y empecé a arrancarlos en un estado maníaco. Lo tiré todo en un montón sobre el suelo de madera y lo miré sin aliento. Estaba cabreado. Con mi padre. Con Kathy. Conmigo por no ser capaz de controlarme ante una mujer tan hermosa.

Sabía que iba a tener que hacer todo lo posible para mantener la profesionalidad con Mónica. Era la mujer más hermosa que había visto y sabía mover su cuerpo en una sincronía con el mío que yo nunca había experimentado. Casi deseé no haber ido a ese bar anoche porque nunca la habría conocido para experimentar un sexo que me ponía duro incluso cuando estaba perdiendo los papeles. Era como morder una manzana dulce y no poder hacerlo nunca más. Era casi mejor no haberla probado.

Apresuradamente, pateé la pila de sábanas hacia la pared, con la intención de enviarlas más tarde por el conducto de la basura. Necesitaba deshacerme de cualquier rastro de nuestra noche juntos.

Caminé por el pasillo hasta el salón. El sol ya se había puesto, dejando el cielo como una acuarela rosa y morada que proyectaba sus colores sobre la habitación. Miré por los grandes ventanales y deseé poder taparlos porque lo único que veía era a ella contra ellos, sus piernas rodeándome mientras echaba la cabeza hacia atrás y gemía.

Aún podía oírla. La sentía.

Me preguntaba si ella también podía. Me pregunté si, cuando entró en mi despacho esta mañana, todo se le vino encima. Si la afecté como ella me afectó a mí. Saber que yo era su aventura de una noche la hacía aún más atractiva. Saber que podía tenerla de esa manera sin saber nada el uno del otro. Eso fue un verdadero acto de pasión. Uno que esperaba que nunca olvidará. Esperaba que pensara en ello cuando se tocara.

Perdido en mis pensamientos, me acerqué al mueble bar y saqué una botella de bourbon. Le quité el tapón y bebí un buen trago antes de deslizar un vaso de cristal desde la estantería hasta el final. Dejé la botella en el suelo con la intención de volver pronto a ella, me llevé el vaso y me dejé caer en el sofá, de espaldas a las ventanas.

Tomé otro sorbo generoso. Que no fuera a salir esta noche no significaba que tuviera intención de mantenerme sobrio. No cuando tenía que volver a verla mañana y pasado mañana. Y así sucesivamente. Podía dejarla ir. Dejarlo antes de empezar. Acababa de decirle a mi padre que confiara en mi decisión. No podía darle la razón.

Capítulo 9

Mónica

El despertador me taladró los oídos, sacándome de un profundo sueño. Podía agradecérselo a las dos copas de vino. Me di la vuelta y golpeé el teléfono hasta que por fin dejó de sonar. Lo cogí y entrecerré los ojos mientras el resplandor de la pantalla me indicaba la hora. Eran las seis de la mañana. Me quejé, como si no hubiera sido yo quien puso la alarma.

Normalmente, no me despertaba tan temprano. Como escritora, podía levantarme cuando quería y tomarme las cosas con calma, disfrutando de una taza de café sin quitarme el pijama. Este trabajo corporativo estaba siendo un duro despertar. Literalmente.

No había necesitado torturarme con un madrugón así, pero pensé que lo mejor sería sentirme preparada y lista para afrontar el día. Todo lo contrario de lo que sentí ayer cuando me desperté en la cama de Troy a las ocho de la mañana. Un recuerdo que no podía apartar de mi cabeza, ni siquiera de mis sueños en los que no tenía ni voz ni voto si él aparecía. Y lo hizo. Una y otra vez, como un bucle sin fin de sus manos sobre mi piel.

Cerré los ojos con fuerza y sacudí la cabeza como si eso fuera a aflojar el agarre que tenía sobre mi mente. No hubo suerte. Suspiré y me quité las sábanas de encima, incapaz de dejar de compararlas con el tacto sedoso de las sábanas grises que cubrían su cama. Me pregunté si él tenía los mismos sueños que yo o si sólo había sido un pensamiento fugaz. Tan fugaz como nuestra noche juntos.

Cansada, caminé por el pequeño pasillo hasta mi cuarto de baño y abrí el mando de la ducha. Quizá el agua me despejaría. Me lavé los dientes mientras esperaba a que el vapor saliera por encima de la cortina. Cuando el agua estuvo lo bastante caliente, me quité el pijama y entré en la ducha, dejando que el agua corriera sobre mí. Tenía la intención de liberarme un poco de los sueños de la noche anterior, en los que volvíamos a estar pegados a la ventana, pero en lugar de eso me lavé y enjuague rápidamente.

Era mejor no ver así a mi nuevo jefe, aunque no hacía ni cuarenta y ocho horas que había tenido una generosa visión de todo lo que podía ofrecerme. Tenía que verlo como lo que era. Un error de juicio. Sólo una noche. Y lo que es más importante, era mi jefe.

Pasé la siguiente hora preparándome, dedicando una cantidad de tiempo insoportable a mi pelo y maquillaje. Me decía que era por el trabajo, pero había otras razones subyacentes para estar guapa. Hoy me he rizado el pelo para que cayera con ondas por encima de los hombros y me he aplicado una ligera capa de maquillaje para conseguir un aspecto limpio y pulido. Elegí unos pantalones negros y una camisa de satén color crema, junto con unas bailarinas doradas. Por suerte, tenía algo de ropa de oficina de cuando tenía reuniones con mi editor o firmas de libros.

Me preparé una taza de café antes de salir por la puerta antes de lo necesario. El tráfico de Nueva York podía sorprenderte o arruinarte

toda la mañana. Normalmente era lo segundo. Sobre todo viniendo de Queens. Llamé a un taxi y me metí dentro.

"¿Adónde, señorita?", preguntó el conductor, ajustando el espejo retrovisor.

"A Gunner & Co., en Park Avenue".

Asintió y puso el coche en marcha, alejándose del bordillo. El tráfico era lo que esperaba. Una pesadilla. Pero aún así, llegué al exterior del gran edificio de hormigón y cristal con treinta minutos de antelación. Miré por la ventanilla del taxi hacia el edificio gris, preguntándome qué debía hacer.

No quería pasar más tiempo del necesario aquí. Con él. Ya iba a ser bastante duro en la jornada laboral fija de ocho horas, que bien podría convertirse en una de diez. Como asistente personal nunca se sabía.

"¿Es éste el lugar adecuado?", preguntó el conductor, mirándome con curiosidad.

"Ah, sí", respondí. "Lo siento".

Saqué la cartera del bolso y le entregué lo que le debía.

"Gracias", dije mientras abría la puerta y salía a la acera.

Atravesé las grandes puertas de cristal que me abrió el portero. Me inclinó la gorra cuando pasé junto a él y entré en el fresco vestíbulo con suelo de mármol. Ayer, con las prisas, no me había tomado el tiempo de echar un vistazo, pero el edificio era enorme y lujoso. Las

paredes eran del mismo mármol que el suelo, lo que hacía que la estancia pareciera interminable.

Encima de la recepción había una foto de Troy y un hombre que supuse que era su padre. Los dos parecían muy serios con sus trajes y corbatas negros. Me di cuenta de que había heredado el buen aspecto de su padre, además de esta empresa, según Kathy. Aparté la mirada de la foto y de aquellos ojos verde oscuro y me dirigí hacia los ascensores.

Subí veintitantos pisos y respiré hondo justo antes de que las puertas se abrieran y me dejaran ver el amplio espacio de oficinas y cubículos. Había muy poca gente, dado que era temprano. Sonreí a los que me cruzaba, esforzándome por recordar sus nombres después de las presentaciones de Kathy de ayer.

Al pasar por delante del despacho de Troy, me di cuenta de que no estaba. Exhalé un pequeño suspiro de alivio mientras me colocaba detrás de mi escritorio y me deslizaba en mi asiento. Como si pudiera evitarlo para siempre. Yo sería la que trabajaría más cerca de él en un futuro imprevisible. Me reí en voz baja de mi estúpido yo mientras intentaba recomponerme.

"Buenos días", dijo Kathy acercándose a mi mesa.

"Buenos días", le dije alegremente.

"Llegas temprano". Levantó las cejas y no supe si estaba impresionada o me estaba juzgando.

"Bueno, es mi primer día oficial. Quería causar una buena impresión".

"Mmm", dijo mientras se alejaba.

¿Qué le pasaba a esta mujer? La vi marcharse antes de encender el ordenador y el gran monitor cobró vida. Tamborileando con los dedos sobre el escritorio, miré a los demás que empezaban el día en la oficina. No sabía nada de fondos especulativos, pero parecía un mundo mucho más serio de lo que estaba acostumbrada a escribir. Era difícil no dudar de mí misma, pero Daniel me había propuesto el trabajo. Favor o no, parecía creer que yo era capaz.

Sonó un timbre de notificación, llamando mi atención hacia mi correo electrónico. Había un correo electrónico de Troy enviado a última hora de la noche anterior. Inspiré mientras cogía el ratón y hacía clic para abrirlo.

Observé cómo las palabras se deslizaban por la pantalla. Me desplacé para ver lo largo que era el correo electrónico y me sorprendió ver que podría tener fácilmente diez páginas si lo imprimía. Volví al principio y empecé a leer.

Mónica:

Confío en que te estés adaptando bien. Me doy cuenta de que ayer no repasamos las expectativas de tu trabajo. Te pido disculpas. Probablemente sea mejor que las expongas en un correo electrónico, para que puedas consultarlas fácilmente en caso necesario.

Te espero en la oficina puntualmente a las 9 en punto cada mañana. Antes de llegar, necesito que pases por la cafetería de la esquina este del edificio. Se llama Le Café. Si llegas a las 8:30, evitarás el ajetreo matutino. Me gusta un Americano helado. Media bola de hielo. Una bomba de edulcorante. Un chorrito de crema. Debe ser de

color oscuro. Si es demasiado claro, haré que lo devuelvas. Puedes decirle al camarero que es para mí. Él debe saber cómo me gusta.

Volví a leer el pedido de café, sólo para asegurarme de que el tipo era tan neurótico como parecía, o si sólo eran imaginaciones mías. Después de leer todo el correo electrónico, que consumió unos treinta minutos de mi mañana, se confirmó que Troy era especialmente neurótico con muchas cosas.

Como su ropa de la tintorería. Los códigos de color de su calendario. Su orden del almuerzo y todas sus modificaciones. Cómo debía firmar sus correos electrónicos cuando se comunicaba con sus contactos.

No me extraña que lo haya escrito en un correo electrónico. Nunca sería capaz de recordar todo esto. No podía evitar preguntarme en qué me había metido. Había trabajado con algunos gestores, pero nada como esto.

Después de leer sus expectativas, pasé a abrir el calendario que compartió conmigo con una lista de sus asuntos del mes en los que yo le ayudaría. Me resultaba extrañamente íntimo tener acceso a los acontecimientos de su vida, pero era normal en una asistente personal. Sólo me parecía íntimo que fuera él. Miré el calendario más tiempo del necesario por pura curiosidad.

Finalmente pasé a la lista de tareas que me había dejado para el día. Había muchas cosas y la mayoría me mantendrían fuera de la oficina la mayor parte del día. Me pregunté si sería a propósito. Seguramente. Pero no me importaba. Significaba más tiempo lejos de él para superar lo que había pasado entre nosotros. Si es que había que superarlo.

Miré la hora en el ordenador y vi que eran más de las nueve. Troy había mencionado en su correo electrónico que hoy llegaría tarde, así que aún tenía tiempo de ir a por su café y asegurarme de que estaba a su gusto. No me gustaría meter la pata en algo tan sencillo como un pedido de café en mi primer día, por complicado que fuera.

Cogí mi bolso y salí de la oficina, caminando por la manzana hasta la pintoresca cafetería de la esquina. Debí perderme la hora punta porque la cola se reducía a dos personas. Mientras estaba allí, abrí su correo electrónico y volví a leer su pedido, intentando memorizarlo. Cuando el camarero me llamó, leí el pedido en voz alta.

"¿Es para el señor Gunner?", preguntó. Debía de tener unos diecinueve años.

Asentí con la cabeza.

"Me sonaba". Se rió suavemente. "¿Es usted su nueva ayudante?".

Saber que había conocido a la anterior y probablemente a las anteriores, me hizo aflorar ese pequeño atisbo de celos al saber que en algún momento habían sido algo más que asistentes.

"Esa soy yo", dije. "Soy Mónica".

"Encantado de conocerte. Soy Josh. Me aseguraré de que sea perfecto". Me guiñó un ojo y me tranquilizó.

Llevé el café de vuelta a la oficina de Troy, colocándolo en su escritorio que seguía desocupado. Miré a mi alrededor brevemente, intentando hacerme una idea de quién era, pero no tenía

personalidad. Apresuradamente, salí por la puerta y me dirigí a los ascensores, cruzando los dedos para no tropezarme con él al salir.

Por suerte, no había ni rastro de él. Supuse que, como jefe, era libre de ir y venir a su antojo. Sentí una pequeña punzada de decepción por haber perdido la oportunidad de verle, pero luego desapareció, sabiendo que era lo mejor. Troy sabía lo que hacía al llegar tarde y mantenerme ocupada fuera de la oficina. Nos estaba facilitando las cosas a los dos.

Capítulo 10

Troy

Abrí la pesada puerta del restaurante y entré. La camarera me saludó como siempre, con una sonrisa tímida.

"Señor Gunner. Es un placer tenerle de nuevo con nosotros", dijo mientras organizaba los menús.

"Creí haberte dicho que me llamaras Troy", le reprendí mientras me apoyaba en el atril.

Esto hizo que sus mejillas se sonrojaran. Era un ligón desvergonzado. Eso era innegable. Pensaba que si una mujer obtenía placer de ello, ¿cuál era el problema? Además, también significaba que tendría el mejor asiento del lugar.

"Troy...", dijo, como si estuviera probando la palabra en su lengua. "¿Te acompañará alguien esta noche?".

Miró detrás de mí, una expresión de esperanza en su rostro al ver que no había nadie conmigo.

“Mi hermana se reunirá conmigo”. Miré el reloj. Eran más de las siete de la tarde. "Probablemente llegará elegantemente tarde".

"En ese caso, le acomodaré en su mesa habitual junto a la ventana mientras espera". La camarera cogió dos menús y la carta de vinos y salió de detrás del mostrador. Movió las caderas por el restaurante, haciendo difícil concentrarse en otra cosa mientras nos movíamos alrededor de las mesas.

"Aquí estamos", dijo, señalando el reservado que ya me resultaba familiar para las reuniones de negocios, las citas y las cenas con mi hermana.

"Gracias", le dije, dedicándole una cálida sonrisa mientras me deslizaba en el reservado. "Nadie hace su trabajo como usted. Me hace volver".

Reprimió una sonrisa antes de marcharse. La forma en que se clavó los dientes en los labios me recordó a Mónica. Era como si ella hubiera manchado a todas las mujeres para mí de una manera que trajo mis pensamientos directamente a ella. Habían pasado tres días desde que dormimos juntos y era como si no pudiera quitarme su sabor de la boca.

"¿Has podido mirar nuestra carta de vinos?", preguntó el camarero que se acercó a la mesa mientras yo me perdía en un recuerdo.

"Oh, eh, una botella del mejor vino de la carta".

Asintió con la cabeza y se alejó a grandes zancadas, volviendo unos instantes después con una botella de cristal oscuro en las manos con una etiqueta dorada adornada. La descorchó con cuidado y sirvió

una pequeña porción en la copa que tenía ante mí, esperando a que lo probara.

Tomé un sorbo y me pasé las notas de cereza negra y especias por la lengua antes de tragar.

"Perfecto", dije mientras me recorría la garganta.

Me sirvió más en el vaso y dejó la botella en la mesa antes de marcharse. Bebí otro sorbo y me apoyé en el respaldo de felpa del reservado.

"¿Empiezas sin mí?", preguntó Erica al acercarse a la mesa.

"¿Tienes edad para beber?", bromeé.

Me hizo un gesto con el dedo mientras me levantaba y la abrazaba.

"Hola, hermano mayor", me dijo, dándome un apretón antes de soltarme y sentarse en la mesa.

Tomé asiento frente a ella y le serví una generosa ración de vino. Tenía veinticuatro años, pero seguía siendo mi hermana pequeña, así que me gustaba darle caña. Erica bebió un sorbo de vino y me miró con atención, abrió sus familiares ojos verdes mirándome como si ya tuviera preguntas que responder. Nos parecíamos tanto. El mismo pelo oscuro, piel aceitunada, ojos que cambiaban con la luz.

“¿Qué?”, pregunté levantando una ceja.

"No te he visto en los periódicos desde la semana pasada...".

"¿Y? Eso es bueno".

"Sí, pero también siento que era mi forma de seguirte el ritmo. Estás tan ocupado todo el tiempo. Incluso pregunté a algunos de mis amigos periodistas si tenían algo sobre ti".

"¡Erica!", dije exasperado.

"Es broma", me dijo guiñandome un ojo.

Erica era periodista del New York Times. Ante todo escribía sobre política. No era la primera carrera que nuestro padre había elegido para ella. Ni la segunda. Pero en la universidad encontró su pasión por las ciencias políticas y siempre tuvo facilidad para escribir. Era una de las redactoras más jóvenes del Times, una hazaña que mi padre apenas reconocía. Así que asumí el papel de animador.

"Pero, en realidad, ¿qué está pasando en tu vida?", preguntó, tomando un sorbo de vino.

"Trabajo. Trabajo. Ah, y más trabajo".

"Suenas igual que papá". Puso los ojos en blanco.

Gemí.

"¿Alguna mujer nueva en tu vida?", preguntó.

Pensé en contestar con sinceridad y contarle lo de Mónica, pero en realidad no había nada que contar. Habíamos pasado una noche juntos y teníamos que fingir que nunca había ocurrido. Sabía que podía confiar en mi hermana, pero también sabía que sólo le estaría

dando esperanzas. Siempre me insistía en que sentara la cabeza, pero eso no estaba en el futuro para mi con Monica.

"No". Negué con la cabeza.

Me miró con curiosidad, como si no me creyera.

"Papá me dijo que habías contratado a una nueva ayudante. A lo mejor a la cuarta va la vencida", sugirió con una sonrisa burlona.

"Oh, cállate". Negué con la cabeza.

Pedimos una cena a base de bistec y langosta y otra botella de vino. Pasamos el resto de la velada hablando de su trabajo en el periódico y de mi tensa relación con Kathy en la oficina. Me sentí bien hablando con mi hermana, que siempre me escuchaba, pero también me echaba la bronca cuando me lo merecía.

Hubo momentos en los que el vino me hizo querer soltarme y sacar el tema de Mónica, pero me mordí la lengua. Era como si buscara cualquier parte de la conversación para relacionarla de algún modo con ella, lo cual era ridículo porque apenas conocía a la mujer. Demonios, apenas la había visto en toda la semana. Había estado en una búsqueda inútil de recados a la que yo la había enviado. Quizá la echara de menos.

Después de que Erica y yo nos despidiéramos con un abrazo en la acera, pedí un taxi y me dirigí a casa. Estaba somnoliento por el vino y el sabroso filete y la langosta que me habían llenado el estómago. Me cambié y me metí en la cama, sumiéndome en un sueño profundo que sentí interrumpido demasiado pronto por el sonido del despertador.

Me senté lentamente en la cama y estiré los brazos por encima de la cabeza. Sólo me quedaba un día más intentando evitar a Monica, y luego llegaría el fin de semana. Mi cabeza estaría libre de pensar en las minúsculas tareas que se me ocurrían para que ella hiciera, y mi imaginación podría dejar de volar cada vez que la vislumbrara con las faldas ajustadas que se ponía. Una parte de mí albergaba la idea de que se las ponía para mi disfrute.

Entré en la oficina puntual por primera vez aquella semana, después de pasarme las mañanas esperando a que Mónica saliera de la oficina. Pensé que debía terminar la semana con algo bueno para que Kathy informara a mi padre. Cuando llegué, Kathy me saludó con una simple inclinación de cabeza mientras me dirigía a mi despacho.

Vi a Mónica sentada en su escritorio y tecleando en su ordenador. No me saludó al pasar, ya fuera porque estaba distraída con el trabajo o porque me evitaba. Probablemente esto último. Eso me dio la oportunidad de contemplar su pelo oscuro recogido en un moño alto y la americana blanca que dejaba al descubierto un amplio escote. Tenía los labios pintados de un rojo intenso que no había visto antes. Tragué saliva mientras me daba la vuelta y entraba en mi despacho.

Me acomodé en el escritorio y cogí el café helado que estaba sobre un posavasos de azulejos. Era el color perfecto, como lo había sido toda la semana, desde que le escribí aquel ridículo correo electrónico de expectativas. Tomé un sorbo y saboreé el gusto del expreso ligeramente azucarado. Perfecto. Siempre era perfecto.

Justo cuando tragué mi sorbo de café, llamaron a mi puerta. Levanté la vista y me sorprendió ver a Mónica allí de pie.

"Eh, hola. Mónica. Pasa", dije.

Entró y me fijé en la falda blanca que se ceñía a sus curvas a juego con la americana. Estaba increíble. Me excitaba y me cabreaba al mismo tiempo porque no podía tenerla.

"Tengo ese documento que me pediste que te firmara", dijo, levantando un papel.

La miré un momento mientras intentaba entender de qué estaba hablando. Me había inventado tantas cosas en los últimos días que me costó decidir a cuál se refería.

Enarcó una ceja al verme devanarme los sesos. ¿Percibí un poco de duda?

Entonces todo encajó. Ayer la había hecho perder el tiempo, haciéndola cruzar la ciudad para ir a ver a un cliente ficticio y conseguir una firma falsa. Yo también tendría una duda. Sin embargo, allí estaba ella con lo que parecía ser un documento firmado en la mano.

"Ah, sí. Gracias", le dije, haciéndole señas para que se acercara.

Me entregó el documento y lo miré como si tuviera algún significado para mí. Sentí sus ojos clavados en mí, probablemente intentando pillarme en una mentira, pero hice todo lo posible por ignorarla. Me pregunté cómo había completado aquella tarea inventada, pero supuse que lo había firmado ella misma.

"Todo parece en orden aquí", dije mientras lo colocaba en una pila de papeles. "Te enviaré por correo electrónico una lista de cosas que necesito que hagas para el final del día".

Asintió con la cabeza y se volvió hacia la puerta, equilibrándose perfectamente con un par de zapatos de tacón. Mis ojos se posaron instintivamente en su trasero mientras recorría la corta distancia que la separaba de su escritorio y sólo los aparté cuando se dio la vuelta y se sentó en su silla.

Pasé los quince minutos siguientes pensando en tareas que llenarían el día de Monica, pero que también eran tan aburridas que no me sorprendería que renunciara. Se me ocurrió recoger mis trajes de la tintorería, comprar un regalo de cumpleaños inventado para mi madre cuando ni siquiera era su cumpleaños, ir a la librería a buscar un libro de un autor que no existía. Realmente cualquier cosa para mantenerla fuera de la oficina.

Y yo sabía que lo haría. En sólo tres días, había demostrado ser la mejor ayudante que jamás había tenido y no sólo porque fuera el mejor sexo que jamás había tenido. Era muy trabajadora, llegaba pronto y se iba tarde, hacía todo lo que le pedía, aunque algunas cosas fueran imposibles.

Pulsé el botón de enviar de mi correo electrónico y oí el sonido de la campana de notificación de su ordenador. Vi cómo abría el correo y leía sus tareas del día. Pareció suspirar mientras se levantaba y cogía su bolso del respaldo de la silla, dispuesta a enfrentarse a lo que yo le hubiera mandado.

Una gran parte de mí se sentía mal. Sabía que no podía hacerle esto para siempre. Se merecía algo mejor. Y ella había conseguido suficiente de mi. Era hora de que empezáramos a trabajar codo con codo. Empezaríamos el lunes. Tendría todo el fin de semana para prepararme.

Capítulo 11

Mónica

La recepcionista del apartamento de Troy me miró con complicidad mientras cargaba otra bolsa de tintorería llena de trajes nuevos. Me pregunté cuántos trajes necesitaría un hombre mientras cargaba la bolsa sobre el mostrador. Era la quinta vez que iba a la tintorería esta semana y la quinta vez que me encontraba en el vestíbulo de su apartamento con la misma empleada.

"Otra entrega para el señor Gunner", dije con una sonrisa tensa.

"A estas alturas, deberías mudarte aquí", me dijo.

No supe por qué me sonrojé, pero me hizo pensar en su apartamento y en todo lo que me quedaba por explorar. Y los lugares que él me había explorado.

"Gracias", dije asintiendo con la cabeza antes de girarme hacia la puerta.

Miré la hora en mi teléfono. Eran las cinco de la tarde. Aquel era mi último recado del día. Había cronometrado todas sus tareas a la

perfección, para poder salir a una hora decente y empezar el fin de semana. Había estado deseando que llegara el fin de semana desde que empecé el trabajo. No porque no lo disfrutara. A pesar de tener que hacer tareas tan insignificantes, en realidad me gustaba el trabajo. Aparte del hecho de que ayer recorrí todo Manhattan intentando encontrar a un cliente con un nombre genérico que al final ni siquiera existía. Al final del día, y después de muchos viajes en taxi, dije "a la mierda" y firmé yo mismo el maldito papel. Sabía que me había puesto una tarea imposible, seguramente para evitarme. Así que no me sentí mal cuando falsifiqué la firma de un George Smith imaginario.

Aparte de lo de ayer, las tareas y listas de cosas por hacer que me puso eran fáciles. Claro, significaba muchos viajes a la tintorería, pero no era mentalmente agotador. Lo que sí lo era era intentar evitar a Troy. Esa parte era mentalmente agotadora, especialmente cuando sólo podía pensar en él. Era como si estuviera luchando por encontrar maneras de estar a su lado y explorando nuevas formas de evitarlo, todo al mismo tiempo.

Tenía el fin de semana lejos de la oficina y de él. No tendría que estar tan pendiente ni comparando calendarios ni mirando por las esquinas de la oficina, asegurándome de no pasar más tiempo del necesario con él. Que había sido casi ninguno. Mentiría si dijera que no estaba ligeramente decepcionada por ello.

Abrí de un empujón las puertas grandes acristaladas de su edificio, las mismas por las que me había escabullido aquella mañana temprano hacía sólo unos días. De alguna manera, parecía que había pasado toda una vida. Sentí que podía respirar de nuevo en la acera mientras el sol empezaba a ocultarse bajo los edificios, proyectando un reflejo brillante sobre las calles. El mero hecho de estar en su edificio era sofocante. Sabía que pasaba su tiempo libre en el último piso. Comiendo. Durmiendo. Follando.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que no estaba deambulando por la acera y rápidamente llamé a un taxi. No quería pasar allí más tiempo del necesario.

El trayecto hasta Queens fue más largo de lo habitual, cuando llegué a casa, estaba lista para darme un largo baño de burbujas con una copa de vino. Y eso fue exactamente lo que hice. Después de quitarme las burbujas de lavanda de la piel y terminar el último sorbo de cabernet que se acumulaba en el fondo de la copa, me puse una camisa Mets de gran tamaño y cogí una pila de menús de comida para llevar del cajón. Los hojeé y finalmente me decidí por Grand Sichuan. Llamé y pedí que me lo trajeran.

Mientras esperaba, encendí la televisión y me acomodé en el sofá con una copa de vino recién servida. Hojeé los canales y vi las noticias de la noche. No era mi primera opción, pero no había nada más. Hice búsquedas sin pensar en mi teléfono y escuché a medias lo que decían los locutores. En noches como ésta echaba de menos vivir con Corazón. Era agradable tener compañía, incluso cuando llegó Bridgette y nos despertaba cada dos horas en aquel pequeño loft. Me había encantado cada minuto. Sabía que no podía durar para siempre y me alegré mucho cuando Daniel le pidió que se fuera a vivir con él. Ella tuvo su final feliz. Al menos una de nosotras lo tuvo.

"Bryson Gunner dará una rueda de prensa en relación a los nuevos accionistas de su empresa...". Mis oídos se agudizaron al oír el nombre y mis ojos se dispararon hacia el televisor.

Había fotos del padre de Troy en la pantalla, seguidas de una de él y Troy en un reciente acto benéfico. Aspiré lentamente mientras mis ojos captaban los detalles de la sonrisa de labios apretados de Troy, sus manos cruzadas, sus serios ojos verdes. No parecía haber ni un

ápice de felicidad en él y un pequeño sentimiento de tristeza formó un nudo en mi garganta. Rápidamente cambié de canal.

No podía escapar de él.

Encontré una comedia romántica que ya había visto antes. Me consolaba saber ya el final. Uno feliz, por supuesto. Uno que no pude dar a mis lectores en mi último libro. Un error que todavía me hacía tambalear y evitar las llamadas de mi agente.

Me trajeron la comida para llevar y la disfruté mientras veía el resto de la película, para acabar durmiéndome en el sofá con sueños de correos electrónicos con listas de tareas pendientes.

Cuando llegó el lunes por la mañana, me sentía renovada después de haber pasado el fin de semana encerrada en mi apartamento. No me había arriesgado a volver a salir por si existía la más minúscula posibilidad de volver a encontrarme con Troy. Las probabilidades eran escasas, sobre todo donde yo vivía, en Queens.

Incluso había consultado su agenda para ver qué planes tenía, en parte por curiosidad y en parte para ahorrarme un encontronazo en caso de que me aventurara a salir. Las noches que se quedaba en blanco, me preguntaba qué estaría haciendo. Con quién podría estar. En qué cuerpo podría tener puestas las manos. Pensar en ello me sacaba de inmediato de su vida.

En la oficina, llevé su Americano helado a su escritorio y lo coloqué en el mismo posavasos negro brillante de siempre. Inspeccioné el color una vez más para asegurarme de que tenía el tono perfecto de caramelo oscuro antes de tomar asiento en mi escritorio. Encendí el ordenador y abrí el correo electrónico.

Una sensación de temor me invadió al ver que mi bandeja de entrada estaba vacía. Ninguna lista de tareas pendientes. Ni notificaciones del calendario. Ni una palabra de Troy. Me devané los sesos tratando de averiguar si había omitido algo en la lista del viernes. Cualquier cosa que potencialmente me habría despedido para ganar este inusual silencio de su parte.

Por suerte, no tuve que alarmarme mucho más porque Troy entró diez minutos más tarde, sorprendentemente temprano después de la semana pasada. Llevaba un traje de lino gris claro y una camisa azul pálido que resaltaba el color de su piel. Su pelo parecía aún húmedo de la ducha, lo que hizo que mi mente volviera inmediatamente a ver su cuerpo bajo las luces de la ciudad.

Le observé detenidamente sentado en su escritorio y tomando un sorbo de café, sin siquiera inspeccionar el color como yo hacía tan tediosamente. Hizo un leve gesto de aprobación con la cabeza después de tomar un sorbo. Entonces sus ojos se clavaron en mí, encontrándose con la mirada involuntaria que yo le dirigía. Me había pillado.

"Mónica, ¿puedes venir aquí, por favor?", preguntó a través de su puerta abierta.

Tragué saliva.

"Mhmm", logré decir, levantándome de la silla de mi escritorio y caminando hacia él. Mi cuerpo estaba nervioso. No sabía si era porque pensaba que me iban a despedir o porque estaba muy cerca de él.

Me quedé en su puerta esperando su próximo movimiento, alisándome la falda negra que había elegido cuidadosamente esta mañana, sin querer admitir que me vestía más para él que para el

trabajo. Los zapatos de tacón negros no eran lo más práctico, pero una vez lo sorprendí mirándome y me gustó llamar su atención. Incluso más que un milisegundo.

"Siéntese, por favor", dijo, señalando el sillón frente a su escritorio.

Hice lo que me dijo.

"Quería decirle que estoy impresionado con su trabajo", dijo, cruzando las manos sobre el escritorio. Mis ojos se posaron brevemente en ellas, recordando cómo se sentían sobre mi piel desnuda. Cómo exploraban sus dedos con avidez. Mis ojos volvieron a posarse en los suyos, como si fuera un lugar más seguro al que mirar.

"Gracias", dije en voz baja.

Se quedó pensativo un momento antes de volver a hablar.

"De ahora en adelante, me gustaría que trabajaras más estrechamente conmigo a diario", dijo con las cejas fruncidas, como si le costara decir las palabras. "Eso, si te parece bien".

Sus ojos verdes, hoy más marinos, me estudiaron detenidamente mientras sus palabras caían sobre mí.

Más estrechamente.

A diario.

Esto era para lo que habías firmado, me recordé a mí misma. Esto era lo que hacía una asistente personal. No te lo tomes como un

cumplido. No lo tomes como algo más de lo que es. Un trabajo.

"Por supuesto", le dije, asintiendo con un gesto tranquilizador que esperaba que no pareciera demasiado ansiosa.

Pero lo estaba.

Maldije mi estómago mientras se agitaba ante la idea de pasar más tiempo con él. Saber más de él. Ver más de su vida. Puse la mano justo debajo del pecho de mi americana, intentando calmar mi estómago traidor.

Por mucho que me hubiera pasado toda la semana pasada evitándole, lo único que realmente quería era estar cerca de él. Era como una tormenta calmada en la que intentaba desesperadamente no dejarme arrastrar, pero era innegable.

"Me alegra oír eso", dijo. Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios perfectos.

¿Por qué esa frase sonaba tan sexy saliendo de su boca? Quería complacerlo de más formas de las que podía contar.

"Bueno, es para lo que me contrataste", dije, un suave recordatorio de que sólo eran negocios.

Un recordatorio para mí. Para él. No lo sabía.

No podía ser la única que sentía esa tensión crepitando entre nosotros, como un fuego que acababa de encenderse.

Me estudió un momento más, la leve sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

"Te contraté para hacerle un favor a Daniel", me recordó.

Touché.

"Pero estás demostrando ser un activo valioso. Aunque sólo lleves menos de una semana", dijo.

"La limpieza en seco puede ser un arte difícil de dominar", dije, maldiciendome de inmediato por dejar escapar de mi boca mi habitual sarcasmo hacia alguien que no me conocía lo suficiente como para tomárselo bien.

Esa misma sonrisa volvió a sus labios, viajando esta vez hasta sus ojos. Dejó escapar una risita y se sentó en su sillón de felpa. Sus ojos verdes bailaron esta vez y no se apartaron de los míos. Era una visión hermosa, y me recordó a la foto de las noticias, tan desprovista de alegría.

Sabía que si tenía que oír esa risa reconocible todos los días o ver esa vaga sonrisa que la mayoría ni siquiera sabría que estaba ahí, entonces esto iba a ser mucho más duro de lo que pensaba. Sobre todo porque sabía lo bien que se sentía cuando le hacía reír. Además de lo bien que me sentía yo haciéndole temblar dentro de mí.

Capítulo 12

Troy

Vi a Mónica salir de mi despacho para escribir unos cuantos borradores de correo electrónico que le había asignado. Llevaba otra vez esos malditos zapatos negros. Los que hacían que sus suaves piernas parecieran medir tres metros bajo otra falda ajustada. Juraba que se los ponía para torturarme. Todo era para torturarme. Las faldas. El escote. La pintura en los labios. El pelo echado hacia atrás para revelar la nuca donde una vez estuvieron mis labios.

Sabía que era engreído pensar que todo era por mí, pero la forma en que me miraba, la forma en que nuestros ojos se cruzaban y ella no retrocedía ante la intensidad que yo sabía que ardía entre mi bosque de pupilas, no podía ser todo en vano.

Dejé que mis ojos se detuvieran más de lo necesario antes de volver a la pantalla de mi ordenador, con las inteligentes palabras de Mónica aún carcomiéndome el cerebro. Era mordaz. Un sarcasmo con el que nadie me había desafiado en mucho tiempo y eso la hacía aún más tentadora. Hacía su boca aún más follable sabiendo que podía aguantar y llamarme la atención.

Concéntrate, Troy, me dije.

Eso fue lo que me dije durante las dos semanas siguientes, mientras pasábamos juntos casi todas las horas del día. Cuando no estábamos trabajando juntos, ella estaba justo enfrente de mi oficina, a la vista de todos. Pensé que con el tiempo me aburriría de esa sensación, pero seguía creciendo en mi interior. Persistente. Irritante. Malditamente irresistible.

La observaba, sentada en su escritorio mientras atendía una llamada entrante. Se llevó el bolígrafo a los labios y recordé cómo los sentía a mi alrededor. Era imposible no empalmarme al recordarlo. Me escuchó atentamente, con sus ojos castaños bailando, mientras apartaba el bolígrafo de sus labios acolchados y empezaba a anotar un mensaje en un post-it rosa.

Para distraerme, abrí el calendario y miré la agenda del día, cuidadosamente marcada con colores, para ver con qué iba a reunirme junto a Mónica. Reuniones y más reuniones, más una reunión a las ocho de la tarde con un inversor en Australia. Me di cuenta de que sería nuestra primera noche juntos en la oficina.

Me pregunté si podríamos tener una cena juntos. Que me acompañara no estaría fuera de lo normal. Todas mis ayudantes anteriores habían sido mi tercer brazo durante el tiempo que pasábamos juntos. Así era el trabajo. No quería que pareciera diferente con Mónica, especialmente bajo la mirada suspicaz de Kathy.

Más aún, sólo quería encontrar un bar en una esquina y pedir una botella de vino para calmar los nervios que bullían en mi interior.

Escribí un mensaje rápido a Mónica en mi ordenador y se lo envié, tratando de que no se notara que la estaba observando de reojo

para ver su reacción a que yo organizara la cena en la agenda de hoy. Oí sonar la campana de mensajes de su ordenador, lo que atrajo sus ojos marrones hacia la pantalla. Decía...

Agenda de hoy

Reunión a las 10 en la sala de conferencias

11 AM Reunión telefónica

12 PM Almuerzo

14 PM Reunión de accionistas

18 PM Cena de negocios en el Ocean Club

20 PM Reunión telefónica con un cliente extranjero

Parece sonreír mientras teclea una respuesta. Un momento después, sonó el timbre de mi notificación. No pude evitar sonreír al leer su mensaje.

“Sabes que tengo acceso a tu agenda, ¿verdad?”.

Levanté la vista y la vi mirándome. Parecía satisfecha de sí misma. Era una confianza que no había visto en ella desde la noche en que me preguntó "...¿en tu casa o en la mía?". Al recordarlo, algo se agitó en mi interior. Asentí con la cabeza y volví a ocuparme de mi ordenador, cuando en realidad intentaba bloquear los recuerdos de sus pechos en mi boca o la forma en que sus piernas me envolvían, atrayéndome más profundamente.

Ella no se opuso a la cena.

Unos minutos antes de las diez, se reunió conmigo fuera de mi despacho y paseamos hasta la sala de conferencias, al otro lado del pasillo. Le hablé del posible inversor y de todo lo que había leído sobre él, desde su historia sentimental hasta su vida adulta, pasando por sus inversiones anteriores.

"¿Cómo sabes todo esto? Parece que lo sabes todo sobre cada uno de los clientes con los que nos reunimos", dijo, enarcando una ceja entre toma y toma de notas.

"Con este tipo de negocios hay que investigar. Hay que conocer su pasado y su presente. Qué les mueve. Es la única forma de ganarse su confianza y, una vez que la tengas, tienes que saber qué les emociona. Invertir no consiste sólo en hacer movimientos inteligentes, sino en actuar según los sentimientos".

Se mordió el labio mientras asimilaba mis palabras, insegura. Tuve que hacer todo lo que pude para no dejarme llevar por mis sentimientos.

"Eso". Le señalé la boca.

"¿Qué?", preguntó, frunciendo las cejas.

"Creí haberte dicho que no hicieras eso".

Sonaba como una demanda idiota, pero era por su propio bien. Por mi propio bien.

Apretó los labios con fuerza y volvió a escribir notas en el bloc de papel amarillo que tenía en las manos, pero vi que la comisura de

sus labios se torcía ligeramente en una sonrisa. No podía permitirme distraerme delante de un posible nuevo cliente. También odiaba la idea de que otro hombre deseara aquella boca perfecta, que hoy estaba cubierta de un brillo rosa.

La reunión fue bien. Firmamos con el cliente. Era un chico joven que había ganado dinero inesperadamente tras la muerte de su tío. Era una historia triste, pero le condujo hasta mí y yo me enriquecí por ello. Mónica desempeñó bien su papel de asistente, escuchando y tomando notas. Para ella era importante ver cómo funcionaban estas cosas. También mostró una simpatía de la que yo no fui capaz cuando el chico habló de la muerte de su tío. Se lo tragó, pero vi cómo sus ojos se desviaban hacia el borde de su blusa. Ya no parecía tan triste.

"Lo has hecho bien ahí dentro", le dije mientras caminábamos de vuelta hacia mi despacho.

"Gracias", respondió ella.

"Creo que lo distrajiste lo suficiente como para que te diera un par de cientos de miles más".

"¿Es eso lo que soy? ¿Una distracción?".

"Puede que lo seas a veces. No a propósito. No te ofendas por ello. Es sólo que no creo que los hombres puedan evitarlo cuando estás cerca".

Juré que vi sus mejillas sonrojarse.

"También fuiste inteligente. Profesional. Gracias". Quería que supiera que no era sólo una cosa bonita para mirar, como yo estaba a punto

de descubrir.

El resto del día se alargó. Saber que había cena y tiempo a solas era como una zanahoria al final del día. Cuando por fin llegó la cena, me senté en la esquina habitual del restaurante y Mónica se sentó lo más lejos posible de mí. Había una tensión palpable entre nosotros en el reservado de cuero negro en forma de U. Observé cómo la camarera miraba atentamente a Mónica. La observé mientras miraba atentamente el menú, como si estuviera estudiando para un examen.

"El bogavante está bueno", sugerí.

"Mmm", dijo sin levantar la vista del menú.

"¿Te apetece vino?".

"Todavía estamos a tiempo", dijo, encontrando finalmente mi mirada y sacudiendo la cabeza.

Me encogí de hombros y le dediqué una sonrisa inocente. "Nos lo merecemos. Ha sido un día largo".

Vi que algo se apoderaba de la duda en su mirada. "Bien". Puso los ojos en blanco.

Le hice señas a la camarera para que no perdiera la oportunidad y pedí una botella de vino blanco y dos raciones de marisco y ternera. Cuando la comida salió chisporroteando en dos grandes platos, ya llevábamos una botella. Supongo que no era la única nerviosa.

Mónica soltó una risita mientras intentaba arrancar la carne de la gigantesca cola de langosta que tenía delante.

"¿Estás borracha?", pregunté con una sonrisa burlona.

"Nunca", respondió ella, incapaz de ocultar su sonrisa.

"Podría hacer que te despidieran por eso".

"No sabrías qué hacer sin mí". Se inclinó hacia mí con una mirada desafiante.

Era lo más cerca que habíamos estado y tuve que contenerme para no agarrarla y besarla. Debió de notarlo porque se apartó y se metió un bocado de langosta en la boca.

"Mmmm", dijo, cerrando los ojos al saborear el bocado mantecoso en la lengua.

Joder. Ya había oído ese sonido antes. ¿Sabía siquiera lo que me había hecho?

Me acerqué y terminé el último sorbo de vino de mi copa, intentando combatir el sofoco que me recorría. La cena había sido una mala idea. El vino había sido una mala idea. Tenía las inhibiciones bajas. Tan jodidamente bajas.

Después de cenar, decidimos volver andando a la oficina, saciados por la sabrosa langosta y el filete y achispados por el chardonnay. El sol ya se había puesto, dejándonos en una neblina púrpura de oscuridad y luces urbanas. No hablamos mucho e intentamos mantener las distancias, pero de vez en cuando ella se acercaba y su brazo rozaba el mío. Seguramente era por el vino.

De vuelta al edificio, las puertas del ascensor se abrieron, dejando ver una oficina vacía. Todo el mundo se había ido a casa, incluida

Kathy, para mi satisfacción. Odiaba sentirme con una niñera, sobre todo delante de Mónica.

Conduje a Mónica por el tenue y silencioso pasillo hasta mi despacho, donde recogió los archivos para la reunión mientras yo me acomodaba en mi mesa. Cogí el teléfono y marqué el número largo de mi cliente en el extranjero, poniéndolo en manos libres. Era casi la hora de comer y parecía ansioso por terminar la reunión para poder irse de descanso. Rápidamente repasamos sus inversiones, que le habían hecho ganar un montón de dinero, dejándole casi sin nada que gastar en su cartera. Fue una llamada exitosa que terminó dejándonos a Mónica y a mí solos en mi oficina sin nada más que hacer por la noche. No estaba listo para que terminara.

"Bueno", dijo vacilante desde su asiento frente a mí. "Supongo que es todo por hoy".

Me di cuenta de que aún no se había levantado, sino que permanecía sentada bajo el cálido resplandor de la lámpara de mi escritorio, jugando con el dobladillo de su falda. Mis ojos se fijaron inmediatamente en las yemas de sus dedos, que recorrían la suavidad de sus muslos contra la tela de tweed.

"Otro éxito en los libros", dije, sin romper su atenta mirada. Las brasas que crepitaban entre nosotros eran en ese momento una llama en toda regla y era imposible que ella no lo sintiera también. Tenía que estar más cerca de ella.

Me levanté de la mesa y caminé hacia donde ella estaba mirando lentamente hacia la puerta, insegura de si debía irse o quedarse. Volvió a mirarme mientras deslizaba la mano por la superficie brillante de mi escritorio, rozando el bolígrafo que estaba peligrosamente cerca del borde y cayó al suelo de mármol.

Ella hizo exactamente lo que yo esperaba y se agachó para recogerlo y yo la seguí, derribando también una pila de papeles. Nuestras manos se rozaron y sentí una corriente que me hizo imposible no tenerla esa noche. Sus ojos se cruzaron lentamente con los míos cuando nos levantamos, agarrando unos cuantos papeles entre los dos y dejando la mayor parte de la pila a nuestros pies. Estaba a escasos centímetros de mí cuando le rodeé la espalda con la mano y la atraje hacia mí, cerrando la brecha que nos separaba.

Capítulo 13

Mónica

Las manos de Troy rodearon mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo macizo y por mucho que lo hubiera estado suplicando prácticamente toda la noche, en ese momento miraba la oficina preguntándome si había sido una buena idea. Estaba vacía. No estaban los ojos vigilantes de la directora de la oficina, que había mostrado un interés especial en mí, en nosotros, durante las dos últimas semanas. No había nadie. Los pasillos estaban a oscuras y el único signo de vida era la lámpara de bronce que brillaba sobre el escritorio de caoba y nuestra respiración agitada que subía y bajaba sincronizada.

Volví a fijarme en sus ojos, salpicados de motas de ámbar por la luz dorada. Parecía como si estuvieran ardiendo. Sentí un calor que me recorría y, aunque las alarmas se encendieron en mi cabeza, no pude evitar dejarme llevar.

Las dos últimas semanas habían sido un infierno para mí. Estar tan cerca de él y no poder tenerlo como la primera noche que nos conocimos. Una rápida mirada suya al otro lado del pasillo. Un simple roce de su mano con la mía. Su voz profunda cuando hablaba

de negocios, segura, poderosa, arrogante. Todo eso me hizo caer en una espiral.

Todas las noches volvía a casa, tensa por intentar contenerme. Intentaba concentrarme en lo único para lo que estaba allí, que era el trabajo. Pero, en esa oficina, sabía que no volvía por el trabajo. O por el dinero. Era por él. Volvía por él. Y cada día, en el taxi de vuelta a casa, me iba sin él. Me iba sin satisfacer mis deseos que prácticamente me comían viva.

Me pasaba las noches en la cama repitiendo cada pequeño momento de cada día. Era como el juego previo, hasta que llegaba al evento principal, que era nuestra noche juntos hacía unas semanas. Contra la ventana. Mis piernas rodeaban su cintura mientras subía y bajaba a lo largo de él, apretando mi cuerpo contra el suyo. En el suelo, junto a su cama, vi cómo se le iban los ojos a la nuca por el poder de mi boca y mi lengua alrededor de su deliciosa polla.

Mi cuerpo se retorcía bajo mi mano mientras pensaba en él. Mi vibrador estaba tan sobrecargado que dejó de funcionar, abandonándome al tacto de mi mano. Me excitaba todas las noches y seguía pensando que sería suficiente para mantener a raya mis necesidades, pero nunca sería tan bueno como el de verdad.

Y aquí estaba. Lo auténtico.

Deslizó una mano por mi espalda hasta rozarme la nuca y me estremecí. Su mano se posó en mi nuca y sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando ligeramente de él para que mi cara mirara hacia la suya. Sus ojos se posaron en mis labios y fue como si todas sus miradas robadas se hubieran amontonado en una sola. Me dejé llevar por el deseo que sentía en su despacho. Un deseo que esperaba que él tuviera, por muy peligroso que fuera.

Dejé que se me cerraran los ojos cuando se inclinó hacia mí y rozó suavemente sus labios con los míos, sintiendo su aliento contra mí. Dejé escapar un gemido e incliné la cara hacia arriba, pidiendo más, juraría que le sentí sonreír contra mis labios. Estaba disfrutando de esta lenta tortura de placer. Yo, en cambio, estaba cansada de esperar.

Mis manos volaron a su nuca, tirando de su pelo, empujándolo hacia mí mientras mi boca se encontraba con la suya hambrienta. No perdí el tiempo, abrí sus labios con la lengua y gemí al saborearlo. Un sabor que echaba de menos. Exploró mi boca con su lengua, resbaladiza y fuerte. Empujé mis caderas hacia él, necesitando estar de algún modo más cerca de lo que estábamos con nuestros cuerpos apretados el uno contra el otro.

Se apartó rápidamente, dejándome con ganas de más. Lo miré confundida, preguntándome si pensaba que era un error. Una minúscula parte de mí deseaba que así fuera. Podríamos parar, ahorrarnos este complicado lío. Pero la mayor parte de mí deseaba que quisiera esto tanto como yo. Le miré, sin aliento, intentando entenderle.

Retrocedió unos pasos hacia la puerta, sin apartar los ojos de los míos.

¿Se iba?

No. No. No, le supliqué mentalmente.

Su mano alcanzó el picaporte de la puerta de su despacho y la cerró. El sonido de la cerradura llenó mis oídos y de repente me ruboricé. Dio un paso lento pero decidido hacia mí con una nueva mirada en sus ojos. Tragué saliva y retrocedí un paso hasta apoyar el trasero en el borde de su escritorio.

Sus manos se acercaron a mis caderas, deslizándose por los costados de mi cuerpo, y sus dedos rozaron mi piel desnuda por debajo de la blusa. Su contacto me cortó la respiración y tuve que forzar la mirada para encontrarme con la suya, sabiendo que estaba a punto de derrumbarme bajo su peso.

"Lo he deseado tanto", dijo con voz ronca.

"¿Lo deseabas?", susurré.

"No actúes como si no lo hubieras notado", dijo, mientras sus manos volvían a recorrer los costados de mi cuerpo. "No actúes como si no me hubieras dejado sin aliento con sólo entrar por mi puerta. O que no se me ha puesto dura imaginando lo que había debajo de estas falditas tan ajustadas".

Tragué saliva cuando sus manos bajaron por mi falda, moviéndola hacia mis caderas antes de que sus dedos rozaran el dobladillo a medio muslo.

"No actúes como si no hubiera querido follarte en cada reunión, en cada llamada, en cada comida de negocios".

Sus palabras bastaron para hacerme estallar en mil pedazos contra el escritorio. Sus manos se movían hacia la parte interior de mi muslo, subiendo peligrosamente cerca de las bragas rojas de encaje que llevaba puestas. Por cortesía de mi nuevo sueldo, me compré unas de *La Perla*, rogándole internamente que algún día las viera. Que pusiera sus manos en ellas.

Entonces las yemas de sus dedos rozaron el suave encaje y mi respiración se entrecortó mientras cerraba los ojos involuntariamente. Sentí que se inclinaba hacia mí, su aliento en mi

cuello mientras movía un dedo contra mí, contra el encaje. Sus labios rozaron mi cuello mientras apartaba el encaje, dándole acceso. Introdujo un dedo en mí con facilidad, mientras mi piel resbaladiza lo rodeaba.

"Parece que tú también lo has deseado", me susurró al oído.

Me estremecí cuando me introdujo un dedo antes de arrodillarse ante mí. Me bajó con cuidado la cremallera de la falda y la deslizó por mis caderas hasta que cayó al suelo. Vi cómo se le abrían los ojos al ver las bragas rojas de encaje que tenía a la altura de los ojos.

"¿Son para mí?", preguntó, mirándome con una sonrisa burlona.

"Todo es para ti", le dije.

Acercó su boca y la sola sensación de su aliento contra mis partes más sensibles casi me llevó al límite. Me bajó las delicadas bragas por las piernas y pronto volvió a acercar su boca a mí coño. Empezó a mover su lengua contra mi clítoris, dándome ligeros golpecitos, yo me estremecía a cada vuelta que daba. Me agarré a su nuca, abriendo las piernas, mientras él saboreaba mi vagina. Gimió en voz baja, haciéndome vibrar la columna vertebral. Sabía exactamente lo que hacía.

Sentí un calor que me recorría el cuerpo y me separaba mientras empezaba a perder el control. Su lengua se deslizó dentro de mí y dejé escapar un gemido. Y otro más. Cada uno más fuerte hasta que el calor estalló en mi cuerpo. Me estremecí al sentirme débil contra el escritorio, agradecida de que estuviera detrás de mí o podría desplomarme.

Troy me miró y sonrió mientras se colocaba frente a mí. Se lamió los labios lentamente, como si estuviera saboreando mi gusto. Era lo más sexy que había visto nunca. Me acerqué a su fuerte pecho y apoyé las palmas de las manos en su fuerza antes de quitarle la chaqueta por los hombros. Le desabroché la camisa y se la quité, dejando al descubierto su abdomen desnudo. Pasé suavemente los dedos por sus músculos ondulados y seguí bajándolos. Pude ver cómo su erección se tensaba contra la tela de sus pantalones.

Busqué el cierre de sus pantalones, lo desabroché y bajé la cremallera hasta que los pantalones cayeron al suelo. Bajé la mano y lo palpé a través de los calzoncillos. Su dura longitud palpitaba contra mi mano. Necesitaba sentirlo desnudo contra mi piel. Sus veinte centímetros. Levanté la mano y tiré de la cintura de sus calzoncillos, tirando de ellos hacia abajo y dejándolo al descubierto. Jadeé ligeramente cuando mis ojos se posaron en él.

Apoyé las palmas de las manos en el escritorio y me levanté para sentarme en la superficie. Sus ojos estaban atentos a cada uno de mis movimientos. El poder que sentía al tenerlo en mis manos me hizo palpitar. Abrí lentamente las piernas y vi cómo se le abrían los ojos cuando me abrí a él. Era suya.

"Joder", susurró, dando un paso hacia mí.

Entonces sus manos se posaron en mi blusa, sin preocuparse por los botones, me la arrancó, dejando al descubierto mis pechos cubiertos de encaje rojo. Sus manos me rodearon los pechos, masajeándolos con una rudeza desesperada que hizo que se me erizaran los pezones. Me bajó el sujetador, dejando al descubierto mis pechos desnudos. Apenas los tomó con la mirada antes de hacerlo con la boca, rodeándolos de su húmedo calor.

Sentí su polla a escasos centímetros de mis deseos. Palpité, sabiendo que estaba tan cerca de llenarme del placer con el que había estado fantaseando. Moví ligeramente las caderas sobre el escritorio hasta que pude sentir su punta contra mi resbaladiza vagina. Sus ojos se clavaron en los míos e hice lo que sabía que sería irresistible para él.

Me mordí el labio inferior, tirando de él lentamente con los dientes superiores.

Dejó escapar un suspiro lento, totalmente incomparable con la rapidez de sus manos, que me agarraban las caderas. Se colocó contra mí y me penetró lentamente. Solté un gemido bajo y eché la cabeza hacia atrás, levantando los pechos hacia su boca ansiosa. Su lengua se arremolinó alrededor de mis pezones mientras se retiraba y volvía a introducirse en mí.

Volví a levantar la cabeza, necesitando ver cada uno de sus movimientos. Cada movimiento de su lengua. Cada centímetro revelándose antes de desaparecer dentro de mí una y otra vez. Su rostro era una mezcla de placer y vulnerabilidad. Era jodidamente hermoso.

Levanté la mano y le agarré la espalda desnuda, clavándole los dedos mientras dejaba que el placer se apoderara de mi cuerpo. Sus movimientos eran más rápidos y me penetraba con una fuerza desenfrenada. Me aferré a él y dejé que me llenara, cada vez con más fuerza. Me apreté contra él cuando sentí que resurgía otro orgasmo.

"Más rápido", le pedí en un susurro sin aliento.

Hizo exactamente lo que le dije, su polla rozándome de una forma que hizo que me temblaran las piernas y aumentara ese calor tan

familiar. Clavé con más fuerza las yemas de los dedos en él mientras se desataba dentro de mí, golpeando mi cuerpo, desesperado por liberarse. Y yo estaba desesperada por liberarme con él. Así lo hice, gritando con todas mis fuerzas mientras él caía sobre mí en el escritorio.

Capítulo 14

Troy

Tiré de Mónica desde el escritorio hasta el suelo de mármol, sin apenas inmutarme hasta que el frío me mordió la piel. Ella se acomodó encima de mí con su cuerpo desnudo pegado al mío, manteniéndome caliente. Apoyó la cabeza en mi pecho y sentí que su respiración empezaba a calmarse, ralentizándose y acompasándose a la mía. Sin embargo, mi corazón seguía acelerado. Aquello era todo lo que había estado deseando desde la noche en que la vi en aquel bar.

La oí soltar un suave suspiro y le llevé la mano al pelo, acariciándole suavemente la cabeza mientras permanecíamos tumbados en silencio. Los mimos no eran lo mío con las mujeres, pero con Mónica era diferente, podía quedarse toda la noche entre mis brazos. El olor a jazmín y a sudor llenaba el aire. Lo aspiré, recordando lo desesperado que estaba intentando olvidarla el día que se fue de mi apartamento.

A pesar de que mi cuerpo estaba completamente destrozado, podría haber dado un par de vueltas más. Sencillamente, no podía saciarme de aquella mujer. ¿Habría estado llevando esas piezas de lencería sexy puestas todo este tiempo? solo pensarlo, hizo que me

arrepintiera de no haberlo descubierto antes. Me preguntaba qué otras prendas tendría en su colección para enseñarme.

Le daría un aumento para que añadiera más.

Si eso lo podía tener cada día, entonces no habría forma de mantenerme alejado de ella.

Y no tenía planes de hacerlo. A la mierda las amenazas de mi padre. Quería que esto entre nosotros siguiera adelante. No quería que fuera cosa de una o dos veces. Quería que esto sucediera una y otra vez, tanto como yo quisiera. El hecho de que fuera mi asistente personal me facilitaba las cosas por el tiempo que pasábamos juntos, pero también me hacía tener cuidado con los espías de mi padre. Sin embargo, ya me había salido con la mía antes. Podría volver a hacerlo.

"¿En qué estás pensando?", preguntó Mónica, apoyando la barbilla en el codo mientras me miraba.

"En que no sé cómo alejarme de ti".

"¿Quieres hacerlo?".

“No”.

"Mmm", dijo. Volviendo a acomodarse en mi pecho.

"¿En qué estás pensando?", le pregunté.

"Estaba pensando lo mismo". Se rió suavemente.

Deslicé mis manos por su suave espalda y la subí por mi cuerpo, de modo que su hermoso rostro se cernía sobre el mío. Puse las palmas de las manos en cada una de sus mejillas y acerqué su cara a la mía. Entonces sentí su lengua deslizarse lentamente por mis labios, haciéndome revivir de nuevo contra su vientre desnudo. Se apartó y me miró con una sonrisa perezosa, sabiendo exactamente lo que hacía al sentir cómo me ponía duro contra ella.

"Eres implacable", dije, mordisqueando suavemente sus labios con los dientes.

Soltó una risita antes de sentarse, balanceando las piernas a ambos lados de mí. Me apoyé en los codos y vi cómo se deslizaba, su cuerpo ondulando. Nada se interponía en mi camino hacia su interior. Seguía apretándose contra mí, con los ojos fijos en los míos y una sonrisa en los labios. Era una sonrisa de control. De poder. De saber que me tenía exactamente donde quería. Estaba durísimo. Dejé que se saliera con la suya, haciendo todo lo posible por no perder el control mientras me provocaba.

Sentí que se volvía resbaladiza y que le resultaba más fácil deslizarse por mi pene. Bajó los dedos y los frotó contra su clítoris con movimientos lentos y circulares, siguiendo el ritmo de su cuerpo contra el mío. Soltó un gemido bajo y eso casi me puso al borde del abismo. Agarré sus caderas y la levanté, incapaz de aguantar más. Necesitaba estar dentro de ella. Sentirla.

De repente, se encendió una luz en el pasillo y oímos cerrarse una puerta. Ella se zafó de mí rápidamente.

"Dios mío", susurró, arrastrándose hacia su ropa que yacía junto a mi escritorio.

"Mierda", susurré yo.

¿Quién demonios estaba aquí a estas horas? Tenían que ser casi las once de la noche.

Agarré nuestras ropas y su mano y tiré de ella detrás de mi escritorio, fuera de la vista de las ventanas de mi despacho, donde había dejado imprudentemente las persianas subidas. Afortunadamente, la puerta estaba cerrada con llave, pero cualquiera podía ver el interior. Mi corazón se aceleró mientras apoyábamos la espalda en los cajones de mi escritorio.

"¿Quién es?", susurró ella, con los ojos muy abiertos mientras se tapaba los pechos con un brazo.

Sus pechos perfectos.

De repente me cabreó que alguien nos hubiera interrumpido cuando estaba dispuesta a tenerla de nuevo en la boca. Mis ojos se detuvieron en la carne cremosa que su antebrazo no podía cubrir por completo. Podía ver el rosa de sus pezones asomando.

"Troy", susurró con fuerza. "Concéntrate".

Solté una suave carcajada. "Lo siento. No puedo evitarlo".

Mordisqueó una sonrisa, pero la preocupación seguía en sus ojos.

"¿Quién es?", volvió a preguntar.

"Probablemente seguridad o el equipo de noche", dije. “Iré a ver”.

Empecé a levantarme de detrás del escritorio.

"¡Troy!", dijo, tirando de mí hacia atrás. "Estás desnudo".

Soltó una pequeña carcajada mientras recogía mi ropa y me la ponía detrás del escritorio. Noté sus ojos clavados en mi erección que no había vuelto a dormirse. Ella lo deseaba tanto como yo. Maldito fuera quien fuera. Me pregunté si podría echarlos para que pudiéramos terminar.

Me levanté de detrás de la mesa, ya completamente vestido y me llevé el dedo a la boca como para decirle que se callara. Me acerqué a la puerta de mi despacho, la abrí y asomé la cabeza por el pasillo iluminado. No vi a nadie.

"¿Hola?", grité.

No hubo respuesta.

Salí de mi despacho y cerré la puerta tras de mí. Oí movimiento al final del pasillo y caminé hacia él. Contuve la respiración esperando ver quién era. Respiré aliviado cuando vi a uno de los chicos del equipo nocturno de limpieza enchufando una aspiradora. Llevaba los auriculares puestos y oía la música a todo volumen. No se había fijado en mí y lo más probable es que no hubiera oído nada. Si acababa de empezar su turno, esta era la primera habitación que limpiaba. Ni siquiera había recorrido el pasillo hacia mi despacho.

Me deslicé por el pasillo y entré en mi despacho. Me decepcionó ver a Mónica subiéndose la cremallera de la falda, yo esperara ir a por el segundo asalto, pero ya no estábamos solos en el edificio. Llevaba la blusa suelta, con los botones arrancados por mi impaciencia. Se miró el pecho y luego me miró a mí, negando con la cabeza.

"Lo siento", dije.

"Bueno, ¿quién era?", preguntó mirando hacia la puerta mientras se abrochaba la blusa.

"Equipo de noche", dije, quitándome la chaqueta y dándosela. “Toma”.

"¿Sabe que estamos aquí? ¿Nos ha visto? ¿O nos ha oído?". Había preocupación en sus ojos cuando se puso mi chaqueta sobre los hombros.

"No. Tiene los auriculares puestos y aún no ha llegado al pasillo. Es difícil oír incluso tus gritos con Metallica a todo volumen".

Las mejillas de Mónica se sonrojaron, pero pareció relajarse y sus hombros se apartaron de sus oídos. Estuvo cerca. Aunque estaba seguro de que podría haber pagado al tipo, era mejor que fuera un secreto.

Todo esto tenía que ser un secreto, que aún no estaba seguro de cómo contarle a Mónica. Fuera lo que fuera. Sabía que no quería que se detuviera, pero también conocía los riesgos de que nos descubrieran. Eran mucho mayores que su simple despido, por lo que me sentiría mal, pero perder mi bufete sería aún peor. Si mi padre se enteraba de esto, arruinaría esta última oportunidad con él. Se abalanzaría sobre mí y se haría con el control de la empresa que yo había construido, mientras me decía: "Te lo dije". No podía soportar eso. Más que nada, quería demostrarle que estaba equivocado, mientras hacía todo a sus espaldas para demostrarle que tenía razón.

Quería tener mi pastel y comérmelo también.

Y Mónica estaba deliciosa.

Pero tampoco quería compartir todo eso con Mónica. Todavía no nos conocíamos tan bien, aparte de cada centímetro del cuerpo del otro y de nuestras prácticas empresariales. No sabía lo que ella buscaba, si una relación o sólo sexo. Lo primero no podía dárselo. Lo segundo sí.

Mis anteriores asistentes personales querían más de mí. Querían hacerlo público. Querían ser mi novia. Querían que las amara. Querían ser mis únicas. Nunca pude darles eso. Esperaba que Mónica fuera diferente. Que esto podría ser tan simple como sexo realmente genial. Sexo discreto, realmente genial.

"Deberíamos irnos", dije con cierta reticencia.

Ella asintió. Me ayudó a ordenar mi escritorio para que no pareciera que acabábamos de tener sexo encima. Miré hacia el pasillo. Oía pasar la aspiradora unas puertas más abajo. Le hice un gesto a Mónica para que me siguiera y salí al pasillo. Había algo excitante en andar a escondidas así. Tan excitante que quería invitarla a mi casa para terminar lo que habíamos empezado en el suelo de mi despacho.

Pero primero teníamos que salir de allí.

Tiré de ella con rapidez y corrimos hacia los ascensores, conteniendo la respiración, como si el tipo pudiera oírnos. Atravesamos las puertas abiertas del ascensor y, cuando se cerraron, nos reímos a carcajadas. Me pasé la mano por el pelo y sacudí la cabeza mientras la miraba. Tenía el pelo revuelto y nadaba en mi chaqueta.

"Hostia puta", dije.

"Vamos a tener que tener más cuidado", dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Dejé de reírme y la miré, intentando ocultar mi sorpresa. Quería continuar con lo que fuera. No era la única que quería mantener la discreción. Sentí que me tranquilizaba. Esto podría funcionar.

"No tenemos que tener cuidado en mi casa", dije, dando un paso hacia ella.

Puse las manos a ambos lados de ella en la barandilla del ascensor. Me miró con sus familiares ojos color caramelo, los mismos que se le habían quedado en mi nuca hacía menos de una hora cuando se corrió en mi boca. Aún podía saborearla.

"¿Ahora?", preguntó con la respiración entrecortada.

Asentí lentamente.

Se quedó pensativa, mirando al suelo.

¿Me había equivocado al decir que quería esto? Fruncí el ceño tratando de entenderla.

"Pero mañana trabajo...", dijo.

Vi cómo se le dibujaba una sonrisa en la boca. Me estaba tomando el pelo.

"Creo que a tu jefe le parecerá bien que llegues tarde", le dije.

"Qué suerte la mía".

Se puso de puntillas y me dio un suave beso en los labios, separándose justo antes de que se abrieran las puertas del ascensor.

Capítulo 15

Mónica

Salí del edificio de Troy con la misma falda de ayer y la camisa blanca que me había prestado. Nadie en la recepción pareció inmutarse cuando salí por las puertas de cristal hacia la acera. Me habían visto lo suficiente en las últimas semanas como para saber que era su ayudante. Por suerte, la recepcionista y el portero eran distintos de los que nos habían dejado entrar la noche anterior. Por lo que sabían, teníamos una reunión nocturna o de madrugada.

En la acera, miré hacia el edificio de cristal como si, de alguna manera, pudiera ver a Troy, que probablemente seguía en la cama donde lo dejé desnudo entre las sábanas. Sacudí la cabeza y solté una suave carcajada, dándome cuenta de lo mal que lo había pasado. Era ridículo.

Me acerqué a la acera y levanté la mano para llamar a un taxi. Me senté en el asiento trasero, le di mi dirección al conductor y recosté la cabeza en el asiento. Cerré los ojos y no pude resistir la sonrisa que se dibujó en mi rostro.

Todo lo de anoche había sido inesperado, pero de la mejor manera. Además de que casi nos atrapa el equipo nocturno. Pero al final, el destino me llevó de vuelta al apartamento de Troy, donde pasamos el resto de la noche enredados el uno en el otro. Me preguntaba si habíamos dormido. Tal vez había soñado algo, pero la forma en que mi cuerpo se sentía me convenció de que nada de eso era un sueño.

Un poco dolorido. Mayormente satisfecho. Pidiendo más.

No pude evitar sentir vértigo al saber que lo vería en una hora. Podría haberme quedado dormida, estaba tan agusto entre sus brazos que casi me duermo de nuevo. Su respiración constante era como una máquina con un sonido que me adormecía. Su cuerpo desnudo, en cambio, era como un despertador sonando en mis oídos.

Me obligué a salir de la cama, incluso después de que me cogiera de la mano y me metiera dentro. No quería llegar tarde, aunque sabía que podría haberme salido con la mía. No me parecía bien abusar de la relación, o lo que fuera, con mi jefe. Quería seguir siendo profesional, aunque no había nada profesional entre nosotros.

No había nada profesional en la forma en que saboreaba sus dedos después de haber estado dentro de mí, sus ojos penetrantes observando mi reacción mientras mi boca se abría. Dios, era sexy. Me retorcí ligeramente en el asiento trasero del taxi al pensarlo. Abrí los ojos de golpe y me incorporé, intentando controlarme.

Cuando llegué a mi pequeño apartamento, que probablemente tenía el tamaño de la habitación de Troy, abrí la ducha. Bajo el agua caliente, eliminé el olor de su colonia y su sudor salado. Pero no pude borrar los lugares donde me había tocado. Sus manos y su boca habían dejado huellas permanentes e invisibles por toda mi piel. Dudaba que alguna vez pudiera dejar de sentirla.

Dudaba que alguna vez no quisiera sentirla.

Salí de la ducha y me preparé un café envuelta en una toalla. Tenía el pelo mojado y me colgaba de los hombros. No tuve tiempo de secármelo, pero estaba bien. Si tuviera que elegir entre pasar más tiempo en la cama de Troy o conseguir un secador, volvería a elegir lo primero.

Mi teléfono sonó en la encimera a mi lado mientras esperaba a que terminara de prepararme el café. Cogí el teléfono y sonreí al ver el nombre de Troy en la pantalla.

Troy: *Probablemente voy a llegar tarde hoy.*

Yo: *Tsk Tsk. Qué poco profesional.*

Troy: *No es culpa mía. Alguien me ha tenido despierto toda la noche.*

Yo: *Hmm. Me pregunto quién podría ser.*

Troy: *Quiero verte.*

Volví a leer las palabras y miré la toalla de felpa rosa. No era *La Perla*, pero tendría que servir. Levanté el teléfono y saqué una foto, esperando que le pareciera sexy mi pelo mojado y sin maquillaje. Le di a enviar.

Troy: *Joder. ¿Puedes volver aquí?*

Yo: *Abajo, chico. ¿Sigues en la cama?*

Troy: *Parece que no puedo salir de ella. ¿Estás segura de que no puedes volver? Da parte de enfermedad a tu jefe. De hecho, creo que él también está enfermo. Tose, tose.*

Yo: *Mi jefe tiene una reunión muy importante dentro de dos horas. No puede faltar.*

Miré los tres puntos rebotando en el teléfono.

Troy:*Me levanto. Estoy despierto. Dios, se me había olvidado.*

Yo: *¿Qué harías sin mí?*

Troy: *Dormir más.*

Me reí antes de teclear una respuesta: *Hasta pronto.*

Me serví una taza de café y llevé la humeante taza a mi cuarto de baño para terminar de arreglarme. Me apliqué lo básico. Corrector, colorete, máscara de pestañas. Luego me recogí el pelo mojado en un moño bajo. En el armario, elegí un conjunto blanco a juego de *La Perla* y me puse el traje de falda crema de mi primer día de trabajo. Satisfecha con lo que veía en el espejo, me bebí lo que quedaba de café y bajé a coger un taxi para ir al trabajo.

Unos minutos después de las nueve, llegué con un Americano helado en la mano, sorprendida de no haber llegado más tarde. Kathy me saludó con una pequeña inclinación de cabeza cuando pasé junto a ella y, por alguna razón, sentí que sabía por qué había llegado tarde. Sabía que estaba paranoica. Levanté la vista y vi las cámaras de seguridad que tan felizmente había ignorado la noche anterior y tragué saliva. Tendría que preguntarle a Troy por ellas.

Entré en su despacho y dejé el café en el posavasos. Miré rápidamente a mi alrededor para asegurarme de que no había ninguna prueba de la noche anterior, pero no había nada más que los recuerdos en mi cabeza. Pasé la mano por el acabado brillante de su escritorio, mordiéndome el labio.

Era como si pudiera oír sus gemidos en mis oídos. Sentía sus dedos explorando ansiosamente.

"Buenos días, Mónica", dijo Kathy, sacándome de mis pensamientos. Mis mejillas se encendieron cuando me di la vuelta y la encontré de pie en la puerta mirándome con curiosidad.

"Buenos días, Kathy", dije. "Vengo a traerle el café a Troy".

"Veo que llega tarde. Otra vez".

"Mmm".

"Gran reunión hoy", dijo, golpeando sus nudillos en la puerta antes de salir de ella.

Solté un suspiro que no sabía que había estado conteniendo y la seguí hasta la puerta, tomando asiento en mi escritorio. Abrí mis correos electrónicos y encontré uno de Troy con su habitual lista de cosas que hacer para el día. Busqué una insinuación o una firma coqueta, pero no había ninguna. Me sentí estúpida por la decepción que tiró de mi corazón. Pero entonces me di cuenta de que probablemente nuestros correos estaban controlados. Sólo estaba siendo inteligente. Al fin y al cabo, era un hombre de negocios.

Un hombre de negocios que ya había hecho esto antes con otra asistente personal, si no con más de una, me recordé a mí misma.

La idea me corroía con fastidio. Sacudí ligeramente la cabeza mientras intentaba convencerme de que no era como las demás. ¿Pero no era eso lo que se decían todas las chicas? No podía evitar creerlo. Nuestra química. La forma en que nuestros cuerpos se movían como uno solo. Era demasiado bueno para que tuviera que ser algo más que otra asistente personal de paso.

Unos minutos más tarde, Troy entró en su despacho y sentí que el estómago me daba un vuelco. Había llegado antes de lo que esperaba. Me senté más recta en la silla y fingí no darme cuenta, pero sentí sus ojos clavados en mí. No me atreví a levantar la vista, pensando que podría arder espontáneamente allí mismo por el calor de su mirada.

Mi teléfono sonó en el escritorio.

Troy: *Jugando tímida, ¿verdad?*

Me mordí una sonrisa y escribí una respuesta rápida.

Yo: *Estoy trabajando. Ya sabes, es algo que la gente hace a veces cuando no duerme hasta tarde.*

Troy: *Eres una peleona.*

Yo: *No tienes ni idea.*

Troy: *Creo que sí después de lo de anoche. Y esta mañana.*

Me hundí un poco más en la silla, usando el ordenador como forma de tapar el ardor de mis mejillas que coincidía con el calor que subía por mi cuerpo. Juré que le había oído reírse desde su despacho.

Esto es diferente, me dije.

Y seguí repitiéndomelo durante las dos semanas siguientes, mientras pasábamos juntos prácticamente todas las horas que estábamos despiertos. Iba donde él me necesitaba, por negocios o por placer. No me importaba estar a su entera disposición. Ese era el trabajo. El resto era sólo una ventaja.

Apenas había más recados serviles. Había ido a la tintorería quizás una vez. No tenía que seguir a ningún cliente imaginario intentando conseguir una firma para un documento inventado. Troy me quería con él y yo quería que él quisiera eso. Porque yo quería estar con él. Lo ansiaba. Casi me obsesionaba.

Fuimos a almuerzos largos y caros y nos dimos un capricho con champán, con cuidado de mantener las distancias por si alguien nos veía. Pero bajo la mesa, siempre encontrábamos la forma de tocarnos, ya fuera con mi tobillo deslizándose por su pierna o con mi mano rozando su muslo. Era emocionante fingir, cuando la sensación de su tacto hacía que me sintiera tan deseada.

Nuestros viajes en coche juntos eran menos comedidos por la de intimidad que encontrábamos en el asiento trasero de un taxi. Su mano no se limitaba a rozarme el muslo. En lugar de eso, sus dedos recorrían mi pierna hasta llegar a lo que más buscaba. Le gustaba tocar lo que llevaba puesto, sabiendo que me lo quitaría más tarde. Por eso ya no me ponía pantalones y a veces ni siquiera llevaba nada debajo. Normalmente, esos días no volvíamos a la oficina.

Trabajábamos hasta tarde en su oficina, trabajábamos de verdad. No estábamos teniendo sexo todo el tiempo. Teníamos trabajo que hacer. Además, no queríamos arriesgarnos a que nos pillaran, estuvimos muy cerca la última vez con el equipo nocturno.

Pero concentrarse en el trabajo era difícil. A menudo encontraba su mirada en mi boca o en mi escote y el calor de su mirada era suficiente para derretirme allí mismo. Por eso, la mayoría de las noches acababa en su casa para encontrar la liberación que ansiaba después de un día de juegos preliminares. Nadie se inmutaba si me presentaba en su apartamento a las diez de la noche para llevarle un informe. Y el cambio de turno hacía que el turno de mañana no se enterara de nada.

Era casi perfecto, excepto por la parte en la que dudaba que yo fuera algo más que su juguete. Peor aún, que me pagaran por serlo. A veces me avergonzaba. A pesar de lo divertido que era andar a escondidas, una parte de mí se sentía sucia. Si alguien se enteraba de lo nuestro, sería un caos. Perdería mi trabajo, perdería al hombre y perdería mi dignidad. Pero no podía parar.

Las sensaciones que tenía cuando estaba con él, ya fuera a su lado en una reunión escuchando su voz autoritaria tomar decisiones y exigir, o en su cama mientras se cernía sobre mí, besándome el cuello y la clavícula antes de tomarme por completo, eran demasiado buenas para dejarlas escapar.

Era como si una de mis novelas hubiera cobrado vida, yo estaba experimentando lo que se siente al ser completamente consumida por alguien. No era de extrañar que los lectores devoraran esos libros. Era algo que deseaban desesperadamente. No sabía que ese sentimiento pudiera existir fuera de las páginas de un libro. Y era algo que en ese momento me estaba dominando.

Capítulo 16

Troy

Oí la estruendosa voz de mi padre por el pasillo y sentí un nudo de espanto en el fondo del estómago mientras me hundía en la silla de mi escritorio. Oír la risa maníaca de Kathy, tan forzada que me erizaba la piel, no ayudaba. Venían hacia mí. Me pregunté qué hacía aquí sin avisar.

Cuando oí sus voces y pasos acercándose a mi puerta, levanté la vista e intenté captar la mirada de Mónica que seguía la conmoción cercana. Ella no tenía ni idea de lo que se avecinaba y yo no había tenido tiempo de avisarla.

Cuando mi padre venía a la oficina, la gente hacía cualquier cosa para hacerse notar, ya fuera reírse de cualquier chiste de mal gusto que contara o hablar muy alto por teléfono para que pareciera que estaban en una llamada muy importante. Fingía estar impresionado, pero en el fondo juzgaba a cada persona. Lo más probable es que ella fuera su próxima víctima, ya que estaba sentada frente a mí con el flamante vestido que le había enviado a su apartamento. Lo compré porque sabía que el color complementaría su cabello oscuro, pero también porque me imaginaba quitándoselo.

"Ah, tú debes de ser la última víctima de mi hijo". Mi padre se aclaró la garganta antes de soltar una risita. "Quiero decir asistente personal".

Vi que me daba la espalda mientras se alzaba sobre el escritorio de Mónica. Ella se levantó de su silla y le tendió la mano, dedicándole una cálida sonrisa que no era más que genuina.

"Usted debe de ser el padre de Troy, señor Gunner. Es un placer conocerle. Soy Mónica".

Mi padre le cogió la mano y se la estrechó como hacía con cualquier mujer, como si fuera a romperlas.

"Menudo apretón tienes", dijo mi padre, mirando sus manos.

Mordí una sonrisa, sabiendo que Mónica no iba a comportarse como una mujer débil a su lado. Salí de mi despacho, en parte para salvarla a ella, pero en parte para salvarme a mí mismo de ver aquel incómodo encuentro. Probablemente sólo era incómodo para mí ver a mi padre conocer a la mujer con la que me acostaba en secreto.

"Hola, papá", dije, poniendo mi mano en su espalda.

"Troy". Me hizo un gesto con la cabeza. "Estaba conociendo a tu nueva asistente".

"Ah, sí, ya lo veo. Acompáñame a mi despacho y cuéntame por qué nos has honrado hoy con tu presencia".

Se despidio de Mónica con una suave inclinación de cabeza antes de seguirme a mi despacho, cerré la puerta para tener intimidad.

"Es muy guapa", dijo, tomando asiento.

“¿Lo es?”, pregunté encogiéndome de hombros y sentándome en mi escritorio.

"No te hagas el tímido conmigo, chico".

"Papá, es mi ayudante. Nada más".

"Bien. Ya sabes lo que está en juego".

Como si no me lo recordara cada vez que hablábamos. Pero, ¿realmente podía enojarme? Estaba haciendo exactamente lo que él esperaba de mí, acostarme con otra asistente personal, pero me repetía una y otra vez que esta vez era diferente. ¿Diferente cómo? No lo sabía, pero no podía admitirlo ante mi padre.

"¿Por qué estás aquí, papá? ¿Es sólo para ver cómo estoy? ¿No tienes a Kathy para eso?". Me costó mucho no poner los ojos en blanco.

"Hoy es el cumpleaños de tu tía...".

"Por supuesto", dije, completamente desprevenido.

"Esta noche damos una fiesta en el norte del estado...". Me miró expectante, como si fuera algo que yo debiera saber. No estaba en mi calendario.

"Lo sé. Allí estaré", dije mientras hacía una nota mental para que Mónica encargara un regalo.

"Bien". Se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta, saludando con la mano sin mirar atrás mientras abría y salía.

Sabía que no había venido hasta aquí para invitarme o recordarme la fiesta de mi tía. Había venido para ver cómo iban las cosas, recibir el informe habitual de Kathy y probablemente juzgar cada una de mis decisiones. Era algo mensual a lo que ya me había acostumbrado. Sin embargo, con Mónica aquí, me sentía más irritado que de costumbre. Vergonzoso. Tenía casi cuarenta años y papá seguía controlándome.

Cuando me aseguré de que se había ido, me acerqué a la mesa de Mónica y tamborileé despreocupadamente con los dedos sobre su escritorio. Ella levantó la vista y me dedicó una pequeña sonrisa mientras seguía escribiendo en el teclado.

"Lo siento", susurré.

"¿Por qué?", preguntó.

"Por mi padre". Puse los ojos en blanco.

"Oh, era inofensivo".

Ella no lo sabía.

"Necesito que hagas algo por mí".

"Cualquier cosa", susurró y una sonrisa sexy cruzó sus labios, haciéndome querer tomarla en ese mismo momento.

"Joder".

Soltó una carcajada y la ahogó rápidamente con las manos mientras miraba alrededor de la oficina. Nadie la había oído.

"¿Qué necesitas?", preguntó con seriedad.

"Necesito que encargues un regalo en Bloomingdales que pueda recoger después del trabajo".

"De acuerdo. ¿Algo en particular?".

"Algo que le guste a una mujer de setenta años", dije encogiéndome de hombros.

Me miró con curiosidad.

"Es para mi tía. Su fiesta de cumpleaños es esta noche".

Tuve la tentación de invitar a Mónica, pero lo pensé mejor. Era un acto familiar, no de trabajo. Estaría fuera de lugar y mi padre se daría cuenta de nuestra farsa. Además, con un poco de champán no había garantías de que pudiera apartar los ojos o las manos de ella.

"Estoy en ello", dijo.

"Gracias". Golpeé la superficie de su escritorio antes de volver a mi despacho.

Más tarde, esa misma noche, llegué a casa de mis padres, que era más una finca que una casa, con una caja envuelta para regalo que contenía un jersey de cachemira. Llamé al timbre y los camareros me hicieron pasar al interior, donde se llevaron la chaqueta y el regalo. La gran sala de estar, donde mis padres organizaban la

mayoría de sus fiestas, emitía música de jazz. Seguí la música errática y encontré la sala llena de familiares y amigos íntimos.

Vi a mi madre en la larga mesa del bufé, inspeccionando los aperitivos para asegurarse de que todo estaba a su gusto. Mi padre estaba en el centro de la sala contando algún tipo de historia animada con su habitual voz atronadora. Decidí saludar primero a mi madre, dándole un abrazo y dos besos rápidos en cada mejilla.

"Troy, cariño. Me alegro mucho de que hayas podido venir", me dijo con una sonrisa radiante.

"No me lo perdería".

Aunque casi lo había hecho.

Observé cómo los ojos de mi madre se desviaban hacia el bar que había al fondo de la sala, junto a las puertas abiertas. Había un brillo en ellos que no sabía muy bien cómo interpretar.

"¿Por qué no vas a tomar algo?". Señaló el bar con un gesto de la cabeza.

Seguí su mirada y vi el pelo rubio y el cuerpo esbelto de mi ex mujer. Estaba flirteando descaradamente con el camarero, que se lo estaba creyendo, como todo el mundo. ¿Quién podía culparla? Era una modelo de Sports Illustrated.

"¿Qué hace Verónica aquí?", pregunté, lanzando una mirada a mi madre.

"Oh, cariño. Es como de la familia".

"No. En realidad no, mamá".

"Oh, calla. Sólo ves maldad. No querrás ser grosero".

Apreté los dedos y me acerqué a la barra, donde Verónica estaba bebiendo champán con un vestido negro sin espalda. Tenía buen aspecto. De eso no cabía duda. Pero no sentía nada por ella. Me preguntaba si alguna vez lo había sentido.

Éramos jóvenes cuando nos conocimos. Yo estaba encaprichado de ella y ella de la riqueza de mi familia. Nos casamos a los tres meses de conocernos, en un viaje improvisado a Las Vegas. Demasiadas botellas de champán y sexo temerario en un rincón privado de un casino acabaron en una capilla de bodas.

Intentamos que funcionara, pero al final no fue así. Éramos demasiado diferentes. Ella quería ser el centro de atención y yo quería que me tomaran en serio como hombre de negocios. Yo pedí el divorcio, ella no quería. Mi familia tampoco. Probablemente no querían que un divorcio empañara su excelente reputación. A pesar de haberse divorciado hacía años, Verónica no lo dejaba pasar. Intentaba volver a mi vida como podía.

"Hola, Verónica", murmuré, sin apenas mirarla, mientras le hacía señas al camarero. "Tomaré un whisky solo".

"Troy", dijo, con voz cantarina. "Me preguntaba cuándo aparecerías".

"Y aquí estaba yo, sin saber si aparecías".

Cogí el whisky del camarero y di un largo sorbo.

"Oh, no seas así", ronroneó, poniéndome la mano en el brazo.

"No sabía que tú y mi tía fuerais tan amigas", dije con sarcasmo antes de terminar mi copa y levantar la mano para pedir otra.

"Eres un amargado", dijo cruzándose de brazos y haciendo un mohín.

"Voy a buscar a mi tía". Tomé mi copa y crucé la habitación.

Encontré a la tía Gertrude sentada en un adornado sillón de flores y sosteniendo un plato de aperitivos mientras miraba la habitación con regocijo. Mi corazón se descongeló un poco después de mi encuentro con Verónica y le di un fuerte abrazo. Se merecía ser feliz en su cumpleaños y tanto si la fiesta era para ella como si era una excusa para que mis padres la agasajaran, parecía feliz.

"¿Has venido solo?", preguntó, mirando la habitación con decepción.

"Me temo que sí". Me encogí de hombros.

"Oh, Troy. ¿Cuándo vas a centrarte?", preguntó, dándome una palmadita en la mano mientras me arrodillaba en el suelo a su lado.

Me vino a la mente Mónica, pero me apresuré a ahuyentarla.

"Algún día", le aseguré, me levanté para darle un beso rápido en la mejilla.

Busqué a mi hermana por toda la habitación. Sería la única que entendería mi enfado por el hecho de que invitaran a mi ex mujer, pero no había ni rastro de Erica. Fruncí un poco el ceño mientras me abría paso con cuidado entre la multitud. A lo mejor estaba en su antigua habitación. Subí las escaleras y recorrí el conocido pasillo.

Abrí la puerta y me decepcionó ver que la habitación estaba vacía. Me giré para salir y me encontré cara a cara con Verónica, que tenía una copa de champán en una mano y un vaso de whisky en la otra.

"Me imaginé que necesitabas otra copa", me dijo con una sonrisa tímida, empujándome hacia el interior de la habitación. Cerró la puerta con el pie.

"Estoy bien", le dije.

Dejó las bebidas en una cómoda cercana y me rodeó el cuello con los brazos. No pude evitar que mis ojos se desviaran exactamente hacia donde ella quería, por el profundo corte de su vestido. Mis ojos volvieron a los suyos y negué con la cabeza.

"No vamos a hacer esto". Quité sus brazos de mi cuello y di un paso atrás.

"Creo que una parte de ti quiere hacerlo", susurró mientras alzaba la mano y desataba la fina tira que sujetaba su vestido en la nuca.

El vestido le cayó hasta la cintura, dejando al descubierto sus pechos cremosos y voluminosos. Tragué saliva mientras intentaba mantener la cabeza por encima del whisky que había bebido. Me acerqué a la cama, cogí una manta y se la lancé.

"Tápate y vete", le dije bruscamente.

Me miró durante un largo rato.

"¿Quién es?", preguntó, apretando la manta contra sí.

"No hay nadie. ¿Tan difícil es creer que prefiera estar solo a liarme contigo?".

Su boca se abrió ligeramente cuando la empujé, abriendo la puerta y dejándola en la habitación de mi hermana. Bajé rápidamente las escaleras hacia donde estaba el resto de la fiesta, deseando largarme de allí. Lo único que quería era llamar a Mónica. Pero vi que mi madre sacaba una tarta de cumpleaños mientras mi hermana encendía con cuidado las docenas de velas que la adornaban. No podía irme en ese momento. Estaba atrapado.

Capítulo 17

Mónica

Me presenté temprano en la oficina con el café de Troy en la mano. A pesar de sentirme decepcionada por no saber nada de él la noche anterior, aún tenía que poner cara de felicidad y ser su ayudante. Hacía tiempo que no pasábamos una noche separados y me había prometido que me llamaría después de la fiesta de su tía. Intenté no dejar que mis inseguridades se apoderaran de mí, especialmente si él estaba en una fiesta familiar. Pero él era Troy. El hombre más guapo que jamás había visto y era un maldito multimillonario. Todo el mundo lo quería. Todavía no estaba segura de por qué me quería.

Tal vez era porque yo era de fácil acceso para él, dado mi trabajo como su asistente. Pasábamos mucho tiempo juntos, lo que le facilitaba conseguir lo que quisiera de mí. Pero no lo odiaba. Lo deseaba con la misma intensidad. No tenía suficiente. Era fácil saber que podíamos estar juntos todos los días, ya fuera en su casa o en una habitación privada. Eso era algo que habíamos acordado hacía unos días en Bloomingdales mientras él se probaba trajes. Fue increíblemente arriesgado, pero alucinante. Tuve que hacer todo lo que estaba en mí para no gritar en su mano mientras me tapaba la boca intentando mantener mis gemidos a raya.

Mientras subía en el ascensor hasta mi planta, me preguntaba si me acostumbraría a compartimentar mis sentimientos. Saber cuándo apagarlos o rebajar mis expectativas. Comprobé mi reflejo en el espejo de la pared del ascensor, arreglando el pintalabios rojo que me había aplicado para que hiciera juego con la lencería de malla de tiras que llevaba debajo del vestido negro que Troy me había comprado aquel día en Bloomingdales. Sonó el timbre y se abrieron las puertas del ascensor.

Vi a Kathy en su puesto habitual, como si estuviera comprobando que yo llegaba a tiempo. Llevaba semanas aquí y nunca llegaba tarde, a pesar de que Troy a menudo me rogaba que me quedara con él en su cama. Siempre sentía que tenía algo que demostrarle a la entrometida jefa de la oficina, aunque era a Troy a quien rendía cuentas. Era su jefe. Le dediqué una cortante inclinación de cabeza y caminé por el pasillo.

Abrí la puerta del despacho de Troy y me sorprendió verlo sentado en su escritorio. Hice una doble toma mientras sostenía el vaso de café de plástico helado en mis manos. Levantó la vista y me dedicó esa sonrisa que parecía hecha sólo para mí.

"Cierra la puerta", me dijo.

Entré y cerré la puerta tras de mí. En lo que pareció un movimiento rápido, se levantó de su escritorio y ya estaba pegado a mí. Me rodeó con los brazos y me agarró por la espalda. Me pilló por sorpresa.

En primer lugar, nunca solía llegar pronto al trabajo. Y segundo, nunca se mostraba tan cariñoso a primera hora de la mañana, sobre todo cuando la oficina estaba llena. Miré a mi alrededor con recelo, pero la puerta estaba cerrada y las persianas echadas. Me hundí un poco más en sus brazos y lo miré.

"Te he echado de menos", susurró.

"No me has llamado", dije, intentando no parecer demasiado decepcionada.

Suspiró. "Lo sé. Me entretuve. Mi familia... está...". Arrugó la frente. "Frustrante".

Me puse de puntillas y le mordí el labio inferior con los dientes.

"No vuelvas a hacerlo", susurré contra su boca, sorprendida por mi tenacidad.

Lo sentí endurecerse contra mi vientre y el calor me inundó.

"¿Es una orden?", preguntó en voz baja y retumbante.

Sus manos se deslizaron hacia mi trasero, acariciando mis curvas a través del vestido. Me apreté aún más contra él y asentí lentamente.

"Y yo que pensaba que era tu jefe".

Me dio un apretón antes de acercar su boca a la mía. Me abrí voluntariamente y dejé que su lengua se deslizara en mi boca, girando lentamente como si estuviera saboreando cada parte de mí. Gemí y le rodeé la nuca con las manos, inspirándole. Lo empujé contra la pared, cerca de la puerta, para acortar aún más la distancia entre nosotros con algo sólido a sus espaldas.

"Estás peleona esta mañana", dijo, recuperando el aliento antes de que volviera a devorarlo.

Sentí su erección contra mí, y Dios mío, lo deseaba allí mismo. Mis manos volaron hacia su pelo, agarrándolo a mechones mientras frotaba mi cuerpo contra él, sintiendo su generosa longitud. Dejó escapar un gemido bajo, debil pero suficiente para llenar mi cuerpo con su silenciosa fuerza.

De repente, llamaron a la puerta y nos separamos rápidamente justo antes de que se abriera. Di unos pasos rápidos hacia su escritorio y cogí algunos papeles para parecer ocupada, mientras Troy se levantaba y se alisaba el pelo. Kathy asomó la cabeza antes de que Troy pudiera siquiera decir "pasa".

"¿Sí, Kathy?", preguntó Troy. Me di cuenta de que estaba exasperado mientras se pasaba una mano por el pelo oscuro.

Me quedé a unos metros de distancia, fingiendo que me ocupaba de unos papeles al borde de su escritorio. Ella pasó la mirada de mí a él, con una notable sospecha en su mirada. Intenté ignorarlo y le dediqué una cálida sonrisa, aunque me temblaban las entrañas. ¿Nos había visto? ¿Nos había oído? Mis ojos miraron rápidamente a Troy y la erección que presionaba sus pantalones oscuros. Me mordí el labio con nerviosismo, preguntándome si no estaría hiperconsciente y no se daría cuenta.

"Sólo quería comprobar esos informes finales del mes", dijo Kathy, mirando a Troy que estaba de pie incómodo junto a la pared que le había dejado.

"Estarán terminados para el almuerzo", dijo Troy secamente.

"Si me disculpan", dije, captando la atención de Kathy mientras Troy se deslizaba detrás de su escritorio y se sentaba. "Tengo que ir al baño".

Me hizo un gesto con la cabeza y cuando pasé a su lado me di cuenta de que no hacía ademán de abandonar el despacho de Troy. Podía ocuparse de ella él solo. Dejé escapar un suspiro tembloroso y caminé por el pasillo hasta el baño de mujeres. Aunque este pintalabios decía ser a prueba de manchas, necesitaba estar segura. Necesitaba ver lo que Kathy acababa de ver.

Abrí la puerta de un empujón y me acerqué al espejo de la encimera, apoyé las manos en el borde y me agarré con fuerza para estabilizarme después de aquella situación tan estresante. Evalué mi pelo, que seguía en su sitio, aunque no podía decir lo mismo del de Troy después de que mis dedos lo hubieran recorrido con desesperación. Mi vestido sólo se había movido ligeramente por la fricción entre nuestros cuerpos. El pintalabios, por suerte, hizo honor a sus promesas y se quedó donde prometió.

Uf, pensé mientras me daba la vuelta y apoyaba la espalda en el mostrador. Pensé que debía darles un par de minutos más antes de volver. Mientras esperaba, se abrió la puerta del baño y entró una mujer vestida con un jersey azul claro y botas hasta los muslos. Parecía sacada de una revista. De hecho, estaba segura de haberla visto antes en las páginas de Cosmopolitan.

"Hola", dijo mirándome.

"Hola", respondí, observando cómo su mirada se posaba en los zapatos de tacón de charol que llevaba, en el vestido negro y en mi pelo, que colgaba con rizos. Si había pensado que tenía buen aspecto cuando salí esta mañana, esta mujer se había propuesto asegurarme que no era así. Podría haber estado recogiendo caca de perro por la forma en que me miró en un momento crítico y fugaz.

"¿Es usted la encargada del baño?".

Solté una pequeña carcajada por la nariz. No podía estar hablando en serio.

"Eh, no. No lo soy".

Puso los ojos en blanco y pasó junto a mí, dejando su pequeño bolso de diseño sobre la encimera. Sacó un tubo de pintalabios y se aplicó el tono rosado en los labios, que formaron un mohín perfecto.

"¿Puedo ayudarte en algo?", me preguntó, lanzándome una mirada.

No me había dado cuenta de que la estaba mirando y me lo reprochaba.

"Lo siento. Es que me resulta familiar...".

"Verónica. Verónica Mews", dijo frotándose los labios y guardando el pintalabios en el bolso.

Debió de ver la confusión en mi cara porque no reconocí el nombre.

"La modelo". Entrecerró los ojos.

"Ah, ya. Ah, sí. Encantada de conocerte".

Soltó un pequeño resoplido y salió del baño. La seguí, pensando que Kathy ya se habría ido. Mientras caminaba por el pasillo, me di cuenta de que Verónica iba por el mismo camino y la seguí por detrás, intentando no fijarme en lo largas que eran sus piernas. Nunca la había visto. Me pregunté por qué estaba allí.

Empecé a tener una sensación de hundimiento mientras ella seguía pasando cada puerta, continuando en la misma dirección hacia la oficina de Troy. Tal vez era una inversora. No sería sorprendente que una modelo famosa tuviera un fondo de cobertura. Sin embargo, algo en mi instinto me dijo que no era por eso que estaba aquí.

"Um, disculpe", le dije desde detrás de ella mientras se acercaba a la oficina de Troy. "¿Tiene una cita?".

Se giró y me miró como si yo fuera un insecto que acababa de aplastar. Me ignoró completamente antes de golpear con sus nudillos el exterior de la puerta de Troy.

Me deslicé en la silla de mi escritorio, con la esperanza de comprender de qué se conocían. Kathy seguía en su despacho, parecía tensa, pero siempre tenía ese aspecto. Tanto ella como Troy levantaron la vista al mismo tiempo para ver a Verónica de pie, apoyada en el marco de la puerta con su vestido que le llegaba hasta los muslos.

Los ojos de Kathy se volvieron más brillantes que de costumbre al evaluar a la mujer que acababa de ver. Levantó ligeramente la barbilla y salió de la habitación, haciéndo una mueca a Verónica al pasar. Me sorprendió porque no era propio de ella. Apenas tenía expresiones, aparte de su habitual cara de amargada. Pero esto era diferente. Era una mirada de desprecio y asco.

Verónica cerró la puerta tras de sí con el tacón de sus botas de cuero negro. Tragué saliva con fuerza. Aquella no era una clienta. Ningún profesional actuaría así. Aquello era personal.

Kathy negó con la cabeza mientras empezaba a alejarse.

"Kathy", la llamé.

"¿Sí?", preguntó, volviéndose hacia mí.

"¿Quién es? Pregunté señalando la oficina de Troy, tratando de parecer casual.

"Es Veronica Mews. La ex mujer de Troy. Y una zorra total".

Kathy giró sobre sus talones y me dejó allí con la boca abierta mientras miraba la puerta cerrada del despacho de Troy, preguntándome qué estaría pasando dentro. Las persianas seguían bajadas de cuando estuvimos besándonos como adolescentes cachondos. Parecía que había pasado toda una vida con esta nueva información. No podía ver nada, lo que me alivió un poco, pero me molestó más no poder ver la interacción entre los dos.

No esperaba que esas palabras salieran de la boca de Kathy. ¿Troy había estado casado? Con una maldita supermodelo, sin embargo. Nunca me lo había dicho. No hablábamos de nada personal. Hablábamos de trabajo y luego nos quitábamos la ropa. Aún así, parecía algo muy importante para ocultármelo. Tenía tantas preguntas. Preguntas para las que no sabía si tenía derecho a tener respuestas.

Casado.

La palabra se repetía en mi cabeza como un eco que me ahogaba.

Capítulo 18

Troy

Todavía estaba tambaleándome por mi conversación con Kathy, que mi mente todavía estaba descifrando antes de que pudiera procesar a Verónica de pie en mi oficina con un vestido ridículamente corto que probablemente estaba destinado a ser una camisa. Después de que Mónica se hubiera excusado para ir al baño, probablemente sólo para alejarse de la situación pegajosa en la que casi nos habían pillado, Kathy había pasado de puntillas sobre una acusación de que nos estábamos acostando.

"¿Me acabo de enterar de algo?", había preguntado, con las manos en las caderas mientras miraba alrededor de la habitación en busca de alguna pista.

"No sé de qué me estás hablando", le dije mientras cruzaba las manos sobre el escritorio con indiferencia, pero de una manera que le decía que yo era el que mandaba aquí.

"Parecíais alterados cuando entré".

"Estábamos preparando unos informes". Me encogí de hombros.

"Mhmm". Parecía poco convencida.

"Además, en el futuro, por favor, espera a que te permita el acceso a mi despacho antes de irrumpir. Es una distracción, por no decir una descortesía".

Soltó una carcajada. "Puedo deambular por este bufete a mi antojo".

"Creo que olvidas quién es el jefe aquí". Mi voz comenzó a elevarse ante su derecho.

"Sé exactamente quién es mi jefe y no es a quien estoy mirando en este instante". Sus ojos eran fríos.

"Creo que mi padre y yo tenemos que tener una pequeña charla sobre cuál es tu papel aquí en mi empresa".

"Y yo creo que debería tener una pequeña charla con él sobre qué papel está desempeñando tu asistente personal. Otra vez". Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Intenté que su amenaza no me afectara, pero internamente me dejó sin aliento. Sin embargo, me recuperé rápidamente.

"Adelante", dije con indiferencia. Parecía sorprendida por mi actitud fría. "Pero que sepas que si pierdo este bufete, te quedarás sin trabajo. Así que es tu decisión".

Vi cómo la sonrisa desaparecía rápidamente de sus labios y su garganta se estremecía al tragar mis palabras. Me recosté en la silla, satisfecho de haberla convencido. Fue entonces cuando oí que llamaban a la puerta de mi despacho.

"¿Interrumpo algo?", preguntó Veronica con voz cantarina mientras apoyaba su figura de gacela en el marco de la puerta.

¿Pero qué demonios? ¿Podría empeorar esta mañana?

"Sí", dije secamente.

"No", dijo Kathy al mismo tiempo.

Maldita sea.

Kathy saludó a Verónica con un gesto brusco de la cabeza mientras pasaba junto a ella sin apenas reconocerla. Probablemente había una cosa en la que Kathy y yo estábamos de acuerdo, era nuestro desprecio mutuo por mi ex mujer. Si aún me quedaba algún signo de excitación por el sabor de la boca de Mónica, se desinfló rápidamente.

Verónica cerró la puerta tras de sí con el tacón de su bota y lo último que vi fue a Mónica lanzándome una mirada preocupada justo cuando la puerta se cerraba cubriendo su hermoso rostro. Se me hundió el estómago. No le había hablado de Verónica. No habíamos profundizado mucho en nuestras vidas personales porque nuestras bocas siempre estaban demasiado ocupadas haciendo otras cosas.

No le había contado mucho de mi. Como que perdería mi trabajo si nos descubrían. Respiré hondo.

Una cosa cada vez.

"Verónica, ¿qué estás haciendo aquí?". Le pregunté.

"Hola a ti también, Troy", dijo, empujando la puerta y acechando hacia mí como si yo fuera su presa. Gacela convertida en león.

Puse los ojos en blanco.

Apartó los papeles de mi mesa y se sentó en el borde. Cruzó las piernas y se apoyó en las manos, arqueando la espalda para que sus pechos asomaran un poco más por su escote.

"Por supuesto, siéntete como en casa", dije con sarcasmo, tratando de reorganizar los papeles que había dejado a un lado.

"Gracias", respondió ella.

"De nuevo, ¿qué haces aquí?", le pregunté.

"Sólo quería verte".

"Te vi anoche".

"Y me lo pasé muy bien contigo".

Pasó las piernas por encima de mi escritorio, de modo que sus botas hasta los muslos y sus largas piernas me rozaban mientras yo estaba sentado en la silla del despacho.

"¿Verdad?", me preguntó.

"Disfruté viendo a mi tía y celebrándolo, sí".

"¿Te ha gustado ver algo más?", preguntó tímidamente mientras se inclinaba hacia mí. Sentí su aliento mentolado en mi cara.

Sabía a qué se refería, la imagen de ella en topless en la habitación de mi hermana pasó rápidamente por mi cabeza antes de que la borrara. Supermodelo o no, seguía siendo una zorra y sus pechos turgentes no iban a quitarle mérito. Había cerrado la puerta a esto hacía años.

"Verónica", dije cansado. "Pensé que habías captado la indirecta anoche".

Me hizo un mohín con sus brillantes labios rosa bebé.

"¿Desde cuándo eres tan aguafiestas?", preguntó.

Suspiré, sabiendo que era culpa mía. Incluso después de divorciarnos seguíamos divirtiéndonos juntos. Si nos encontrábamos en algún evento, ella acababa en mi casa o yo en la suya. No significaba nada más que la necesidad de follar y liberarse. Pensé que a ella le pasaba lo mismo.

Hacía meses que no pasaba nada entre nosotros. Anoche fue la primera vez que la veía desde hacía tiempo. Me pregunté por qué ella había decidido ser tan persistente en entrar en mi vida de nuevo.

"Es que estoy estresado con el trabajo", respondí pasándome una mano por el pelo.

"Bueno, yo puedo ayudar con eso", dijo, como si aprovechara la oportunidad.

Separó las piernas y colocó una a cada lado de mí, sobre la brillante superficie de mi escritorio. Mis ojos se clavaron en la oscuridad entre sus muslos abiertos.

"Por Dios, Verónica", gemí en voz alta cuando me di cuenta de que no llevaba nada debajo del vestido.

Se rió a carcajadas, disfrutando a tope. Bajó hasta mi regazo, sentándose a horcajadas sobre mí. Luego apoyó las manos en mi silla, a ambos lados de mi cabeza. Sentí que me estremecía ligeramente contra su desnudez. Después de todo, era un hombre.

"Tienes que irte", dije con firmeza, mirando hacia la puerta.

Se inclinó hacia mí y me rozó el lóbulo de la oreja con los dientes. "¿Ah, sí?", susurró.

Las palabras me provocaron un escalofrío.

No lo estaba haciendo. Ni siquiera me lo estaba planteando. La agarré por las caderas y la levanté de golpe. Soltó un pequeño jadeo mientras intentaba recuperar el equilibrio. Me levanté de la silla.

Me crucé de brazos e hice un gesto con la cabeza hacia la puerta. “Vete”.

Se sentó en la silla y puso los pies sobre mi escritorio. No tenía intención de irse. Necesitaba que alguien me rescatara.

Saqué el teléfono del bolsillo de la chaqueta y envié un mensaje a Mónica.

SOS. Ven aquí e invéntate una reunión importante. Necesito a esta mujer fuera de mi despacho.

Un momento después, llamaron a mi puerta. Verónica bajó rápidamente los pies de la superficie de mi escritorio para no exponerse al resto de la oficina. Mónica asomó la cabeza y vi cómo echaba un rápido vistazo a Verónica, que estaba cómodamente sentada detrás de mi escritorio. Noté el dolor que brillaba en sus ojos antes de desaparecer. Mierda.

"Um, siento interrumpir...", dijo suavemente.

"No interrumpes nada", la tranquilicé.

Verónica resopló detrás de mí.

"Tenemos esa reunión ya mismo".

"Sí, claro. Gracias, Mónica".

Mónica miró una vez más a Verónica, que apenas había reconocido su existencia mientras se comía las uñas antes de salir por la puerta. Por suerte, la dejó abierta. No sabía si para salvarme o para vigilar. En cualquier caso, se lo agradecí.

"¿Quién es?", preguntó Verónica, mirando a través de la puerta abierta donde Mónica estaba recogiendo cosas para que pareciera que se estaba preparando para nuestra reunión imaginaria. La voz de Verónica destilaba disgusto.

"Se llama Mónica. Es mi asistente personal", respondí.

Vi un destello de celos en la mirada de Verónica al fijarse en Mónica. Me pregunté si había oído los rumores o si el vestido negro ceñido a las curvas de una mujer hermosa la hacía sentirse insegura.

"Tengo que irme", dije, caminando hacia la puerta.

Verónica se levantó rápidamente de la mesa y pasó a mi lado, rozándose conmigo al hacerlo.

"Te veré pronto, Troy, dijo por encima del hombro mientras se alejaba.

Pillé a Mónica mirando entre nosotros antes de que volviera rápidamente a apilar lo que parecían papeles en blanco sobre su escritorio. Sabía que probablemente tenía muchas preguntas y la expresión de dolor de su cara me hizo revolver el estómago. No sabía cómo contárselo todo y éste no era el lugar.

"Gracias", dije con una sonrisa mientras me apoyaba en su escritorio.

"Mhmm", dijo, apenas mirándome.

"Mónica...". Dije suavemente.

"Mira, estoy muy ocupada...". dijo ella.

Sentí que ella no quería tener nada que ver conmigo en ese momento. ¿Por qué iba a querer? Aunque no tuviéramos una relación ni hubiéramos establecido ningún tipo de límites, seguía sintiendo algo. Me di cuenta de eso en el momento que asumía su dolor. Era un terreno nuevo para mí. Probablemente sentiría lo mismo si la encontrara encerrada en una oficina con otro hombre. Me volvería loco.

"¿Qué? ¿Apilando papel de impresora en blanco?", bromeé, intentando quitarle importancia a la situación y a los pensamientos

que tenía en la cabeza.

La broma no salió bien y Mónica frunció el ceño. Eché un vistazo rápido a la oficina antes de cogerle la mano y apretarla. Necesitaba su atención. Necesitaba tranquilizarla. Se quedó quieta. Le solté la mano rápidamente antes de que alguien la viera.

Suspiró mientras dejaba los papeles sobre la mesa, dispuesta a mirarme. Su mirada fue suficiente para que me derrumbara y se lo conté todo allí mismo. Pero era demasiado arriesgado. Sobre todo después de que casi nos pillaran esta mañana y Kathy sacará a relucir sus sospechas. Su amenaza.

"¿Por qué no nos vamos de aquí?". Sugerí.

"¿De qué estás hablando?".

"Vámonos. Demos por terminado el día".

Miró el reloj y echó la cabeza ligeramente hacia atrás antes de mirarme. "Ni siquiera son las 10 de la mañana", dijo sorprendida.

"Y de alguna manera ya he tenido bastante trabajo por hoy".

Era cierto. No quería pasar ni un minuto más en esta oficina después de esta mañana infernal.

"¿Eso era trabajo?", preguntó, mirando mi despacho como si Verónica siguiera cómodamente sentada en mi silla.

"Venga. Empecemos pronto el fin de semana", dije, evitando su pregunta.

Ella torció la boca mientras lo debatía, mirando alrededor de la oficina a todos los que estaban ocupados trabajando en sus ordenadores. No sabía si estaría de acuerdo.

Nunca faltaba. Nunca llegaba tarde, a pesar de que yo intentaba retenerla en mi cama con un golpe de lengua o un movimiento de mis dedos contra ella. Siempre se iba. Era muy profesional, hasta cierto punto.

Pero yo no soportaba estar aquí ni un minuto más, oyendo el chasquido de los teclados y sintiendo el ojo vigilante de Kathy en cada uno de mis movimientos. Probablemente incluso en este momento. Sólo quería irme y olvidar toda la mañana de mierda y necesitaba a Mónica conmigo. Para escapar de todo.

Se me ocurrió una idea, pero no sabía si ella la aceptaría.

Capítulo 19

Mónica

"Vámonos a las Bahamas", dijo Troy.

"¿Qué?", pregunté, con la voz chillona por la sorpresa.

Rápidamente miré alrededor de la oficina para asegurarme de que nadie estaba presenciando este pequeño intercambio. Como si no me hubiera caído ya la bomba de que se había casado, quería proponerme unas vacaciones tropicales. Me miró, esperanzado como un niño pequeño. Era difícil resistirse a que sus ojos bailaran de emoción, pero aún me estaba recuperando de ver a su ex mujer, de Sports Illustrated, entrar en su despacho.

No tenía derecho a enfadarme. Ni siquiera a sentir celos. Cada uno tenía su propio pasado, del que no habíamos hablado y aunque el mío no incluía haber pasado por el altar, no tenía derecho a juzgarlo. Ni a sentirme herida. Aunque mis pensamientos acomplejados resonaban en mi cabeza al compararme con sus largas piernas y su gran pecho. De nuevo me hizo preguntarme por qué estaba conmigo.

"Ha sido una semana estresante", dijo Troy suavemente, girando su cuerpo de modo que estaba de espaldas al resto de la oficina.

Una mañana estresante, pensé.

Levanté la vista hacia él y me mordí el interior de la mejilla mientras pensaba en su propuesta. Un viaje así era algo con lo que sólo había soñado y que, en el mundo real, me llevaría meses, si no un año, planificar y ahorrar. Sin embargo, aquí estaba este multimillonario de ensueño sugiriendo que nos fuéramos cuanto antes.

Mientras miraba por los grandes ventanales de la oficina, con la escarcha pegada a los cristales y las nubes grises asomando en el aire, una playa sonaba como la escapada perfecta del crudo invierno de la ciudad. Normalmente, estaría encantada con esta oportunidad imposible. Pero en ese momento me di cuenta de que tenía miedo.

No sabía si era por la posibilidad de que me atraparan y perdiera el trabajo que necesitaba desesperadamente, ya que escribir no me pagaba las facturas. Ni siquiera había tocado el portátil en casa. O tal vez estaba asustada porque no sabía qué era lo que había entre Troy y yo. Me sentía como si estuviera al borde de un acantilado a punto de caer en caída libre. No sabía hacia dónde.

"¿Pero qué pasa con el trabajo?", pregunté, alzando las cejas.

Era una pregunta que necesitaba varias respuestas. Teníamos que volver a la oficina el lunes, así que ¿cómo íbamos a organizar un viaje tan rápido? Y cómo nos escaparíamos sin que nadie lo supiera o sospechara. No es que tuviéramos nada que hacer en las Bahamas, al menos eso creía yo. Ya teníamos encima a Kathy, que parecía estar intentando pillarnos con las manos en la masa. Aún tenía que hablarme de la conversación que habían mantenido en su despacho.

"¿Qué pasa con eso? Estaremos de vuelta el lunes. Es sólo un vuelo de tres horas".

Una pregunta contestada.

"¿Y qué pasa con Kathy?". Pregunté, entrecerrando la voz.

"Déjamela a mí".

"¿Pero qué pasó en tu despacho? ¿Dijo algo?".

Me hizo un gesto con la mano. "No, sólo preguntaba por esos informes".

Algo en su voz no me hizo creerlo del todo. Seguí insistiendo.

"¿No parecerá un poco sospechoso? ¿Que nos vayamos juntos de vacaciones? ¿Te llevas a todos tus asistentes personales de vacaciones?". Me arrepentí de la pregunta en cuanto salió de mi boca. En realidad no quería saberlo.

Aspiró tranquilamente.

"No, no lo hago", dijo, retrocediendo ligeramente.

Parecía que le había tocado la fibra sensible.

"Sólo quiero decir... ¿no planteará algunas preguntas?". Dije, tocando su brazo.

"Nadie lo sabrá", dijo. "Tengo una casa privada en una playa privada. Podemos hacer lo que queramos".

Se me ocurrían cientos de cosas diferentes que podríamos hacer a nuestro antojo. La idea era cada vez más atractiva.

"Tomaremos mi jet privado. Dilo y lo tendré listo en el aeropuerto. Podemos dejar tu nombre fuera del itinerario. Nadie sabrá que estuviste a bordo".

¿Jet privado? Parecía un sueño.

Se inclinó hacia mí y me estremecí un poco bajo su mirada y la sensación de su aliento contra mí.

"Vamos", dijo. "No se me ocurre nada que prefiera hacer antes que estar en la playa contigo en bikini".

Sentí que mis mejillas se sonrojaban.

"O nada en absoluto".

Sentí un calor entre las piernas mientras su gruñido de susurro me recorría. De repente, ya no tenía más preguntas.

"De acuerdo", dije, incapaz de luchar contra la sonrisa que se dibujó en mis labios.

Golpeó el escritorio con los nudillos y se levantó de golpe. Me di cuenta de que estaba entusiasmado. Era contagioso.

"Vete a casa y haz las maletas. Déjame el resto a mí", dijo entrando en su despacho.

Lo miré irse, el momento seguía pareciéndome completamente surrealista. Me preguntaba cómo era posible que ésta fuera mi vida. A pesar de las preguntas que me rondaban por la cabeza, sobre su ex mujer, sobre lo que había entre nosotros, sobre los riesgos, me dejé llevar por la emoción. Me permití ser la protagonista de una de mis novelas y me sentí muy bien.

Apagué el ordenador y recogí mi bolso, dirigiéndome hacia los ascensores y rezando para no encontrarme a Kathy por el camino. Aunque no estaba fuera de lo normal que hiciera recados durante el día, no sabía si sería capaz de mentir. Pasé por delante de su despacho sin ser detectada y entré en el ascensor, respiré aliviada cuando se cerraron las puertas.

De vuelta en mi apartamento, rebusque en el estante superior del armario una bolsa de fin de semana. Hacía tiempo que no usaba una. No desde mi última firma de libros en la Costa Oeste. Bajé la bolsa negra acolchada y la dejé sobre la cama, lista para llenarla. Abrí los cajones de la cómoda y empecé a sacar bikinis que hacía siglos que no me ponía. Nueva York no era precisamente un lugar para llevar bañadores.

Seleccioné tres, cada uno con Troy en mente. Un bikini de tirantes rosa intenso. Uno negro de una pieza con escote pronunciado y otro blanco de dos piezas con tirantes. Podía imaginarme a Troy quitándome cada uno de ellos y la idea me resultaba excitante. Sonreí mientras los doblaba con cuidado y los metía en la bolsa. A continuación, elegí la lencería nueva que había comprado en Bloomingdale 's la semana pasada. Un slip de seda carmesí y un conjunto de encaje amarillo pálido.

Dudaba que necesitara mucho más, ya que la casa era privada, junto a la playa. Aun así, me llevé unos cuantos vestidos vaporosos, perfectos para el buen tiempo y las playas de arena. Una vez

recogido todo, me dejé caer en la cama junto a la bolsa de viaje y miré al techo. En unas horas estaría en otro país con el hombre con el que follaba. Respiré hondo, como si estuviera a punto de lanzarme por aquel precipicio.

Mi teléfono sonó a mi lado en la cama. Lo cogí rápidamente y vi el nombre de Troy en la pantalla. Abrí su mensaje.

Troy: *El jet está siendo abastecido de combustible en este momento. Iré a buscarte en veinte minutos.*

Yo: *Ya he hecho las maletas.*

Troy: *Estoy deseando ver lo que te voy a quitar.*

Sonreí y me coloqué el teléfono en el pecho, con el corazón latiéndome rápidamente contra él. Aunque habíamos pasado mucho tiempo a solas en su casa o en la intimidad de taxis o probadores, esta sería la primera vez que estaríamos solos sin interrupciones. La idea me excitaba y me ponía nerviosa a la vez. Sentía que estábamos dando un paso hacia algo más, pero no estaba segura de que él sintiera lo mismo. Intenté recordarme a mí misma que era sólo por diversión. Para no involucrarme demasiado.

Pero, ¿cómo no hacerlo? Me estaba llevando a unas vacaciones románticas los dos solos.

Veinte minutos más tarde, el timbre de mi apartamento sonó, alertándome de que había alguien abajo. Rápidamente miré por la ventana y vi un reluciente coche negro esperándome. Normalmente cogíamos taxis, así que fue una sorpresa. Pulsé el botón del interfono y dije que bajaba enseguida. Cogí mi bolsa de la cama y cerré el apartamento antes de bajar las escaleras de dos en dos.

Fuera de mi edificio, encontré a Troy apoyado en la pared de ladrillo, con esa confianza que le hacía parecer un modelo de GQ. Seguía llevando el mismo traje azul marino de esta mañana, que le quedaba como si se lo hubieran cosido. Yo llevaba el mismo vestido negro que él me había comprado. Pensé que era mejor parecer su ayudante, al menos durante el viaje.

Le saludé con un nervioso hola cuando me tomó la bolsa de viaje. Inspiré ligeramente cuando sus dedos rozaron los míos. Me lanzó una mirada que me derritió hasta convertirme en un charco antes de dirigirnos al coche que nos esperaba.

"Esto es... diferente", dije mientras el conductor abría la puerta y yo me deslizaba dentro, Troy me seguía detrás.

"Quería que fuera especial", dijo cuando la puerta se cerró tras él, dejándonos en la intimidad del asiento trasero poco iluminado.

Asentí con la cabeza y me senté en el asiento de cuero; el aire caliente de la calefacción me acariciaba las piernas y me quitaba el frío del exterior. Apenas se había sentado el conductor, las manos de Troy encontraron mi cuerpo, envolviéndome y acercándome a él. Miré nerviosa al conductor. Troy pulso un botón del panel de la puerta y automáticamente se levantó un tabique entre el asiento trasero y el delantero.

"¿Mejor?", susurró.

Asentí con la cabeza.

Soltó una suave carcajada y me subió a su regazo. Le rodeé el cuello con los brazos y le miré desde donde estaba.

"Gracias por venir", me dijo.

"Gracias a ti por convencerme". Sonreí.

Sus manos se deslizaron por mi espalda y me acercó más a él, inclinando su cincelada barbilla hasta juntar su boca con la mía. Nuestros labios se apretaron ligeramente y sus dedos recorrieron mi espalda con suavidad, igualando la presión de su boca contra la mía. Sentí la punta de su lengua recorrer lentamente mis labios y, de repente, el coche me pareció más caliente que antes. Separé los labios, permitiéndole el acceso a mi ansiosa lengua, que estaba dispuesta a saborearlo de nuevo.

Un leve gemido retumbó en su interior cuando su lengua se encontró con la mía, masajeándola lentamente. Las yemas de sus dedos se clavaron en mí, igualando de nuevo la intensidad de nuestro beso. Apoyé el trasero en su regazo mientras mis manos recorrían su pelo. Sentí cómo se estremecía debajo de mí. Sonreí mientras nos besábamos sabiendo que yo tenía ese efecto en él y que él tenía el mismo efecto en mí al sentir la sensación familiar entre mis piernas.

Pronto, el coche redujo la velocidad y se detuvo. Habíamos llegado antes de lo que me hubiera gustado, ya que acabábamos de empezar. Nos separamos el uno del otro sin aliento. Troy se rió mientras miraba por la ventanilla, empañada por nuestra intensa sesión de besos. Frotó la ventana con la palma de la mano en movimientos circulares y miró hacia fuera.

"Ya hemos llegado", dijo.

Un momento después, la puerta del coche se abrió y salí. Solté un grito ahogado al darme cuenta de que estábamos en la pista de

aterrizaje y de que un jet privado estaba delante de mí, con la escalerilla ya desplegada y lista para llevarnos.

Capítulo 20

Troy

Di un paso hacia el avión y me detuve al darme cuenta de que Mónica no me seguía. Miré hacia atrás y vi su mirada clavada en el elegante jet blanco que se alzaba ante nosotros en la pista. Tenía los labios ligeramente entreabiertos mientras seguía con la mirada desde el morro del avión hasta la cola. Me reí suavemente.

"¿Vienes?", le pregunté.

"Ajá", dijo, poniéndose a mi altura, pisándome los talones.

Miré hacia atrás y me aseguré de que mi chófer estaba cogiendo nuestras maletas del maletero. Me sorprendió ver que Mónica sólo había traído una bolsa pequeña. Era refrescante después de haber viajado con Verónica en el pasado. Podríamos haber ido a algún sitio a pasar el fin de semana y ella traía suficientes maletas llenas hasta los topes como para que le duraran dos meses.

Di los primeros pasos hacia el avión y me volví para tenderle la mano a Mónica. Ella la cogió vacilante, pero me siguió cuando entramos al avión. Me di cuenta de que nos miraban, pero pensé

que cualquier caballero ayudaría a una mujer a subir las escaleras. Aunque coger su mano era mucho más que eso, ya que sentir el calor de su contacto recorría mis venas. Era como si no acabara de tenerla apretada contra mí en el coche, sintiendo la sensación de su lengua contra la mía. No podía saciarme.

La conduje por el pasillo del avión hasta nuestros asientos, mientras las dos azafatas hacían comprobaciones de última hora para asegurarse de que todo estaba a mi gusto. Mantas de cachemira dobladas en cada asiento. Una botella de champán con hielo sobre la mesa. Suave música de jazz en los altavoces. Asentí con satisfacción mientras me acomodaba en el asiento de cuero cremoso.

Mónica ocupó el asiento de enfrente, sus ojos no se fijaron en los míos mientras recorría el avión con la mirada. Sus dedos recorrieron la suave manta de color crema que había a su lado en el asiento. Tenía los ojos muy abiertos y me di cuenta de que probablemente era la primera vez que viajaba en un avión privado. Me emocionó la idea de poder introducir algo como una primera vez para ella, junto con el montón de posturas que esperaba que fueran primeras para ella. Entonces me aventuré a preguntarme si alguna vez se había unido al Mile High Club.

"¿Es de tu agrado?", le pregunté.

"Oh, claro", dijo, mirándome a los ojos. "Está bien". Se encogió de hombros y me dedicó una pequeña sonrisa.

Intentó parecer poco impresionada y me pareció entrañable. Sabía que esta vida era cualquier cosa menos normal, pero me gustaba compartirla con ella. Me gustaba compartirlo todo con ella. Siempre se lo tomaba todo con calma. Mónica nunca parecía estar fuera de lugar en ningún sitio al que íbamos, ya fuera a una reunión con un

pez gordo o a disfrutar del champán en Bloomingdale's. Se adaptaba a cualquier cosa que hiciéramos, sin más, igual que en este momento que estaba sentada frente a mí con un aspecto delicioso.

Quería llevarla aquí mismo, en este avión, pero sabía que teníamos que guardar las apariencias. Este avión era uno de los muchos que pertenecían a mi familia. No me fiaba de nadie que estuviera en él para divulgar a mi padre cualquier detalle que pudieran ver. Aún no le había dicho que había encargado el jet para mi uso. No necesitaba pedirle permiso, pero salir del trabajo antes de tiempo y tomarme unas vacaciones sin duda le cabrearía.

Sabía que si le explicaba por qué necesitaba irme, lo entendería. A pesar de que mi madre era muy amiga de mi ex mujer, mi padre era todo lo contrario. Nunca había sido un gran admirador de Verónica, sobre todo después de que nos casáramos tan pronto. Nuestra noche salvaje en Las Vegas le había dejado mal sabor de boca, sobre todo cuando salió en todos los periódicos. Recuerdo algunos de los titulares.

Nuestras acciones habían bajado esa semana y los accionistas se preguntaban si yo era la persona adecuada para hacerme cargo de la empresa de mi padre cuando llegara ese día, si es que llegaba. Pero yo sabía que no llegaría. Mi padre no tenía planes de abandonar su puesto y, aunque lo hiciera, dudaba que yo fuera la primera opción en su lista para cederle la empresa.

Decía que yo era imprudente. Poco fiable. Salvaje.

Los periódicos estaban de acuerdo.

Por eso estaba decidido a que mi matrimonio con Verónica funcionara, aunque en el fondo sabía que estaba condenado al fracaso. Mi padre me aconsejó anular el matrimonio. Que lo

considerara un error pasional y siguiera adelante. Pero yo quería demostrarle que estaba equivocado. Demostrar que era capaz de sacar algo adelante. Años después, acabé dándole la razón cuando pedí el divorcio.

Se sintió sorprendentemente aliviado cuando le di la noticia. Esperaba con impaciencia que cortara con Verónica, porque decía que ella sólo quería dinero y que estaba manchando mi reputación con sus juergas y sus sospechas de infidelidad con un fotógrafo.

Por eso, sabía que si le hacía saber cómo me acosaba últimamente, entendería mi necesidad de alejarme. Kathy me apoyaría, ya que fue testigo del incesante acoso de Verónica esta mañana. Aún no tenía noticias suyas, pero de nuevo, mi teléfono estaba apagado y pensaba mantenerlo apagado durante el resto del fin de semana. Sólo quería centrarme en Mónica.

El avión retumbó al iniciar su carrera por la pista, ganando velocidad a medida que avanzaba. Vi a Mónica agarrada a los reposabrazos, con los nudillos blancos mientras miraba por la ventanilla.

"Hola", le dije en voz baja.

Apartó los ojos de la ventanilla mientras el aeropuerto pasaba borroso a nuestro lado.

"Estás bien", le aseguré. "Estoy aquí".

Me sonrió y pareció acomodarse un poco más en su asiento. El avión empezó a elevarse lentamente y pronto estuvimos en el cielo. Mónica aflojó el agarre del asiento y dejó escapar un lento suspiro de alivio.

“¿Champán?”, le pregunté a Mónica, señalando la botella.

"Claro", respondió.

Rodeé con la mano la fría lámina de la botella, la saqué del hielo y la descorché. Serví dos copas generosas, con cuidado de que las burbujas no se desbordaran. Le entregué una copa.

"Por nuestra escapada de fin de semana", dije levantando la copa.

"Salud", dijo ella, chocando su copa con la mía.

Vi cómo sus labios rodeaban el borde de la copa mientras las dulces burbujas bailaban en mi garganta. Dios mío, era preciosa. Sexy sin intentarlo. No estaba seguro de cómo iba a aguantar este vuelo de tres horas sentado frente a frente sin enterrarme dentro de ella. No es que no hubiera follado antes en este mismo avión, pero con ella no podía. Durante las siguientes tres horas, ella estaba fuera de los límites.

Dejé a un lado mis deseos y bebimos un sorbo de champán, hablando un poco de negocios. Un poco el uno del otro. Estaba aprendiendo más sobre ella y su escritura. Me intrigaba su talento. Aunque no era un gran lector, me excitaba su éxito como autora. Ella había construido su propio imperio y club de fans. Era impresionante. Me preguntaba por qué trabajaba para mí y no escribía, pero no quería presionarla. Ya era bastante difícil arrastrar su carrera de escritora.

Por suerte, tampoco me sacó nada. No mencionó a Verónica, aunque estaba seguro de que se preguntaba quién era. No estaba preparado para contarle que había estado casado y divorciado. En lugar de eso, le conté un poco más sobre la dinámica con mi padre y

las presiones de llevar el bufete. Me escuchó atentamente y me sentí bien al hablar con alguien que no me juzgaba.

Sentí que era la primera vez que hablábamos de verdad, en lugar de follar. Sabía que no era algo de lo que enorgullecerse, pero era algo a lo que estaba acostumbrado con anteriores aventuras. Por alguna razón, me sentía cómodo con Mónica. Las tres horas de vuelo acabaron pasando más rápido de lo que esperaba, a pesar de la pequeña tortura que sufría internamente por no poder quitarle aquel vestido negro.

Cuando aterrizamos en Nassau, nos esperaba otro coche. Una vez metido nuestro pequeño equipaje en el maletero, iniciamos el corto trayecto hasta Paradise Island. El sol caía bajo en el cielo mientras contemplábamos el agua junto a la carretera por la que conducíamos; Mónica se inclinó ligeramente sobre mí para tener unas vistas mejores, lo que agradecí de buen grado. Veinte minutos después, llegamos a las puertas grandes de hierro que cerraban mi casa.

Me asomé por la ventanilla e introduje el código. Pronto, las puertas se abrieron lentamente, revelando el extenso camino de entrada que se curvaba hacia la casa de dos pisos con pilares blancos. Oí a Mónica aspirar un suspiro tranquilo junto a mi oído, no estaba impresionada por nada de esto.

"Espera a ver la playa", dije con una sonrisa socarrona.

Me dio un codazo con el hombro y puso los ojos en blanco mientras el coche bajaba por el camino de entrada y aparcaba delante de la casa que se alzaba sobre nosotros. Le di una propina al conductor después de que descargara el maletero, porque quería que se fuera cuanto antes. Una vez que se hubiera ido, estaríamos los dos solos. Solos. Lo único que deseaba con todas mis fuerzas.

Cuando vi al conductor desaparecer más allá de la verja de hierro, cogí a Mónica de la mano y tiré de ella para que me siguiera por el lateral de la casa, dejando las maletas en la entrada.

"¿Adónde vamos?", preguntó emocionada mientras intentaba seguirme.

"Ya lo verás", le contesté.

Pronto habíamos doblado a lo largo de la casa y estábamos de pie ante la playa de arena blanca que se extendía frente a nosotros. El agua turquesa se deslizaba suavemente por la orilla solitaria. No había casas en una milla a cada lado, por lo que parecía que toda la playa era nuestra.

"Vaya", exclamó Mónica, deteniéndose bruscamente a mi lado, pero sin soltarme la mano.

La observé mientras disfrutaba de las vistas, la brisa marina le peinaba suavemente el pelo y los últimos rayos de sol proyectaban un resplandor dorado sobre la suave piel de su rostro. Mi vista era mejor mientras la miraba a ella, incluso cuando el sol se sumergía bajo el horizonte, proyectando tonos rosas y púrpuras por todo el cielo despejado.

"¿Te apetece un chapuzón?", pregunté mirando hacia el agua.

"¿Ahora?", preguntó sorprendida.

“Sí, ahora”.

"No tengo el bañador", dijo, mirándose el vestido.

"No lo necesitas". Sonreí.

Me quité la chaqueta y la tiré al suelo a mi lado y miré sugerentemente a Mónica mientras empezaba a desabrocharme la camisa. Ella soltó una carcajada despreocupada y se quitó los zapatos de charol, clavando los dedos de los pies en la arena. Me dio la espalda y me miró por encima del hombro con una sonrisa tímida. Deslicé la mano por su espalda hasta la cremallera de la nuca y la bajé lentamente, dejando al descubierto su piel desnuda, el sujetador rojo de rejilla y las bragas a juego.

Al instante se me puso dura contra los calzoncillos, que era lo único que llevaba puesto. Su vestido resbaló hasta la arena y se volvió hacia mí. Inmediatamente la levanté y me la eché al hombro, metiéndola en el agua mientras soltaba otra carcajada que fue música para mis oídos.

Capítulo 21

Mónica

Abrí los ojos con un aleteo ante la luz del sol matutino que me golpeaba insistentemente la cara al colarse a través de las cortinas blancas de gasa. Podía oler la brisa marina que entraba por las ventanas abiertas y oír las gaviotas que pasaban por encima de mí. Por un momento me pregunté si estaría soñando y, de ser así, quería dormir para siempre. Sobre todo cuando giré la cabeza y miré a mi lado, viendo a Troy durmiendo profundamente.

Su piel morena asomaba bajo las sábanas en las que estábamos enredados. Pasé los dedos por su pecho turgente, que subía y bajaba lentamente con su respiración constante, hasta llegar a la ligera barba incipiente de su atractivo rostro. Creía que nunca me cansaría de despertarme a su lado.

Me resultaba extraño no tener que salir corriendo para llegar a tiempo al trabajo. Le sonreí y me acurruqué más en sus brazos que me rodeaban, nuestros cuerpos desnudos apretados bajo las sábanas de lino blanco. Nuestra desnudez me recordó que debía ir a buscar nuestra ropa a la playa, aunque lo más probable era que se la hubieran llevado al mar con la marea matutina. No nos habíamos molestado en cogerla mientras corríamos playa arriba después de

hacer el amor en las oscuras aguas turquesas con los últimos rayos de sol del día anterior.

Aún podía sentir el chapoteo del agua alrededor de nuestros hombros mientras lo agarraba con fuerza, intentando mantener el equilibrio cuando él tiraba desesperadamente de la malla roja que se pegaba a mi piel mojada en el agua y mis manos tiraban de sus calzoncillos, necesitaba sentir su cuerpo desnudo rozándome. Nos quedamos sin ropa interior, sin importarnos, fueron momentos de pasión y desesperación.

Cuando me levanté por la mañana y elegí aquel conjunto de lencería, no tenía ni idea de que se hundiría en el fondo del océano Atlántico. Tampoco me importaba. No cuando sus brazos me abrazaban y su lengua subía por mi cuello hasta arremolinarse contra la parte más sensible de mi oreja. Podría haber perdido el control sólo con eso, pero fue maravilloso su cuerpo fuerte y húmedo me sujetaba más allá de donde rompían las olas. Pero esperé a perder el control mientras él se abría paso fácilmente dentro de mi resbaladiza vagina, mi humedad no tenía nada que ver con el océano. Me apreté con fuerza a su alrededor mientras él me empujaba profundamente. Nos movíamos al compás de las olas, lenta y rítmicamente. Nuestras bocas estaban saladas por el océano mientras nos saboreábamos, consumiéndonos mutuamente en la magia del lugar. Ninguno de los dos tardó en liberarse, sintiendo cada vibración de placer en el agua cálida que nos rodeaba. Mis gemidos fueron ahogados por el chocar de las olas contra la orilla cercana.

Cuando terminamos, nadamos hasta la playa y nos tumbamos de espaldas, sin aliento, en la arena. Sus dedos, ásperos por los pequeños guijarros, giraban en círculos alrededor de mi ombligo, haciéndome cosquillas mientras yo permanecía tumbada y observaba cómo las estrellas empezaban a aparecer en el cielo púrpura. Era lo más hermoso que había visto nunca, aunque en

segundo lugar estaba el dios griego tumbado a mi lado, con sus ojos escrutando cada centímetro de mí cuando tenía el cielo nocturno llamándole. Nunca me había sentido tan deseada.

En una invitación silenciosa, arqueé la espalda hacia arriba, con los pechos hacia el cielo y los pezones erectos. Con un ligero ajuste, su mano rozó mi ombligo y descendió. Me estremecí ante su tacto, que se movía lentamente hacia el lugar entre mis piernas que le llamaba. Le incitaba.

Volvimos a hacer el amor allí mismo, en la playa, con las rodillas clavadas en la arena mientras lo cabalgaba. Fue como si todas mis inhibiciones se hubieran liberado en la intimidad de aquella playa. Eché la cabeza hacia atrás, con el pelo mojado contra mi espalda, mientras gritaba y temblaba a su alrededor, sintiendo cómo me llenaba con todo lo que tenía.

Después me llevó en brazos por la playa hasta la casa, que yo aún no había pisado. Cuando abrió las puertas de la parte trasera de la casa, nos encontramos con una gran sala circular situada en el centro de la casa, como si fuera el corazón de la misma. Unos sofás blancos de felpa rodeaban una mesa de piedra cremosa situada bajo una enorme lámpara de araña de conchas marinas. Me dejó sin aliento.

Troy trajo unas mullidas toallas blancas de un baño cercano y nos envolvimos en ellas. No nos molestamos en coger las maletas, que seguían en la entrada de la casa. Estábamos cómodos como estábamos.

Había llamado para que un chef privado se encargara de la cena. Me sonrojé cuando abrió la puerta con sólo una toalla alrededor de la cintura, felizmente inconsciente de lo bien que se veía. Qué

impúdico parecía al saludar al chef, que rápidamente nos sirvió la comida. Me reí de lo rápido que quería salir de allí.

Troy y yo preparamos los auténticos platos bahameños en la gran mesa de piedra del salón. Los olores a cangrejo al horno, estofado, langosta y buñuelos llenaban el aire y me hacían gruñir el estómago. Llenamos nuestros platos y nos sentamos en el suelo alrededor de la mesa, bebiendo una botella de vino blanco bien frío y disfrutando de nuestro festín privado mientras nos sentábamos húmedos en nuestras acogedoras toallas.

Era algo tan especial, sentados comiendo esos exóticos platos en una enorme mansión de un país completamente distinto. Parecía un cuento de hadas, pero al mismo tiempo era tan sencillo. Como si estuviéramos en casa comiendo comida para llevar y disfrutando de la compañía del otro. No importaba dónde estuviéramos, me consumía cada mirada, cada caricia y cada momento que pasabamos juntos. Sentía como si pudiera hacer esto en el mundo real con él. Me asustaba y me excitaba al mismo tiempo.

A la mañana siguiente, todavía no podía creer que estuviéramos allí. Y que estaba con Troy en este mundo mágico, tropical que se sentía como si fuera sólo para nosotros dos sin nadie a kilómetros a la redonda. Siempre quise visitar las Bahamas, pero nunca pensé que fuera así. El lujo del coche y el jet privado, esta enorme mansión y la playa era algo inimaginable, sin embargo, allí estaba. Había intentado que no se me notara que estaba asombrada por todo. Intenté serenarme. Pero Troy probablemente podía sentir que esto era mucho más que todo lo que había experimentado. Aunque era consciente de que estaba despierta, seguía pareciéndome un sueño.

Me acurruqué en su cuello, apretando los labios contra él mientras inspiraba, olía a agua salada y a sudor dulce. Me atreví a abrir la boca y probarlo. Se agitó ligeramente cuando mi lengua rozó su

nuez de Adán, pero pronto se sumió en un sueño profundo. Sabía que podría habérmelo tirado allí mismo, pero dormía tan tranquilo que no quise molestarle. Aunque la idea era tentadora, sobre todo al sentir su polla contra mí.

Me aparté con cuidado de sus brazos, echándole ya de menos mientras me levantaba de la cama. Si quería energía para lo que seguramente había planeado para hoy, necesitaba café. Una cafetera llena, si iba a ser como anoche. Me dirigí al armario que estaba junto al cuarto de baño, que era más grande que todo mi apartamento y encontré una bata blanca mullida colgada. La descolgué de la percha y me la puse sobre el cuerpo, disfrutando de la comodidad del suave material que me envolvía como un cálido abrazo. Incluso encontré unas zapatillas a juego justo debajo de donde había colgado. Me sentía como en un hotel de cinco estrellas. Me las puse y salí de la habitación sin hacer ruido.

Caminé por el pasillo, caliente por los primeros rayos de sol de la mañana, admirando esta parte de la casa que aún no había explorado. Dudaba que pudiera verla entera en el poco tiempo que llevábamos aquí, a menos que bautizáramos todas las habitaciones. La idea era tentadora. Tan tentadora como lo había sido ayer sentarme frente a él en el jet. El baño estaba tan cerca, pero sabía que no podría evitar que mis gemidos llegaran a oídos de las azafatas. Así que la tensión creció entre nosotros hasta que fue insuperable y tuvimos que tenernos el uno al otro allí mismo, en la playa.

Mientras me dirigía a la cocina, contemplé las columnas de piedra blanca que sostenían los altos techos y el telón de fondo de las aguas turquesas se asomaba por cada ventanal. Sacudí lentamente la cabeza, asombrada, mientras seguía por el pasillo de mármol hacia la cocina, otro lugar que aún no había explorado.

Atravesé el amplio salón donde habíamos comido la noche anterior, con las puertas francesas aún abiertas a la playa, a sólo unos pasos de distancia y atravesé la puerta blanca arqueada que conducía a la cocina. La habitación estaba revestida con encimeras de cuarzo blanco y armarios blancos que subían hasta los techos bastante altos. Un salpicadero azul claro evocaba los colores del océano. Mientras giraba lentamente por la habitación, oí que alguien se aclaraba la garganta en una esquina.

Me giré rápidamente hacia el ruido y encontré a una mujer sentada con los pies cómodamente apoyados en la superficie de madera del rincón del desayuno. Tomó un sorbo de café mientras me miraba por encima del periódico que sostenía entre las manos.

"Hostia puta", respiré mientras me llevaba la mano al corazón, sintiendo cómo se aceleraba bajo el albornoz.

"Hola a ti también", dijo riendo.

"Lo siento mucho. Soy Mónica". Me apreté la bata con más fuerza, sintiendo que ella podía ver la desnudez que había debajo.

"Hola, eh... Mónica. Soy Erica".

Me pregunté qué debía hacer con esta nueva información. Me devané los sesos buscando el nombre de Erica y quién podría ser, pero no encontré nada. ¿Era otra mujer del pasado de Troy? ¿O del presente? La idea me ponía enferma.

"Veo que no tienes ni idea de quién soy", dijo, dejando el periódico y tomando un sorbo de café.

"Lo siento", empecé.

"No pasa nada. Mi hermano normalmente no me presenta a sus amigas", dijo.

"Troy es tu...".

"Hermano. Sí".

El pensamiento anterior de que esta podría ser una mujer que estaba viendo junto a mí se disipó en el aire y fue reemplazado por el pensamiento de que habíamos sido pillados y no sólo atrapados, por un miembro de su familia.

"Soy su asistente personal", balbuceé.

"¿Ah, sí?", preguntó ella, mirándome de arriba abajo mientras me veía demasiado cómoda en una casa que muy probablemente era en parte de su propiedad.

"Sí. Iré a buscarlo". Sentí que me ardía la cara mientras me daba la vuelta rápidamente y caminaba por el pasillo, resbalando ligeramente en el suelo de mármol.

Juraría que oí su risita detrás de mí.

Atravesé las puertas dobles y entré en el dormitorio, donde Troy seguía durmiendo plácidamente. Fui a hacer la maleta, pero entonces recordé que aún estaba fuera de la puerta principal, todavía llena de la ropa que claramente me faltaba. Suspiré frustrada mientras caminaba rápidamente por la casa, abriendo de un tirón la puerta principal y cogiendo mi bolsa y la de Troy. Las llevé rápidamente al dormitorio, tirándolas al suelo, sin importarme si el ruido despertaba a Troy. Teníamos que salir de aquí.

Capítulo 22

Troy

Estaba inmerso en un sueño muy agradable. Volvía a estar en el océano con las piernas de Mónica envolviéndome tumbados en la arena, escuchando cómo rompían las olas mientras nuestros cuerpos yacían desnudos. Di las gracias a la parte de mis sueños que se encargaba de repetir nuestra noche juntos en el agua, en la playa, en la cama. Pero me estaban sacando de ese sueño. Me estaban despertando, sacándome de un sueño en el que quería quedarme. Abrí los ojos con pesadez y gemí al ver la habitación iluminada por la mañana. Vi a Mónica cerniéndose sobre mí, con las manos en mis brazos, empujándome y tirando de mí.

Vale, ya no estaba tan enfadado ya que mi sueño se había hecho realidad. Le dediqué una sonrisa soñolienta y la agarré, poniéndola encima de mí para que sus piernas quedaran a ambos lados. Ya notaba cómo se me ponía dura contra la bata de felpa que llevaba puesta. Con un solo desliz del cinturón, quedaría desnuda ante mí. Intenté desatarla, pero me detuve al ver su expresión.

Quizá no me había despertado para follar. Me había despertado porque algo iba mal.

“¿Qué pasa?”, le pregunté, incorporándome, pero sin dejar de estrecharla contra mí, de modo que nuestras caras quedaban a escasos centímetros.

"Tenemos que irnos", dijo.

Dejé escapar una carcajada, sin entender por qué íbamos a hacer algo así.

"¿De qué estás hablando? ¿Por qué tenemos que irnos?", pregunté, pasándole las manos por los costados. Podía quitarme la sábana y penetrarla tan fácilmente desde esta posición. Me incliné hacia ella y empecé a besarle el cuello.

"¿Quieres dejar de hacer eso?", siseó, apartando mi mano.

Hablaba en serio.

Levanté la mano y le acaricié la cara con las palmas. “¿Qué te pasa?”, pregunté con seriedad.

Nunca la había visto así.

"Tu familia sabe lo nuestro", susurró.

Se me encogió el estómago. No sabía de qué estaba hablando. Habíamos sido lo más discretos posible. Bueno, tal vez no siempre, pero sobre todo cuidadosos. ¿Le había contado Kathy sus sospechas a mi padre? No lo sabía porque mi teléfono estaba apagado desde ayer. No tenía forma de localizarme para echarme la bronca. Entonces, ¿cómo lo sabía Mónica?

"¿Cómo? ¿De qué estás hablando?". Pregunté, intentando mantener la calma en mi voz, pero sonaba más a pánico que a otra cosa.

"En la cocina...", dijo, poniendo su cara sonrojada en sus manos y enterrándola. Se bajó de mí y rápidamente me quité las sábanas del cuerpo. Me dirigí al armario, cogí de la percha una bata blanca a juego y me la puse.

Me di cuenta de que Mónica había traído nuestras maletas y estaba de rodillas, buscando frenéticamente en su bolsa. Se echaba bikinis y prendas de encaje al hombro. Intenté no distraerme pensando en su aspecto y me centré en calmarla.

"Cálmate", le dije en voz baja. Odiaba verla así.

"¿Cómo voy a calmarme? ¿Cómo se supone que voy a volver ahí fuera cuando todo lo que hay en esta maleta grita 'fóllame'?", exigió, alzando la voz.

Solté una suave carcajada, intentando calmar la situación.

"Me alegro de que hayas hecho la maleta para la ocasión". Miré los bikinis y sujetadores esparcidos por el suelo.

"Esto no tiene gracia", dijo con los ojos muy abiertos. Juraría que estaba conteniendo una sonrisa de pánico, pero pronto se le borró de la cara mientras seguía rebuscando en su bolso.

"Déjame ver qué pasa. Tómate tu tiempo para vestirte. Todo saldrá bien", le dije. No sabía a quién quería convencer. A mí o a ella.

Me incliné y le besé la parte superior de la cabeza, que aún olía a agua salada y a ese toque de jazmín que tanto me gustaba. La oí

soltar un largo suspiro mientras empezaba a buscar en su bolso en un estado menos maníaco. Me até bien el albornoz y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

En cuanto salí de la habitación, respiré hondo e intenté calmar los nervios mientras repasaba una lista de razones por las que mis padres estarían aquí. No era la época del año en que solían visitar las Bahamas. Normalmente venían a principios de otoño, a veces en primavera. Mi madre solía contarme sus planes de vacaciones por si pasaba algo. Se preocupaba mucho, aunque era evidente que yo no correspondía a esa comunicación. Estaba seguro de que no había ninguna posibilidad de encontrármelos aquí. Diablos, casi nunca me los encontraba en Nueva York, y mucho menos en una isla a miles de kilómetros de distancia.

O quizá mi padre no había venido de vacaciones. Tal vez le avisaron de que cogí el jet privado con una mujer guapa y morena, que en realidad podía ser cualquiera, ya que habíamos omitido su nombre en el itinerario. Pero Kathy habría notado nuestra ausencia de la oficina ayer y se lo habría dicho. No era idiota. Fácilmente podría haber sumado dos y dos.

Podría haber volado hasta aquí sólo para demostrar su punto de vista y arrancarme la empresa de encima, humillándome en el proceso. Eso haría que su "te lo dije" fuera mucho más dulce para él.

Mi ritmo cardíaco se aceleró a medida que me acercaba a la cocina por el pasillo de largas ventanas y atravesaba el salón donde habíamos disfrutado de la cena y terminado con el postre en el sofá. Al atravesar la puerta arqueada, mis ojos recorrieron rápidamente la habitación. Exhalé un suspiro de alivio al ver a Erica sentada en el rincón del desayuno sorbiendo una taza de café y leyendo el periódico.

"Jesús, Erica. ¿Qué haces aquí?", pregunté llevándome la mano a la cabeza.

"¿Qué pasa con la cálida bienvenida de todo el mundo esta mañana?", preguntó, poniendo los ojos en blanco.

"Acabas de asustar a mi... Mónica".

"¿Tu Mónica?",

"Mi asistente personal", me corregí, sin darme cuenta de cómo debía llamarla cuando era evidente que se estaba convirtiendo en mucho más que eso.

"¿Desde cuándo te traes asistentes personales de vacaciones?".

"¿Desde cuándo apareces sin avisar?", pregunté, cruzándome de brazos.

"De hecho, me pedí este lugar el mes pasado. Tú eres el que se está colando en mis vacaciones".

Mierda, pensé para mis adentros. Sabía que a Erica le gustaba escapar del frío invernal y venir aquí casi todos los inviernos. Pero de todos los fines de semana, tenía que elegir éste. Tuve suerte, pero podría haber sido mucho peor. Podría haber sido mi padre el que estuviera sentado en aquella mesa.

"Lo siento", murmuré, pasándome una mano por el pelo granulado por el agua salada.

"¿Qué ha sido eso?", preguntó, tapándose la oreja y dedicándome una sonrisa sarcástica.

"Ya me has oído", dije. "¿Qué le has dicho a Mónica?".

Erica se rió y tomó un sorbo lento de café, haciéndome esperar y disfrutando de mi creciente impaciencia.

"No tuve que decirle nada para que le diera el pequeño infarto que le dio justo donde estás tú". Erica entrecerró un ojo e inclinó la cabeza. "Pequeña nerviosa".

"No te esperaba", le dije. "Ninguno de los dos".

"Bueno, sorpresa". Erica se encogió de hombros. "Por cierto, me gustan las batas a juego".

Tomó otro sorbo de café, mirándome por encima del vapor que se elevaba contra su cara.

"Vale, ya puedes parar. Ya te has divertido", le dije.

Si así era como Erica se burlaba de mí, me imaginaba lo que le había dicho a Mónica cuando entró antes. Pobrecita. No me extraña que tuviera tanto pánico. No entendía el humor de mi hermana. Poca gente lo entendía, pero ella era bastante graciosa cuando no te daba ganas de arrancarte los pelos.

Erica soltó un suspiro dramático y retiró los pies descalzos de la superficie de madera de la mesa. Dejó el café y se acercó a mí. Me puso las manos en los hombros y me miró a los ojos.

"Sólo estoy bromeando. Tranquilo", me dijo. "No sé qué es lo que está pasando entre vosotros, pero ella parece ser algo más que tu asistente personal".

"Erica, yo...". Empecé.

"Está bien", me interrumpió. "No voy a decirle nada a papá".

La tensión comenzó a abandonar mis hombros que se sentían como si estuvieran hasta mis orejas. Era como si estuviéramos en el instituto y ella me cubriera si salía después del toque de queda. Yo siempre le devolvía el favor. Nos pillaron muy pocas veces. Sabía que podía confiar en ella.

"Gracias", le dije agradecido, dándole un fuerte abrazo.

"Vale, me estás asfixiando", dijo contra mi hombro.

La solté y solté una carcajada.

"Ve a buscar a tu Mónica, para que pueda conocerla como es debido".

"Y...".

"Discúlpate", dijo Erica poniendo los ojos en blanco.

Sonreí y salí de la cocina, ansioso por hacer las presentaciones adecuadas entre mi hermana y Mónica. Tenía la sensación de que harían buenas migas, cuando Mónica no estuviera en bata y pillada por sorpresa.

Llamé suavemente a la puerta del dormitorio antes de entrar. Encontré a Mónica sentada en la cama con un vestido playero de color salvia sin hombros. Llevaba el pelo suelto con ondas playeras. Estaba guapísima. La playa le sentaba bien y sólo habíamos pasado aquí la noche. Pero también parecía preocupada. Tenía las manos apretadas en el regazo, como si se estuviera preparando para lo que venía a continuación.

"Hola", dije, caminando hacia ella, deseoso de consolarla.

Me puse delante de ella y me miró con los ojos llenos de preocupación. Parecía que estaba llorando. Le puse las manos en la cara y le acaricié suavemente las mejillas con los pulgares.

"Eh, eh. No pasa nada", dije casi susurrando.

"¿Cómo puedes estar bien?", preguntó, frunciendo las cejas.

"Es sólo mi hermana. Erica".

"¿Sólo tu hermana?".

"Es inofensiva. Lo juro", le aseguré. "Siento si te ha hecho pasar un mal rato. Sólo estaba bromeando. Es lo que suele hacer".

Mónica se mordió la mejilla como si no supiera qué pensar.

"¿Pero qué pasa con el trabajo? Tu padre. Kathy. Seguro que se enteraran de lo nuestro". Enterró la cara entre las manos.

"Basta", le dije, quitándole suavemente las manos y tirando de ella para que se pusiera de pie. "No tienes que preocuparte por todo

eso. Erica no va a decir nada. Es una de mis mejores amigas".

Era verdad. Erica era una de las pocas personas que me entendía.

Eso es realmente sorprendente, porque Erica y yo somos completamente diferentes. Ella es cualquier cosa menos rica y trabaja como periodista en un periódico. Tiene un trabajo normal y lleva una vida normal como muchos otros, nunca aceptaría un favor ni nada de su hermano rico, aunque tuviera problemas de dinero. Y creo que a veces los tiene.

Nunca me juzgó por mis decisiones vitales y eso que había tomado muchas y muy cuestionables y soy una de las pocas personas que entendía su humor. Claro, ella me dio caña mucho tiempo, al igual que lo hizo en ese momento. Pero en el fondo, sabía quién era y me quería.

Me sentí aliviado de que alguien supiera lo nuestro. Significaba que tenía a alguien con quien hablar. Alguien en quien confiar.

"Vale", dijo Mónica con recelo mientras la rodeaba con mis brazos.

Le levanté la barbilla con un dedo y me incliné para besarla. Ella se inclinó hacia mí y me rodeó con los brazos. Me separé y la miré a la cara.

"Ven. Quiero que conozcas a mi hermana. Que la conozcas de verdad".

Una sonrisa se dibujó en sus labios y asintió.

"Pero primero, déjame vestirme".

Capítulo 23

Mónica

Mientras intentaba no espiar a Troy cambiándose de bata y poniéndose ropa más adecuada para presentarme a su hermana, o volver a presentarme para el caso, también intentaba no preocuparme de que me pillaran de vacaciones en la playa con mi jefe. Dijo que su hermana era de fiar y que no había de qué preocuparse. Quería creerle. Supongo que debería haber agradecido que no fuera su padre el que estaba sentado en la cocina.

Una vez que Troy se hubo puesto una camisa de lino azul pálido y unos pantalones cortos caqui, me cogió de la mano y me guió por la casa. No pude evitar fijarme en su nuevo aspecto. Normalmente sólo lo veía con los trajes más elegantes, así que este look informal y playero era diferente. Bien diferente.

Hice lo que pude para calmar mis nervios cuando volví a la cocina y me encontré con su hermana, que llevaba un poco más de ropa. Estaba junto a los fogones, dándole la vuelta al beicon en una sartén. Su olor me hizo refunfuñar el estómago. Cuando entramos, levantó la vista y nos dedicó una gran sonrisa.

"¿Queréis desayunar?", preguntó, sosteniendo una espátula de madera.

"Sería estupendo", dije.

"Gracias, hermana", dijo Troy.

"Siento lo de antes", dijo ella, dejando la espátula y apoyándose en la encimera de cuarzo. "La gente dice que tengo un sentido del humor seco. Sólo te estaba haciendo pasar un mal rato".

"No pasa nada", le dije.

"En realidad creo que es genial que estés aquí. Creo que Troy nunca ha traído a nadie aquí, no desde...".

Troy se aclaró la garganta y Erica le lanzó una mirada cómplice. Apostaría a que estaba a punto de decir Verónica. Alguien de quien aún no habíamos hablado. Me pregunté si lo estaba evitando. Supongo que yo también lo estaba evitando.

Su hermana se apartó del mostrador y me tendió la mano.

"Intentémoslo de nuevo. Soy Erica". Sonrió.

"Mónica", dije, estrechando su mano extendida.

"¿Cómo te gustan los huevos, Mónica?", dijo, volviendo a la cocina.

"Revueltos, por favor".

Más o menos lo que sentía mi cerebro en ese momento.

"Enseguida", dijo.

Troy sacó dos tazas de café de un estante cercano y sirvió café caliente hasta el borde. Me pasó una con cuidado y nos acomodamos en el rincón. Sorbimos el café y escuchamos cómo Erica dijo que la noche anterior había llegado tarde probablemente mucho después de que nos hubiéramos acostado, lo cual era bueno. Si hubiera llegado antes, me habría encontrado boca abajo en el sofá con Troy detrás. Me ruboricé al pensarlo.

Pasamos el desayuno conociéndonos y me di cuenta de que me gustaba de verdad. Troy apenas podía articular palabra entre nosotros. Descubrí que también era escritora. Periodista de un pequeño periódico que empezaba y que se dedicaba sobre todo a la política. Me sorprendió saber que no formaba parte del imperio Gunner.

"¿Qué te hizo decidirte a escribir?". Le pregunté.

"¿Y no hacerme cargo del negocio familiar?", preguntó, comprendiendo lo que realmente le estaba preguntando.

Asentí con la cabeza.

"Nunca me interesó, lo que cabreó a mi padre. Pero es tan de la vieja escuela que, aunque quisiera formar parte de su legado, dudo que encontrara un lugar para mí. Una mujer".

Ouch, pensé. Parecía que Troy no era el único que tenía una relación tensa con su padre.

"Entonces, ¿escribes novelas románticas?", preguntó, llevándose un trozo de tocino a la boca.

"Así es", dije, esperando a que me tachara de escritor de pelusa.

"Es jodidamente increíble. Son mi placer culpable".

"¿En serio?", pregunté, sorprendida de que se metiera en fantasías de amor y sexo.

"Ah, sí. La política puede ser despiadada, así que es agradable tener una vía de escape".

"Puedo entenderlo", dije. "Yo me evado leyendo novelas policíacas o de suspense".

"Tienes que tener ese descanso del trabajo, sin dejarlo del todo. Lo entiendo. También leo columnas de cotilleos, cuando el tema político se pone demasiado pesado".

Realmente empezaba a gustarme esta chica.

Troy se aclaró la garganta después de haber sido ignorado durante casi veinte minutos.

"Oh, Troy. Había olvidado que estabas aquí", dijo Erica, fingiendo sorpresa.

Solté una carcajada. Me gustaba su humor, cuando no era a costa mía a primera hora de la mañana, claro.

"Ja, ja", dijo Troy. "Siento interrumpir esto...". Señaló entre nosotras, levantando una ceja.

"¿Celoso?", preguntó Erica.

"Un poco". Levantó dos dedos y los separó unos centímetros.

Me incliné hacia él y le apreté la rodilla. Fue un pequeño momento de intimidad que finalmente fue visto por otra persona. No sólo alguien, sino alguien de su familia. Alguien cercano a él. Fue la cosa más pequeña, pero se sintió tan grande. Especialmente porque me sentía tan cómodo haciéndolo delante de ella.

"¿Qué queréis hacer hoy, chicas?", preguntó, mirando entre nosotras dos.

De alguna manera no me importaba que nuestra escapada de dos se hubiera convertido en una escapada de tres.

"Quiero bajar a la playa con una plétora de bebidas alcohólicas y emborracharme y broncearme", dijo Erica asintiendo con la cabeza.

Troy me miró.

"Me apunto", dije.

"De acuerdo. Está decidido. Iré corriendo a la tienda", dijo.

"No hasta que me ayudes a lavar estos platos", dijo Erica, poniéndose de pie y limpiando la mesa.

"Puedo ayudar". Me levanté y cogí un plato.

Ella me hizo un gesto.

"Relájate. Eres una invitada". Hizo un gesto con la cabeza para que Troy la siguiera.

Los vi caminar hacia el fregadero con una pila de platos en las manos. Podía ver su cercanía en la forma en que caminaban y se miraban.

"Me gusta", oí susurrar a Erica mientras empezaba a fregar los platos.

Sonreí ante sus palabras. Significaban más de lo que ella creía.

Una hora más tarde, los tres estábamos en la playa de arena blanca, tumbados en grandes toallas de rayas blancas y negras con cócteles en la mano. Troy había ido a la tienda y había comprado todo lo que necesitábamos para las piñas coladas. Debió de hacerlas muy fuertes, porque la que tenía casi vacía en la mano ya se me había subido a la cabeza.

"¿Alguien quiere más?", preguntó, apoyándose en la toalla y mirándonos.

Era difícil no dejar que mi mente recorriera su vientre bronceado y musculoso hasta el contorno en V que asomaba por su bañador negro. Por suerte, yo llevaba gafas de sol oscuras, así que Erica no me pilló mirando a su hermano.

"Sí, por favor", dijo Erica, levantando su vaso vacío.

"Lo mismo digo", dije yo.

"Estoy en ello". Troy se levantó y se dirigió a la casa de la playa, a través de las puertas francesas. Suspiré mientras ponía las manos detrás de la cabeza y miraba al cielo. Estas eran unas vacaciones que no quería dejar nunca. Hacía calor, pero no demasiado. El agua se sentía como el aire. La temperatura perfecta para nadar. O para

hacer el amor, como sabíamos desde la noche anterior. Si pasara toda mi vida en esta playa, sería feliz.

Temía volver a Nueva York mañana. De vuelta al frío y al aguanieve. Volver a esconder lo que fuera que había entre Troy y yo. No sabía lo que era y había veces que quería preguntar, pero no quería arruinar algo bueno con etiquetas. Una etiqueta no cambiaría el hecho de que era mi jefe y una relación probablemente nos metería a los dos en problemas.

De momento, intenté ser feliz con la forma en que me miraba. La forma en que me tocaba. Tenía que ser suficiente. Y a veces lo era. Era suficiente para que mi corazón dejara de latir durante una fracción de segundo y luego se reiniciara, como si volviera a la vida. No quería perder esa sensación.

"Me gustas", dijo Erica, mirando al cielo a través de sus gafas doradas que probablemente costaban más que mi alquiler.

"Tú también me gustas", dije, girándome hacia ella.

"Quiero decir, eres dura por ti misma. Siendo novelista y todo eso. Pero también me gustas por mi hermano. No siempre es tan... divertido".

"Gracias", dije. "Lo pasamos bien juntos".

"Quédate por aquí, ¿vale?", dijo.

Asentí con la cabeza.

Lo intentaré, pensé para mis adentros.

Oí los pasos de Troy acercándose y levanté la vista para verle llevando una batidora llena de mezcla de piña colada y bailando un poco, aunque no había música. Sonreí divertida.

"Sus bebidas, señoritas", dijo con una sonrisa. Vi que tenía la cara un poco roja, probablemente por el ron.

"¿Ves? Divertido", dijo Erica mientras se incorporaba y le entregaba su vaso, que él llenó con la fuerte bebida de piña.

Me reí mientras llenaba mi vaso y luego el suyo. Dejó la batidora en la arena y vi cómo sus ojos recorrían mi cuerpo lentamente. Podría haber estado desnuda con aquel bikini rosa, y bajo su mirada deseé estarlo para tenerlo aquí mismo, en la arena. Se me cortó ligeramente la respiración cuando sus ojos adquirieron un tono verde más oscuro y lujurioso. Me pregunté qué haría si su hermana no estuviera. La idea hizo que algo dentro de mí se estremeciera.

"Necesito un tentempié", dijo Erica de repente, poniéndose en pie. Se balanceó un poco en la arena antes de estabilizarse.

"Yo también", dijo Troy. "Oye, ¿quieres hacer tu famoso guacamole?".

"Oooh. Sí. Buena idea. Ahora vuelvo".

Troy se sentó en la toalla a mi lado y llamó por encima del hombro: "Tómate tu tiempo".

En cuanto desapareció por las puertas francesas de la casa, se dio la vuelta y me agarró el pecho a través de la fina tela de mi bikini. Jadeé ante su atrevimiento, pero lo acepté de buen grado.

"He estado esperando para hacer esto desde que te vi salir con el bikini más sexy que he visto nunca", me susurró al oído mientras sus dedos me rodeaban el pezón, haciendo que llegara a su punto máximo.

Su otra mano bajaba por mi abdomen hasta llegar a la cintura de mi braguita. Inspiré cuando sus dedos se deslizaron por debajo de la tela.

"Tu hermana...". Dije sin aliento.

"Está ocupada", terminó antes de rozar el lóbulo de mi oreja con los dientes.

"Pero está al otro lado de esas puertas", dije, retorciéndome ante su contacto.

"Entonces intenta no hacer ruido", susurró antes de hundir un dedo en mí.

Dejé escapar un gemido de placer mientras movía el dedo.

"Parece como si tú también hubieras estado esperando esto". Sus palabras sonaron roncas en mi oído e instintivamente dejé que mis piernas se separaran, dándole acceso completo a mí.

Se apoyó en el codo y acercó su boca a la mía mientras su dedo entraba y salía de mí vagina, rozándome el clítoris con la palma de la mano. Mi espalda se arqueó de placer, nuestras bocas se apretaron mientras nuestras lenguas se movían a la misma velocidad que su mano. Su hermana podría salir en cualquier momento, pero no me importaba. No podía. Estaba completamente perdida ante el contacto rítmico de su mano.

Empezó a moverse más rápido, bombeando dos dedos dentro de mí. Podía sentir mi humedad contra su mano mientras mi orgasmo empezaba a crecer en mi interior. Levanté las caderas para tener más de él.

"Estás muy mojada", susurró con voz ronca mientras observaba el placer en mi cara. Estaba disfrutando tanto como yo. Gemí en su boca mientras mi cuerpo se tensaba. Cada sensación que me producía su tacto se disparaba como un fuego artificial. Me solté de su mano, retorciéndome mientras me tumbaba contra la toalla en la suave arena. Me quedé allí sin aliento, incapaz de moverme, pero Troy me levantó y me llevó hacia el océano.

A la orilla del agua, mientras me arrojaba sobre sus fuertes brazos, lo miré y sacudí la cabeza con una silenciosa incredulidad.

“¿Qué me estás haciendo?”, susurré.

"Dándote todo lo que te mereces", me dijo, besándome los labios mientras nos adentrábamos en el agua tibia.

Capítulo 24

Troy

Observé la nieve caer suavemente contra los grandes ventanales de mi dormitorio. El cielo era una acuarela de azul marino y violeta mientras el día daba la bienvenida a la noche. El sonido del tráfico lejano flotaba, familiar, como si me diera la bienvenida a casa.

Bostecé y estiré los brazos con cuidado de no despertar a Mónica, que yacía dormida sobre mi pecho. Miré la hora en el móvil: se acercaban las siete de la tarde. Sabiendo que no tenía dónde estar, me acomodé en la calidez de mi cama y su cuerpo. Me pasé los dedos por su pelo largo y oscuro, que se extendía sobre mi piel desnuda.

Era extraño pensar que estábamos en las Bahamas esta misma mañana. La borrachera de ayer en la playa parecía un recuerdo lejano, pero también me había dejado un fuerte dolor de cabeza que aún persistía. Apenas recordaba nada de la tarde, excepto estar tumbado en la arena con Mónica y oír sus gemidos silenciosos al peligroso alcance de los oídos de mi hermana. Había sido arriesgado, pero no pude evitarlo. El bikini rosa que llevaba parecía hecho para ella. Sus tirantes abrazaban las curvas de sus caderas y la poca tela

se aferraba desesperadamente a lo que podía. Me costó un gran esfuerzo no tocarla y fracasé estrepitosamente.

Terminamos la noche yendo a la ciudad a cenar los tres. De algún modo, acabamos en una sala de deportes, comiendo fingers de pollo y patatas fritas, intentando alejar la inminente resaca. Para nuestra sorpresa, era noche de karaoke. Una grata sorpresa para Erica, que aplaudió vertiginosamente ante la oportunidad de sostener el micrófono. Sorpresa menos agradable para mí, que me negaba a subirme al escenario y cantar delante de desconocidos, y mucho menos de Mónica.

Erica nos pidió un poco de coraje líquido en forma de chupitos encendidos. Malas ideas en vasitos de cristal. Después, arrastró a Mónica al escenario para que cantara una horrible versión de "I Wanna Dance with Somebody", de Whitney Houston, mientras el resto del bar y yo las animábamos. Lo intentaron, eso era lo único que importaba. Fue un recuerdo al que probablemente me aferraría durante mucho tiempo. El brazo de mi hermana cubría a Mónica mientras gritaban por el micrófono compartido. Nunca me había reído tanto.

Mi risa cesó cuando Mónica me puso en la lista para cantar Bruce Springsteen. Intenté negarme, pero me miró con ojos de cachorrito y me fue imposible decir que no. Tuve que pedir otro de esos chupitos llameantes y vaya si lo sentía en ese momento. Intenté bloquear ese recuerdo en el escenario. No soy cantante. Aun así, me sentí liberado al estar en un país diferente, soltándome y sin tener que preocuparme de que nadie me hiciera una foto y la vendiera a la prensa.

Esta mañana nos hemos levantado todos con resaca. Pero ha merecido la pena. Mónica y yo habíamos vuelto de las Bahamas a media mañana, dejando que Erica disfrutara de la soledad por la que

había viajado hasta allí. Dijo que volaría a casa al día siguiente, diciendo que se había tomado un largo fin de semana libre en el trabajo. Verla despedirse de Mónica con un abrazo y concertar una cita para la hora feliz me hizo sonreír. No recordaba la última vez que a mi hermana le había gustado alguien con quien salía.

"¿Por qué sonríes?", preguntó Mónica suavemente, mirándome.

No me había dado cuenta de que se había despertado.

"Por lo bien que encajas en mi vida", respondí.

Sonrió antes de acercarse para darme un beso rápido en los labios.

"¿Qué hora es?", preguntó, parpadeando lentamente mientras miraba por la ventana, el cielo se había oscurecido después de acostarnos a la vuelta de nuestro vuelo."Son casi las siete", respondí.

"Debería irme", dijo, levantándose lentamente y apoyándose en los codos.

“¿Por qué tanta prisa?”, pregunté, acariciando suavemente los costados de su cuerpo, peligrosamente cerca de sus pechos desnudos.

"No empiece, señor", dijo bruscamente.

“¿Empezar a qué?”, pregunté inocentemente.

"Sé lo que intentas hacer, pero no puedes retenerme aquí para siempre".

"¿Quieres apostar?", pregunté, rozándole los pezones con los dedos.

Soltó una carcajada.

"Tengo que irme", gimió. "Mañana trabajamos. Hace días que no voy a casa".

"Está bien. Si tienes que hacerlo". Suspiré dramáticamente.

Se echó sobre mí, abriendo las piernas a ambos lados antes de inclinarse y besarme. Sentí presionar su cuerpo contra mi creciente polla a través de las sábanas mientras se inclinaba y susurraba: "Te veré mañana". Se bajó de la cama y se alejó lentamente para recoger su ropa.

"Eres lo peor", gemí, viéndola irse.

La eché de menos en cuanto oí cerrarse las puertas del ascensor, dejándome en una soledad que me había llenado durante los últimos tres días. Sabía que la vería mañana, pero no sería como en las Bahamas. Tendríamos que volver a fingir que yo sólo era su jefe y ella sólo mi ayudante. No sabía si podría fingir.

Allí tumbado, oliendo aún el jazmín que permanecía en mi sábana, me di cuenta de que había dejado que las líneas se difuminaran entre nosotros. Esta no era una relación normal con mi asistente personal. Normalmente, las cosas eran blancas o negras. Había negocios y sexo. No había nada intermedio. No había sentimientos. No había relación.

Pero en este momento...

Las cosas no eran en blanco y negro. Eran de colores vivos y cada matiz me decía que había desarrollado sentimientos por esa mujer. Gemí al darme cuenta del aprieto en el que me encontraba y me tapé la cabeza con las sábanas.

Mi teléfono sonó en la mesilla de noche y me desprendí rápidamente de las sábanas con la esperanza de que fuera Mónica. A lo mejor había cambiado de opinión y se quedaba a dormir. Cogí el teléfono y fruncí el ceño. No era Mónica. Era Verónica. Me di cuenta de lo parecidos que sonaban sus nombres. Puse los ojos en blanco y abrí el mensaje.

Verónica: *Te echo de menos.*

Estaba a punto de tirar el móvil a un lado, pero aparecieron tres puntos rebotando. Aún tenía más tonterías que decir.

Un momento después, apareció una foto.

Estaba delante de un espejo completamente desnuda, con las piernas cruzadas con cuidado y el brazo sobre los pechos desbordantes, para que no se viera nada. Llegó otra foto. Estaba arrodillada en la alfombra de su dormitorio, con una mano en el espejo y la otra sosteniendo el teléfono. Llegó otra foto. Esta vez estaba sentada frente al espejo, con las rodillas dobladas y las piernas abiertas.

Las borré rápidamente.

No se detenía ante nada. Me pregunté cuándo captaría la indirecta. Le respondí.

Yo: *Tienes que parar. Yo ya lo he superado. Tú también deberías. Por favor, no vuelvas a ponerte en contacto conmigo.*

No esperé respuesta antes de apagar el teléfono. Lo coloqué en la mesita de noche, me volví a meter bajo las sábanas y le di la bienvenida al sueño.

A la mañana siguiente, llegué puntual al trabajo. Bueno, casi. Treinta minutos tarde era bastante puntual para mí. Por supuesto, Mónica ya estaba allí, en su mesa, con una elegante americana negra y unos labios granates. Le sonreí al acercarme, pero ella no me correspondió. Parecía nerviosa y sus ojos se dirigieron rápidamente a mi despacho.

La sonrisa se me cayó de la cara y sentí que aterrizaba en el suelo, junto con el estómago, al ver a mi padre sentado en mi despacho. Joder. Lo sabe. Por eso estaba aquí. Me pregunté quién se lo había dicho.

"¿Papá?". Pregunté, mientras entraba en la habitación.

"Cierra la puerta", dijo.

Tenía los brazos cruzados y los labios apretados. Hice lo que me dijo y cerré la puerta antes de sentarme frente a él.

"¿De qué va esto?", pregunté despreocupadamente.

"¿Qué demonios crees que haces cogiéndote vacaciones para irte a las Bahamas?". Alzó la voz al hablar.

"Sólo necesitaba un tiempo fuera. Después de que Verónica apareciera en la fiesta de la tía Ruth, ha sido implacable. No podía

soportarlo".

"Oh, venga ya", dijo él, sacudiendo la cabeza. "Una mujer está encaprichada contigo. Boo hoo".

"Ya sabes cómo puede ser, papá".

Pareció pensárselo un segundo antes de volver a arremeter contra mí.

"Tampoco soy fan de tu ex-mujer, pero no puedes huir cuando la mierda se pone dura. Especialmente cuando es mierda que no importa. ¿Vas a dejar caer la pelota en tu empresa porque no puedes manejar a una mujer molesta?".

"No dejé caer la pelota. No había nada urgente el viernes, así que pensé en irme temprano. Hacía tiempo que no me iba de vacaciones". Me encogí de hombros.

"Los grandes empresarios no se toman vacaciones", dijo. "Al menos no por capricho. Cuando me voy, las pocas veces que lo hago, me aseguro de que todo esté en orden. Si todo no puede funcionar a la perfección mientras estoy fuera, entonces no me voy. Te fuiste sin decir una puta palabra".

"Lo siento...", empecé.

"Hay responsabilidades que mantener. Responsabilidades que no estoy seguro de que puedas manejar".

"Puedo", dije con firmeza.

"Aparecer treinta minutos tarde no me demuestra que puedas manejarlo".

"Fue una vez", mentí.

"Déjate de tonterías. Kathy me lo dice cada vez que llegas tarde", espetó.

"Genial. Me alegro de que Kathy me controle", dije con sarcasmo.

"Lo hace. Por eso la contraté".

"No necesito una niñera", dije en voz baja, aunque quería gritarlo.

Mi padre miró hacia la puerta, como si pudiera ver a través de ella hacia donde estaba sentada Mónica.

"Está claro que sí", dijo antes de volverse hacia mí. "Porque no creo que vayas en serio con este bufete. Te juegas el culo si fracasas".

"No tendría por qué ser así si me dejaras tener algo que es mío".

"¿Y cómo harías eso? ¿Con qué dinero? ¿Crees que puedes crear algo desde cero?". Se rió mientras negaba con la cabeza.

"Quizá pueda".

"Pues puede que tengas que hacerlo. Porque si no te considero apto para dirigir este lugar, de ninguna manera te harás cargo de mi legado".

Sus palabras picaron, pero no dije nada. No había nada que decir. Nunca sería lo bastante bueno para mi padre, aunque me esforzara. Aunque llegara a tiempo. Incluso si dejaba de hacer un movimiento con mis asistentes personales. Nada de eso importaba porque él no dejaría ir lo que construyó. Tenía demasiado orgullo.

Mi padre se levantó de la silla y abrió la puerta de mi despacho sin decir ni una palabra antes de escabullirse por la puerta. Sentí que mi cara se sonrojaba y enrojecía, como si todos mis sentimientos se enroscaran en mi interior y golpearan contra mi piel. El pequeño alivio que sentí de que no hubiera venido a hablar de mi relación con Mónica se vio superado por la rabia que sentía hacia él.

Un momento después, Mónica llamó a la puerta.

"Ahora no", dije, un poco bruscamente.

"Oye, no seas así", dijo en voz baja, dando un paso hacia la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

"No deberías estar aquí", dije. No con Kathy alrededor y probablemente más alerta que nunca.

"Sólo quería ver si todo estaba bien".

"Muy bien. Vete". Señalé la puerta con la cabeza.

Levantó la barbilla como para demostrarme que lo que yo hacía no le hacía daño y se marchó de mi despacho. Sabía que estaba siendo un imbécil, pero me pareció mejor que dejar que me viera cuando estaba mal.

Capítulo 25

Mónica

Intenté contener las lágrimas que me ardían en el fondo de los ojos, amenazando con caer por mis mejillas vacías de color. No podía creer cómo me acababa de tratar Troy. Sus palabras me habían dolido, pero fue la forma en que me miró lo que realmente me dejó herida. Me había tratado con tanta frialdad. Me pregunté qué podría haber pasado desde que lo dejé anoche hasta este momento. Supuse que tenía algo que ver con su padre, pero mis inseguridades salieron a relucir.

Sentada detrás de mi escritorio, parpadeé para contener las lágrimas. No quería que viera que estaba dolida. Me recordé a mí misma que era una profesional y que ese era mi trabajo. También me reprendí internamente por dejar que se difuminaran los límites entre mi vida laboral y mi vida personal. Era el paraíso o el infierno. No podía haber término medio. Esa actitud fue la prueba de ello.

Abrí el calendario para recordar lo que tenía previsto para hoy, pero lo encontré vacío. Lo miré dos veces y actualicé la página, pero

cuando volvió a parpadear, seguía vacía. No había sido esta mañana cuando llegué. Todo el día había estado lleno de reuniones y llamadas y una comida en Ocean Prime que esperaba con impaciencia porque significaba tiempo a solas con Troy.

Miré desde la pantalla de mi ordenador a Troy, que estaba sentado estoicamente en su escritorio. Parecía serio, con las puntas de los dedos juntas. Era una versión completamente distinta del hombre de la playa, borracho de piña colada y dejando que sus manos exploraran mi cuerpo con riesgo, con esa sonrisa que le tiraba de un lado del labio.

No me miró, pero debió de notarlo porque se levantó y cerró la puerta. Cerrándome el paso en más de un sentido. Respiré entrecortadamente y eché un vistazo a la oficina. Todos estaban ocupados con sus ordenadores o hablando por teléfono. Nadie se dio cuenta de que mi mundo se derrumbaba a mi alrededor. De repente me sentí mal recibida en un lugar al que se esperaba que acudiera casi todos los días.

El timbre de notificación de mi ordenador sonó. Mis ojos se dirigieron a la pantalla para ver un correo electrónico de Troy. Sentí una pequeña esperanza de que me diera algún tipo de explicación o disculpa, pero desapareció rápidamente cuando lo abrí.

Era una lista de tareas, muy parecida a las listas que me envió semanas atrás cuando empecé. Tareas insignificantes como recoger la ropa de la tintorería, editar sus borradores de correo electrónico y llevar documentos a firmar. Fue como un déjà vu en el peor de los sentidos. Cada carta que escribía era una forma más de decirme que me estaba evitando.

En lugar de sentir tristeza, de repente sentí rabia. Había demostrado que era mejor que esto. Había demostrado que me había ganado un

lugar a su lado en las reuniones después de hacer todo lo que me había pedido, desde lo pequeño hasta lo imposible. ¿O era simplemente porque se acostaba conmigo? Tal vez yo no era tan buena en este trabajo como había pensado. Sólo me llevaba con él para tener acceso a mí cuando quisiera. Y me lo tragué todo. Porque yo quería tener acceso a él. Había dejado que mi encaprichamiento se impusiera a mi juicio. Me sentí como una tonta.

Cogí el bolso del escritorio y me levanté de golpe. Tenía que salir de allí y, con esta ridícula lista, tenía una excusa para hacerlo. No me molesté en mirar por la ventana de su despacho mientras pasaba por el pasillo. Evité la mirada interrogante de Kathy mientras entraba en el ascensor y bajaba hasta el vestíbulo y salía al frío cortante.

Los días siguientes fueron más de lo mismo. Enfrentándome a las frías tareas pendientes que estaba segura de que se estaba inventando. Me preguntaba cómo se le ocurrían innumerables maneras de mantenerme fuera de la oficina. Debía de suponer un gran esfuerzo. Todo eso sólo para mantenerme alejada.

Seguí buscando en sus correos electrónicos alguna nota de amabilidad o la adoración que una vez me había mostrado, pero todo había sido cortante. Al grano. De negocios. Los mensajes coquetos que solía enviarme habían cesado y ya no me invitaba a su casa después del trabajo. Encontraba mis noches brutalmente solitarias después de haber pasado tantas con él, calentita en sus brazos después de habernos destrozado mutuamente.

Mientras me dirigía a la tintorería por quinta vez esa semana, desafiando el frío viento que soplaba contra mi chaquetón negro, me sentí aliviada al saber que era mi último recado del día. Era fin de semana y no tenía que preocuparme por verle, aunque una parte de mí sabía que le echaría de menos. Aun así, estar lejos de él tenía

que ser mejor que soportar los fríos pocos minutos que le veía cada día.

Mientras esperaba en la cola de la tintorería, mi teléfono zumbó en el bolsillo de mi abrigo. Lo saqué y vi un mensaje.

Corazón: *¿Hora feliz esta noche?*

Yo: *Por favor.*

Corazón: *¿Nobu?*

Yo: *Nos vemos allí a las 6.*

Corazón: *¡Nos vemos entonces!*

Sonreí mientras volvía a guardar el teléfono en el bolsillo. Al menos me esperaba una noche con mi mejor amiga. No le había contado lo que pasaba con Troy. Pensé que era porque me sentía como una tonta por haberme dejado envolver por él, como todas las demás asistentes personales antes que yo, si es que los rumores eran ciertos. ¿Había sido yo sólo una distracción para él? Y ya que se había divertido, ¿se había aburrido de mí?

No tenía sentido, no después de la noche en su casa, cuando prácticamente me rogó que me quedara en la cama con él. Tal vez debería haberlo hecho.

Aun así, si yo era como las demás, ¿por qué fui la primera persona a la que llevó a la casa de la playa? Erica me lo había dicho. Y ella era otra razón por la que esto no tenía sentido. Habíamos congeniado tan bien y Troy parecía eufórico por ello. Ella y yo nos enviábamos mensajes de texto casi todos los días, ya fuera sobre la publicación

de nuevos libros o recordando borrosos recuerdos de las Bahamas. No saqué el tema de lo que pasaba con Troy porque no quería excederme en esta nueva amistad.

Después de dejar los trajes recién lavados de Troy en la recepción de su edificio, no pude evitar sentirme como una extranjera en un edificio que había llegado a conocer tan bien. Miré rápidamente a mi alrededor antes de salir del edificio, sintiendo que las paredes se cerraban sobre mí. Lo único que quería era subir las escaleras y volver a sus brazos. Me preguntaba si estaría allí. Cada día salía antes del trabajo.

Fuera, respiré con un frío glacial y llamé a un taxi. No quería correr el riesgo de encontrarme con él cuando mis emociones estaban a flor de piel. No quería parecer más tonta de lo que probablemente ya era.

Llegué al Nobu veinte minutos más tarde. Faltaban unos minutos para las seis de la tarde. Entré en el cálido local y me encontré con la tenue luz dorada y el murmullo de otros comensales. Vi a Corazón sentada en un acogedor reservado junto a la barra.

"Vaya, vaya, vaya. Empezaba a olvidarme de tu aspecto", dijo, levantándose y abrazándome.

No me había dado cuenta del tiempo que pasó desde la última vez que nos vimos. Fue cuando disfrutamos de vino y hamburguesas con queso y bacon en La Taberna, cuando le conté todos mis apuros con Troy siendo mi jefe. Desde entonces, nos habíamos enviado mensajes de texto y le había contado fragmentos de lo que estaba pasando, pero aparte de eso, había estado tan consumida por pasar cada minuto con Troy. De repente me sentí culpable por prácticamente desaparecer de la faz del planeta.

"Lo siento", le dije, dándole un suave apretón en los brazos mientras la miraba a los ojos. Quería que supiera que era sincera.

"Oh, para. Sólo te lo estoy haciendo pasar mal. Sé que has estado... ocupada". Movió las cejas.

Me reí suavemente y me quité el abrigo antes de deslizarme en el reservado junto a ella. Pedimos una botella de vino y unos aperitivos, mientras charlábamos sobre Bridgette y Daniel. Entonces llegó el vino y sentí como el calor del tinto calmaba todos los pensamientos de mi cerebro. Agradecí el alivio.

"¿Cómo te va con el señor jefe multimillonario? Eso sí que es el título de un libro", dijo Corazón.

Suspiré.

"Uh-oh", dijo, mirándome con preocupación.

"No sé qué ha pasado", respondí. "Volvimos de las Bahamas y...".

"¿Las Bahamas?", preguntó sorprendida.

Me di cuenta de que no había hablado con ella desde que volví.

"Fuimos el fin de semana pasado. Fue algo espontáneo. Me invitó el viernes por la mañana y unas horas después estábamos allí".

"Ugh. Estoy celosa. Pudiste escapar de este crudo invierno", dijo.

"Fue el paraíso".

"Entonces, ¿qué pasó?".

La puse al tanto de la escapada romántica y de conocer a su hermana y de cómo todo había parecido perfecto. Más que perfecto. Pero entonces le conté lo que pasó el lunes por la mañana cuando volvimos al trabajo.

"Menudo capullo", dijo acalorada mientras negaba con la cabeza.

"No es un capullo".

"Pues se comporta como tal. ¿Y no tienes ni idea de por qué?".

"Quizá se aburrió de mí". Me encogí de hombros.

"Nadie podría aburrirse de ti".

"Tenía una reunión con su padre justo cuando llegó a la oficina...". Dije pensativa. "No pude oír de qué hablaban, pero oí voces elevadas".

"Bueno, tal vez sea eso. Simplemente tuvo un mal día".

"¿Pero dejarme fuera toda una semana?". Fruncí el ceño.

"¿Crees que su padre lo sabe?", preguntó, dando un sorbo a su vino.

"Si lo supiera, seguro que me despediría".

"Hmmm...", dijo Corazón mientras intentaba devanarse los sesos en busca de respuestas, igual que había hecho yo.

Me metí un trozo de rabo amarillo con jalapeño en la boca antes de encogerme de hombros.

"Quizá debería buscarme otro sitio para trabajar. Es que el dinero es muy bueno".

Corazón reflexionó un segundo mientras daba vueltas al vino tinto en su copa.

"O...", empezó.

“¿Qué?”, pregunté, enarcando una ceja.

"Podrías volver a escribir. Sé que tus fans probablemente te echan de menos. Yo te echo de menos. Haciendo lo que te gusta".

Me miré las manos y pensé en lo que había dicho. Era lo que había estado pensando toda la semana mientras me preguntaba si este trabajo de asistente personal era lo correcto para mí. Pero tenía miedo. Incluso estaba aterrorizada. No podía soportar volver a defraudar a mis fieles lectores, aunque tenía la sensación de que las semanas que había pasado con Troy me habían dado material suficiente para toda una maldita serie. Excepto que tendría que inventarme un final feliz.

En el fondo, me preocupaba haber experimentado un trozo de vida que nunca podría recuperar. Me lo dio todo y me lo había arrebatado. ¿Cómo iba a escribir un final feliz cuando tenía el corazón roto?

Además, escribir me traía recuerdos de haber sido acosada en la cafetería cuando estaba perdida escribiendo en mi portátil, sin ser consciente de que alguien peligroso me acechaba justo al otro lado

de la calle. Estar fuera de los focos durante los últimos seis meses me ha hecho sentir segura, como si nadie pudiera encontrarme si ya no supiera que existo.

Corazón me cogió la mano que tenía sobre el regazo y me la apretó.

"Piénsalo, ¿vale?", me dijo en voz baja.

Asentí, aunque en el fondo ya estaba desechando la idea.

Capítulo 26

Troy

Después de una semana de trabajo infernal intentando demostrar que me lo tomaba en serio para apaciguar a mi padre y la atenta mirada de su espía en la oficina. Haciéndole el vacío a Mónica toda la semana, pasé el fin de semana encerrado en mi apartamento con una botella de bourbon y el silencio como recordatorio de que volvía a estar solo. En realidad, no le había dado la espalda a Mónica.

¿De verdad esperaba que siguiera intentándolo después de que yo fuera tan gilipollas? Era una mujer fuerte y yo lo sabía. Eso me encantaba de ella. Quizá lo entendería si conociera toda la historia, pero no me había sincerado del todo con ella. No sabía nada de lo que estaba pasando con mi padre ni de las amenazas contra mí y mi empresa. Pasé la mayor parte de la semana preguntándome si valía la pena conservar el trabajo a cambio de perderla.

Después de pasar todas aquellas noches solo, acostumbrado a sentir su suave piel junto a la mía y a oír su risa bajo las sábanas, empezaba a darme cuenta de lo mucho que había metido la pata. Mi padre ya no estaba tan encima de mí y Kathy parecía haberme dado el visto bueno después de una semana de trabajo, tal vez fuera

seguro volver a las andadas con Mónica. Si ella me aceptaba. Sabía que no sería fácil.

El lunes por la mañana, encontré mi Americano helado sobre mi escritorio. Era lo único con lo que podía contar todas las mañanas y, a pesar de saber que era el trabajo de Mónica, era lo bastante iluso como para mentirme creyendo que significaba algo más. Tomé un sorbo y dejé que el líquido de caramelo oscuro recorriera mi garganta. Perfecto. Como todas las mañanas.

En lugar de cerrar la puerta esta mañana, como había hecho toda la semana pasada, la dejé abierta. La miré sentada en su escritorio. Estaba preciosa, con el pelo castaño cayéndole por encima de los hombros y unos labios rojos que complementaban su piel cremosa. La semana pasada había sido una tortura obligarme a no mirar a la belleza sentada frente a mí. Cerrar la puerta había sido mi única tabla de salvación, junto con largas listas de chorradas que tenía que hacer fuera de la oficina.

La había echado de menos sentada a mi lado durante las reuniones. El leve roce de nuestras piernas. Las miradas robadas. Los largos almuerzos con champán. Sólo había pasado una semana, pero me parecía toda una vida sin ella. Aunque mi trabajo era impecable, no era tan divertido sin ella a mi lado.

El timbre de notificación de mi ordenador sonó, apartando mis ojos de su perfecto mohín que hacía cuando estaba concentrada y dirigiéndolos al resplandor de la pantalla de mi ordenador. Había un correo electrónico suyo. Lo abrí con impaciencia.

No había saludo. Nada de juegos. Sólo me escribía para recordarme el acto benéfico del fin de semana que se me había olvidado después de la semana de mierda anterior. Era una de las galas más importantes del año y mi asistencia era obligatoria, ya que yo era

uno de los mayores donantes. Poner una sonrisa falsa en mi cara y charlar con la élite de Manhattan sonaba totalmente aburrido, pero con Mónica allí, podría ser mejor.

Quizá era mi forma de recuperarla. A las asistentes personales no se les invitaba normalmente a este tipo de cosas, así que podría ser divertido para ella. Una forma de reavivar lo que yo había apagado. Estaba decidido. Sólo tenía que poner mi plan en marcha.

Después de comer, le entregué un ramo de cuatro docenas de rosas de tallo largo. Sus ojos se abrieron de par en par cuando el mensajero se paró ante ella con el arreglo que era más grande que él. Una vez que se marchó, vi cómo miraba confusa a su alrededor antes de sacar la tarjeta que estaba atada al jarrón de rosas que, irónicamente, hacía juego con sus labios. La vi leer la nota que les había hecho transcribir, conteniendo la respiración mientras recitaba las palabras en mi cabeza.

Por favor, acompáñame el viernes por la noche. Te echo de menos.

No la había firmado por miedo a que Kathy husmeara. Pero no hacía falta. Ella lo sabría.

Después de leer la tarjeta, la dejó sobre el escritorio y volvió al papeleo que había estado revisando antes de que llegaran las flores. Ni siquiera miró en mi dirección. Suspiré y me senté en la silla. Sabía que iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Durante los días previos a la gala, llegué al trabajo antes que ella y dejé los regalos en el asiento de su escritorio. Cada día abría las cajas y encontraba algo que necesitaba para la gala. Un collar de diamantes y un par de pendientes a juego de Tiffany 's. Una tarjeta de cita para la peluquería y el maquillaje de Timothy John. Un par de Christian Louboutins. Y, por último, un vestido rojo de satén sin

tirantes. Con cada regalo que abría, nunca me miraba. Ni siquiera sonreía.

Así que cuando me presenté en su casa en limusina y llamé a su apartamento por el interfono, no sabía si vendría conmigo. Esperé unos minutos fuera de su edificio, esperando oír su voz por el altavoz, pero nada. Exhalé un lento suspiro de derrota mientras me arreglaba la parte delantera del esmoquin antes de volver a la limusina. Justo cuando estaba a punto de entrar, el conductor que sujetaba la puerta se aclaró la garganta y miró detrás de mí.

Me giré lentamente, siguiendo su mirada y la vi. Mónica estaba ante mí con el vestido que le colgaba de los hombros y se ceñía a su amplio escote antes de caer en cascada hasta el suelo en un charco de rojo satinado. Su cuello estaba adornado con un collar de diamantes de buen gusto que brillaba junto a los pendientes de lágrima que asomaban de su pelo oscuro recogido en un moño alto.

Mi estómago dio una voltereta y me pregunté si volvería a ponerse en pie mientras me esforzaba por encontrar las palabras para decirle algo a la hermosa mujer que tenía ante mí. El conductor carraspeó y me devolvió a la realidad. Me hice a un lado y la dejé entrar en la limusina, celoso del conductor, que la cogía de la mano mientras la ayudaba. Entré tras ella.

El silencio nos envolvió en el asiento trasero mientras ella se negaba a mirarme.

"Mónica", dije en voz baja, cogiéndole la mano. Ella no se apartó. "Por favor, mírame. Por favor, escúchame".

Apartó la mirada de la ventana y la centró en mí, toda su intensa ira, tristeza y dolor penetrándome como flechas lanzadas con un arco.

"Lo siento mucho. Por favor, tienes que saberlo". Me tembló la voz, pero no me importó. Dejé a un lado mi orgullo habitual antes de continuar.

"Es que estaba muy enfadado con mi padre. Es como si hubiera vuelto a casa de un sueño y él lo hubiera estropeado todo. No sé por qué dejé que me afectara tanto. Nunca debí desquitarme contigo".

Pareció pensarlo un momento.

"Tienes la noche para compensarme", dijo en voz baja antes de volver a mirar por la ventanilla, pero juré que vi una leve sonrisa antes de que se volviera.

Cuando llegamos al Met, vi las luces parpadeantes y la alfombra roja llena de los más ricos de Manhattan. Mónica abrió mucho los ojos cuando el coche se detuvo.

"Antes de bajar, quiero que sepas que eres la mujer más hermosa en la que he puesto los ojos", le dije suavemente, desviando su mirada nerviosa del exterior que nos esperaba.

Me incliné hacia ella y le di un suave beso en la mejilla.

"Gracias por venir", susurré.

La puerta del coche se abrió y las cámaras ya estaban haciendo fotos. Salí con calma, aunque tenía los nervios a flor de piel y no era por las luces o los gritos de los fotógrafos. Era porque estaba aquí con Mónica y existía la posibilidad de que esta noche no fuera suficiente para reconquistarla. Le tendí la mano y por un momento me pregunté si la cogería. Lo hizo y mis dedos se cerraron suavemente alrededor de la mano que tanto había echado de menos

en la mía. La ayudé a salir de la limusina y oí los gritos ahogados de la multitud. Sonreí con complicidad mientras la conducía a la alfombra roja.

Después de un montón de fotos, juntos y separados, evitamos cuidadosamente cualquier pregunta sobre nuestra relación. Sabía que las fotos estarían por todas partes, pero podía decirle a mi padre que la había traído por motivos de trabajo. No era tan descabellado para uno de los acontecimientos más importantes del año. En los negocios siempre hay alguien con quien charlar.

Atravesamos las puertas del museo y nos dirigimos hacia el suave jazz que flotaba en el gran salón de baile. En el interior, los suelos de mármol blanco estaban salpicados de mesas de cóctel con mantelería blanca y grandes ramos de rosas blancas. De los intrincados paneles del techo colgaban relucientes lámparas de araña con grandes velas blancas que emitían un cálido resplandor por toda la sala.

"Guau", susurró Mónica mientras caminaba a mi lado, asimilándolo todo.

Aunque ya había estado aquí infinidad de veces, era mucho más especial verlo a través de los ojos de Mónica.

"Es cierto", le susurré, pero no miraba el salón de baile.

Incluso en la penumbra, pude ver cómo sus mejillas se oscurecían.

Todos parecían estar de acuerdo mientras sus ojos, tanto de hombres como de mujeres, la seguían por la fiesta. Era la reina del baile. Una cara nueva y hermosa a la que la gente adula y pregunta.

Parecía felizmente inconsciente de los asentimientos en su dirección, como si no tuviera ni idea de lo hermosa que era.

"Vaya, vaya, vaya", dijo una voz familiar detrás de nosotros.

Se me revolvió el estómago cuando me di la vuelta y vi a Verónica del brazo de algún tonto al que debía de haber convencido para que la acompañara. Tenía una copa de champán casi vacía en la mano y una sonrisa pícara en la cara mientras miraba de mí a Mónica. Conocía esos ojos. Tenían una misión: Destruir.

"Verónica", asentí secamente. "Te acuerdas de Mónica".

"¿Me acuerdo?", preguntó, con los ojos parpadeando mientras fingía no saberlo. "Ah, claro. A ti te había confundido con la encargada del baño". Ella se rió y miró a su cita para compartir su diversión. Él dejó escapar una risa nerviosa.

"Mírate. Una Cenicienta moderna. Lástima que todo esto desaparezca a medianoche o cuando Troy se aburra de ti. Puede que le tengas a él y a esta gente engañados, pero yo veo los trapos sucios debajo de todo eso". Verónica la miró de arriba abajo.

Lo había dicho lo suficientemente alto como para que la gente la oyera y se habían parado y querían ver más del espectáculo. Mónica se quedó a mi lado en silencio, sin saber qué decir.

Satisfecha, Verónica giró sobre sus talones y empezó a alejarse. No iba a dejar que se saliera con la suya. Salí corriendo detrás de ella, dejando a Mónica atrás para que no tuviera que oír más de los horribles golpes de Verónica. Agarré el brazo de Verónica suavemente y ella se giró para mirarme.

"¿Qué demonios, Troy?", preguntó con voz chillona.

"No le hablarás así sólo porque eres una zorra celosa. Ya te he dicho que tú y yo hemos terminado. Más que acabados. No somos nada".

La cita de Verónica miró de mí a ella, y decidió que era más seguro para él estar en el bar.

"Mira lo que has hecho", dijo Verónica. "Parece que tendrás que ocupar su lugar".

Extendió la mano y me rodeó el brazo, acercándome. Sabiendo que nos miraban, no quise montar más escándalo, aunque me repugnaba estar tan cerca de ella. Tenía que salir de esto.

Capítulo 27

Mónica

Observé horrorizada y dolida como el hombre al que le había dado una segunda oportunidad caminaba detrás de su ex mujer que acababa de menospreciarme delante de todos. Sentí que no podía moverme. No podía hablar. Las palabras que ni siquiera podía formar en mi cabeza se escaparon como un graznido silencioso de mis labios mientras observaba cómo la mano de ella envolvía el brazo de él.

De repente, sentí los ojos de todo el mundo clavados en mí y sus susurros se convirtieron en el único ruido que podía oír en aquel salón de baile tan exquisitamente grande. Un salón al que no pertenecía. Con un vestido que no me correspondía. Oí risas ahogadas mientras me rodeaba con los brazos, como si intentara protegerme de los que me miraban.

Verónica tenía razón, estaba jugando a disfrazarme. Jugaba a fingir. Podía verlo claramente, me encontraba en el centro de esta hermosa sala con todos los que probablemente habían descubierto que la magia de este lugar se había desvanecido por el mero hecho de haber sido invitados a otra gala más en su rico y ajetreado mundo. Antes de que sus rostros enmascararan sonrisas al ver que yo no era

uno de ellos, sus caras estaban adornadas con sonrisas forzadas y aburridas.

Para mí, la noche había sido pura magia. Por muy terca que hubiera intentado ser a la hora de dejar que Troy volviera a mi vida, me había dejado llevar por su atención. En la cinta de terciopelo que envolvía las cajas que dejaba cada día en mi escritorio. No era lo que había dentro lo que me atrapaba, era simplemente el hecho de que volviera a verme. Que no me dejara de lado, cuando durante toda la semana había estado suplicando en silencio que me dirigiera una sola mirada.

Y entonces apareció en mi apartamento en una limusina que parecía un carruaje para llevarme al baile, con un esmoquin negro que abrazaba cada centímetro perfecto de él. Apenas podía respirar mientras lo contemplaba, y cuando me miró, se acabó todo. No era una mirada de lujuria. Una mirada a la que estaba acostumbrada y que ansiaba. No, esto era diferente. Había algo más en sus ojos, pero no me atreví a aventurarme a adivinar qué era.

Cuando se disculpó, pude oír la vacilante desesperación en su voz. El dolor silencioso que nunca dejaba oír cuando se trataba de su padre. Me dio una pequeña visión de su vida e instintivamente quise arreglársela. Ponerle un parche. En lugar de eso, escuché y acepté. Perdoné. Aunque había tenido un mal día y me había dejado de lado, le echaba demasiado de menos como para culparle por algo más profundo que dejar que una discusión con su padre se interpusiera entre nosotros.

Pero le echaba aún más de menos cuando estaba con ella. Su ex mujer, que obviamente estaba flirteando con él. Y parece que disfruta. El dolor me sacudió al verlos tocarse y sus cabezas juntas. Me daba cuenta de que entre esto y su padre, no me había dejado entrar del todo. Siempre me había mantenido alejada del desastre

de su vida. Dejar que alguien viera tu desastre significaba que querías que te acompañara mientras averiguabas cómo arreglarlo. Significaba que confiabas en ella. Significaba que la querías.

No podía culparlo por eso. No le había dejado ver mi desastre. Mi libro fallido. Mi miedo a escribir. El miedo por mi seguridad con un acosador en la ciudad. Tal vez fue porque tenía miedo de que huyera de mí. O tal vez tenía miedo de dejarlo entrar porque significaba arriesgarme a que me rompiera el corazón. Un desamor que sabía que me arruinaría.

¿Debía arriesgarme? Respiré hondo mientras caminaba hacia Troy, que me daba la espalda. Juré que los ojos de Verónica parpadearon hacia mí durante un segundo antes de seguir ignorando mi acercamiento.

"¿Qué pasa exactamente entre vosotros dos?", preguntó.

"No es nada", respondió Troy con firmeza.

Me detuve en seco.

"Es mi asistente personal, por el amor de Dios. Son sólo negocios".

La frialdad de su voz era más mordaz que las palabras que salían de su boca.

Sentí como si me hubiera quedado sin aliento al retroceder, tropezando con la cola del vestido. Vi los ojos de Verónica clavados en mí. El placer que sentía al verme absorber las palabras de Troy como puñetazos en las tripas. El placer de verme caer.

Todo el mundo en la sala pareció aspirar un suspiro colectivo cuando caí al frío suelo de mármol, la gente esparciéndose como cristales rotos. Mi cara se puso tan roja como el vestido de satén que me envolvía. Troy se giró lentamente y sus ojos se posaron en mí. Antes de que pudiera moverse o pronunciar otra palabra, me levanté rápidamente del suelo y eché a correr. Sentí que me ardían los oídos cuando un grito silencioso los atravesó, tapando la música, el tintineo de las copas y el murmullo de las voces. Juraría que oí a Troy gritar tras de mí, pero no me detuve. No dejaría que esta gente me viera llorar.

Las lágrimas ardían en el fondo de mis ojos y caían por mi cara en cálidos torrentes mientras corría por el gran vestíbulo y salía por las puertas al aire áspero y frío del atardecer. Bajé los escalones y corrí por la alfombra roja hasta la acera, sin mirar atrás. Llamé a un taxi y me metí dentro. Se me escapó un sollozo silencioso mientras me alejaba del cuento de hadas en el que me había dejado caer.

De vuelta a la realidad de mi pequeño apartamento de Queens, con mi vestido que me parecía demasiado grande para el espacio, luché por alcanzar la cremallera. Sentía que me ahogaba con el vestido. Las joyas de diamantes. Los zapatos. Giré en círculos, intentando liberarme y sin conseguirlo. Me desplomé en el suelo mientras se me escapaban los sollozos.

Oí que llamaban a mi puerta, sobresaltándome. Me levanté lentamente del suelo cuando volvieron a llamar.

"¿Quién es? grité con voz temblorosa.

Tuve un breve momento de pánico al imaginarme a mi acosador al otro lado de la puerta. El pelo largo y rubio. Los ojos tan oscuros que podrían ser negros. La sonrisa que era más bien una mueca en sus labios secos.

"Soy yo".

La voz apagada de Troy flotó a través de la puerta, calmando mi corazón que había comenzado a acelerarse.

Permanecí en silencio.

"Por favor, déjame entrar", dijo. "Por favor, Mónica".

Respiré hondo antes de descorrer el pestillo superior y los otros tres que se alineaban debajo. Abrí la puerta y encontré sus manos en el marco, con la cabeza gacha, avergonzado. Levantó la vista rápidamente y sus ojos parecían frenéticos.

"Gracias a Dios. ¿Estás bien?", preguntó, dando un paso adelante. Intentó alcanzarme.

Di un paso atrás, evitando que me tocara.

Parecía sorprendido.

"Mónica...".

"No me toques", dije, cada palabra enunciada como si pudiera sostenerse por sí sola en una frase.

Lo vi hacer una mueca de dolor mientras bajaba las manos a los costados.

"Mira, siento mucho lo que dijo Verónica. Fue vil. Ni siquiera sé qué decir. Fue imperdonable".

Pensó que se trataba de ella. Podría haberme lanzado cien insultos, pero el peso de lo que él dijo me aplastaría más que su vomitar de odio.

"Verónica...". Dije lentamente.

"Mira, nunca te hablé de ella. Debería haberlo hecho. Es mi ex mujer y se ha propuesto convertir mi vida en un infierno. Parece que no puedo sacarla de mi vida".

Solté una carcajada que sonó más enfadada que divertida. Lo hizo sonar como si fuera un hombre débil que no podía mantenerse firme y no me hizo sentir más que lástima.

"Nos casamos por capricho en Las Vegas. Parece a pasado toda una vida. Fue una estupidez. No podía arriesgarme a decepcionar a mi padre terminando la relación. No podía arriesgar su reputación. Así que intenté llevarlo a cabo. Pero no pude".

Entonces me di cuenta de que los problemas que tenía eran mucho más profundos de lo que hubiera imaginado. El hombre que tenía delante era en realidad un niño al que aterrorizaba la idea de defraudar a su padre. Hacía girar su mundo en torno a él, tomando decisiones que no eran para él, sino para el hombre que lo había criado. El hombre que, sin darse cuenta, había arruinado a su hijo.

Troy continuó: "Nos divorciamos hace años. No hay nada entre nosotros".

"¿Igual que no hay nada entre nosotros?". pregunté, estrechando la mirada.

Abrió la boca, pero no salió nada.

"Te he oído", dije.

"Mónica, yo...". Dio un paso hacia mí y me cogió la mano.

"No lo hagas". Le quité la mano. "No aparezcas aquí y trates de actuar como si yo te importara".

"Lo hago...", empezó.

"¿Por qué? Sólo soy tu asistente personal. Son sólo negocios", dije, repitiendo sus propias palabras. "Sólo soy un juguetito que tienes cerca para cuando quieres follar".

"Eso no es verdad", balbuceó.

"¿No lo es? ¿No soy igual que todos tus asistentes personales?".

Parecía sorprendido.

"¿Crees que no lo sabía? Fue lo primero que me advirtió Kathy cuando acepté el trabajo".

"Tú eres diferente", dijo suavemente.

"¡Ja! ¿Crees que no te parezco ya un chiste? Quieres fingir que esta vez es diferente. Por favor". Puse los ojos en blanco.

"Lo es. Ya lo sabes".

"Yo no sé nada. No te conozco".

Arrastró los pies, sin decir nada.

"No quiero seguir haciendo esto", dije mientras alzaba la mano y jugueteaba con el cierre del collar de diamantes que parecía opaco.

Se lo puse en el pecho, seguido de los pendientes de diamantes.

"No quiero nada de esto", le dije.

Parecía impotente mientras permanecía de pie, agarrando las joyas.

"No quiero tener nada que ver contigo, aparte de que tú seas mi jefe y yo tu asistente personal". Me quité los zapatos de tiras de los pies y los lancé hacia la puerta de mi apartamento.

Me habría quitado el vestido allí mismo si hubiera podido abrir la cremallera, pero entonces me habría quedado en ropa interior. La que había elegido sólo para él. Tendría que devolverle el vestido.

"Vete", dije, mirando hacia la puerta.

Tragó saliva con fuerza, el nudo de su garganta moviéndose lentamente mientras estudiaba mi rostro sólo para ver la frialdad que endurecía mis facciones.

"Bien", dijo encogiéndose ligeramente de hombros.

Era como si pudiera ver cómo se levantaban sus paredes justo en mi salón. Se guardó el collar de diamantes y los pendientes en el bolsillo interior de la chaqueta. Apenas me miró mientras se volvía hacia la puerta por la que acababa de decirle que saliera. Ignoró los zapatos en el suelo mientras abría la puerta y se deslizaba por ella.

El clic de la puerta sonó con fuerza en mis oídos, ensordeciéndome mientras caía de rodillas.

Dejé caer las lágrimas, dejando gotas carmesí sobre el material rojo y satinado del vestido que era un doloroso recuerdo del hombre que acababa de marcharse. Una parte de mí deseaba que hubiera luchado más. Era egoísta. Estúpido, en realidad. Pero no podía evitarlo. El hecho de que se fuera de la forma en que lo hizo no era más que la dolorosa confirmación de que había tomado la decisión correcta al poner fin.

Sentada en el suelo de madera de mi apartamento, sacudí la cabeza al darme cuenta de que Verónica tenía razón. Yo era Cenicienta y el reloj acababa de dar la medianoche.

Capítulo 28

Troy

Dudé ante la puerta del apartamento de Mónica, debatiéndome entre volver a entrar o marcharme como me había pedido. Como un trozo de papel, me estaba partiendo en dos. Odiaba verla así. Estaba irreconocible por el daño que le había causado. Tan fría. Tan enfadada. Era mejor que verla llorar porque eso me rompería aún más, aunque el enrojecimiento alrededor de sus ojos sugería que acababa de verter sus lágrimas.

No podía creer las viles palabras que habían salido de la boca de Verónica. La cantidad de odio que su cerebro podía tejer como arma para herir a alguien que ni siquiera conocía. Me pregunté por qué había estado con una mujer así y mucho menos casarme con ella. No me cabía duda de que Mónica se preguntaba lo mismo.

Por fin le había contado esa parte de mi pasado, pero había sido demasiado poco y demasiado tarde. Si me hubiera sincerado con ella antes, quizá no estaríamos en esta situación. Tal vez podría estar mejor preparada para defenderse de los insultos de Verónica, en lugar de estar completamente desprevenida en una habitación llena de ricos extraños y elegantes. De todas formas, eran todos gilipollas. Eso quedó claro cuando corrí detrás de Mónica y sonaban sus risas

en mis oídos, sólo para descubrir que ya se estaba alejando en un taxi.

Me quedé sin aliento en la acera mientras la veía irse.

"Déjala ir", oí decir a Verónica a mi lado.

Me giré para mirarla.

“¿Cómo has podido hacer eso? ¿Cómo has podido decir esas cosas?”, pregunté, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

"Porque ella no pertenece a este mundo", dijo Verónica con un simple encogimiento de hombros, como si eso lo justificara todo.

"¡Bien!", grité.

Parecía sorprendida.

"Todo esto es sólo un puto espectáculo. A nadie aquí le importa para qué es este evento. Demonios, yo ni siquiera sé para qué es. Pero todos nos presentamos, año tras año, para disfrazarnos y beber champán de lujo y juzgar a cualquiera nuevo que entre".

Los ojos de Verónica se abrieron ligeramente al asimilar mis palabras.

"Vaya". Se rió suavemente. "Realmente te afectó".

Tal vez lo hizo.

"Vuelve dentro. A donde perteneces", dijo, rodeando mi brazo con sus largos dedos y tirando suavemente.

Estuve a punto de hacerlo porque sería más fácil saber lo que tenía que hacer, pero tiré de mi brazo y corrí por la acera con las llamadas de Verónica trinando tras de mí. No me molesté en llamar a la limusina. Tardaría demasiado y ya había perdido demasiado tiempo tratando de rechazar a Verónica. Llamé a un taxi y le di al conductor la dirección de Mónica.

Y estaba frente a su apartamento. Solo. Podía culpar a Verónica o incluso a mi padre, pero todo se reducía a mí. Yo había sido el causante de su dolor por mis estúpidas decisiones pasadas y mi batalla interna como hijo de un multimillonario. ¿Por qué querría ella formar parte del desastre que era mi vida?

Por eso me fui. Por mucho que quisiera abrir la puerta y tomarla en mis brazos, no lo hice. No era bueno para ella. Eso estaba claro. Después de una semana de tratarla como si no existiera, pensé que podría arreglarlo con una fiesta elegante. Pensé que un vestido y joyas arreglaría las cosas, pero Mónica no era ese tipo de mujer. Ella era diferente a las Verónicas del mundo que sólo se preocupaban por el dinero y su imagen. Eso hizo que irme fuera mucho más difícil.

Cuando la mañana del lunes me dio la bienvenida con el frío del clima invernal pellizcándome la cara mientras la opaca luz del sol entraba por mi ventana, me tapé la cabeza con las sábanas y gemí. Había pasado el resto del fin de semana en la cama o en el sofá, con una botella de bourbon en una mano y el teléfono en la otra, esperando que Mónica hubiera cambiado de opinión. No lo había hecho.

Me tumbé en la oscuridad de mi edredón, ahuyentando el inminente dolor de cabeza provocado por demasiado alcohol y demasiados pensamientos. Lo último que quería hacer era ir a la oficina. Significaba ver a Mónica y saber que no podía tenerla. Significaba aceptar que volvía a ser su jefe y ella mi asistente personal, pero nunca había sido sólo eso.

Podría haber dicho que estaba enfermo, pero con mi padre encima, no era una opción. Si había perdido a la chica, no podía arriesgarme a perder también mi trabajo. Así que, en lugar de eso, me quité las sábanas y empecé a prepararme para el día, después de tomar un par de Advil para el dolor de cabeza. Nada me aliviaba el malestar estomacal porque no creía que fuera por la resaca.

Llegué a la oficina unos minutos antes de las nueve de la mañana y me crucé con una Kathy muy sorprendida, a juzgar por la altura de sus cejas. La saludé con la cabeza, tratando de ocultar mi satisfacción y recordándome a mí mismo que debía llegar temprano más a menudo sólo para ver esa expresión en su cara. Pero la satisfacción desapareció rápidamente cuando me dirigí por el pasillo hacia mi despacho, donde Mónica ya estaba sentada en su mesa.

Me atreví a dirigirle una mirada, pero ignoró mi presencia y siguió tecleando en su ordenador. Hoy parecía distinta. Más seria. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja y maquillaje sencillo. Llevaba un elegante traje pantalón que nunca le había visto antes. Se acabaron los labios rojos, los tops ceñidos y las faldas ceñidas. Me estaba enviando un mensaje.

Tragué saliva al entrar en mi despacho. Mi Americano helado estaba donde siempre. El color perfecto asomando por el vaso de plástico. Le di un sorbo. Perfecto. Si algo tenía Mónica, estuviéramos juntos o no, era que sabía hacer su trabajo.

Era esa profesionalidad lo que casi me dolía más. No intentaba hacerme las cosas más difíciles por despecho, simplemente hacía su trabajo. No podía soportarlo. Tenía que hablar con ella.

"Mónica, ¿puedes venir?". Llamé a través de la puerta.

Apenas levantó la vista del ordenador antes de acercarse.

"¿Sí, Sr. Gunner?", preguntó.

Sr. Gunner. Odiaba cómo sonaba eso saliendo de sus labios.

"Quería asegurarme de que ha visto el calendario del día".

Ella asintió. "Como todas las mañanas".

“Bien”. Asentí. "Día ajetreado".

Le ofrecí una débil sonrisa, que ella no devolvió. Dios, me sentí como un idiota.

"Mhmm. ¿Eso es todo?".

“Sí, gracias”.

Giró sobre sus talones y cerró la puerta suavemente tras de sí. Otra forma de dejarme fuera porque normalmente siempre dejaba la puerta abierta.

Las semanas siguientes fueron más de lo mismo. Dejé de asignarle tareas diarias que la mantuvieran fuera de la oficina. Volvió a estar a mi lado en casi todas las reuniones y llamadas de trabajo. Aun así,

daba igual que estuviera al otro lado de la ciudad por lo distante que estaba. Empezaba a ser cada vez más doloroso estar cerca de ella, sabiendo que no podía tenerla.

Y no la quería simplemente porque echaba de menos el sexo. Extrañaba la forma en que me miraba. La emoción que me recorría la espalda al ver sus ojos clavados en mí, robándome miradas a lo largo del día cuando nadie me miraba. Echaba de menos hablar con ella durante la comida, que tomaba en la sala de descanso. Echaba de menos su risa y las charlas que manteníamos por la noche en mi cama, rodeados de las luces parpadeantes de la ciudad.

Hasta que no la perdí no me di cuenta de lo mucho que la necesitaba. ¿Pero no era siempre así?

Me pregunté si habría tiempo suficiente para hacerme olvidar todo lo que habíamos compartido los últimos meses, aunque ella me sirviera de recordatorio constante. Era dudoso.

Cuando no estaba con ella, la única forma que tenía de intentar olvidarla era emborrachándome. Pasaba la mayoría de las noches en bares o discotecas con colegas que no me caían muy bien, para no sentirme tan solo. Eso incluía a Jeremy, que pertenecía al mismo círculo. Estaba tan desesperado como para aguantarle, y eso ya era mucho decir.

"¿Qué te trae por aquí esta noche?", preguntó Jeremy por encima de la música alta del club. Sonreía mientras se aflojaba la corbata desde el otro lado de la cabina, con una chica en cada brazo. Me pregunté cómo podrían aguantarlo.

"El trabajo ha sido estresante", dije.

"Claro", dijo con sarcasmo.

Levanté una ceja en señal de pregunta.

"¿Qué?", preguntó inocentemente. "No se te conoce precisamente por tu ética de trabajo".

Puse los ojos en blanco y terminé el último sorbo del whisky frío que tintineaba en mi vaso.

"Voy a por otra copa", dije, contento por tener una excusa para alejarme de Jeremy. Los otros chicos estaban bien, pero ya había olvidado sus nombres y no tenía ganas de aprendérmelos de nuevo.

Me levanté de mi asiento y me abrí paso entre la multitud para encontrar un sitio en la barra, que estaba rodeada de otros hombres trajeados y mujeres que se disputaban su atención con vestidos demasiado cortos mientras batían lentamente las pestañas para conseguir una copa y una cita para la noche. Levanté la mano hacia la camarera, que iba vestida con un corsé y unos pantalones cortos. A pesar del ajetreo del bar, se acercó enseguida.

"¿Qué te sirvo, guapo?", preguntó, inclinándose sobre la barra con indiferencia.

"Otro de estos. El mejor, por favor". Le dije, levantando mi vaso.

"Enseguida".

Se giró y levantó la mano para coger una botella de líquido ámbar, con los pantalones cortos subidos para mostrar las mejillas carnosas que asomaban. Mis ojos se mantuvieron al frente, ignorando la

invitación a mirar. Ya estaba aburrido de ella. Un momento después, me acercó un vaso de whisky con un gran cubito de hielo.

"¿Puedo servirte algo más?", preguntó, mordiéndose el labio mientras ignoraba a los demás que levantaban la mano.

Mis ojos se posaron en sus labios, pero no vi nada más que a Mónica. Una de las muchas cosas que hacía y que me volvían loco de la mejor manera. Sabía que podía pedirle fácilmente su número, o esperar a que saliera del trabajo de madrugada para invitarla a mi casa. Diablos, probablemente podría pagarle para que se fuera ahora mismo. Tal vez una distracción estaría bien.

Lo pensé un momento, respirando el perfume de vainilla que llevaba la camarera. No era el aroma a jazmín que tanto me gustaba. Tener a cualquier otra persona en mi cama y que se quedara en mis sábanas me parecería mal. Cualquier otra persona que no fuera Mónica me parecería mal.

"Estoy bien. Gracias", respondí, tomando mi bebida y tirando cincuenta en el mostrador.

Le di la espalda y empecé a caminar hacia la cabina, que estaba llena de más mujeres que habían ocupado mi espacio vacío. De todos modos, yo no quería estar allí. Me terminé la bebida de dos tragos y la dejé en una mesa alta cercana. Evité la pista de baile mientras me dirigía a la salida. Sentía los ojos pesados y la mente borrosa. La combinación perfecta para un sueño profundo y sin pesadillas. Algo que intentaba conseguir cada noche para evitar los recuerdos de los labios y la piel cremosa de Mónica, hasta que tuve que volver a verla y recordar las cosas que ya no podía tocar.

Capítulo 29

Mónica

Llamaron a la puerta de mi apartamento. Eran casi las diez de la noche. Sentí que el corazón se me caía al estómago mientras me ponía de puntillas hacia la puerta en pijama de franela y miraba por la mirilla. Respiré aliviada al ver a Corazón de pie al otro lado.

"Sé que estás ahí. Déjame entrar", dijo a través de la puerta.

Desbloqueé la puerta, lo que me llevó un rato con todas las cerraduras que había instalado, y finalmente abrí la puerta para descubrir a mi amiga allí de pie con una caja de pizza en una mano y una botella de vino en la otra.

"¿Qué haces aquí?", le pregunté mientras entraba a empujones.

"Te estoy salvando de ti misma", dijo, dejando la pizza y el vino sobre la encimera blanca.

"¿De qué estás hablando?", pregunté, y cerré la puerta.

"Hace semanas que no te veo. Siempre tienes algún tipo de excusa, pero sé que es porque te estás encerrando aquí y ahogándote en tu tristeza por el señor multimillonario".

Puse los ojos en blanco, aunque me había leído como a un libro.

"No es verdad".

"Lo es", dijo, sacando platos de mis armarios.

"Al menos empieza con las copas". Suspiré mientras cogía la botella de vino y empezaba a descorcharla.

"Así me gusta". Se rió.

Me di cuenta de que también llevaba pijama. Mucho más bonito que el mío de cuadros verdes y negros.

"Estás en pijama...".

"Sí", dijo, como si fuera una elección obvia para cruzar la ciudad.

"¿Cómo has llegado hasta aquí?", le pregunté.

"Armand, por supuesto".

"¿Planeas...?".

"¿Quedarme a dormir? Sí. No hemos tenido una pijamada en años".

"¿Y Bridgette?".

"Está con Daniel. Se ha convertido en una verdadera niña de papá últimamente. Me está cabreando". Se rió mientras servía una generosa ración de vino en cada copa.

"No tenías que hacer esto".

"Quería hacerlo. Para eso están los amigos". Chocó su copa con la mía y bebió un sorbo.

Las dos nos servimos unos trozos de pizza de pepperoni y jalapeño y nos llevamos los platos y el vino al sofá. El mero hecho de tener a Corazón aquí hizo que me diera cuenta de lo sola que había estado las últimas semanas sin Troy, pero lo había decidido yo misma. Me había aislado del mundo, no quería implicar a nadie con mi infelicidad. Pero aquí estaba mi mejor amiga, para revolcarse conmigo. La necesitaba.

"¿Qué tal el trabajo?", preguntó mientras comía un bocado de pizza.

Empujé la pizza sobre el plato mientras pensaba en la mejor manera de responder sin parecer tan desgraciada. Pero la verdad era que me había sentido muy mal. Era un infierno pasar tanto tiempo con Troy e intentar olvidar que alguna vez fuimos algo más que dos personas que trabajaban juntas. Era como si alguien hubiera pulsado un interruptor, sin más, y me encontraba revolviéndome en la oscuridad. No podía orientarme. No podía dejar de pensar en él, aunque lo tenía delante. Era como si le echara más de menos cuando estaba a su lado que cuando estábamos separados.

"Está... bien", dije.

Corazón entrecerró la mirada. "Vamos, Mónica. Puedes contármelo. Sácalo todo fuera".

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Lágrimas que me había negado a dejar caer durante al menos una semana, después de haberme dicho a mí misma que me endureciera. Pero no era fuerte. Estaba destrozada. Sentí que las lágrimas corrían por mis mejillas.

"Cariño". Corazón me envolvió en un fuerte abrazo.

"Me siento como una tonta", le dije en el hombro.

Me empujó hacia atrás y me miró con severidad. "No eres tonta. Seguiste a tu corazón y tu no tienes la culpa de eso".

"¿Pero de verdad pensaba que esto se iba a convertir en una de mis novelas románticas?". pregunté, negando con la cabeza.

"Puede ser. ¿Por qué no pensarlo? Te lo mereces".

"Está claro que no. Porque lo perdí".

"Incorrecto". Levantó un dedo. "Te perdió el a ti".

Cierto. Me perdió en el momento en que dijo que no había nada entre nosotros, y justo después, cuando apenas luchó por mí. Por nosotros. Se rindió tan fácilmente cuando le eché de mi casa y salió por la puerta sin decir nada. Ni siquiera recordaba cuánto tiempo tardé en levantarme del suelo y salir corriendo, con vestido de baile rojo y todo.

"No sé cómo estar a su lado", le dije.

"Tú sigue haciendo lo que haces. Ser la mejor asistente personal. Haz que te eche de menos mientras que te pague sigue ahí".

"No me parece bien".

"¿Por qué demonios no? Es tu trabajo. Te lo has ganado".

"Supongo que eso es todo lo que siempre fue...". Dije suavemente.

"Sabes que no fue sólo eso", dijo ella, limpiando una lágrima de mi mejilla.

"Sólo quiero olvidarle". Me encogí de hombros.

"Bueno, déjame ayudarte". Corazón levantó su copa de vino y me hizo una señal para que hiciera lo mismo.

Me reí y bebí un buen trago, seguido de un delicioso bocado de pizza. No había nada que me hiciera sentir yo misma de nuevo, pero la pizza, el vino y mi amiga me ayudaban. Acabamos viendo una comedia romántica y nos desmayamos en mi cama tras un ataque de risa por algo que apenas recordaba.

Horas más tarde, gimoteé mientras me tumbaba boca arriba y miraba el reloj. Eran las nueve de la mañana. No recordaba la última vez que había dormido hasta tan tarde.

"Lo mismo digo", gimió Corazón a mi lado.

"Probablemente no deberíamos haber abierto esa segunda botella de vino", dije, frotándome las sienes.

"Probablemente no, pero fue divertido".

"Lo fue".

"Y la diversión aún no ha terminado", dijo, incorporándose con más energía de la que yo podía reunir.

"¿De qué estás hablando?", pregunté, mirándola con un ojo entrecerrado para evitar la claridad de la mañana.

"Tú y yo vamos a pasar un día de spa como Dios manda. Yo invito". Sonrió.

"Vamos, Corazón. Ya has hecho bastante. Sólo con nuestra fiesta de pijamas ya me siento mejor. De verdad".

"Mejor no es suficiente. Quiero que te sientas increíble".

Puse los ojos en blanco, pero sonreí. Sabía que no me iba a librar. No había discusión con Corazón cuando ella tenía su mente puesta en algo.

"Fiiiine", suspiré.

"Así está mejor. Comamos las sobras de pizza".

Una hora más tarde, estábamos llegando al Hotel Four Seasons. Miré el edificio de piedra blanca que se alzaba sobre nosotros mientras Corazón me empujaba a través de las puertas giratorias de cristal. Subimos en ascensor y las puertas se abrieron a una gran recepción con suelos de mármol blanco y modernas mesas de madera con

orquídeas en jarrones. Respiré el aroma floral e inmediatamente me sentí relajada.

Mónica nos registró con la mujer elegantemente vestida que estaba detrás del mostrador de mármol gris. Luego nos guió por el spa, indicándonos la sala de vapor, la sauna, la sala de meditación y otras salas a las que probablemente ni siquiera llegaríamos. La última parada de la visita fue el vestuario, donde encontramos batas blancas de felpa y zapatillas en nuestras taquillas de roble. Me desnudé y me puse la bata, que sentí como un cálido abrazo.

"Mmm", dije mientras me envolvía con los brazos.

"¿Verdad?", asintió Corazón con complicidad.

"Gracias", dije.

"Nos vemos después del masaje". Me dio un apretón en el brazo.

Pasé la siguiente hora y media en un delicioso paraíso de aromaterapia, amasamientos y un masaje del cuero cabelludo que podría haberme hecho dormir. Cuando terminó el masaje, abrí los ojos soñolienta y le di las gracias a mi masajista, a la que deseaba poder llevarme a casa. Mi cuerpo se sentía suelto mientras caminaba por el pasillo hacia los vestuarios para encontrarme con Corazón. Parecía tan soñadora como yo.

Caminamos cogidas del brazo hasta la sala de vapor mientras esperábamos hasta nuestra siguiente cita, que consistía en una especie de envoltura de algas. Entramos en la sala de vapor y nos sentamos contra la pared, apoyando la espalda en ella y envolviéndonos con las toallas. El olor a eucalipto llegó hasta mí, relajándome aún más.

"¿Ya te sientes increíble?", preguntó Corazón.

"Ya casi". suspiré.

La puerta del baño de vapor se abrió y entró otra mujer. Se me cortó la respiración al darme cuenta de que conocía ese pelo rubio como la fresa y esas piernas largas y delgadas.

"Dios mío", susurré al pasar Verónica.

Me miró directamente al pasar, pero fingió no verme. Fingió que no acababa de humillarme delante de aquel salón de baile lleno de gente.

"¿Qué? ¿Qué pasa?", preguntó Corazón un poco demasiado alto.

Le di un codazo para que bajara la voz.

"Ay", murmuró. "¿Qué demonios?".

"Ella está aquí".

"¿Quién?".

"La ex-esposa de Troy".

"No puede ser. ¿La zorra?", preguntó Corazón, mirando a su alrededor.

"¿Quieres shhh?". Pregunté, levantando un dedo.

"Tienes que decir algo".

“¿Qué?”, pregunté, con la voz en un susurro.

"Da rienda suelta al bulldog que sé que puedes ser".

Tenía razón. Merecía decir algo. Decirle cómo me había tratado. Recordé lo que me había dicho y cómo me había mirado como si no fuera nada. Sentí que todos mis sentimientos de las últimas semanas salían a la superficie. Me levanté agarrando mi toalla, sintiéndome un poco ridícula mientras caminaba unos pasos hacia donde estaba sentada Verónica.

"Disculpe", le dije.

"¿Puedo ayudarte?", preguntó ella, desinteresada mientras me miraba.

"Sé que sabes quién soy. Me debes una disculpa", le dije.

Me miró de arriba abajo como si fuera una cucaracha. "No te debo nada", contestó.

Oí a Corazón aclararse la garganta detrás de mí y el crujido de su toalla cuando se levantó y caminó a mi lado.

"Ah, ¿ésta es tu compinche?", preguntó Verónica, mirando a Corazón con diversión. "Qué mona".

"No será mona cuando te borre esa sonrisa de la cara", dijo Corazón.

A Verónica se le borró la sonrisa de la cara. Y yo soy el bulldog, pensé.

"Te crees mejor que los demás, pero no lo eres", dije. "Puedo verlo en la forma en que intentas menospreciar a los demás para volver a construirte a ti misma. No podías soportar que yo estuviera en ese evento con Troy, así que trataste de humillarme".

"No podría importarme menos qué juguete lleva Troy a cualquier parte. Al final se cansará de ti. Soy la única mujer que lo ha encerrado con éxito. Mira cómo lo hago otra vez".

La sonrisa que se extendió por sus labios me dijo que todo esto era sólo un gran juego para ella. En realidad no le importaba Troy. Sólo quería la satisfacción de saber que podía tenerlo de nuevo. Era repugnante.

"Lo siento por la niña desesperada que eres", dije con frialdad. "Troy se merece algo mejor".

Aunque ya no estuviera con él, no le desearía esto.

Corazón y yo giramos sobre nuestros talones y salimos de la habitación antes de que Verónica pudiera responder. Me temblaban las manos mientras caminábamos hacia los vestuarios.

"Dios mío. Es lo peor", dijo Corazón con incredulidad.

"¿Podemos irnos?", pregunté. "Sé que tenías todo el día planeado, pero...".

"Claro que podemos".

Le sonreí agradecida. No podía soportar más la idea de estar en el mismo edificio que aquella horrible mujer. Nos vestimos rápidamente y nos fuimos antes de que tuviéramos la oportunidad de encontrárnosla de nuevo.

Capítulo 30

Troy

"¿Qué piensa, señor Gunner?", preguntó el caballero mayor sentado al otro lado de la mesa de conferencias. Se llamaba señor Belleview y era uno de mis clientes más importantes, con millones invertidos en mi bufete.

"¿Hmm?", dije, volviendo a centrar mi atención en la sala cuando mis pensamientos anteriores habían estado flotando en cualquier parte menos aquí.

"¿Has oído lo que he dicho?", preguntó el Sr. Belleview con una ligera irritación en la voz.

Mónica estaba sentada frente a mí garabateando notas. Kathy se aclaró la garganta y la miré con fastidio por estar aquí en esta reunión. Me pregunté si mi padre la había hecho hacer de niñera por el estatus del señor Belleview, como si yo no pudiera soportarlo. Sin embargo, aquí estaba yo, dándole la razón.

"Señor Belleview, si me permite...", dijo Mónica, mirándome antes de volverse hacia él. Era una mirada que decía que estoy a punto de

salvarte el culo. No sabía por qué lo había hecho. No me lo merecía.

Observé cómo el señor Belleview evaluaba a Mónica para ver si tenía alguna autoridad para hablar con él sobre sus inversiones. Probablemente no estaba acostumbrado a que una mujer dirigiera una reunión en lo que a su dinero se refería, pero no me cabía duda de que Mónica podría manejarlo. Era inteligente. Llevaba meses trabajando a mi lado, asistiendo a reuniones y revisando documentos de inversión. No me había dado cuenta de lo buena que se había vuelto en este trabajo.

Observé cómo los ojos del Sr. Belleview se detenían demasiado tiempo en el lugar donde la Sra. Belleview podría tener algo que decir al respecto antes de prestar toda su atención a Mónica. Viejo pervertido, pensé. ¿Pero podía culparle? Ella estaba impresionante. Una distracción con su traje pantalón color crema y la camisola de encaje que asomaba bajo su americana, el pelo oscuro recogido a medias en una pinza.

Intenté ponerme al día mientras ella repasaba los papeles que el Sr. Belleview tenía delante. Me preguntaba si me estaría escuchando mientras asentía con la cabeza y observaba su boca estúpidamente perfecta pronunciar números. Gracias a ella, me di cuenta de en qué punto de la reunión nos encontrábamos. Pude orientarme y continuar sin parecer un completo idiota.

Vi cómo Mónica robaba completamente el show, impresionándonos a todos con su conocimiento de las cuentas y de cuáles debían ser sus próximos pasos. Su asertividad era muy sexy. Siempre admiré eso de ella. Lo trabajadora que era. Lo hacía porque tenía que hacerlo, mientras que yo me las apañaba con el frac de mi padre. Ese pensamiento me hizo odiarme.

Y ya me odiaba por haber hecho daño a la mujer que tenía delante.

Kathy me miró con complicidad, con los labios apretados mientras escribía un mensaje. Probablemente a mi padre. Y por primera vez, no me importó. Nada de esto me importaba. Odiaba estar sentada en esta habitación intentando fingir que estaba remotamente interesado en lo que estábamos hablando, que era cómo hacer más rico a este millonario. Como si lo necesitara.

Todo el mes había estado tratando de resolver estos sentimientos de apatía. Apatía hacia el trabajo. Apatía hacia mi vida nocturna habitual. Apatía hacia las mujeres. Me decía a mí mismo que era por Mónica y por cómo habían terminado las cosas entre nosotros. Que se estaba filtrando en otras partes de mi vida, haciendo que todo fuera aburrido.

Era aburrido. Pero no era simplemente porque la había perdido. Me daba cuenta, en esta sala de conferencias, de que hacía mucho tiempo que este trabajo no me importaba. Si es que alguna vez me importó.

Nunca tuve la oportunidad de explorar mis opciones en la vida. Mis escuelas fueron elegidas para mí. Mi universidad fue elegida para mí. Mis clases. Mi título. Mis prácticas. Mi trabajo. Todo había sido elegido para mí por mi padre con la intención de que me dedicara al negocio familiar. Su único orgullo y alegría de toda la vida, incluida mi madre e incluidos sus hijos.

Era la triste realidad, y en la que había intentado encajar desde que tenía uso de razón. Dejé que él dictara mi vida porque era un hombre de éxito y me hizo pensar que yo también quería ese éxito. Y la única manera de conseguirlo era seguir sus pasos. Explorar otros caminos no era una opción. Eran frívolos y tontos. O eso decía él.

Mientras veía a Erica perseguir sus propios sueños, aunque a veces le costara, no podía evitar sentir envidia de mi hermana pequeña. Ella eligió un camino diferente. Puede que no ganara miles de millones, o incluso miles, pero seguía haciendo lo que amaba. No es que mi padre tuviera intención de dejarla dirigir su empresa algún día. Estaba chapado a la antigua. Creía que el puesto era sólo para un hombre y me daba cuenta de que tendría que seguir sufriendo para conseguirlo.

Aun así, podría haber tenido un sitio en la empresa, pero ella no lo quiso. Eso decepcionó a mi padre, pero no de la forma en que yo lo decepcioné con cada elección que había hecho en la vida que no era de su agrado. La fiesta. La boda en Las Vegas. La forma en que dirigí su empresa.

No podía culparlo por esto último. Yo nunca dirigiría mi empresa como él, pero no porque fuera perezoso. Me di cuenta de eso en ese momento. Era porque mi corazón no estaba en ello. Me pregunté por qué había tardado tanto en darme cuenta.

Entonces caí en la cuenta. Estaba sentado frente a mí. Mi realización llegó en forma de mujer.

Mónica había entrado en mi vida en un momento en que ni siquiera sabía que la necesitaba. Cuando la conocí en el bar aquella fatídica noche, no sabía que aquello desembocaría en lo que desembocó. Sí, tenía toda la intención de llevármela a casa, pero no sabía que acabaría así. Ni siquiera pensé que volvería a verla. Entonces entró aquí, en este mismo edificio, y puso mi mundo patas arriba.

Pensé que había sido feliz antes de ella. Pensé que esto era todo lo que la vida tenía para ofrecer. Trabajo, dinero, sexo. Estaba contento con eso. No pensé que querría más que eso, hasta que lo tuve.

Mónica fue un punto brillante en mi vida, proyectando su cálido resplandor en todo lo que tocaba. Fui demasiado estúpido para verlo. Demasiado estúpido para hacérselo saber. Demasiado estúpido por no gritarlo a los cuatro vientos, porque pensaba que pondría en peligro ese trabajo, que me daba cuenta de que en realidad no quería. Asustado de lo que mi padre pudiera decir o pensar.

La perdí por eso. Y, sin ella, mi vida se sentía oscura. Era capaz de ver el desastre. Antes no era feliz. No de verdad. Me las arreglaba con cosas que me daban felicidad temporal. Firmar un nuevo cliente. Ganar otro millón. Llevar a una mujer a casa sólo porque podía. Todo parecía tan trivial.

Sentía que me asfixiaba en aquella sala de conferencias, aunque en ella cabrían fácilmente veinte personas. Me agarré la corbata del cuello, intentando aflojármela.

"Tendrá que disculparme", dije levantándome de mi asiento.

El Sr. Belleview no parecía impresionado. Kathy me miró como si acabara de cometer un crimen, mientras Mónica me miraba con preocupación en los ojos. ¿Todavía le importaba? Ni siquiera me permití contemplar la idea mientras salía de la habitación. Me dirigí hacia los ascensores y bajé hasta el amplio vestíbulo. El gran retrato de mi padre y yo se alzaba sobre mí.

Salí corriendo a la acera y respiré hondo. Apoyé las manos en las rodillas e intenté serenarme. Acababa de salir de una reunión que era una de las más importantes del trimestre. Demonios, del año. Sabía que mi padre se enteraría, pero no me atrevía a volver allí.

En lugar de eso, bajé la manzana hasta la cafetería. El joven camarero me saludó con su entusiasmo habitual.

"Sr. Gunner. Cuánto tiempo sin verle", me dijo.

"Por favor, llamame Troy", dije mientras estudiaba el menú.

"¿Le preparo lo de siempre?".

"¿Qué tal si me sorprendes hoy?", le contesté.

Sus cejas se alzaron y parecía emocionado. "Sí, claro".

Empezó a ocuparse de la cafetera exprés.

"¿Qué tal el colegio?", le pregunté.

"Bien. Ya casi llegamos. Puedo ver la línea de meta".

"¿Qué estás estudiando?",

"Educación", dijo antes de añadir rápidamente: "Sé que no es tan impresionante como lo que haces tú. Probablemente no pague las facturas. Ni la deuda que he acumulado...".

"Es una elección digna", dije, calmando sus inseguridades.

"¿En serio?", preguntó, lanzándome una mirada interrogativa mientras hacía funcionar el espumador de leche.

"De verdad".

"Es lo que siempre he querido hacer. Cuando era joven tuve un profesor que cambió mi forma de pensar. Yo también quiero hacer

eso por alguien".

"Vaya", dije, realmente impresionado.

Me hizo un gesto con la mano mientras vertía la espuma sobre el café con leche, con el olor a nuez moscada y canela flotando hacia mí. “No es nada”.

"No es nada. Admiro esa pasión. Algo que no mucha gente tiene porque está tan centrada en el dinero".

"Bueno, el dinero probablemente sea bueno tenerlo". Se encogió de hombros mientras me pasaba el café.

"No lo es todo", le dije. "Recuérdalo. Incluso cuando empieces a dudar de por qué elegiste la enseñanza. Nunca olvides tu por qué".

"¿Y cuál es su por qué, señor Gunner?".

Le dirigí una mirada.

"Lo siento, Troy".

Sonreí. "Todavía estoy tratando de averiguarlo", dije, tomando el café.

Tomé un sorbo mientras él miraba con impaciencia a ver qué me parecía. Notas cálidas de especias y un ligero dulzor de la nata recorrieron mi garganta. Miré la taza que tenía en las manos.

"Está delicioso", dije. "Añádelo al pedido de la mañana".

"Ya lo tienes".

"¿Cómo te llamas?". pregunté, dándome cuenta de que nunca me había presentado correctamente.

"Connor".

"Gracias de nuevo, Connor".

Esperé a que fuera a limpiar los mostradores detrás de él, deslizando un billete de cien dólares detrás del mostrador para su propina, antes de salir por la puerta. Volví a la oficina sintiéndome mejor que cuando me fui. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el Sr. Belleview se estaba despidiendo de Kathy y Mónica. Me había perdido el resto de la reunión, pero no me importaba.

"Sr. Gunner", dijo cuando nos encontramos cara a cara.

"Sr. Belleview. Siento haber tenido que abandonar la reunión tan bruscamente".

"No pasa nada. Estaba en buenas manos". Miró a Mónica, que estaba detrás de mí. "Esa asistente tuya es realmente extraordinaria".

"Lo es", dije asintiendo con la cabeza.

"Que tenga un buen día".

Las puertas del ascensor se cerraron, haciéndole desaparecer de mi vista. Me giré y vi a Mónica mirándome con recelo. Le dirigí un

rápido "gracias". Juré que vi la más leve sonrisa cruzar sus labios antes de que Kathy pasara al ataque.

"¿En qué demonios estabas pensando?", me ladró mientras me seguía por el pasillo hasta mi despacho. "¿Sabes lo que nos podría haber costado hacer algo así? Espera a que se entere tu padre".

Su voz chillona se ahogó mientras pensaba en cuáles podrían ser mis siguientes pasos. Pensé en lo que Connor había dicho y me reí para mis adentros de cómo un chico que probablemente apenas tenía veintiún años me estaba enseñando la vida. Cualquiera que fuera mi siguiente paso, sabía con certeza que Kathy no estaría allí. ¿Y Mónica? Este trabajo era lo único que me unía a ella. Aún no estaba listo para despedirme.

Capítulo 31

Mónica

Me presenté en la cafetería a mi hora habitual, las ocho y cuarto de la mañana, para hacer mi pedido al camarero de siempre. Connor, creo que se llamaba. La cola era tan larga como de costumbre y rodeaba el mostrador en dirección a la puerta. Por eso siempre llegaba temprano. Llevaba trabajando para Troy el tiempo suficiente para cronometrarlo todo perfectamente por las mañanas, de modo que su café estaría listo y yo llegaría pronto.

Esperé pacientemente en la cola, pensando en la reunión de ayer con ese viejo imbécil que probablemente sólo me dio la hora para que sus ojos pudieran mirar donde los ojos de un hombre de sesenta años no deberían mirar. Pero tenía que entrometerme. Troy se agitaba en esa reunión y aunque podría haber dejado que se ahogara, no me atrevía a hacerlo.

Cuando empecé a hablar, me di cuenta de que sabía más de números y cifras de lo que pensaba. El Sr. Belleview realmente encontró valor en mis pensamientos, en lugar de sólo en mi apariencia. Después de que Troy se excusara abruptamente, dirigí el resto de la reunión bajo la atenta, pero impresionada, mirada de Kathy. Me di cuenta de que era buena en este trabajo. Este trabajo

lo tomé por capricho para pagar las facturas hasta que me recuperara con la escritura. Aunque no veía futuro en los fondos especulativos, estaba orgullosa de mí misma. Me dio un pequeño impulso de confianza.

Yo todavía no sabía lo que pasó con Troy. Él estaba diferente de su forma habitual, fresco y seguro de sí mismo. Era como si nunca hubiera dirigido una reunión en su vida. Sabía que Kathy informaría a su padre, lo que probablemente le pondría de su humor habitual. Al menos estaba preparado.

Una parte de mí quería saber qué le pasaba, pero sabía que no era asunto mío. En realidad nunca lo fue. Cuando algo iba mal en su vida, se limitaba a dejarme fuera en lugar de abrirse. Supongo que ambos hacíamos lo mismo. No sabía nada de lo que escribía, ni de mis luchas, ni del acosador que había estado rondando mis sueños últimamente. Me pregunté si sería cierto lo que decían, que si sueñas con alguien, significa que está pensando en ti. Realmente esperaba que estuvieran equivocados al respecto.

"Siguiente", llamó Connor desde detrás del mostrador.

"Buenos días. Tomaré lo de siempre para el Sr. Gunner".

"Ah, ¿estás segura?".

"Americano helado. Sí. Espera, ¿por qué no iba a estar segura?". Levanté una ceja.

"Oh, estuvo aquí ayer. Me dejó sorprenderle con un nuevo café con leche en el que he estado trabajando. Parece que le gustó mucho". La cara de Connor irradiaba orgullo.

"¿Ayer? ¿Cuándo?".

"Oh, sobre la una o así. Supongo que necesitaba un poco de energía extra".

Troy debe haber venido aquí cuando salió de la reunión. Pero, ¿por qué? ¿Dejó una de nuestras reuniones más importantes para tomar un café con leche? No tenía sentido.

"Hmm. Bueno, voy a llevar el café con leche. Dos, en realidad".

"Estoy en ello".

Pensé por un momento.

"Er... Connor...". Empecé.

"¿Sí?", preguntó mientras empezaba a prensar el espresso molido.

"¿Cómo estaba el Sr. Gunner ayer?".

"Sinceramente, un poco apagado. Espero que todo esté bien. Me estuvo haciendo muchas preguntas sobre lo que quería hacer después de la escuela. Y luego me dejó una propina muy generosa. Que, por cierto, ¿puedes darle las gracias de mi parte?".

"Claro", respondí asintiendo con la cabeza.

Me dirigí al otro extremo del mostrador para esperar los cafés y pensé en lo que había dicho Connor. Me pregunté qué estaría pasando con Troy. Odiaba seguir preocupada por él después de todo.

De vuelta en la oficina, coloqué el nuevo pedido de Troy sobre su mesa y llevé mi propio café a mi escritorio. Tomé un sorbo mientras abría mis correos electrónicos matutinos. Estaba delicioso. Una mezcla perfecta de especias, dulzura y un agradable toque de calidez para este día ventoso.

Unos instantes después llegó Troy. Lo observé mientras se acomodaba en su escritorio y miré la taza de café aislada que tenía delante, diferente de la taza transparente con su Americano helado habitual. Me pregunté si no debería haber seguido con su pedido habitual. Era tan exigente. Levantó la vista, me miró y me dedicó una pequeña sonrisa antes de dar un sorbo y ponerse a trabajar con el ordenador.

Vaya. Vale. ¿Por qué demonios me sentía como si estuviera caminando sobre cáscaras de huevo con él esta mañana? Durante semanas, no me importó si mi actitud o mi distancia le afectaban. Había estado tan dolida. Enojada. Triste. ¿De repente me importaba su estúpido pedido de café?

Pasamos la mañana en la sala de conferencias y en algunas reuniones telefónicas. Kathy estaba allí con nosotros. Parecía que ya nunca nos dejaba solos, lo que me había reconfortado un poco al tenerla como amortiguador. Pero hoy era más bien una molestia. Quería preguntarle qué le pasaba, como profesional. Al menos, eso era lo que me decía a mí misma.

Hoy parecía estar mejor. No tan distraído, pero tampoco tan metido como de costumbre. Me pregunté si estaría cansado de que yo estuviera aquí. Lo comprendía. Era agotador intentar fingir que nunca había pasado nada entre nosotros. Era como montar un buen espectáculo como actriz, día tras día. Esperaba que, con el tiempo, dejara de ser una actuación y pudiera limitarme a ser su ayudante.

Justo antes de la hora de comer, busqué mi almuerzo debajo de la mesa. Desde que había terminado con Troy, me preparaba la comida y comía en la sala de descanso. Nunca había nadie allí, así que podía comer en paz y dedicarme a mis propios pensamientos. A veces echaba de menos nuestros almuerzos. Bueno, todo el tiempo. Echaba de menos el champán y el roce de las rodillas bajo la mesa, mientras fingíamos hablar de negocios. Había sido tan emocionante. Incluso romántico.

"Hola, chica", dijo una voz de mujer.

Levanté la vista y vi a Erica junto a mi mesa. Llevaba unos vaqueros pitillo negros y una americana blanca sobre una camiseta blanca de tirantes a juego. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja. No la había visto desde nuestro viaje a las Bahamas.

"Hola, Erica", le dije.

"¿Qué haces?", preguntó sonriendo.

"Comiendo mi almuerzo". Levanté la fiambrera y, de repente, me sentí como un niño en el colegio.

Puso los ojos en blanco. "Eso no es el almuerzo. Vamos".

La miré interrogante.

"Te voy a llevar a comer".

La miré sorprendida. Detrás de ella, Troy la miraba con la misma sorpresa y una mirada algo molesta. Casi me hizo reír. Me di cuenta de que no había venido a ver a su hermano. Había venido a verme a mí. Y no estaba segura de que eso le gustara.

"De acuerdo", respondí vacilante mientras me levantaba de mi asiento, arrancando los ojos de Troy, cuyos labios estaban apretados en una fina línea.

Erica aplaudió con entusiasmo.

"Hola, Erica", dijo Troy, levantándose de su escritorio y caminando hacia su puerta.

"Oh, hola, Troy. No te había visto".

"Yo trabajo aquí", dijo.

"Ah, claro".

Ahogué una carcajada, pero la mirada de Troy se disparó hacia mí y me la tragué.

"Mónica", dijo. No había ni rastro de sonrisa en su cara.

"¿Sí?", pregunté.

"Sabes que sólo tienes una hora", dijo, mirando de mí a su hermana.

¿Hablaba en serio? Nuestros almuerzos juntos a veces duraban dos horas.

"Sí, lo sé", respondí con un poco de fastidio.

"Pues no llegues tarde", dijo con firmeza, cruzándose de brazos.

"Realmente estás dejando que ese poder se te suba a la cabeza, hermano", dijo Erica. "Creo que está creciendo ante mis ojos".

"Cállate", dijo él.

"La tendré de vuelta en exactamente una hora, jefe". Le hizo un pequeño saludo y luego puso los ojos en blanco. Dejé escapar la risa que había estado conteniendo, lo que pareció molestar aún más a Troy.

"Ya, que eso ha terminado. Vámonos". Entrelazó su brazo con el mío y empezó a guiarme hacia los ascensores. "Conozco un sitio genial".

Troy murmuró algo detrás de nosotros, pero no pude entenderlo. Estaba segura de que no era agradable, pero me hizo sonreír de todos modos.

Erica me llevó a una pequeña tienda de delicatessen muy de moda, a unas manzanas de distancia, donde frondosas plantas colgaban del techo y enmarcaban las ventanas. Había mesas altas de mármol blanco repartidas por el cálido interior de madera. Estaba lleno de gente para comer. Pedimos dos bocadillos de pastrami y una cesta de patatas fritas para compartir antes de sentarnos en una mesa con ventana.

Erica no tardó en empezar a hacer preguntas.

"Así que ....", empezó, mirándome con una ceja levantada.

"¿Y...?".

Sabía lo que iba a preguntar.

"¿Qué pasa entre mi hermano y tú?", preguntó, llevándose una patata frita a la boca.

"Oh, vaya. Yendo al grano". Me reí entre dientes.

Ella se rió. "Sólo me lo preguntaba. Ustedes dos eran muy acogedores en las Bahamas. ¿Qué pasa?".

Realmente no quería hablar de esto con ella, pero debería haber sabido que saldría el tema. Era su hermano, después de todo. Sabía que probablemente podría sonsacarle algo sobre el complicado funcionamiento del cerebro de Troy, pero no estaba segura de querer saberlo. Tampoco quería llorar sobre mi sándwich y mi refresco.

"Oh, no lo sé. Es que he estado muy ocupada en el trabajo". Me encogí de hombros.

"Mhmm", dijo sarcásticamente.

No se lo creía.

"Para que lo sepas, me gustabas mucho para él", dijo.

Tragué saliva. No llores. No llores.

"Gracias", dije en voz baja.

"Aunque a veces puede ser un imbécil", dijo, relajando el ambiente.

Me eché a reír. Sí, puede serlo.

"En realidad no te he traído a comer para hablar de mi hermano", dijo Erica. "En realidad te traje porque el periódico para el que escribo tiene una vacante para un narrador creativo y pensé en ti".

La miré con los ojos muy abiertos. Nunca había escrito para un periódico. Al menos, no desde el instituto. Eso no contaba.

"¿Hablas en serio?", pregunté, parpadeando varias veces.

"Por supuesto. No pagan mucho. No es el New York Times. Y sólo es a tiempo parcial...".

"Pero hace tiempo que no escribo", dije con recelo, empujando las patatas fritas en el plato.

"Oh, para. Has dicho que has escrito novelas. Eso es suficiente para que te tengan en cuenta. Yo también puedo decir algo. Serías una candidata segura".

"No sé…".

Se sentó en su silla, se recostó y me miró.

"No pretendía excederme", dijo disculpándose.

"No, no. No te has pasado. Me siento halagada, de verdad. Escribir no ha sido nada fácil, así que dejé de hacerlo. Parece que no encuentro la manera de volver a ello". Suspiré.

"Ah", dijo ella con complicidad. "Yo también he tenido esos días. Un artículo que iba a la imprenta y en el que no confiaba. Una mala crítica de mis escritos. Comentarios en Internet. Preguntarme si el

periódico va a despegar alguna vez y si va a tener la fuerza que se merece. Es una batalla. Pero al fin y al cabo, me encanta lo que hago. Creo que a ti también. Tal vez encuentres el camino de vuelta".

"Tal vez". Asentí.

"¿Me prometes que lo pensarás? Quizá esto sea justo lo que necesitas para volver a sumergirte".

"Lo prometo", le aseguré con una sonrisa.

Podría ser una buena oportunidad. Si tan sólo pudiera encontrar ese mismo impulso de confianza que tuve después de la reunión de ayer.

Capítulo 32

Troy

Me pasé una hora paseándome por mi despacho, perdiendo mi tiempo para comer, mientras reflexionaba sobre el hecho de que mi hermana y Mónica estuvieran juntas. No podía creer que Erica se hubiera presentado aquí sin avisar y sin decirme ni siquiera hola antes de invitar a comer a su nueva amiga. Semanas atrás, me habría encantado su amistad, ya que a mi hermana nunca le gustó ninguna chica con la que me relacionaba. En aquel momento, simplemente me cabreaba.

Sobre todo, me ponía celoso. Estaba celoso de que quisiera pasar tiempo con Mónica cuando eso era lo único que yo quería. Sí, la veía casi todos los días, pero no era lo mismo. Mónica estaba obligada a estar aquí. Era su trabajo. Y desde que terminó nuestra relación, así era como la trataba. Así era como me trataba.

Me estaba volviendo loco no poder tocarla. Hablar con ella. Llegar a ella. Era tan distante y fastidiosamente profesional, pero con Erica sonreía y se reía a mi costa. Ver cómo se le curvaban los labios y oír su risa áspera hacía que la echara más de menos. Hacía semanas que no la veía reír, pero me parecían años.

Mientras paseaba, me preguntaba de qué estarían hablando. Se me revolvió el estómago al pensar que hablarían de mí. Mi hermana haría algo así sólo para molestarme. Sentí que me subía la ira, probablemente injustificada, pero no pude evitarlo. Seguí mirando mi reloj, contando los minutos que faltaban para que volviera Monica.

Por supuesto, Mónica llegó a la oficina justo a tiempo. Me volví a sentar en mi silla y vi cómo ella y Erica pasaban por delante de las ventanas de mi despacho hacia donde estaba su mesa. Me pregunté por qué mi hermana seguía aquí. Yo tenía un negocio que dirigir. Estaba a punto de ir a decírselo cuando abrió la puerta de un empujón sin llamar.

"Adelante. Ponte cómoda", dije con sarcasmo.

"No me importa", dijo, cerrando la puerta tras de sí y sentándose frente a mí.

"Supongo que te ha gustado la comida".

“Sí, mucho”.

"La próxima vez, te agradecería que me avisaras".

"¿Por qué? ¿Por llevar a mi amiga a comer?".

"¿A tu amiga?". Levanté una ceja.

"Sí, Mónica es mi amiga. ¿Es eso un problema?".

"Sí. De hecho, lo es".

“¿Por qué?”.

Pensé en una buena razón, pero no se me ocurrió ninguna.

"Porque no me gusta", escupí.

"Ah, bueno. En ese caso...". Sonrió con satisfacción.

"¿Por qué haces esto?". Le pregunté.

"Porque me gusta la chica. Es lista. Divertida. Simpática".

Como si no lo supiera.

"Y la perdiste", dijo, entrecerrando la mirada. "Por eso esto te molesta tanto. Quieres algo que no puedes tener".

Puse los ojos en blanco, aunque sabía que tenía razón.

"Entonces, ¿qué demonios ha pasado, Troy?", preguntó, cruzándose de brazos.

"No lo sé". Me encogí de hombros antes de bajar los hombros derrotado.

Sabía que podía haber hablado con mi hermana. Podría haberle contado todo lo que había pasado con Verónica y todo lo que estaba pasando con nuestro padre. Pero no sabía cómo. No sabía que lo había estropeado todo. No podía aguantar más indirectas, aunque ella tuviera buenas intenciones.

"Bueno, averígualo", dijo. "Porque nunca te había visto así. Pareces un desastre y Kathy dijo algo de que ayer dejaste caer la pelota de un cliente importante...".

"Kathy tiene que ocuparse de sus malditos asuntos", espeté.

"Cierto", dijo Erica. "Pero sigo preocupada por ti. No sé qué pasó entre Mónica y tú...".

"¿Ella no te lo dijo en tu pequeño almuerzo de mejores amigas?". Le pregunté.

"No, ella no quería hablar de ello. Lo intenté".

"Claro que lo hiciste". Negué con la cabeza.

"Pero pude ver que estaba triste. Puedo ver que tú también estás triste. Os vi a los dos juntos en Bahamas. Era real. Eras más tú de lo que nunca te había visto y sé que ella tuvo algo que ver".

Me quedé en silencio, mi atención se centró en las palabras que Mónica estaba triste. Triste por nosotros.

Erica se levantó y se dirigió a la puerta, no sin antes decir: "Si todavía sientes algo por ella, díselo. Demuéstraselo. Ganatela".

Se escabulló por la puerta, cerrándola tras de sí, dejándome con pensamientos con los que no quería estar a solas. Me levanté de la mesa, primero me aseguré de que mi hermana se había ido. Por muy insistente que fuera, tenía razón. Fui un desastre. Caminaba hacia la única persona que me hacía menos desastre.

"¿Podemos prepararnos para la reunión?", pregunté.

Mónica levantó la vista del ordenador y me hizo un gesto con la cabeza antes de seguirme al despacho. Repasamos cifras e inversiones. Quería asegurarme de que estaba preparado y no tenía el cerebro nublado como ayer. Puede que este trabajo no fuera mi sueño, pero tenía que hacerlo hasta que descubriera cuál era.

Varias veces sentí que Mónica me miraba, con preguntas en los ojos, pero nunca las hizo. Se ceñía a los papeles que teníamos delante. Nos reunimos con el cliente en la sala de conferencias, Kathy ya en su puesto habitual. Me abstuve de mostrar mi enfado y dirigí la reunión como sólo yo sabía hacerlo. Seguro, tranquilo y sereno. Fue tan bien que acabó invirtiendo otro millón.

Cuando salió de la sala, Mónica aplaudió y soltó un grito en señal de celebración. Me mordí una sonrisa que amenazaba con brotar en mi cara y dejar al descubierto los sentimientos que aún sentía por ella. Normalmente era entonces cuando la invitaba a celebrarlo con champán en Ocean Prime o a venir a mi casa. Por un segundo, sentí que volvíamos a ser nosotros. Ella también debió darse cuenta, porque su sonrisa se desvaneció lentamente y empezó a recoger los papeles.

"Eh, bien hecho", dije torpemente.

“Tú también”. Recogió los papeles y salió de la habitación.

"Me alegra ver que has vuelto", dijo Kathy, poco impresionada.

"Gracias", murmuré.

Pasé el resto del día en mi despacho pensando en lo que había dicho Erica. Me conocía mejor que nadie y me estaba diciendo que yo era el que mejor se llevaba con Mónica. Eso ya era mucho decir. Normalmente mis relaciones con las mujeres eran muy superficiales, no las dejaba entrar del todo en mi vida, pero las mantenía satisfechas con atenciones y regalos.

Con Mónica, era diferente. No, no me abrí del todo, pero estuve muy cerca de hacerlo. No tenía que cubrir mi fachada de traje y corbata. Podía ser yo mismo, mezclando todo, con piña colada y cantando en el karaoke. Riendo bajo las sábanas, lejos del mundo del que tantas mujeres querían ser protagonistas.

Sin embargo, ¿podría realmente recuperarla?

Era algo en lo que no podía pensar en ese momento. Tenía que ir a la fiesta de aniversario de mis padres y aún no les había comprado un regalo. Podría haberle pedido a Mónica que lo hiciera por mí, pero que me comprara algo para celebrar el amor, no me gustaba. Cuando salí del trabajo, me detuve en Bergdorf Goodman, pasé demasiado tiempo tratando de encontrar un regalo. Al final me decidí por un juego de copas de champán de cristal, sólo me quedaban veinte minutos para llegar a la casa de mis padres en Nueva York, un ático con vistas a Central Park.

Cuando llegué, subí en ascensor hasta el último piso y las puertas se abrieron para dejarme ver la amplia entrada, llena de jarrones con flores blancas frescas y velas encendidas. Inmediatamente, una camarera me ofreció una copa de champán con una gran bandeja. Le di las gracias y bebí un sorbo antes de continuar hacia la fiesta que me esperaba.

Bajé al salón, lleno de mesas de cóctel y manteles blancos, rodeadas de gente que disfrutaba de aperitivos y bebidas. Al parecer, la idea

de mis padres de celebrar su matrimonio era invitar a medio Manhattan.

Vi a Erica hablando con Jeremy y parecía que necesitaba que alguien fuera a salvarla. Me debatí entre ser yo quien lo hiciera después de lo que había hecho, pero en el fondo sabía que sólo intentaba ayudar. Iba a interrumpir con alguna excusa, pero me detuvieron en el camino.

"Vaya, vaya, vaya. Me alegro de verte por aquí", ronroneó Verónica mientras se ponía delante de mí.

Gemí internamente.

Llevaba un vestido blanco largo hasta el suelo con cuentas. Parecía que se iba a casar, una elección ridícula para la fiesta de aniversario de mis padres.

"¿Por qué no me sorprende verte?", murmuré mientras miraba a cualquier parte menos a ella.

"No te enfades. Tu madre me invitó".

"Claro que lo hizo".

No podía entender por qué mi madre quería mantener a mi ex mujer cerca. Me enfrentaría a ella esa noche, pero no quería arruinar su fiesta de aniversario. En lugar de eso, tendría que intentar alejar a Verónica lo mejor que pudiera.

"Espero que no estés enfadado". Puso su mano en mi antebrazo y se acercó más, presionando su largo cuerpo contra el mío.

"Enfadado no es la palabra adecuada...". Suspiré.

Molesto. Frustrado. Asqueado. Esos eran los sentimientos que tenía hacia ella.

"Sabía que no podrías estar enfadado conmigo mucho tiempo". Se apretó más contra mí, su mano se acercó peligrosamente a la entrepierna de mis pantalones.

"Tendrás que disculparme". Le quité la mano y la empujé.

"¡Eh!", gritó tras de mí.

La ignoré y caminé rápidamente hacia donde estaba Erica con cara de aburrimiento.

"Hola, hermanita", le dije mientras la agarraba del brazo y tiraba de ella, ignorando por completo a Jeremy. "Emergencia en la cocina".

"Oh, gracias a Dios. Si tengo que escuchar más sobre la rutina de ejercicios de Jeremy, creo que voy a vomitar", dijo mientras trataba de mantenerse detrás de mí.

"Si veo a Verónica aparecer en un evento más, yo también podría vomitar", murmuré mientras nos situamos en un rincón de la cocina mientras los del catering bullían a nuestro alrededor.

"Tienes que hablar con mamá de eso", dijo Erica, apoyándose en la encimera y metiéndose una uva en la boca.

"¿Hablar conmigo de qué?", preguntó mi madre al doblar la esquina y entrar en la cocina con Verónica a su lado. Se puso las manos en

la cadera y nos miró a mi hermana y a mí con desconfianza.

"Sobre el amor", dijo Erica, casi ahogándose.

"¿El amor?". Mi madre levantó una ceja interrogante.

"Sí, estamos tan contentos por vuestro amor. Tantos años. Vaya", dijo Erica con aire soñador.

El rostro de mi madre se suavizó. Se lo creyó.

"Cuando lo sabes lo sabes, yo lo sabía con tu padre", dijo.

"Awww", dijo Verónica, con voz falsa goteando dulzura y recostando la cabeza en el hombro de mi madre.

Se me revolvió el estómago de malestar.

"Eso es muy especial, mamá", dijo Erica, antes de entrecerrar la mirada hacia Verónica. "Creo que todo el mundo se merece estar con alguien que le importe de verdad. ¿No crees, Verónica?".

La cara de Verónica se desencajó un poco antes de serenarse y esbozar esa sonrisa que yo veía tan fácilmente. Se excusó para ir al baño, pero yo sabía que tendría que lidiar con ella el resto de la noche, a pesar de este breve momento de respiro, gracias a mi hermana.

Capítulo 33

Mónica

Esperé en la cola para recoger mi pedido de comida para llevar en Fu Yings, al parecer un lugar de moda los viernes por la noche para los solteros de la ciudad, porque la cola estaba prácticamente en la puerta. Mientras miraba a mi alrededor, me preguntaba si alguno de ellos se sentiría tan miserable como yo. El día había sido confuso, entre Erica que vino a llevarme a comer y después la gran victoria en la reunión, me perdí por un momento pensando lo bien que lo pasaba con Troy, después de hacer un negocio con éxito. Por un instante, sentí que volvíamos a ser nosotros. Pensé que él también lo había sentido porque, durante ese segundo, parecía feliz. Tenía ese brillo en sus ojos de nuevo. Hacía semanas que no lo veía tan contento.

Pensé que había tenido un momento de debilidad. Un respiro de la actuación que había estado haciendo desde que terminamos. Esa en la que tenía que fingir que no me importaba y que sólo estaba allí por trabajo. Sí, necesitaba el dinero, pero tenía otras opciones para conseguirlo. Sólo que no estaba segura de estar lista para responder a las llamadas de mi agente. Sabía que si no hablaba pronto con ella, mi editorial me daría de baja. Sólo deseaba que esa amenaza fuera suficiente para sacar mi portátil y empezar a escribir de nuevo.

Tenía esta oportunidad potencial donde Erica trabajaba. Sería menos presión que una novela completa con una base de fans ya fiel. La idea era intrigante. Tal vez tenía razón. Sería una buena manera de volver a escribir. Pero también significaria dejar mi trabajo y no ver a Troy nunca más. La tortura de verlo todos los días era mejor que la idea de no volver a verlo.

Sentía que mis pensamientos golpeaban mi cabeza, desesperados por salir. Desesperados por que tomara una decisión que le diera algún respiro. Dios sabía que mi corazón lo necesitaba.

"Mónica", dijo una voz de hombre desde detrás de mí. Se me erizó el vello de la nuca al imaginarme inmediatamente una larga melena rubia. Barba poblada. Ropa sucia. ¿Podría ser mi acosador? Si lo era, al menos estábamos entre una multitud de gente. Tragué saliva y me giré lentamente para descubrir que no era mi acosador. Era el chico con el que había tenido una cita hacía tantos meses. Al que había dejado solo en el restaurante. El cachorro de cuarenta años.

"Oh...", dije, intentando recordar su nombre.

"Dean", dijo encogiéndose de hombros mientras metía las manos en los bolsillos de sus holgados vaqueros.

"Claro, por supuesto", dije, sintiendo que mis mejillas se sonrojaban de vergüenza. "¿Cómo estás?".

"Claramente, tan bien como tú para estar aquí un viernes por la noche". Miró alrededor del restaurante a los demás que volaban solos.

Ouch. Eso fue una especie de revés.

"Tengo que amar a Fu Yings", dije con una débil sonrisa.

"Espero que te encuentres mejor", dijo con una nota de sarcasmo.

Como si nuestra cita hubiera sido anoche y yo todavía tuviera el virus estomacal meses después.

"Ah, sí. Lo siento". Sólo sentí un poco de culpa por su actitud. "La pasé muy...".

"Me lo pasé muy bien. Sí, ya he oído eso antes". Puso los ojos en blanco.

Uf. Miré hacia adelante en la línea que hacía la cola y apenas se movía. Sólo tenía unas cuantas personas delante de mí. Entonces podría coger mi comida y largarme de allí.

"¿Todavía escribes esas pequeñas historias de amor?", preguntó.

"Mhmm...". Mentí.

"¿Cómo va eso?".

"Probablemente mejor que el paro", dije, antes de girarme para ver que afortunadamente era mi turno en el mostrador. Respiré aliviada mientras daba un paso adelante y me alejaba del gilipollas que tenía detrás. Pagué rápidamente y recogí mis dos bolsas marrones de comida, evitando a Dean, pasé junto a él y salí a la calle, al aire frío de la noche, donde sentía que ya no me asfixiaba.

Caminé las dos manzanas que me separaban de mi apartamento, disgustada por cómo estaba resultando la noche del viernes. Hacía

un frío que pelaba y estaba a punto de comer sola la comida china, antes de irme a dormir sola en mi cama. En momentos como ése echaba mucho de menos a Troy. Dean me hizo echar de menos a Troy. Troy no era un santo, pero no era un completo gilipollas que miraba la gente por encima del hombro.

Entré en mi apartamento y subí la calefacción antes de ponerme el pijama de franela. Me acomodé en el sofá y hojeé los canales. No estaba de humor para romances, otra razón por la que volver a escribir me resultaba tan desagradable. Esa noche opté por una película de acción y coloqué los cartones blancos de comida china sobre la mesita, junto con una botella de vino. Pasé las dos horas siguientes comiendo lo mein y rollitos de huevo, mientras bebía media botella de Cabernet y me reía de las ridículas acrobacias de la película que probablemente debería haber dejado de ver.

Debí quedarme dormida porque sonó el teléfono y me desperté acurrucada en el sofá. Miré grogui por la ventana y vi que el cielo seguía siendo negro como la tinta. Debía de ser de madrugada. Busqué mi teléfono en la mesita y vi que era medianoche y que tenía un mensaje de Troy.

Respiré hondo. ¿Por qué me mandaría un mensaje a esas horas? Las únicas veces que lo hizo antes era cuando me invitaba a una cita para tener sexo, que yo siempre aceptaba encantada. Pensándolo, probablemente parecía desesperado por mi parte, es cierto lo deseaba tanto como él. Pero desde que terminamos, esas llamadas y mensajes nocturnos cesaron.

Con curiosidad, abrí el mensaje.

Troy: *SOS.*

Volví a leer las tres letras como si hubiera escrito un párrafo, en lugar de una rápida llamada de auxilio. Me levanté rápidamente del sofá y volví a leerlo. Si me estaba enviando ese mensaje y a esa hora, debía de tratarse de una emergencia laboral. Me pregunté si nos habríamos perdido algo en la reunión de la tarde. Me recordé que era mi trabajo y respondí: *Voy para allá.*

Rápidamente, me levanté del sofá y me dirigí a la puerta, deslizándose dentro de mi mi abrigo de invierno y un par de botas de abrigo que estaban junto a la puerta. No me molesté en quitarme el pijama porque no tenía sentido. Hacía tiempo que había dejado de intentar impresionarlo, bueno, casi. Me hice un moño desordenado sobre la cabeza antes de salir por la puerta.

Llamé a un taxi y, mientras conducía, repasé la reunión de aquella tarde para ver qué podía haber salido mal. No se me ocurre nada. Nos habíamos preparado bien. Troy lo había manejado como el jefe que era. Tal vez fuera nuestra reunión con el señor Belleview, la que no había ido tan bien, hasta que la intercepté.

El taxi se detuvo frente al enorme edificio de apartamentos de Troy. Dudé en bajarme mientras lo contemplaba imponente sobre mí. Hacía mucho tiempo que no venía por aquí.

"¿Señorita?", preguntó el taxista, volviéndose hacia mí y levantándose ligeramente la gorra.

"Ah, claro. Perdone". Rebusqué en el bolso, saqué dinero y le pague.

"Gracias", dije mientras salía del coche y me apresuraba hacia las puertas grandes de cristal, intentando salir del aire gélido.

El portero abrió la puerta y me miró sorprendido.

"Señorita Durall", dijo con una cálida sonrisa. "Me alegro de volver a verla".

"Igualmente", dije en voz baja.

"Suba", dijo, señalando con la cabeza al recepcionista, que hizo un pequeño gesto con la mano mientras bostezaba.

"Gracias". Me dirigí al ascensor y pulsé el botón de PH.

Los segundos se hicieron eternos mientras veía pasar los pisos. Me miré los pantalones del pijama rosa y azul que asomaban bajo el abrigo negro. De repente deseé haberme puesto otra cosa, pero ya era demasiado tarde. Las puertas sonaron y se abrieron a la sala de estar de Troy, que estaba extrañamente oscura.

"¿Troy?", grité al salir del ascensor.

La única forma de luz era una pequeña lámpara en una mesa auxiliar junto al sofá, que proyectaba un tenue y cálido resplandor hacia dónde se dirigían mis ojos. Respiré hondo cuando vi a Verónica tumbada en el sofá en lencería.

"Oh", respiré. Quería correr, pero tenía los pies clavados en el suelo de madera.

Se incorporó un poco y se apoyó la cabeza en la mano mientras me miraba divertida y satisfecha. Pasó la mano por el cremoso encaje que no dejaba nada a la imaginación.

"¿Buscas a Troy?", preguntó, con una lenta sonrisa dibujándose en sus labios.

"Yo...", balbuceé.

No podía apartar los ojos de la longitud de su cuerpo en el sofá en el que una vez me había tumbado, imaginando sus manos sobre ella. Su boca en la suya. La idea me ponía enferma.

"¿Mónica?".

Me giré para ver a Troy de pie en el pasillo que conducía a su dormitorio con la boca abierta por la sorpresa. Llevaba el mismo traje azul marino que había llevado ese día al trabajo y sostenía un montón de ropa que supuse que era de Verónica. Miró de repente hacia el sofá, donde Verónica estaba sentada, como si estuviera a punto de ver todo esto como si fuera una película.

No iba a darle esa satisfacción. No sabía a qué juego enfermizo estaban jugando esos dos, pero me negaba a formar parte de él. Ya me habían humillado lo suficiente. Ya estaba harta.

Volví rápidamente al ascensor y pulsé el botón del vestíbulo frenéticamente. Las puertas empezaron a cerrarse justo cuando Troy intentaba pasar una mano. Demasiado tarde. En la seguridad del ascensor, dejé que las lágrimas corrieran por mi cara. Todo lo que había estado conteniendo durante semanas, tratando de ser fuerte, salió de mí en sollozos furiosos. Apenas podía recuperar el aliento cuando las puertas del ascensor se abrieron hacia el vestíbulo.

El portero me vio salir y se acercó rápidamente. Era como si las piernas me hubieran fallado y apenas pudiera caminar hasta las puertas.

"Señorita Durall", dijo, cogiéndome suavemente del brazo. "¿Se encuentra bien?".

"Estoy bien. Estoy bien. Sólo necesito irme".

"No puede salir así", dijo suavemente, con los ojos llenos de preocupación.

"Por favor. Estoy bien".

"Al menos, déjame conseguirte un taxi".

Asentí y dejé que me guiara hasta las puertas. Buscó por las calles un coche amarillo que me llevara lejos de aquí. De lo que acababa de ocurrir o estaba a punto de ocurrir arriba. Vio uno al otro lado de la calle y levantó la mano. El taxi dio media vuelta y se detuvo en la acera.

Oí que las puertas se abrían detrás de mí y supe que eran los pasos de Troy acercándose. Sin darme la vuelta, abrí de un tirón la puerta del taxi y entré rápidamente, dando un portazo, no sin antes oír a Troy gritar mi nombre.

"Vete, por favor, vete", le dije al taxi con urgencia.

Ya había visto esta película. La había visto semanas atrás. Dejar a Troy en la acera después de que me hubiera roto el corazón. Esta sería la última vez.

Capítulo 34

Troy

Volví a gritar el nombre de Mónica, como si pudiera oírme, hasta que vi cómo el taxi doblaba la esquina y desaparecía de mi vista. Mi aliento desapareció de mis pulmones como si alguien me hubiera dado un puñetazo en las tripas. No podía quitarme la expresión de la cara de Mónica cuando la vi en mi apartamento. Había tanto dolor que me dolía. Estuve a punto de llamar a un taxi para ir tras ella, pero no sabía cómo explicarle lo que acababa de ver. Ni yo mismo lo sabía, pero estaba a punto de averiguarlo.

Miré hacia el edificio de mi apartamento, sabiendo que Verónica estaba en el último piso, mi ira comenzó a acumularse en mi estómago. Rabia contra ella. Enfado conmigo mismo. Era culpa mía que estuviera allí.

En la fiesta de mis padres, se le había caído un vaso de vino blanco por la parte delantera del vestido. Hizo una gran escena, todo el mundo la adoraba. Todos menos yo. Aun así, insistió en que la llevara a mi casa, que estaba a una manzana, para cambiarse. Le dije que no, pero armó un escándalo. No quería que restara más atención a la gran noche de mis padres, así que cedí.

Caminamos la manzana hasta mi apartamento, Verónica parloteando como si se hubiera olvidado por completo del vestido estropeado por el que acababa de preocuparse. Me quedé callado y dejé que sus propias palabras la entretuvieran.

En mi piso, se dio la vuelta lentamente, como si lo estuviera asimilando.

"Dios, hacía siglos que no venía por aquí", dijo.

Ella había vivido allí conmigo cuando nos casamos, pero yo lo había renovado desde que ella se fue. No podía dejar las vistas, pero no quería nada que me recordara a ella o a nuestro matrimonio fracasado, así que el lugar fue cambiado.

"Apenas lo reconozco", dijo.

"Hice algunos cambios, desde...".

"Que me dejaste", dijo Verónica suavemente.

"Yo no te dejé. Tomé una decisión que era lo mejor para los dos. Sólo que no era una decisión que te gustara".

Se acercó a donde yo estaba, cerca de la entrada, echó sus brazos por encima de mis hombros, con sus ojos clavados en los míos como una cazadora.

"Pero lo pasamos muy bien, ¿verdad?", preguntó, apretando su cuerpo contra el mío. Podía sentir la humedad de su vestido en mi traje.

"Verónica...", empecé.

Se puso de puntillas y rozó mi oreja con los labios.

"Como cuando podías tenerme como quisieras", susurró.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta llegar a mi estómago. Más abajo.

"Todavía puedes tener eso", susurró, sus dedos rozándome a través del material de mis pantalones. “Lo quiero”.

Cerré los ojos y me perdí en sus caricias durante un segundo. Hacía tanto tiempo que no me tocaban así. Que me habían deseado. Me había estado ahogando en mi soledad desde que Mónica llegó y cambió toda mi vida, antes de abandonarla.

Mónica.

Mis ojos se abrieron de golpe.

"Pues yo no quiero eso", dije, dando un paso atrás y agarrándola de las muñecas, apartando sus manos de mí.

"Dios, solías ser divertido". Verónica puso los ojos en blanco.

"Voy a buscarte algo de ropa, y luego te vas. ¿Entendido?".

"Solo será una noche", dijo, dando un paso hacia mí. "Eres tan sexy".

Dios, era implacable.

Le di la espalda y caminé por el pasillo, escuchando para asegurarme de que no me seguía. Por suerte, sólo había silencio. Entré en mi dormitorio y en el armario principal. Estaba rebuscando entre algunas camisas viejas y pantalones de chándal cuando recordé que aún tenía una caja con su ropa en alguna parte. No sabía por qué no me había deshecho de ella a lo largo de los años. Debía de haberlo olvidado.

Llevé la mano al estante superior del armario y tiré de la caja de cartón, quitándole el polvo. Abrí las solapas y empecé a rebuscar. Encontré un jersey y unos vaqueros, entre algunos recuerdos que había escondido, como una Polaroid de nuestra boda en la pequeña capilla de Las Vegas. No sentí nada al coger la foto. Eso me bastó para saber que el divorcio había sido la decisión correcta. Hice una nota mental para que le enviaran la caja a su apartamento.

Mientras volvía al salón con su ropa, juraría que había oído el ruido de las puertas del ascensor. Y fue entonces cuando vi a Mónica allí de pie. Pero ya no estaba. Me pregunté si había estado allí. Parecía el destello rápido de un sueño. Pero era real, me pareció una pesadilla.

Mientras subía por los ascensores para enfrentarme a Verónica, me preguntaba por qué había venido Monica aquí. Quizá me echaba de menos tanto como yo a ella. Cualquier esperanza que tuviera se había desvanecido por culpa de mi persistente ex mujer.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré furioso para encontrarme a Verónica sentada en el sofá, todavía en lencería.

"Has vuelto", me dijo con una sonrisa.

"¿Qué demonios crees que estás haciendo?", pregunté, alzando la voz.

Ella se recostó en el sofá y arqueó la espalda, el encaje de su sujetador apenas contenía el rosa que rodeaba sus pezones.

"Intento demostrarte cuánto te necesito, Troy", murmuró.

Se pasó las manos por los pechos, bajándolas lentamente por su torso tonificado hasta donde el encaje cremoso rozaba justo debajo de su ombligo.

"Para", le dije con severidad.

"¿Qué pare?", preguntó inocentemente, sin apartar los ojos de mí mientras bajaba la mano. Sus dedos tocaron el encaje de las bragas y empezaron a girar lentamente. Soltó un gemido silencioso.

"Verónica. Para".

"Tócame, Troy", dijo con voz entrecortada.

"¡Para, joder!". Grité.

Se sentó de repente y me miró, sus ojos se clavaron en mi. "¿Qué coño te pasa?".

"Te lo he dicho una y otra vez. No te quiero. ¿Por qué no te lo metes en la cabeza?".

"Es ella, ¿verdad?", preguntó con la voz entrecerrada.

La seducción había desaparecido de sus ojos, reemplazada por un odio vil.

"Esto no tiene nada que ver con ella", dije.

"Mientes", espetó.

Suspiré y miré al suelo con frustración.

"Parece que ya se ha ido", dijo con un suspiro.

Levanté la vista de repente y noté la satisfacción en su voz. Tenía una leve sonrisa en los labios.

"¿Qué has hecho? pregunté lentamente.

Veronica se estudiaba las uñas mientras cruzaba una pierna larga sobre la otra. "¿Qué quieres decir?", preguntó inocentemente.

"¿Por qué estaba Mónica aquí?".

"No tengo ni la menor idea". Verónica se encogió de hombros.

Me rondaban pensamientos por la cabeza mientras intentaba reconstruirlo. Entonces mis ojos se posaron en el teléfono que estaba sobre la mesita. Los ojos de Verónica siguieron a los míos y se apresuró a cogerlo, pero yo fui más rápido. Lo cogí de la mesa.

"Troy...", dijo con cautela.

"Cállate".

Abrí mi teléfono y fui a mis mensajes de texto. El hilo más reciente era con Mónica. Lo abrí rápidamente.

SOS.

Enviado por mí hace casi una hora.

No me lo podía creer. Había sido tan estúpido como para dejar mi teléfono aquí en la habitación con Verónica y ella había sido tan vil como para hacer algo así.

Mónica no había venido a decirme que me echaba de menos. Vino porque pensó que la necesitaba. Probablemente por una emergencia de trabajo. El hecho de que viniera, y a esta hora, hacía que todo esto doliera aún más. No puedo imaginar cómo se sintió al entrar y ver a Verónica aquí, prácticamente desnuda. Probablemente pensó que la había invitado para restregárselo por la cara. No podía soportar esa idea.

Y Verónica estaba sentada aquí, en mi sofá, en mi casa, tan orgullosa de lo que acababa de hacer. No había remordimiento en ningún centímetro de ese cuerpo tan largo. Era realmente malvada. Me pregunté cómo había podido enamorarme de una mujer tan horrible.

Mi cara se enrojeció de ira.

"¿Cómo te atreves", dije.

"Oh, vamos, Troy. Sólo era una bromita".

"Bueno, tu sentido del humor está jodido".

Puso los ojos en blanco y se levantó del sofá, poniendo las manos en las caderas mientras me miraba.

"Ella no es adecuada para ti, de todos modos. Es una cualquiera. Una asistente personal. No pertenece a este mundo", dijo mirando a su alrededor.

"¿Qué mundo es ese?".

"Uno que no acepta a gente como ella".

"¿Te oyes a ti misma, Verónica?". Levanté la voz ante su atrevimiento.

"Te he hecho un favor. Puedes agradecérmelo más tarde".

"No habrá un después", espeté, saliendo furioso por el pasillo.

"¡Troy!", gritó tras de mí. "¿Adónde vas?".

Caminé rápidamente a mi armario principal y cogí la caja del suelo. No la enviaría más tarde. Se la llevaría en este momento. Esta noche la sacaría de mi vida y a ella también.

Llevé la caja al salón y la dejé de golpe sobre la mesita.

"¿Qué demonios, Troy?", preguntó, saltando ligeramente hacia atrás.

"Quiero que te vayas. Fuera de mi casa. Fuera de mi vida".

"No lo dices en serio...".

"Lo digo en serio. Estoy cansado de tus juegos. Estoy cansado de que intentes colarte en mi vida, utilizando a mi madre para ello. Aléjate de ella. Aléjate de mí".

"Pero...".

"Sin peros", interrumpí. "Te alejarás de mí. Si no lo haces, presentaré una orden de alejamiento".

"No puedes hablar en serio...", dijo, con los ojos muy abiertos.

Señalé la caja. "Coge tus cosas. Y lárgate de aquí".

Abrió la caja y cogió la Polaroid que estaba encima del montón de ropa y joyas. La estudió durante unos segundos antes de mirarme. Juraría que tenía lágrimas en los ojos y esa mujer nunca lloraba. Ni cuando descubrí que me había engañado. Ni cuando le pedí el divorcio. Ni siquiera cuando murió su propio padre.

"Troy...", empezó, su voz temblorosa.

"Toma tu mierda y vete al infierno. Fuera", repetí.

Tragó saliva y fue a coger la caja, pero entonces recordó que sólo llevaba lencería. Se miró impotente antes de que yo le arrojara los vaqueros y el jersey. Rápidamente, se deslizó el jersey por la cabeza y se puso los vaqueros, evitando mirarme. Cogió la caja, luchando por sostenerla. No me importó. No le ofrecí ayuda mientras se tambaleaba un poco hacia los ascensores.

Se volvió para mirarme, parpadeando y conteniendo las lágrimas. No pude sentir nada por ella. Ningún remordimiento. Ni consuelo. Ni amor. Mi rostro permaneció en blanco. Mis labios fuertemente apretados. Cuando vio que no obtenía nada de mí, entró en el ascensor y se marchó. Con suerte, para siempre.

Caminé hasta el sofá y me hundí en él, apoyando la cabeza en las manos mientras me pasaba los dedos por el pelo. Esa noche había sido un infierno. Sin querer, había herido a Mónica, probablemente de forma irreparable. Cualquier hilo de esperanza para que pudiéramos volver a encontrarnos había sido cortado por una cuchilla afilada. Dudaba que pudiera salir de ésta hablando, aunque ella me diera la oportunidad de explicarme. La había perdido. La había perdido de verdad.

Capítulo 35

Mónica

Las luces de los coches que se acercaban las veía borrosas a través de mis ojos llorosos, mientras el taxi entraba y salía del tráfico ligero de la noche de Manhattan. Me apreté el abrigo con fuerza, intentando consolarme después de todo lo que había pasado durante la última hora. Cuando estuve en la cola de la comida china, intentando evitar una mala cita, pensé en lo diferente que era Troy. No quería volver a verlo. Dean con el pelo alborotado era mejor que lo que acababa de hacerme pasar el hombre que creía conocer.

Observé la ciudad mientras pasábamos por las aceras llenas de amigos cogidos del brazo, caminando hacia su último bar de la noche, o parejas abrigadas con gorros y bufandas, con las manos enguantadas entrelazadas mientras sus alientos se movían en sincronía. Ver sus caras sonrientes hizo que me sintiera aún más sola de lo que ya me sentía en aquel taxi caldeado, en pijama, con el pelo revuelto y las mejillas manchadas.

Los grandes edificios de piedra y ladrillo, con sus hermosas ventanas acristaladas, resplandecían cálidos, en marcado contraste con el frío cortante del exterior, que recordaba más a lo que sentía mi corazón. Contemplé el Upper East Side a nuestro paso. Más que nunca, me di

cuenta de que no pertenecía a este lugar. Este mundo de lujo, sexo, desamor y juegos. Era un lugar atroz. ¿Cómo pensé que podría encajar aquí? Que podría encajar en la vida de Troy, como si fuera tan simple como encontrar la última pieza de un rompecabezas. Era de risa.

Verónica tenía razón sobre mí. Yo no pertenecía a este mundo. No quería estar aquí. No cuando la gente que se creía por encima empujaba a los demás hacia abajo para hacer realidad sus propias creencias. No podía creer que Troy fuera una de esas personas. En el tiempo que pase con él, parecía diferente de los yupis de Manhattan.

Sí, era un conocido multimillonario con más dinero del que yo podía imaginar. Pero era divertido, cuando se reía de verdad, llenaba una habitación. Solía enorgullecerme de ser la causa de esas risas. También era amable, no sólo conmigo, sino con los desconocidos. Le había visto entablar conversación con camareros y nunca tratarlos de menos, dejándolos una generosa propina. Y no era por el elogio o el agradecimiento. Estas pequeñas cosas, entre otras, fueron las que me hicieron pensar que de alguna manera podríamos funcionar. Que nuestros mundos podrían encajar si alguna vez descubríamos lo que éramos. Una parte de mí mantuvo la esperanza de eso, hasta la gala. Incluso después de eso. Pero veía las cosas con claridad meridiana, aunque se me nublaran los ojos por las lágrimas que caían calientes sobre mis mejillas.

Cuando el taxi me dejó en mi apartamento, subí las escaleras y comencé el largo proceso habitual de abrir la hilera de cerraduras que bordeaban la puerta. Mientras lo hacía, me preguntaba si alguna vez sería capaz de poner la misma seguridad en mi corazón si seguía trabajando para Troy.

Una vez dentro, me quité el abrigo y lo dejé caer en un montón a mis pies antes de quitarme las botas. Me dirigí al dormitorio y me tumbé en la cama, con las sábanas frías al tacto. Me estremecí ligeramente y cerré los pesados ojos, desesperada por que llegara el sueño. Pero no llegó. Me di la vuelta de la espalda al estómago, rodando hacia un lado, sin encontrar consuelo. No era la cama. Era mi cabeza la que no me dejaba dormir. Suspiré y me di la vuelta para encender el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche.

El reloj marcaba las tres de la madrugada. Al menos mañana no tenía trabajo. Ni al día siguiente. Significaba que no tenía que ver a Troy, lo cual era un verdadero resquicio de esperanza. Pero dos días no serían suficientes para curarme de los daños de la noche. Apenas me darían tiempo para olvidar el aspecto de Verónica en su sofá, en casa y guapísima, para él. Cerré los ojos y sacudí la cabeza lentamente, tratando de borrar la imagen de mi mente, junto con todas las demás que había estado imaginando mientras daba vueltas en la cama.

Me quité las sábanas de encima y me acerqué al escritorio, donde estaba mi portátil, sin tocar desde hacía meses y con una capa de polvo como prueba. Lo limpié y observé cómo flotaban las motas de polvo antes de cogerlo y llevármelo a la cama. Escribir desde la cama era algo que había hecho tantas veces en el pasado, pero que en este momento me resultaba extraño. Excepto que no estaba escribiendo una novela, a menos que mis lectores quisieran saber cómo se sentía el desamor en estado puro. Estaba segura de que les gustaría tanto como mi último libro.

No, tenía que escribir otra cosa y era algo que probablemente debería haber hecho hacía semanas. Demonios, debería haberlo hecho en cuanto entré en el despacho de Troy y vi que era mi nuevo jefe. Tenía que escribir una carta de dimisión. Era la única manera de conseguir la distancia que sabía que necesitaba, pero que no tenía la fuerza suficiente para pedir. Era la única forma de seguir

adelante con el desamor que me aseguraba todos los recuerdos que solía prometerme a mí misma que nunca olvidaría.

Abrí el portátil y lo encendí, con el familiar sonido de bienvenida resonando en mis oídos mientras el resplandor de la pantalla cobraba vida. Abrí un documento de Word y vi cómo el cursor parpadeaba en la pantalla, rogándome que pulsara una tecla. Cualquier tecla.

Había tantas cosas que quería decir. Deseaba poder escribir una carta que de algún modo gritara elocuentemente los sentimientos que se agitaban en mi interior como un mar bajo un cielo gris. Pero recordé que no era ese tipo de carta ni de historia. En lugar de eso, añadí la fecha y el encabezamiento adecuado y procedí a buscar en Google cómo escribir una carta de dimisión profesional. Sí, un escritor buscando en Google cómo escribir. Patético.

Pasé la siguiente hora escribiendo, borrando y volviendo a escribir una carta que explicaba por qué dejaba el puesto, sin explicar realmente nada en absoluto. Al menos, no la verdad. Junté unas cuantas palabras que sonaban profesionales en frases bien empaquetadas y pulsé el botón de imprimir. Me dormí con el zumbido de la impresora mientras escupía mi último adiós al hombre al que juré que podría haber amado algún día. O quizá ya lo había hecho.

Evité la carta que reposaba en la bandeja de la impresora hasta que llegó el lunes por la mañana porque no quería romperla, echándome atrás en lo que sabía que tenía que hacer. Justo cuando estaba a punto de irme a trabajar, la saqué de la bandeja, la doblé y la metí en un sobre. Parecía algo tan grande para caber limpiamente en un trozo de papel blanco doblado.

Pasé por la cafetería, que afortunadamente estaba muy concurrida esta mañana, lo que me permitió evitar cualquier conversación trivial sobre Troy con el camarero, que parecía adorarlo. De vuelta a la oficina, llevé su Americano helado habitual por el pasillo, dándome cuenta de que sería una de las últimas veces. Había tenido la cortesía de avisar con dos semanas de antelación mi dimisión, pero cada paso que daba por aquel pasillo iluminado lo sentía como el último.

Entré en el despacho de Troy y me sorprendió verle sentado en su mesa. Aspiré una bocanada de aire tranquila, pero intenté que no se me notaran los nervios que me subían a la garganta. Parecía cansado, como si probablemente hubiera dormido tanto como yo las últimas noches. Me negué a permitirme pensar que había pasado de mí y me aseguré a mí misma que era porque Verónica no le dejaba dormir. El pensamiento hizo que mis nervios se desvanecieran, y que la frialdad ocupara su lugar.

"Mónica", dijo en voz baja al verme de pie en la puerta.

"Buenos días", dije, con la voz entrecortada.

Me acerqué y dejé su café sobre la mesa.

"¿Podemos hablar?".

"A menos que se trate de negocios, prefiero que no", le dije.

"Por favor. Tienes que saber que no pasa nada con Verónica".

Solté una carcajada. Realmente no podía estar intentando convencerme de lo contrario. Como si me hubiera imaginado la noche del viernes con él llevando su ropa.

"Hablo en serio", dijo suplicante. "Sí, estuvo en mi apartamento, pero no fue en las circunstancias que te hizo creer. Todo es un gran juego para ella y trató de meterte en él porque estaba celosa".

"¿De qué?". Le lancé una mirada aguda. "No estamos juntos. En realidad nunca lo estuvimos...". Se me fue la voz mientras miraba al suelo.

"Lo estuvimos", dijo, su voz apenas un susurro. Me pregunté si quería que yo lo oyera, pero me partió el corazón igualmente.

"Sé que no me creerás, pero no quiero tener nada que ver con Verónica. Prácticamente me está acosando".

Puse los ojos en blanco. Sabía cómo era un acosador. Lo que hacían. Lo había experimentado. Pero entonces entró en detalles sobre lo que su ex mujer había estado haciendo y no pude evitar sentir simpatía por él, especialmente cuando se trataba de estar cerca de su familia. No era ni de lejos lo que yo había pasado, pero no era un comportamiento apropiado.

"Siento que hayas pasado por eso", le dije suavemente.

Aunque lo había escuchado, no estaba lista para perdonarlo.

"No lo sientas. Yo soy el que lo siente. Lo estropeé todo. No puedo perdonarme cómo te perdí".

Tragué con fuerza, sintiendo que el sobre de mi bolso me punzaba el interior del brazo. Como si me recordara para qué estaba aquí. Incliné la barbilla en un solemne gesto de asentimiento, como si estuviera reuniendo fuerzas. Metí la mano en el bolso y saqué el sobre, deslizándolo por su escritorio.

"¿Qué es esto?", preguntó con las cejas fruncidas.

Me quedé callada, sin saber si podría decir las palabras. No sabía si podría decirle físicamente que le dejaba. Todo esto. Para siempre.

Abrió el sobre y desplegó la carta. Una parte de mí quería correr, pero me quedé de pie mientras observaba sus ojos escudriñar las palabras que había escrito. Cuando terminó, dejó la carta sobre el escritorio y me miró despacio.

"¿Te vas?", preguntó en voz baja.

"Lo dejo", le corregí.

"No puedes. Por favor, Mónica. No puedes".

"Tengo que hacerlo. Sabes que tengo que hacerlo".

"No tienes que hacerlo. Podemos hacer que esto funcione. Podemos hacer que nosotros funcionemos".

"No hay un nosotros".

Él pareció sentarse con eso por un momento.

"Independientemente de lo que hemos pasado, te necesito. Eres la mejor asistente que he tenido. Te necesito. Podría haberlo perdido todo después de aquella reunión con Belleview, pero tú interviniste como la persona increíble que eres y salvaste mi empresa. Me salvaste a mí".

"Puedes encontrar a alguien más...".

"No, no puedo".

No estaba haciendo esto fácil.

"Te daré un aumento".

"No quiero más dinero".

"Por favor. Lo que sea. Necesito que te quedes. Aunque no quieras estar conmigo, no puedo perderte completamente".

Aunque estas palabras eran demasiado poco y demasiado tarde, dejé que penetraran en mi corazón.

Capítulo 36

Troy

Mónica se quedó callada mientras yo prácticamente le suplicaba que se quedara. Debería haberlo visto venir, pero me decía a mí mismo que tenía tiempo. Tiempo para reconquistarla o arreglar las cosas. Daba por sentado que estaría a pocos metros de mí todos los días, y tendría varias oportunidades de luchar por ella, por eso no hice nada. Se acabó mi tiempo y su carta de dimisión estaba en un sobre blanco sobre mesa de roble oscuro de mi escritorio.

Ya lo había visto antes con mis asistentes personales. Debería estar acostumbrado al papel doblado y entregado en un sobre impecable con sus palabras profesionales agradeciéndome la oportunidad, pero era hora de seguir adelante. Me habían facilitado el trabajo evitando que les rompiera el corazón más de lo que ya lo había hecho, se marchaban por propia voluntad cuando no podía darles lo que querían. Pero en ese momento sentía que se me rompía el corazón.

No sabía qué más podía decir mientras ella estaba ante mí, no paraba de preguntarme qué estaría pensando. Si mis palabras habían sido suficientes. Sabía que explicarle la situación a Mónica sería ridículamente increíble. No podía culparla por no creerse lo que

parecía una historia inventada, pero hacia el final de mi aterrorizada entrega, pareció mostrar una pizca de empatía.

Ofrecerle un aumento era probablemente un intento desesperado y sabía que no le interesaba lo más mínimo. Pero era mejor que escupir lo que realmente quería decir, que estaba enamorado de ella. Creo que me di cuenta hacía mucho tiempo, pero era demasiado terco para creerlo. Demasiado aferrado a mis viejas costumbres como para pensar que podría cambiar. Pero lo estaba. Estaba enamorado de la mujer que tenía delante y tuvo que dejarme para que me diera cuenta. ¿No era siempre así?

No quería decírselo. No quería que pensara que eran sólo palabras que estaba usando en un intento desesperado por hacer que se quedara. Necesitaba que las creyera. También me asustaba bastante el sentimiento de amor, que hacía tanto tiempo que no sentía, si es que alguna vez lo había sentido, que ella me rechazara probablemente me arruinaría. Así que me quedé callado, sólo estudiando su cara. Su hermoso rostro.

"Bien", dijo suavemente.

“¿Qué?”. Pregunté, mi incredulidad me hizo pensar que la había oído mal.

"Me quedo".

Se acercó a mi mesa, tomó su carta de dimisión y la dobló antes de guardarla en el bolso. Podría haberla roto, pero sentí que quería que yo supiera que marcharse seguía siendo una opción. Asentí en señal de comprensión.

"Gracias", dije, soltando un suspiro.

"No es por ti", dijo. "Al menos, no el que yo creía conocer. Me quedo porque me necesitas como asistente. No sé qué te pasa últimamente. También me he vuelto muy buena en este trabajo".

"Así es". Me reí suavemente, sabiendo que tenía razón.

Me dedicó una sonrisa tensa antes de salir por la puerta. Afortunadamente, no por última vez. Pero sabía que era tiempo prestado. Le había hecho demasiado daño como para que se quedara aquí mucho tiempo. Sabía que me estaba haciendo un favor para que las cosas funcionaran bien. No porque yo le importara, sino porque era su trabajo. Dejó claro que esa línea ya no era borrosa.

No podía arriesgarme a perderla de nuevo. Cogí el teléfono de mi escritorio y llamé a la única persona que lo entendería. La única persona que conocía nuestro secreto.

"¿Hola?", respondió Erica.

"Hola, hermanita", dije, esforzándome por oírla a través del ruido al otro lado del teléfono. "¿Mal momento?".

"Oh, sólo estamos tratando de hacer funcionar estas máquinas antiguas, para poder enviar este maldito periódico a los lectores de Nueva York". La oí golpear algo que seguramente era una impresora.

"Parece que todo va muy bien por allí".

"Oh, muy bien", dijo sarcásticamente. "Ahora, ¿qué pasa?".

"¿Podemos quedar para comer?".

"¿Qué? ¿Hoy?".

"Sí. Dentro de un rato".

"Esto es una locura", gimió.

"Por favor. Te necesito".

Ella suspiró. "Puedo reunirme contigo en treinta minutos".

"¿En serio?", pregunté, esperanzado.

"De verdad, pero me lo debes".

"De acuerdo. Nos vemos en Maison Pickel. Yo invito".

"Claro que sí", dijo antes de colgar.

Sonreí mientras deslizaba mi teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta. Si no tuviera a Erica, no sabría lo que haría. Debería haber hablado con ella de todo antes. Entonces quizá las cosas no se habrían complicado tanto. Ella siempre tenía buenos consejos, por ser mi hermana menor. Aunque a menudo no los seguía.

Me levanté de mi asiento y salí de mi despacho. Vi a Mónica cogiendo su fiambrera del lado de su mesa. Me di cuenta de que había empezado a prepararse la comida cuando terminamos la relación hace unas semanas. Sabía que comía sola en la sala de descanso, probablemente para evitarme. Me preguntaba si alguna vez volveríamos a una especie de normalidad en la que pudiéramos volver a comer juntos. Aunque me resultaría muy difícil abstenerme

de explorar con la mano debajo de la mesa en nuestro puesto esquinero habitual en Ocean Prime.

"Me voy a almorzar", dije, las palabras cayendo torpemente de mi lengua e igualando la postura incómoda que mantenía frente a su escritorio. Me balanceé sobre los talones esperando a que dijera algo. Cualquier cosa.

"Vale", respondió, completamente desinteresada.

"Con Erica". Aclaré. No quería que pensara que estaba saliendo con Verónica o algo así. Sabía que su nivel de confianza en mí estaba prácticamente en el último piso de este edificio.

"Genial". Se levantó y caminó a mi lado, por el pasillo hacia la sala de descanso.

La vi irse, con el pelo castaño ondeando en su espalda mientras caminaba, muy guapa con su traje de lino. Esa era otra de las cosas que habían cambiado. Además de los almuerzos para llevar, las faldas ajustadas y las blusas escotadas habían dejado de formar parte de su vestuario. No por eso la deseaba menos. La querría aunque llevara un saco de patatas.

Alguien carraspeó cerca de mí. Levanté la vista y vi a Kathy mirándome con curiosidad.

"¿Sí?". Pregunté, molesto.

Era como si siempre estuviera acechando por las esquinas, pero por suerte para mí, no pasaba absolutamente nada con Mónica. Al menos, ya no, así que no tenía nada que hacer. Aparte de que me gustaba mirar a mi asistente personal.

"Me voy a una reunión con tu padre. ¿Algún mensaje que quieras que le dé?", preguntó.

Por supuesto. Tenía reuniones semanales con él todos los lunes. A menudo me preguntaba para quién trabajaba realmente. Tenía más reuniones con él que conmigo, su jefe.

"Ningún mensaje".

Aparte de, mantener a mi ex-esposa lejos de cualquiera y de todas las reuniones familiares. Pero eso sería una discusión para otro momento. Él no sería el problema. Mi madre, por otro lado, era una historia diferente. Tenía que convencerla de que el barco había zarpado y de que cualquier intento de que volviéramos a estar juntos fracasaría estrepitosamente.

Kathy asintió y se marchó, deslizándose hacia su despacho. Bajé en los ascensores y llamé a un taxi. El restaurante no estaba lejos de mi edificio, pero había empezado a nevar y no me apetecía caminar por la nieve.

Llegué al restaurante cinco minutos más tarde, me abroche el abrigo mientras caminaba desde el taxi hasta la puerta. El invierno neoyorquino era implacable. Parecía imitar a la perfección mi vida personal. Me preguntaba cuándo amainará el frente frío.

En la calidez del restaurante, pedí a la camarera una mesa para dos junto a la ventana. No me gustaba estar en la nieve, pero sí verla caer. Pedí una copa de vino tinto para entrar en calor y esperé a que llegara Erica. A mitad de mi copa, se acercó a la mesa sin aliento, con la cara roja.

"¿Has venido corriendo?", pregunté divertido.

"Prácticamente. La estación de metro más cercana estaba como a una manzana".

"¿Por qué no cogiste un taxi?". pregunté.

"Porque el metro es más barato".

Negué con la cabeza. La hija de Bryce Gunner era una tacaña. Me sorprendió incluso que hubiera venido a la casa de la playa en las Bahamas. La propiedad parcial era lo único que había aceptado de mi padre. Probablemente voló en clase turista, en lugar de usar otro de los jets de mi padre.

Hizo una señal al camarero mientras se quitaba el pañuelo.

"Tomaré lo mismo que él, por favor", dijo, señalando con la cabeza mi copa de vino.

"Aún no te has sentado y necesitas una copa".

"Este periódico será mi muerte", dijo, hundiéndose en la cabina, exhausta.

"Podrías empezar tu propio maldito periódico si alguna vez aceptaras la ayuda de alguien...".

"No necesito tu dinero, ni el de nadie", dijo, haciéndome un gesto para que me fuera. "Cambiando de tema. No estoy aquí para hablar de mí. Tú me llamaste".

Suspiré y tomé un largo sorbo de vino antes de entrar en materia.

"¿Qué pasa, Troy?", preguntó, sentándose de nuevo y estudiándome.

"Es Mónica...".

"Ambos pareceis infelices, y nadie me dice lo que está pasando".

Me quedé callado un momento, sin saber cómo decir las palabras en voz alta.

"Estoy enamorado de ella", dije, derrotado.

"Dios mío", chilló ella y aplaudió emocionada.

Otros clientes del restaurante miraron con curiosidad. Nuestro camarero se detuvo con su copa de vino y me sentí tentado a pedir otra.

"¿Quieres dejar de hacer eso?". Me tapé la cara con la mano para evitar la vergüenza de que me vieran las mejillas sonrojadas.

"¡Troy! Esto es enorme!", exclamó.

"No es para tanto. Además, ni siquiera importa. Ella no siente lo mismo".

"¿Cómo lo sabes?".

"Porque lo he fastidiado todo...".

Seguí contándole todo sobre el encuentro con nuestro padre y cómo me hizo cuestionar mi relación con Mónica. Me asusté de lo que

podía perder y la alejé como un cobarde. Luego le hablé de Verónica y de su empeño en recuperarme. No podía creer lo que Verónica había hecho en la gala y estaba aún más horrorizada por el numerito que montó después de la fiesta de aniversario de nuestros padres.

"Esa mujer se merece una bofetada", murmuró con su copa de vino. "Estaré encantada de hacerlo". Sonrió.

Solté una carcajada sólo de pensarlo.

"No necesito que lo hagas. Pero sí necesito que me digas cómo recuperar a Mónica".

"Bueno, no será fácil", dijo. "La has liado parda, hermano mayor".

"Gracias. Muchas gracias".

"Sólo estoy siendo honesta. Si yo fuera ella, estaría corriendo por las colinas".

"Gracias por los ánimos", murmuré.

"Déjame pensarlo, ¿vale? Mónica es inteligente, esa es una de las razones por las que me gusta tanto. No la vas a seducir con cualquier gesto pequeño. La heriste de verdad".

"Lo sé", admití suavemente.

"Pero ya se nos ocurrirá algo", dijo, cogiéndome la mano y dándome un apretón.

"Siento que se me acaba el tiempo...".

"No puedes apresurarte, Troy. Es una escritora romántica. No puedes ser más romántico que ella. Tenemos que pensar en algo bueno. Realmente bueno".

Ella tenía razón. Mónica escribía sobre el amor. ¿Cómo iba a reconquistarla si probablemente ella habria leído mucho sobre el amor?

Capítulo 37

Mónica

Terminé de comer sola en la sala de descanso, como de costumbre. Me preguntaba si alguien más comería aquí, o si todos saldrían a comer fuera. Sabía que podían permitírselo. Yo también podía, pero la soledad de la sala de descanso me resultaba extrañamente reconfortante. Además, no había hecho amigos entre mis compañeros de trabajo. Mi trabajo como ayudante de Troy me dejaba poco tiempo para estar con alguien más y una pequeña parte de mí lo prefería así.

De todos modos, los demás probablemente tenían sus suposiciones sobre mí, basadas en la reputación de Troy, que resultaron ser ciertas, ya que me enamoré estúpidamente de él, al igual que todas los demás. Era una sensación curiosa que me metieran en la misma categoría que a sus anteriores empleadas e intentar fingir que yo era diferente de alguna manera. Desee tanto significar algo diferente para él, esto hizo que me sintiera tonta por ello.

Me sentí aún más tonta por haberme dejado convencer para que me quedara después de haber estado decidida a marcharme. La carta de dimisión estaba allí, sobre su mesa, y la guardé dócilmente

porque él me lo pidió. Me di cuenta de que probablemente haría cualquier cosa que me pidiera. Por muy dura que actuara, era débil para él.

Suspiré mientras cerraba la fiambrera y salía de la sala de descanso, mi único respiro de ver a Troy y de que mis sentimientos flotaran a mi alrededor como una bandada de mariposas. Volvía a fingir que él no me importaba cuando no podía estar más lejos de la verdad. Esperaba que si seguía ignorando mis sentimientos, con el tiempo se desvanecerian.

Después de verlo hoy y oírle suplicarme, supe que esos sentimientos estaban más vivos que nunca. Pero mi miedo era más fuerte. Estaba demasiado asustada para dejarle entrar en mi corazón de nuevo.

El resto de la semana, mi intento de renuncia no volvió a surgir. Era como si nunca me hubiera quedado despierta hasta las 4 de la mañana escribiendo la carta de renuncia, decidida a marcharme. Trabajamos codo con codo como lo habíamos hecho durante las últimas semanas, pero noté que había algo diferente en Troy. Algo más suave.

Estaba en la forma en que me miraba. No era la forma en que solía hacerlo, cuando sus ojos eran depredadores y hambrientos de devorarme por donde pudiera. Solía sentirme completamente desnuda a veces, su mirada me despertaba sensaciones que intentaba apagar antes de arder. Me miraba como si fuera de cristal, observando cuidadosamente mi rostro como si pudiera romperme. Casi no podía soportarlo porque a veces parecía tan triste.

A veces sentía el impulso de acercarme y coger su cara entre mis manos y preguntarle qué estaba pensando. Preguntarle qué sentía. Quería mejorar las cosas para él, fuera cual fuera la batalla interna a la que se enfrentara, ya fuera conmigo, con su padre o con su ex

mujer. Pero entonces recordé el mal que me había hecho. No una vez. Ni dos veces. Sino tres veces.

Al final de la semana, mis sentimientos estaban mezclados como si alguien los hubiera metido en una batidora y pulsado alta velocidad. Cada mirada suya, cada palabra pronunciada, me destrozaba.

El viernes por la tarde, mientras estábamos sentados en su despacho, le escuché ensayar su discurso para la conferencia de esa tarde. Practicaba algunas palabras nuevas que yo había introducido en su vocabulario, probándolas en su lengua. Sabía que quería impresionar a su padre, que asistiría a la conferencia, así que me ofrecí a ayudarle a escribir su discurso. Había llegado el día y notaba sus nervios.

"Lo harás muy bien", le dije tranquilizándolo.

"Me siento como un bebé tratando de caminar", dijo, poniendo los ojos en blanco.

"Bueno, nadie lo sabría".

"¿Qué haría yo sin ti?", preguntó negando con la cabeza.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta antes de recoger mis cosas.

"Probablemente deberíamos irnos", dije distraídamente, aunque sus palabras resonaban en mi cabeza.

Yo me preguntaba lo mismo. ¿Qué haría yo sin él?

Asintió y cogió su discurso del escritorio.

"Déjalo", le dije. "Parecerás más fuerte sin él. Ya te lo sabes de memoria".

Vaciló, como si dudara de sí mismo, antes de volver a dejar el papel. Con cualquier otra persona se mostraba tan seguro, como si estuviera en la cima del mundo. Cuando se trataba de su padre, volvía a parecer un niño, desesperado por obtener la aprobación del hombre que lo había criado. Me entristecía que pensara que no era lo bastante bueno.

Cogimos un taxi hasta Tribeca, donde se celebraba la conferencia en una azotea rodeada de ventanas cubiertas de nieve y con vistas al gélido río Hudson. El podio estaba situado en el extremo de la sala, con hileras de sillas alineadas hasta el fondo.

"Vaya", susurré.

"Y te preguntabas por qué estaba nervioso", me susurró.

"Troy", sonó una voz atronadora.

Vi al padre de Troy caminar a grandes zancadas hacia nosotros, noté que Troy se ponía inmediatamente más erguido. Más rígido. Era como si el poder de su padre irradiara a su alrededor, porque los ojos de todos lo seguían con admiración y una pizca de miedo.

"Padre", dijo Troy, asintiendo con la cabeza. "Recuerdas a mi ayudante, Mónica".

Su padre me miró sorprendido.

"Me sorprende que sigas aquí", dijo con una risita. "No suelen durar mucho".

"¿Oh?", dije con fingida sorpresa. "Es un trabajo estupendo. Lo disfruto mucho".

Noté que el brillo de sus ojos flaqueaba ligeramente, pero su sonrisa se mantuvo.

"¿Estás listo para tu discurso?", preguntó su padre, volviéndose hacia Troy, ya aburrido de mí.

"Sí", respondió Troy con una confianza de la que me sentí orgullosa.

"Bueno, buena suerte ahí arriba. La necesitarás. Tienes un duro acto que seguir". Su padre se señaló con el pulgar antes de alejarse.

"Es... agradable", dije.

Troy soltó una carcajada mientras nos sentábamos. La hora siguiente transcurrió lentamente, mientras empresarios de toda la Costa Este compartían sus consejos para maximizar los beneficios y reducir los riesgos en el mercado actual. Excepto el padre de Troy, cuyo discurso se centró más en sus propios elogios que en ayudar a los demás. Pero todo el mundo estaba tan cautivado por su éxito y por quién era que le dedicaron una gran ovación.

Cuando le llegó el turno a Troy, subió al podio con confianza y sus manos se aferraron ligeramente a la base de madera mientras observaba a la multitud. Pasó los dos minutos siguientes pronunciando su discurso de forma impecable y yo no podía decidir hacia dónde mirar. A él, que hablaba con elocuencia y estaba sexy con traje, o a su padre, que parecía estar escudriñando cada palabra

y tratando de encontrar un fallo que no existía. Al final del discurso de Troy, yo, junto con todos los demás, le dedicamos una ovación de pie y puede que más fuerte que la de su padre, para mi satisfacción.

Después, se abrió paso entre la multitud, aceptando palmaditas en la espalda, hasta que me encontró. Parecía emocionado, como un niño pequeño y por un momento pensé que me abrazaría. Pero en lugar de eso, me tendió la mano y me la estrechó ligeramente, haciendo que todo mi cuerpo se llenara de electricidad. Era la primera vez en semanas que nos tocábamos de verdad.

"Gracias", dijo.

Tragué saliva y asentí.

"Será mejor que me vaya a casa", dije mirando el reloj. Eran más de las cinco. "Si te parece bien".

"Claro. Sí, está bien", dijo, desinflado.

"Gran trabajo ahí arriba". Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta, sintiendo que podía salir flotando por las ventanas y bajar hasta el río helado en la distancia. No sabía si era mi orgullo por el discurso de Troy lo que me hacía sentir así, o la forma en que sus dedos acababan de encontrar los míos. Sólo sabía que tenía que salir de allí.

Mientras me dirigía a la puerta, dejando atrás a todos los hombres trajeados que hablaban de dinero, de negocios exitosos y de sus últimas aventuras con mujeres de la mitad de su edad, recordé lo fuera de lugar que estaba en este mundo. Un mundo de riqueza, escándalo y gente que nunca me aceptaría. El mundo de Troy. Me acordé de la gala y del lejano susurro de sus palabras.

Ella es sólo mi asistente personal.

Eso es todo lo que jamás sería. Recuérdalo, pensé, antes de volver a dejarme llevar por él.

Cogí un taxi de vuelta a mi apartamento de Queens, donde estaba segura de que ninguno de los hombres de aquella sala de conferencias se había acercado jamás. Aparte de Troy.

No lo vería en los próximos dos días y de repente lo eché de menos más de lo que me había permitido desde que puse fin a la relación entre nosotros. Mi apartamento de repente se sintió más frío. Más solitario. Suspiré mientras me cambiaba el traje de pantalón negro y me ponía una sudadera con capucha de gran tamaño. Mi uniforme habitual de fin de semana, cuando no optaba por el pijama. Saqué los menús del cajón de la cocina y me pregunté qué comida para llevar iba a pedir. Me decidí por Fu Yings. Otra vez. Pero pedí entrega a domicilio. No quería más encontronazos con Dean.

Mientras esperaba a que llegara la comida, decidí empezar a escribir un artículo de muestra para el periódico de Erica. Había accedido al menos a presentarme y ver qué pasaba y lo que necesitaba era escribir un artículo para que vieran una muestra de mi trabajo. Podría haber recurrido a una de mis novelas, pero decidí desafiarme a mí misma y escribir algo nuevo.

El cursor parpadeó lentamente en la página en blanco, provocándome. Empecé a escribir, sin saber todavía adónde iba, pero con la esperanza de que encontrara el camino. Al cabo de unos minutos, la historia empezó a tomar forma y mis dedos se movían más deprisa por las teclas. La terminé en un tiempo récord y podría haber seguido, pero el número de palabras me lo impidió. Era un cuento, no una novela, me recordé.

Lo releí y sentí un orgullo familiar. Lo había conseguido. También me di cuenta de hasta qué punto la historia se había inspirado en mi propia vida, como si mi relación con Troy se hubiera representado con bonitas palabras ante mí. Las leí por encima, viéndolo en el texto. Viéndonos a nosotros. Nos había dado un final feliz y eso hizo que me ardieran los ojos.

Todas las novelas que había escrito en el pasado nunca se basaban realmente en mí o en mis relaciones, porque había pocas. Supongo que escribía lo que quería, intentando llenar el vacío de mi vida con personajes inventados y sentimientos que anhelaba que existieran.

Entonces ese vacío fue llenado inesperadamente por Troy y todos esos sentimientos que había escrito en una existencia ficticia eran reales. El anhelo. La pasión. El drama. Todo había estado ahí y estaba escrito en una pequeña historia que me miraba desde la pantalla. Pulsé el botón de guardar y adjunté el documento a un correo electrónico enviado a Erica antes de volver a repasarlo con una mirada más escrutadora.

Cerré el portátil y miré al cielo salpicado de copos blancos de nieve. Me pregunté qué estaría haciendo Troy en ese momento y si alguna vez había imaginado un final feliz para nosotros. Si sólo yo encajaba en su mundo, tal vez podría suceder para nosotros, pero yo sabía que nunca lo haría. Lo sabía por la forma en que su padre me miraba. La forma en que Verónica se burlaba. La forma en que esa gente se había reído a mi costa. Tendríamos que encontrar nuestros propios finales felices. Y por mucho que me doliera, lo quería para él.

Capítulo 38

Troy

Mientras terminaba la conferencia, seguía pensando en Mónica y en cómo las cosas entre nosotros se sentían diferentes. Bien diferentes. A pesar de que ella había intentado dejarlo esta mañana, el día había dado un vuelco. Me miró de una forma que se parecía mucho a las miradas que me dejaban sin aire. No sólo hablamos con frases entrecortadas. Me ayudó a escribir un discurso que superó con creces al de mi padre y le puso dulcemente en su sitio cuando intentó derribarme. Significaba más de lo que ella creía.

Había tenido que hacer todo lo que estaba en mí para no abrazarla y celebrar la expresión que mi padre tenía en la cara después de pronunciar mi discurso. Opté por un incómodo apretón de manos y aún podía sentir el calor de su mano en la mía. Deseé que no se hubiera ido. Sabía que podía haberle pedido que se quedara. Era mi ayudante. No estaría fuera de lo normal. Pero no quise tentar a la suerte. Sonreí mientras frotaba suavemente las puntas de los dedos, intentando retener la sensación.

"¿Vienes?", dijo una voz, sacándome de mis pensamientos.

Levanté la vista y vi a Jeremy de pie junto a mí. La conferencia debía de haber terminado porque todos se habían levantado de sus asientos y se dirigían a las puertas. Ni siquiera me había dado cuenta. Me habría marchado en cuanto Mónica preguntó si podía irse y mi mente se marchó con ella.

"¿Eh?", pregunté.

"Un grupo vamos a salir a cenar y tomar unas copas. ¿Vienes o no?". Enarqué una ceja.

No me apetecía precisamente pasar la noche del viernes con Jeremy, pero sería mejor que estar solo, con mis pensamientos, sabiendo que no vería a Mónica en unos días. Los fines de semana que solía anhelar, en este momento los odiaba.

"Sí, claro", dije, levantándome de mi asiento.

Jeremy y yo nos dirigimos hacia las puertas, siguiendo por las escaleras a la manada de hombres de negocios con traje y corbata. Nos detuvimos en el guardarropa para coger nuestros abrigos y hacer frente a la nieve que caía fuera. Me encogí de hombros y seguí a Jeremy y a otros cuantos hasta la acera, donde esperaba una limusina. La miré, confuso.

"Tu padre también viene", dijo Jeremy con una sonrisa cómplice.

Joder. Una tarde a solas sonaba mejor que esto.

Jeremy abrió la puerta y se deslizó dentro de la limusina poco iluminada que ya estaba alineada con filas de trajes, mi padre en el centro. Seguí a Jeremy a la boca del lobo y cerré la puerta tras de mí.

"Vaya, vaya, vaya", retumbó la voz de mi padre. "Pero si es el hombre del momento".

"Hola, papá", dije, mientras encontraba un asiento vacío frente a él.

"Quién iba a decir que tenías palabras tan elocuentes en tu vocabulario. Quizá todo el dinero que invertimos en tu educación por fin está dando sus frutos".

Se oyeron algunas risitas en la limusina, todos deseosos de impresionar al hombre que les causaba admiración. Luché por no poner los ojos en blanco ante lo obvio que era su intento de adular a mi padre. Recordaba haber intentado hacer lo mismo años atrás, hasta que me di cuenta de que mi padre nunca se sentiría orgulloso de mí. Una lección difícil de aprender a una edad temprana. Una que se te queda grabada.

"Debe ser eso", dije, intentando no sonar sarcástico.

"¿Dónde está tu juguetito?", preguntó mi padre, mirando alrededor de la limusina.

"Mi asistente personal se fue a casa".

"Siempre encuentras las asistentes personales más sexys. Te lo juro. Las tetas de esa...", interrumpió un tipo, sacudiendo la cabeza como si reprodujera una imagen mental que debía de haber tomado de ella. Trabajaba para mi padre, pero no recordaba su nombre y no tenía ningún interés en saberlo después de cómo hablaba de Mónica. Como si fuera un trozo de carne. Me referiría mentalmente a él como Jerk durante el resto de la noche.

"Hay algo en ella", dijo Jeremy pensativo. "Me resulta tan familiar. He intentado averiguar dónde la había visto antes".

Mi estómago se hundió al recordar la noche en el bar cuando conocí a Mónica. Jeremy estaba allí. Nos había visto marcharnos juntos. Esperaba que hubiera bebido lo suficiente aquella noche para que su memoria se difuminara en mi favor. Si todo salía bien, no me delataría delante de mi padre.

"Bueno, hace tiempo que trabaja conmigo", dije encogiendome de hombros.

Jeremy no parecía del todo convencido, pero pasó del tema y entabló conversación con el imbécil que tenía al lado, que me hacía hervir ligeramente la sangre por cómo hablaba de Mónica. Esperaba que no volviera a salir el tema en lo que quedaba de noche.

Acabamos en Eleven Madison Park, donde mi padre nos consiguió una sala privada dándole a la anfitriona un par de cientos de dólares. Me aseguré de sentarme en el extremo opuesto de la mesa, lejos de él y de Jeremy, tratando de entablar conversaciones triviales sobre cosas que me interesaban poco con los demás a mi alrededor.

Mientras sorbía mi Old Fashioned, que era mi única salvación en esta situación de mierda a la que no sabía por qué había accedido, miré alrededor de la sala. Las voces de todos zumbaban sobre el trabajo y empezaron a confundirse para parecer clones descerebrados que se reían demasiado con los chistes de mi padre y estaban pendientes de cada una de sus palabras, como si su éxito les fuera a contagiar de alguna manera.

Mi teléfono sonó en el bolsillo y el corazón me dio un vuelco, pensando que tal vez era Mónica. Lo saqué del bolsillo y fruncí

ligeramente el ceño. No era ella. Claro que no. Era Erica: *¿Alguna idea?*

Yo: *¿Sobre qué?*

Erica: *Sobre cómo recuperar a Mónica.*

Yo: *No. Y en este momento estoy atrapado en esta aburrida cena con papá y su leal clan de aduladores.*

Erica:*Vaya.*

Yo:*Lo sé. ¿Se te ha ocurrido algo?*

Erica: *No, pero quizá Mónica tenga alguna idea.*

Yo: *¿Qué?*

Estaba confundido por lo que ella quería decir.

Erica: *Es una escritora romántica. Lee uno de sus libros. Quizá te inspire. Puedes ver cómo es su versión de una relación.*

Por supuesto. Me pregunté por qué no había pensado en eso. De repente me sentí culpable por no haber leído nunca un libro de Mónica. Siempre que hablábamos de lo que escribía, no quería hablar de ello. Nunca la presioné al respecto. Había cosas en las que yo tampoco quería entrar. Los dos teníamos nuestras cosas.

Yo: *Eres un genio.*

Erica: *Lo sé.*

Yo: *Mañana iré a la librería. Gracias, hermanita.*

Erica: *Haz una foto ya que estás allí.*

Yo: *¿Por qué?*

Erica: *Porque no te imagino en una librería.*

Yo: *Ja, ja. Adiós.*

Erica: *Buena suerte, hermano.*

Sonreí y miré el móvil antes de volver a meterlo en el bolsillo de la chaqueta. Me sentía un poco menos desesperanzado de lo que me había sentido en mucho tiempo. Quizá había una posibilidad de recuperar a Mónica, y ella, sin querer, me enseñaría exactamente cómo hacerlo.

"¿De qué te ríes?", preguntó el imbécil que se sentaba frente a mí. "Ooooh, ¿te ha mandado esa asistente personal un mensaje travieso?".

Mi sonrisa desapareció rápidamente de mi cara.

"¿Qué?", preguntó inocentemente. "No actúes como si no te hubieras follado a todas las asistentes que han pasado por tu oficina. Quizá podrías mandármela cuando hayas terminado con ella".

Sentí que mi cara empezaba a arder con una ira que empezaba en la boca del estómago. Quería cruzar la mesa y agarrarle por el cuello, pero sabía que no podía montar una escena. No delante de mi

padre. Me incliné hacia delante como si fuera a contarle un secreto y él también se inclinó con impaciencia.

"Si vuelves a hablar así de ella, te meteré el puño en la cara hasta el punto de que no veas bien", susurré.

Se echó hacia atrás, con el rostro sombrío y blanco al desvanecerse el color. Se quedó callado el resto de la noche. Jeremy también. No volvió a mencionar a Mónica ni de dónde la conocía. Lo único que tuve que soportar fueron los comentarios sarcásticos de mi padre, que todavía no se había recuperado de cómo le dejé en evidencia en la conferencia. Se lo debía a Monica.

A la mañana siguiente, me levanté e inmediatamente me dirigí a la librería, sin molestarme en desayunar ni en tomar café. Estaba demasiado ansioso por saber más de Mónica a través de las páginas de sus libros. Dentro de la librería, pedí a una de las dependientas que me indicara la sección de libros románticos. Parecía un poco divertida mientras me guiaba a mi destino. Le di las gracias y empecé a buscar en las estanterías el nombre de Mónica.

Mi dedo se detuvo en Durrall y siguió avanzando por una hilera de libros con lomos de colores pastel, todos con su nombre. Mis ojos se abrieron ligeramente al darme cuenta de cuántos libros tenía. Era de verdad. Una autora consagrada. Me pregunté por qué trabajaba para mí cuando se había labrado su propio éxito. Cogí un ejemplar de cada uno de sus libros y formé una pila en el hueco de mi brazo. Equilibré los libros mientras caminaba hacia la caja registradora y pagaba a la misma dependienta que antes me había hecho tanta gracia.

"¿Eres un gran fan?", me preguntó, enarcando una ceja mientras escaneaba cada libro.

"Se podría decir que sí", respondí.

"Sabes... no todos los días ves a un tío comprar prácticamente toda la sección romántica".

"¿Qué puedo decir? Me encanta el amor". Me encogí de hombros.

Se rió suavemente mientras recogía mis libros y me entregaba la pesada bolsa de papel.

"Disfruta, Romeo", me dijo.

Pasé los dos días siguientes en mi sofá, tomando café y leyendo su último libro mientras la ciudad se volvía blanca por la nieve. No recordaba la última vez que había leído un libro y desde luego no era una novela romántica. Pero cuanto más leía, más me daba cuenta de que Monica era una escritora increíble. Erica había acertado con ella. Sus palabras fluían de la página sin esfuerzo mientras construía la historia de dos personas y las pasiones y complejidades de su relación. Sentí como si la conociera de una forma nueva. Como si me estuviera acercando a ella con cada palabra que leía.

Mientras leía, me preguntaba si esas historias que se inventaba en su cabeza eran lo que ella anhelaba para su propia vida. No me permitía creer que estuvieran inspiradas en sus propias relaciones, porque los celos se apoderaban de mí. Sobre todo en las partes en las que hablaba de sexo. Me sorprendieron algunas escenas subidas de tono de su novela. No sabía que la lectura podía excitarme, pero me excitaba saber que su mente funcionaba así. Imaginé que éramos nosotros mientras leía sus sucias palabras en la página.

Ciertamente, había algunas escenas que me gustaría recrear con ella. Presté especial atención a cómo representaba al hombre

seduciendo a la protagonista femenina. Me preguntaba si eso era lo que ella quería. Si era así como quería ser seducida. Releí esas páginas varias veces y tomé algunas notas mentales.

El domingo por la noche ya había terminado su novela. Nunca había leído un libro tan rápido, pero me gustó tanto que apenas podía dejarlo. Lo único que me desconcertó fue el final. La pareja no acababa junta. Me imaginaba que la mayoría de las novelas románticas tenían finales felices, pero me gustó lo inesperado. Fue diferente. Aunque no era el final que yo quería para nosotros.

A pesar de que la novela no tenía un final feliz, yo estaba decidido a tener el mío. El nuestro. Un plan comenzó a formarse en mi cabeza. Sólo esperaba que funcionara.

Capítulo 39

Mónica

"No puedo creer que esa mujer horrible estuviera en su casa", dijo Corazón mientras daba un sorbo a su café con leche de vainilla y hacía rebotar a Bridgette en su rodilla.

Estábamos en la cafetería donde yo solía recoger el café de Troy cada mañana. Había quedado conmigo el lunes temprano antes del trabajo para ponernos al día. Lo necesitaba después de un fin de semana de agitación emocional por mis sentimientos hacia Troy. Quizá debería haberlo dejado cuando tuve intención de hacerlo. Entonces el contacto en la conferencia nunca habría ocurrido y mis sentimientos no se habrían vuelto aún más confusos.

"Todavía estoy tratando de olvidarlo...". Murmuré mientras un flash del cuerpo perfecto de Verónica aparecía en mi cerebro.

"¿Le crees? Sobre ella siendo... ya sabes...", Corazón hizo girar el dedo junto a la oreja.

Dudé antes de soltar un largo suspiro. De alguna manera le creí cuando dijo que Verónica le estaba acosando. Que había algo raro

en ella.Yo sabía que probablemente parecía estúpida por pensar en ello. Pero no podía evitarlo. Parecía tan alterada.

Aún así, no podía encontrar una explicación de por qué ella estaba en su apartamento en primer lugar. Parecía que tenían asuntos pendientes. Odiaba que me hubiera metido en su vida cuando ella aún estaba presente.

"No lo sé. Probablemente no debería, pero después de lo que pase con mi propio acosador...".

Corazón asintió comprensiva. "Ya sabes cómo es. Si está diciendo la verdad, me siento mal por el tipo".

"Creo que sí", dije suavemente.

"Pobre Troy. Pobre de ti".

"Intenté dejarlo, ¿sabes?".

"¿En serio?", preguntó Corazón sorprendida.

"Mhmm. El viernes por la mañana. Tenía mi carta de renuncia y todo".

"¿Qué pasó?".

"No pude seguir adelante". Suspiré. "Deberías haberlo visto. Estaba desesperado por que me quedara. Dijo que no podía hacer nada sin mí".

"¿Trabajo o vida?". Corazón levantó una ceja interrogante.

"No sé... las dos cosas quizá. Parecía tan triste que no pude seguir adelante". Me dio mucha pena ver sus ojos verdes suplicándome. "Creo que yo tampoco estoy preparada para dejarle marchar todavía".

Corazón se recostó en la cabina y me miró.

"Uf. Chica. No te envidio. Cuando Daniel te recomendó para este trabajo, no tenía ni idea de que se convertiría en todo esto". Agitó la mano en un movimiento circular, mientras Bridgette soltaba una risita tratando de atraparla. Le sonreí cálidamente. Sólo ella podía animarme.

"No salgas nunca con un multimillonario, ¿vale?". Me incliné hacia Bridgette y le acaricié la mejilla sonrosada.

"Bi-lli", balbuceó. "Bi-lli".

"Oye, papá no está tan mal", dijo Corazón riendo.

Sonreí. Daniel había dado un vuelco a la situación, después de que él y Corazón tuvieran un comienzo difícil. Era difícil no tener esperanzas en Troy y en mí, aunque dudaba que un rayo cayera dos veces. Eran una rara excepción. Gracias a Dios, porque entonces no tendría a Bridgette en mi vida. Le di un suave beso en la mejilla antes de mirar la hora.

"Probablemente debería irme", dije con pesar, sabiendo a lo que pronto tendría que enfrentarme. Otro día con Troy, fingiendo que no era lo único en lo que pensaba.

Corazón dio el último sorbo a su café con leche y empezó a recoger sus cosas.

"Yo también. Tengo que estar en el trabajo en treinta minutos. La niñera ha quedado conmigo allí para recoger a esta preciosidad". Acarició suavemente los rizos oscuros de Bridgette.

"Gracias por venir cuando te necesito".

"Siempre. Se inclinó hacia mí y me abrazó mientras apoyaba a Bridgette en la cadera. "Buena suerte hoy".

Me despedí de ellas con la mano y me acerqué al mostrador para pedir la bebida de Troy. Había una ligera pausa en el frente frío, así que opté por su Americano helado original y me dirigí a su despacho.

Después de dejar su café en su mesa, me acerqué a la mía y me detuve en seco al ver un paquete envuelto en un bonito envoltorio sobre mi silla. Levanté la barbilla sorprendida. Troy no me había hecho ningún regalo desde que me invitó a la gala. Miré a mi alrededor y me pregunté dónde estaría. ¿Habría venido antes para dejarme esto?

Cogí con cuidado la caja blanca perfectamente envuelta y atada con una cinta roja de raso. La coloqué sobre mi escritorio y me senté en la silla donde había estado. Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie me estaba mirando, especialmente Kathy, pero no la vi. Desaté la cinta con impaciencia, preguntándome qué había dentro.

Levanté la tapa de la caja y encontré un pequeño jarrón lleno de flores. Flores muertas. Pétalos marchitos y crujientes que antes eran de un rojo vibrante, en este momento eran de tonos negros y marrones. Sacudí la cabeza confundida. Quizá las flores habían llegado tarde y por eso estaban muertas. No había agua en el jarrón. Quizá se había derramado en el camino.

Entonces vi una pequeña tarjeta blanca en el fondo de la caja. La cogí y la desdoblé.

Tu vida amorosa ha muerto.

Jadeé suavemente y dejé caer la tarjeta. Cayó flotando al suelo. Empujé la caja y el malestar me invadió, mareándome. Sentí que la habitación daba vueltas. Cerré los ojos y respiré hondo.

Estas flores no llegaban tarde. Las habían entregado muertas a propósito. Pero, ¿por qué? ¿Por quién? Esto no parecía un regalo que Troy me haría. Sólo podía pensar en una persona que haría algo así. Mi acosador debe haber vuelto. Miré a mi alrededor como si pudiera estar en la oficina en ese momento. Debe saber de Troy y de mí para enviar estas rosas muertas. Me estremecí al pensarlo. ¿Habría puesto a Troy en peligro sin querer?

Me pregunté si debería habérselo contado. Si debería haberme abierto más. Pero estaba tan concentrada en protegerme e intentar no perderme en él. No quería complicar las cosas con el lío de mi vida cuando había muchas posibilidades de que él no estuviera siempre en ella.

La voz de Troy llegó desde el fondo del pasillo. Cogí rápidamente la tarjeta y la metí en la caja, cerrándola bien con la tapa. Luego la empujé fuera de mi escritorio y dentro del cubo de la basura, oyendo el estallido del cristal al impactar. Hice una mueca al oírlo. Tendría que resolverlo más tarde. Intenté no dejar que mis pensamientos se desbocaran mientras oía sus pasos acercarse.

Cuando Troy apareció, estaba más guapo que nunca con uno de sus trajes favoritos. Me quedé sin aliento cuando me dedicó una amplia sonrisa, con sus ojos verdes bailando. Estaba de buen humor esta

mañana y el mero hecho de mirarlo me ayudaba a aliviar un poco los nervios. Le devolví una débil sonrisa.

"Buenos días", dijo alegremente.

Sus ojos no buscaron en mi escritorio ningún rastro de un paquete o un jarrón de flores muertas. No era él. Casi deseé que lo fuera, sólo porque significaba que mi acosador no había vuelto.

"Buenos días", dije en voz baja. La palabra parecía estrangulada.

Entró en su despacho y se acomodó detrás de su escritorio, tomando un sorbo de café y dedicándole su habitual sonrisa de aprobación. Lo observé un momento más, tratando de encontrar alguna pista para saber si él estaba detrás de tan extraño regalo. No tenía sentido. No después del viernes, cuando las cosas se sintieron eléctricas entre nosotros por un atisbo de unos segundos. Incluso cuando las cosas iban mal, no podía imaginarme que fuera tan cruel.

Cuando me invitó a su despacho unos minutos más tarde, me temblaron las piernas al acercarme. Estaba junto a la puerta esperando y la cerró tras de mí cuando entré. Tragué saliva por la intimidad que nos rodeaba. No habíamos estado aquí solos con la puerta cerrada desde que nos tocábamos. Me sorprendí cuando cerró la puerta tras de sí. Me pregunté si iba a confesar lo de la entrega. Si me daría alguna explicación.

Se apartó de la puerta y se giró hacia mí, quedando cara a cara. Sus ojos eran diferentes a los de la primera vez que llegó. El baile había sido sustituido por una intención hambrienta que me chupaba el aire. Me eché hacia atrás, busqué la puerta y me apoyé en ella mientras esperaba lo que venía a continuación. No sabía qué era, pero sentía como si algo se abriera dentro de mí.

"Me engañaste, ¿sabes?", dijo bruscamente.

"¿Ah?", dije.

Levantó una mano para hacerme callar e inmediatamente cerré la boca, con los labios apretados.

"Me engañaste haciéndome creer que esto era sólo sexo". Señaló entre nosotros. "Que sólo lo hacías porque te gustaba cómo sabía cuando tus labios me rodeaban, tragándose mi éxtasis. Porque te gustaba cómo temblaba dentro de ti. Porque te gustaba cómo mis gemidos rozaban tus oídos".

Lo miré, confusa. Me sonaba, pero sentí que mi cerebro no funcionaba cuando dio un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba. Juro que pensé que se me doblarían las rodillas en ese mismo instante. Podía oler su colonia, filtrándose en mí como un recuerdo que ansiaba. No podía apartar los ojos de los suyos.

"Y me permití creer que era sólo eso. Que sólo te encontraba fascinante por la forma en que te sentías alrededor de mis dedos cuando se movían dentro de ti. Por la forma en que te movías lentamente mientras me deslizaba dentro de ti. Por la forma en que gritabas mi nombre".

Sentí un anhelo entre las piernas ante la aspereza de su voz y el suave movimiento con el que colocó sus manos a ambos lados de mí, sobre la puerta. Todo lo que había anhelado durante tanto tiempo estaba aquí. Su aliento estaba en mi cara y luché por evitar que mi boca encontrara la suya, deseando saborearlo mientras seguía hablando. Se inclinó hacia mí y sus labios rozaron mi oreja.

"Pero no fue sólo sexo", susurró. Las palabras vibraron en mi columna vertebral y mi espalda se arqueó en un reflejo lleno de placer. "Fueron los sentimientos que despertaste en mi interior cuando pensaba que ni siquiera el infierno podría descongelarlos...".

Eché la cabeza hacia atrás, como si saliera de un trance. Las palabras que me decía eran mías. Eran mis palabras en sus labios. Eran para un personaje que yo había escrito en el libro que probablemente había arruinado mi carrera. ¿Por qué Troy me estaba recitando esto? ¿Era algún tipo de juego enfermizo?

"¿Por qué me haces esto?", susurré, con los ojos empezando a arder.

"¿Qué?", balbuceó, apartando su cara de la mía.

Le aparté de un empujón y sacudí la cabeza, enfadada conmigo misma por haberme perdido en él. Enfadada con él por el juego que estaba jugando. Quizá las flores eran suyas. Tal vez él y Verónica estaban juntos en todo. Tal vez esto era algo que los multimillonarios hacían por diversión.

"Mónica...". Me miró, sus ojos se ablandaron con confusión mientras buscaba mi cara.

Dio otro paso hacia mí, tendiendome la mano. Busqué la cerradura por detrás y la giré. La abrí rápidamente y salí antes de que pudiera volver a tocarme.

"Me tomo el día libre", dije mientras cogía el bolso y caminaba por el pasillo hacia los ascensores. No sabía cómo me funcionaban las piernas.

Capítulo 40

Troy

Me quedé mirando la puerta por la que Monica acababa de salir y me pasé la mano por el pelo, frustrado. ¿Qué demonios acababa de pasar? Cuando había ideado un plan para reconquistarla, no esperaba que saliera así.

Se me ocurrió el plan anoche, después de terminar su novela. Pensé que como había algunas similitudes entre la relación del libro y la nuestra, era algo perfecto. Ambos perdidos en la pasión de la intimidad, pero manteniéndola en secreto. Era como si lo hubiera escrito para nosotros. Aunque la pareja no acabó junta, quería que Monica y yo tuviéramos un final diferente.

Así que memoricé el texto que ella escribió en el libro. En el que intenta reconquistarla. Pensé que si se lo recitaba, entendería que era sincero al intentar conocerla. Su vida. Su trabajo. Quería saberlo todo.

También quería ver si el estilo de seducción sobre el que escribió funcionaría con ella. Por un momento, pensé que podría. Estaba tan cerca. Casi podía saborearla y sus ojos caramelo se clavaron en los

míos mientras nuestras respiraciones se sincronizaban. Había soñado con ese momento durante semanas. Pero el momento había terminado, ella me empujo, se marchó corriendo solo queria alejarse de mí lo más rápido posible.

Me senté en el escritorio y emití un largo suspiro mientras apoyaba la cabeza en las manos. Volví a repasar el discurso, susurrándolo para mis adentros. Me preguntaba en qué me había equivocado. Parecía tan disgustada. No podía soportar la idea de haberle provocado más lágrimas, no sabía por qué me estaba martirizando a mi mismo.

Tenía que hablar con ella, pero primero tenía que hablar con mi hermana. Tal vez ella pudiera darme alguna idea de lo que había hecho mal. Al fin y al cabo, fue una idea genial y fue suya. Cogí el teléfono y marqué el número de Erica.

"¿Diga?", contestó grogui al tercer timbrazo.

"¿Estás dormida?", pregunté sorprendido, mirando el reloj. Eran casi las diez.

"Es mi día libre".

"Es lunes".

"Sí, bueno, las impresoras no funcionan otra vez. Trabajamos desde casa". Bostezó.

"¿Puedo ir?". Le pregunté.

"Sólo si me traes café".

Puse los ojos en blanco.

"Vale".

"Café con leche de vainilla. Espolvoreado con canela".

"Sí, sí. Sí, sí. Estaré allí pronto".

Aplacé mis reuniones matutinas yo mismo, ya que Mónica se había ido. No me importaba lo que dijera Kathy y me escabullí antes de que pudiera sermonearme. Como si fuera mi jefa. Pasé por la cafetería de camino al apartamento de Erica. Durante el trayecto de veinte minutos en taxi, repasé el momento con Mónica que había salido mal. Quería asegurarme de que lo había entendido bien cuando se lo explicara a Erica. Esperaba que pudiera darme una visión femenina.

Erica me abrió en el edificio de ladrillo de tres plantas y yo subí por las escaleras, ya que no había ascensor. Nuestros lugares eran muy diferentes. Nunca adivinarías que era la hija de Bryce Gunner, en realidad no le gustaba anunciarlo. Siempre estaba dispuesta a labrarse su propio camino, probablemente sólo para cabrearlo a él y a sus maneras misóginas.

Llamé a su puerta y escuché el lento arrastrar de pasos en el interior. Abrió la puerta con un gran edredón que la envolvía como a un esquimal, con sueño aún en los ojos.

"No tenías que disfrazarte para mí", dije con sarcasmo.

Puso los ojos en blanco y me tendió la mano. “Dame”.

Le di el café con leche y bebió un largo sorbo.

"Gracias", dijo, indicándome con la cabeza que la siguiera al sofá.

"¿Qué pasa?", preguntó, ladeando la cabeza en el edredón.

"Tu plan fracasó", murmuré.

"¿Cómo dices?".

"Me pasé todo el fin de semana leyendo uno de los libros de Mónica. Es fantástica, por cierto".

"Duh", dijo Erica con suficiencia.

"Memoricé uno de los discursos del libro y cuando lo recité hoy, se escapó".

"Hmm...". Erica se quedó pensativa. "¿Qué libro era?".

"El más reciente. Losing You. Algo así".

Erica empezó a teclear en su teléfono y sus ojos recorrieron la pantalla.

"Uh-oh", dijo.

"¿Qué?". Me senté más erguido.

Empezó a leer en la pantalla.

"Losing You lost me. El peor libro que ha escrito Durrall. Nunca debí leer este libro. Lee esto si quieres deprimirte".

Miré a Erica, confuso.

"Son críticas del libro, Troy", dijo Erica con seriedad, antes de que sus ojos volvieran a la pantalla de su teléfono. "Y estas son las buenas, si te lo puedes creer".

Gemí mientras deslizaba las manos por mis mejillas. Había elegido su libro con peores críticas y se lo había recitado. Me sentí como un completo idiota. Ese libro era probablemente la razón por la que ya no escribía y yo acababa de restregar su fracaso por la cara.

"No lo sabías", dijo Erica, poniéndome la mano en la espalda.

"De todos los libros, ése fue el que elegí leer primero".

"¿Por qué empezaste por ese? Se supone que debes empezar por el primer libro de un autor".

"Pensé que era su descripción más reciente del amor. Quería hacerlo bien, como mujer y autora que es".

"Tiene sentido", reflexionó Erica. "¿Y ahora qué?".

"Tengo que ir a disculparme. Tengo que arreglar las cosas". Me levanté del sofá y me alise la chaqueta gris marengo. Hoy me he puesto este traje porque sabía que era el favorito de Mónica. Siempre me hacía cumplidos cuando me lo ponía.

"Buena suerte", dijo Erica mientras se levantaba y me abrazaba. "Os apoyo a los dos".

Le dediqué una débil sonrisa y salí por la puerta. En el trayecto en taxi hasta el apartamento de Mónica, empecé a preparar otro discurso. No uno que hubiera memorizado de un libro, sino el mío propio. Era hora de decirle lo que sentía. Sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Cuando el taxi llegó a su edificio, vi que alguien salía de él. Rápidamente le di al taxista un fajo de billetes y corrí a sostener la puerta. Subí las escaleras y respiré hondo antes de llamar. Pude oír pasos silenciosos al otro lado de la puerta y luego silencio, como si ella estuviera justo al otro lado.

"Mónica", dije suavemente a través de la puerta. "Soy yo. Por favor, déjame entrar".

Hubo una pausa y luego oí que las cerraduras de su puerta empezaban a chasquear. Exhalé un suspiro de alivio cuando la puerta se abrió y ella se plantó ante mí.

Antes de que pudiera decir nada, solté: "Lo siento mucho, Mónica".

"¿Por las flores o por tu discurso?", preguntó cruzándose de brazos.

"¿Por las flores? ¿Qué flores?", pregunté, confuso. No tenía ni idea de qué estaba hablando ni de por qué alguien se disculparía por unas flores.

Me miró a la cara un momento antes de morderse el interior de la mejilla. Se quedó pensativa antes de sacudir la cabeza. “No importa”.

Quería preguntarle a qué se refería con lo de las flores, pero no quería perder el hilo. No quería tantear las palabras que se me

habían ocurrido en el camino.

"No tenía ni idea del libro. Lo elegí porque de todas las contraportadas que leí, la historia sonaba más a nosotros. Y sí, he comprado todos tus libros. Pienso leerlos todos porque creo que eres jodidamente brillante. Y quiero conocerte".

"Troy...", dijo suavemente, sus ojos vidriosos se cruzaron con los míos, vi una lágrima cayendo por su mejilla.

"Por favor, déjame terminar. No me importa lo que digan de ese libro. Era condenadamente bueno. Me pasé todo el fin de semana leyéndolo. Nos vi en cada página. Te vi a ti. Fuerte y hermosa y sexy e inteligente. Pero no quiero el final que les diste, por inteligente que fuera. Quiero nuestro propio final. Quiero ser el hombre con el que sueñas. El hombre que te inspire a escribir de nuevo".

Empezó a llorar con más fuerza, y yo di un paso adelante, cogiéndola en brazos y estrechándola contra mi pecho. Dios, la había echado de menos. La respiré mientras permanecíamos en silencio, rodeándola con mis brazos en la puerta de su apartamento.

Al cabo de un momento, levantó la mejilla húmeda de mi pecho y me miró.

"Ha sido un gran discurso", susurró.

Me reí por lo bajo antes de inclinarme para besar sus labios con los que había estado soñando. Todavía estaban salados por sus lágrimas. Me rodeó el cuello con las manos y tiró de mí hacia su apartamento. Cerré la puerta de una patada y me llevó hasta su sofá. Nos dejamos caer en él y ella soltó un gritito que me hizo reír suavemente cerca de su boca.

Me acerqué a ella mientras me miraba, con sus ojos hermosos y sin tristeza. Le acomodé un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja y la abracé. Me quedé un momento memorizando su rostro. Nunca volvería a dar esto por sentado. No podía perderla.

"¿Qué pasa?", preguntó, acercándose y poniéndome la mano en la mejilla.

"Sólo tú".

Sonrió antes de meter el labio inferior entre los dientes. Mis ojos se posaron en su boca. Sabía lo que hacía. Me incliné y rocé su labio con los dientes antes de tirar suavemente de él hasta que se soltó. Soltó un gemido silencioso cuando mi lengua recorrió sus labios entreabiertos, buscando una invitación. Ella accedió y yo me deslicé dentro de su boca, saboreándola. Soltó un gemido silencioso.

Sentí que ese gemido me recorría como un líquido caliente y se detenía entre mis piernas, despertándome. Debió de notarlo porque se apartó y me miró con tal intensidad que me entraron ganas de arrancarle la ropa allí mismo. Me atrajo hacia sí para darme otro beso, su boca y su lengua moviéndose con una intensidad apasionada, sus manos en mi pelo, tirando de él con desesperación.

Mientras me mantenía encima de ella con una mano, enterrada en el mullido sofá, la otra se movía hacia abajo, tirando de la cintura de su falda. Levantó las caderas y me ayudó a quitársela, así como el tanga de encaje. Sus manos buscaron el cierre de mis pantalones, sin que nuestras bocas se separaran. Desabrochó rápidamente la cremallera y me los bajó, mientras mi polla se desparramaba contra ella. Los dos queríamos esto ya. No había tiempo para nada más.

De mala gana, me aparté de su beso para poder ver su cara mientras me deslizaba dentro de ella. Se mordió el labio, expectante,

mientras yo bajaba y me colocaba encima de ella. Sus ojos no se apartaron de los míos mientras la penetraba y un jadeo escapó de su boca. Sentí que me envolvía con su calor. Estaba en éxtasis total mientras palpitaba dentro de ella. Sus manos arañaron mi chaqueta, que todavía la llevaba puesta, mientras empujaba dentro de ella hasta el final. Dejé escapar un profundo gemido al sentir su pulso a mi alrededor.

Permanecimos tumbados unos segundos, deleitándonos con la sensación del otro.

"Más", susurró con la garganta erizando el vello de mi nuca.

Y yo la complací, penetrándola una y otra vez, sin querer que terminara nunca.

Capítulo 49

Mónica

Tumbada en la cama, con la cabeza apoyada en el pecho de Troy, escuchando el subir y bajar de su respiración, no podía creerme que aquello fuera real. Que estuviera aquí, en mi apartamento, después de otra sesión de sexo. Miré el reloj de la mesilla. Eran casi las tres de la tarde. Parecía que los dos nos íbamos a tomar un día libre.

Levanté la cabeza de su pecho desnudo, inhalando su colonia, y lo miré, apoyándome en el codo. Troy abrió los ojos somnoliento y miró los míos antes de que rozaran el borde de la sábana que me envolvía holgadamente.

"¿En qué estás pensando?", susurré.

Acercó la mano y rozó el fino material con las yemas de los dedos, haciendo que mis pezones se erizaran al contacto. Mi espalda se arqueó ante la sensación.

"Estoy pensando en lo mucho que he echado de menos esto". Me acercó más a él, de modo que mis pechos quedaron al descubierto

contra su pecho moreno.

“¿No has tenido bastante?”. Solté una risita.

"Nunca. Nunca será suficiente", dijo.

Me mordí el labio a propósito.

"Sobre todo cuando haces eso".

Me mordió los labios y solté un chillido antes de besarle. Cuando me separé, me miraba fijamente.

“¿Qué pasa?”, pregunté con un poco de nerviosismo. Nunca me había mirado así.

Frunció las cejas y me cogió la cara. "Me estoy enamorando de ti".

Respiré hondo. No era lo que esperaba oír, aunque había admitido que esperaba que esas palabras salieran de su boca.

"Lo he estado desde hace tiempo. Puede que incluso desde que te vi por primera vez en aquel bar. Eras la mujer más hermosa que había visto nunca. Recuerdo exactamente lo que llevabas puesto. Ese vestido verde de jersey que te abrazaba como un maldito guante. Recuerdo cómo tu pelo estaba recogido hacia atrás para revelar tu hermoso rostro. Todos los hombres de la sala no podían evitar mirarte cuando pasabas junto a ellos. Sin conocerte, me sentía irracionalmente celoso de que tuvieran la oportunidad de mirarte. No sabía qué me había pasado, pero tenía que tenerte".

Sus palabras cayeron como pétalos de rosa en mis oídos. No podría haberlo escrito mejor si estuviera en uno de mis libros.

"¿Estás seguro de que no eres el escritor?", le pregunté. "Porque... vaya".

Se rió suavemente mientras me atraía para darme otro beso. Cuando me separé, le susurré: "Yo también estoy enamorada de ti, Troy. Dijiste que querías ser el hombre con el que soñaba. Como uno de mis libros. Pero ya eres todo eso y más. Mis historias nunca son perfectas. Son desordenadas y caóticas, como la vida, pero siempre hay amor. Y yo te quiero a ti".

Nos miramos fijamente en un cómodo silencio, empapándonos mutuamente de nuestras palabras, antes de que él se pusiera encima de mí y volviera a hacerme el amor. Esta vez, suave y dulcemente.

El sol empezaba a ponerse mientras yacíamos enredados en mi cama. Era tan extraño tenerlo en mi apartamento. Nunca había estado aquí, aparte de cuando vino a buscarme después de la desastrosa gala con Verónica. Me gustaba tenerlo allí. Pensé que me sentiría avergonzada, por eso nunca lo había invitado en el pasado. Un multimillonario en Queens. Qué yuxtaposición. Pero encajaba bien en mi acogedor apartamento. Encajaba bien en mi vida. En mí.

Mi estómago gruñó ligeramente. Me di cuenta de que nos habíamos saltado la comida y nos acercábamos a la cena mientras los tonos rosados de la puesta de sol fluían a través de las ventanas de mi pequeño apartamento, proyectando cuadros de colores sobre la madera dura.

Troy me puso la mano en el estómago. "Vamos a comer algo", dijo. "Me has agotado".

"¿Yo?", pregunté, levantando una ceja.

"No te preocupes, me gusta. Y planea más después de cenar".

Tragué saliva al sentir cómo su voz me recorría la espalda. No sólo podía esperar que siguiera follándome, sino que pensaba quedarse. La idea me hizo sonreír.

Le di un beso rápido antes de levantarme de la cama. Sentí sus ojos clavados en mí mientras caminaba desnuda hacia el armario. Me puse unos pantalones y una sudadera con capucha.

"Sólo tú puedes hacer que un chándal parezca sexy", me dijo con la cabeza apoyada en el codo.

"Abajo, chico".

Se rió mientras rodaba fuera de la cama y empezaba a ponerse la ropa. Me tocaba mirar. Cuando estuvo vestido, salimos a la cocina. Abrí el cajón con todos mis menús para llevar y me subí a la encimera.

"¿Qué te apetece?", pregunté, mostrando los menús como una mano de cartas.

Se rió y estudió cada uno de ellos. "¿Tailandés?", preguntó, arrancándome un menú de las manos.

"Buena elección".

Marqué el número del menú y pedí pad thai, gambas al curry de coco, pollo al limón y verduras al vapor. Cuando colgué, Troy me

rodeó con sus brazos.

"Y te quiero de postre", me dijo.

Le negué con la cabeza. "Eres implacable".

"No puedo evitarlo". Se encogió de hombros.

"Conozco la sensación".

Me levantó de la encimera y me llevó al sofá. Teníamos unos cuarenta y cinco minutos hasta que llegara la comida, así que abrimos una botella de vino y encendimos la televisión. Me senté con su brazo alrededor de mí mientras bebíamos vino blanco a sorbos y nos reíamos de cualquier estúpido programa que estuvieran echando. Era un reality show de citas en el que su ex mujer sería la villana perfecta. Estuve a punto de decírselo, pero no quise mencionarla.

Mientras nos reíamos juntos en el sofá, me pareció que llevábamos años viviendo. Me sentía tan cómoda con él y las cosas se sentían como en las Bahamas. En las Bahamas fue cuando realmente vi a Troy tal y como era, tan poco serio y encantador. Antes de eso, yo estaba perdida en el sexo apasionado y a escondidas. Y después de eso, las cosas fueron cuesta abajo.

"Echaba de menos esto", dije, acurrucándome en su hombro.

"Yo también", dijo él.

Llamaron a la puerta. Por una vez, no sentí que el estómago se me subiera a la garganta preguntándome quién sería. Me sentía segura con Troy aquí.

"Ya voy yo", dijo dirigiéndose a la puerta. Pagó al repartidor y llevó las bolsas a la mesa de café. Cogí algunos platos de la cocina y rellené nuestras copas de vino. Nos servimos porciones abundantes y nos sentamos en el suelo a comer.

Entre bocado y bocado, Troy dijo: "Esto es increíble".

Yo me reí. "No es un restaurante de lujo del Upper East Side, pero cumple su función".

Se quedó pensativo un segundo antes de tragarse la comida.

"Créeme, no es todo lo que parece", dijo.

"¿Qué no lo es?".

"El Upper East Side. El ático. El trabajo. El dinero".

Esperé a que continuara, deseando que lo hiciera.

"Nunca me di cuenta de lo infeliz que era hasta que te conocí y luego te perdí". Troy pareció solemne por un momento. Le di un apretón tranquilizador en la mano. "Es como si hubiera estado viviendo esta vida que creía que era para mí. Es la vida que me habían preparado, no yo, sino mi padre. Nunca supe nada diferente. Nunca pensé en hacer otra cosa porque durante toda mi educación él me habló de cómo formaría parte del negocio familiar. Hice lo que creía que se esperaba de mí.

"Pero nunca me tomé el tiempo de ver qué más había ahí fuera. Cuando tenía veintitantos años, ya era multimillonario. Pensé que esa era la vida que cualquiera querría. Parecería ridículo querer otra cosa.

"Entonces te conocí y cambiaste mi vida. Me hiciste feliz. Realmente feliz. Fuiste lo mejor de un trabajo que me di cuenta que odiaba. Me mostraste colores que no sabía que existían en este mundo en blanco y negro en el que me había encontrado. Y cuando te fuiste, yo era una cáscara de mí mismo y me di cuenta de que era bastante miserable.

"Nunca debí alejarme de ti después de las Bahamas. Nunca debí dejar que mi padre se interpusiera entre nosotros. Tenía mucho miedo de perder todo lo que había conocido porque me amenazaba con quitarme la empresa si volvía a meter la pata. Aunque me pregunto si sería tan malo. Ni siquiera sé si quiero la empresa. Aún estoy tratando de entenderlo todo, pero lo único que sé, es que te quiero a ti".

Levanté la mano y se la llevé a la cara. Su rostro perfecto. Por fin se había sincerado conmigo y no me atrevía a interrumpir nada de lo que decía porque empezaba a entender quién era. Por qué actuaba como lo hacía a veces.

"Siento que hayas tenido que pasar por eso", le dije suavemente. "En cierto modo entiendo de dónde vienes. No hasta el punto de ser el hijo de un multimillonario, pero entiendo la presión de los padres".

"¿En serio?", preguntó, sorprendido.

"Por supuesto. ¿Crees que el sueño de mis padres era que su hija se convirtiera en una escritora 'subidita de tono'?". Puse los dedos entre comillas al aire.

"¿Eso dicen?", preguntó.

"Sí, entre otras cosas. Evitamos hablar de ello cuando voy a casa, porque si no se convierte en una discusión".

"Pero eres increíble. Deberían estar orgullosos de ti. Tienes una estantería entera en Barnes and Noble".

Me encogí de hombros.

"Es algo importante, Mónica", dijo, entrecerrando la mirada.

"Ese libro que tan dulcemente me has recitado esta mañana me ha hecho dudar de mí misma...".

"No lo hagas", dijo él con severidad. "No lo hagas nunca. Has nacido para escribir".

Pude ver que estaba orgulloso de mí y eso hizo que mi corazón se hinchara.

"Bueno, puede que vuelva a hacerlo. En este momento tengo inspiración". Me incliné hacia él y le di un beso en la mejilla.

"¿Tan malas fueron las críticas?", preguntó con recelo.

"Sí, pero había otras cosas. Acababa de salir de una relación con un chico que sabía que no era el adecuado, pero aún así me dolía. Y me pasaban otras cosas...".

"¿Cómo qué?", preguntó.

Dudé antes de volver a hablar.

"Tuve un acosador durante un tiempo. Se hacía llamar un fan incondicional. Al principio parecía inofensivo. La policía apenas hizo nada al respecto, pero luego se volvió peligroso cuando irrumpió en mi apartamento".

"Oh, Dios mío". Troy se quedó con la boca abierta.

"No estaba en casa", le tranquilicé rápidamente. "Al final lo arrestaron, pero está fuera. Lleva fuera un tiempo".

Troy alargó la mano y me acarició el pelo suavemente. "Lo siento mucho", murmuró.

"No pasa nada", le dije. "Pero por eso te pregunté antes por las flores. Dejaron flores muertas en mi escritorio con una nota críptica que decía: "Tu vida amorosa ha muerto".

Me estremecí sólo de pensarlo.

"Jesús. ¿Crees que es él?", preguntó preocupado.

"No lo sé".

"Aumentaré la seguridad en el edificio. Contrataré a alguien para que te vigile, como un policía o un detective privado. Lo que necesites. Quiero protegerte".

Negué con la cabeza. Sabía que estaba preocupado por mí, pero no quería volverme paranoica. Había pasado demasiados meses así. Tal vez las flores fueran un error. Una entrega equivocada. No había oído ni visto nada de mi acosador en casi nueve meses.

"Sólo quiero que te quedes esta noche", le dije.

"No voy a ir a ninguna parte".

Me acercó y me besó suavemente. "Además, todavía me debes ese postre".

Capítulo 42

Troy

El sol acababa de ponerse y el cielo empezaba a teñirse de varios tonos de púrpura. Las luces de la ciudad contrastaban cálidamente a medida que se volvían más vibrantes contra el cielo cada vez más oscuro. Tomé un sorbo de vino y contemplé el paisaje. La ventana donde Mónica y yo habíamos estado juntos por primera vez. Puse la mano en la ventana y sonreí, sabiendo que ella llegaría pronto. Sabiendo lo diferentes que eran las cosas en ese momento.

El día anterior, aunque había empezado difícil, cambió todo para nosotros. Nos queríamos, y nos dimos cuenta de que lo habíamos hecho durante un tiempo. Todo lo demás parecía desvanecerse una vez dichas esas palabras. Por fin habíamos hablado. Hablado de verdad.

Resultó que ella no era tan diferente a mí, con sus propias presiones familiares y sintiéndose lo suficientemente buena. Sólo deseaba que pudieran ver lo que veía yo. Puro talento y ambición. Era más fuerte que yo para labrarse su propio camino y la admiraba muchísimo por ello. En cierto modo, me recordaba a mi hermana. Mi mejor amiga. Probablemente por eso me gustaba tanto.

Además, era fuerte. Mucho más fuerte de lo que debería ser para lidiar con un acosador. No podía creer lo que había pasado cuando me contó lo del tipo. Me aseguré de hacer más preguntas en otro momento, por si acaso volvía a aparecer. Quería estar preparado. Para protegerla. Y se lo prometí. Intentó calmar mis preocupaciones, pero pude ver un poco de miedo en sus ojos. Intentaba ser fuerte. Siempre tratando de ser fuerte.

No fue fácil dejar la casa de Mónica esta mañana. Estaba dispuesto a tomarme otro día libre si eso significaba quedarme en la cama con ella todo el día y salir a tomar el aire sólo cuando fuera absolutamente necesario. Pero como era una profesional, insistió en que volviéramos al trabajo antes de que nadie sospechara nada. Sabía que tenía que enfrentarme a la ira de Kathy, y probablemente a la de mi padre, por faltar al trabajo y suspender las reuniones.

Sabía que estaba en una posición que no merecía tener y que probablemente perdería pronto si seguía como hasta entonces. Pero no creía que fuera una pérdida tan grande. Sólo necesitaba averiguar qué quería hacer con mi vida. Tenía casi cuarenta años y la idea de volver a empezar era ridícula, pero emocionante. Mónica había vuelto a mi vida, sentía que todo era posible. Sabía que ella entendería mi deseo de alejarme de este mundo y que estaría conmigo en cada paso del camino.

El día no fue tan tortuoso como pensé que sería en el trayecto de su casa a Manhattan. Trabajábamos codo con codo y no sentía que me fuera a producir una combustión espontánea si no la tocaba. Sabía que la vería más tarde. Sabía que teníamos tiempo. En el pasado, siempre existió esa desesperación entre nosotros. Esa pasión secreta que teníamos que disimular cuando estábamos juntos. Sentía que podíamos ser nosotros mismos. Teníamos todo el tiempo del mundo.

Aún resistía el impulso de besarla y me costaba concentrarme cuando me la imaginaba desnuda. Pero sabía que estaría toda la noche con ella. Vendría a cenar. Le dije que cogiera sus cosas y se quedara a pasar la noche.

"¿Como una fiesta de pijamas?", susurró en el ascensor con una pequeña sonrisa de satisfacción.

"Exactamente como una fiesta de pijamas". Le di una rápida palmada en el trasero.

Una romántica fiesta de pijamas con una cena casera preparada por mí. Había ido a la tienda después del trabajo a por todo lo que necesitaba. Chuletas de cerdo, patatas, ensalada, una botella de champán añejo. No era un gran cocinero, pero quería que fuera especial. Quería que se sintiera como una cita de verdad, que nunca habíamos tenido. Fuimos a muchas cenas y comidas, pero teníamos que disimular que era por negocios por si alguien nos veía. No veían lo que pasaba bajo los manteles, pero aún así. Se merecía una cita en condiciones.

Me moría de ganas de que llegara el día en que pudiera salir con ella y mostrarla al mundo. Pero de momento, mi ático o su casa tendrían que bastar, hasta que lo resolviéramos todo. Bajé la intensidad de las luces y puse música jazz ligera mientras empezaba a preparar la comida en la cocina. Estaba siguiendo una receta de *The Food Network* que tenía tantos pasos que la cabeza me daba vueltas. Las patatas estaban en el horno y tenía que empezar con las chuletas de cerdo. Acababa de sazonarlas y ponerlas en la sartén cuando oí sonar las puertas del ascensor.

"Llegas pronto", grité desde la cocina.

Miré el reloj. Se suponía que Mónica no llegaría hasta dentro de una hora. Me limpié las manos en un paño y salí al salón, donde vi a Verónica en el bar de la esquina sirviéndose un vaso de bourbon.

"¿Qué demonios haces aquí?", pregunté bruscamente.

Giró ligeramente la cabeza, con el pelo rubio fresa cubriéndole la mitad de la cara, mientras bebía un sorbo del líquido ámbar. Sus labios se curvaron en una sonrisa que me inquietó.

"Yo también me alegro de verte", ronroneó.

"Tienes que irte".

Me ignoró y se sentó en uno de los grandes sillones junto al sofá, abrazada a la gabardina color crema que llevaba.

"Aquí huele bien", dijo. "¿Estás cocinando?".

"No te lo voy a decir otra vez". Me crucé de brazos.

"Oh, Troy", dijo, mirándome mientras abría lentamente las piernas, revelando que no llevaba nada debajo. Puso sus pies descalzos sobre la mesa de café frente a ella, inclinándose hacia mí.

"Maldita sea, Verónica". Desvié la mirada. "¿Por qué eres así?".

"Antes te gustaba así". Movió la mano entre las piernas, buscando una reacción.

"Me gustaba. Pero no captas las indirectas".

"Tócame", susurró. "Sabes que quieres".

Introdujo lentamente un dedo en su interior y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Se me revolvió el estómago.

"No volvería a tocarte aunque mi vida dependiera de ello", le espeté.

Saqué el teléfono del bolsillo y llamé a recepción.

"Necesito seguridad aquí. De inmediato", dije con urgencia.

"¿Hablas en serio?", preguntó Verónica, cerrando las piernas y aferrándose al abrigo.

"Quizá así lo entiendas. No quiero tener nada que ver contigo".

Un momento después, las puertas del ascensor se abrieron y dos guardias de seguridad entraron corriendo.

"Sacadla de aquí". Señalé con la cabeza a Verónica.

Fueron y la agarraron suavemente de los brazos, levantándola del sillón en el que estaba sentada.

"¡Quiten sus manos de mi!", gritó y empezó a forcejear. "¡No me toquen!".

La agarraron con fuerza y empezaron a arrastrarla hacia las puertas del ascensor. Ella les gritó obscenidades antes de gritarme a mí.

"¡Te vas a arrepentir! Te vas a arrepentir de haberme rechazado". Su voz era estridente, y pronto se cortó al cerrarse las puertas del

ascensor.

Respiré hondo mientras me dejaba caer en el sofá y apoyaba la cabeza en las manos. Qué desastre. No podía creer que se hubiera presentado así. Empezaba a estar más desesperada. No la recordaba así cuando estábamos juntos. No era la mujer que yo conocía.

De repente olí humo que venía de la cocina.

"¡Mierda!" Dije, levantándome de golpe y corriendo hacia el humo gris que se colaba en el salón.

Las chuletas de cerdo estaban negras por un lado mientras sacaba la sartén del quemador, el mango de la sartén quemándome la mano. Solté un grito de dolor antes de tirar la sartén al fregadero y dejar correr el agua sobre la palma de mi mano. El vapor y el humo llenaban el aire. Apenas podía ver.

"¿Va todo bien aquí?", preguntó una voz.

Levanté la vista y entrecerré los ojos a través de la bruma para ver a Mónica de pie en la puerta. Cerré el grifo y me envolví la mano en una toalla.

"Todo va bien", gemí, sujetándome la mano y haciendo una leve mueca de dolor.

"¿Qué te ha pasado en la mano?", preguntó preocupada, sacándola suavemente de la toalla. "¡Te has hecho daño!".

"Estoy bien. Estoy bien". Le hice un gesto con la mano.

Puso sus labios sobre mi palma y le dediqué una débil sonrisa.

"¿Hiciste todo esto por mí?".

"Quería que fuera especial. Pero no soy buen cocinero. Está claro". Miré el desorden de la cocina. Peladuras de patata en la encimera. La salsa salpicada en la encimera de cuarzo blanco. Las chuletas de cerdo quemadas en el fregadero.

"¿Por qué no limpio yo? Tú ve a cuidarte esa mano".

"Pero, ¿y la cena?".

"Voy a pedir pizza".

"¿Pizza?". Pregunté, derrotado. No porque no sonara bien, sino porque esa noche había ido muy diferente de lo que esperaba.

"Sí, pizza". Me dio un codazo. "Llevo meses viviendo en tu mundo. Tal vez sea hora de que experimentes la vida desde mi perspectiva".

"De acuerdo. Me parece justo", respondí, inclinándome y dándole un beso en los labios.

Me volví para ir al baño a ponerme una pomada en la mano.

"Hay patatas en el horno", llamé por encima del hombro. "Probablemente estén quemadas".

"Estoy en ello". Soltó una risita.

Sólo Mónica podía mejorar este desastre de noche. Por eso la quería.

Cuando volví a la cocina, estaba terminando de limpiar la encimera. El humo se había disipado y no había rastro de la desastrosa comida que había intentado cocinar.

"Gracias", le dije, rodeándola con mis brazos.

"Por supuesto", dijo ella, reclinando la cabeza en mi cuello.

"He traído champán", dije, señalando la botella con hielo.

"Bueno, tomemos un poco".

Descorché la botella con la mano izquierda y llené dos copas. Levanté mi copa y ella hizo lo mismo.

"Por nuestra primera cita oficial", dije.

Sonrió y chocó su copa con la mía antes de beber un sorbo. Hizo una mueca e intentó ocultarla rápidamente.

"¿Qué?", le pregunté.

"Nada". Negó con la cabeza.

La miré con curiosidad mientras bebía un sorbo. Hice una mueca mientras el champán se deslizaba por mi garganta. Sabía fatal. Era plano y tenía un sabor raro.

"¡Qué asco! dije, mirando mi copa e inspeccionándola. "Se suponía que era vintage".

"A lo mejor es demasiado vintage". Ella soltó una risita y se tapó la boca con la mano.

No pude evitar reírme. Esta noche no podía ser peor, pero de algún modo era perfecta. Mónica me rodeó el cuello con los brazos y me besó profundamente. Me perdí tan fácilmente en ella. Casi me había olvidado del incendio de la cocina o de que Verónica había aparecido por aquí y se la habían llevado los de seguridad.

Mónica se separó y apoyó la frente en la mía. "Pediré cerveza con esa pizza".

Acabó siendo la mejor primera cita que había tenido nunca. Movimos la mesa del centro de mi salón y colocamos una gran manta para montar nuestro picnic de pizza y cerveza. Comimos en platos de papel y bebimos directamente de la lata, viendo películas y partiéndonos de risa. Aquello superaba cualquier cena elegante y cualquier botella cara de champán.

Capítulo 43

Mónica

Subía corriendo las escaleras de mi apartamento, oía sus pasos bastante cercanos. Intentaba gritar pidiendo ayuda, pero no me salía nada, fue un milagro que mis piernas funcionaran y que corrieran tan rápido como podían. Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, sentí que se acercaba a mí. Intenté gritar por última vez, pero sólo se me escapó un graznido.

Abrí la puerta y entré volando por ella, cerrándola rápidamente tras de mí. Busqué la cerradura superior, pero no estaba. Busqué la segunda cerradura, pero tampoco estaba. No había forma de impedirle la entrada. Le oía al otro lado, girando lentamente el pomo. Retrocedí hacia mi pequeño apartamento, sin tener adónde ir.

La puerta se abrió lentamente y sentí las manos sobre mí, sacudiéndome. Luché con todas mis fuerzas, pataleando y agitando los brazos. Oí que alguien decía mi nombre. Era la voz de Troy.

"¡Mónica! ¡Mónica! Despierta".

Mis ojos se abrieron de golpe y Troy se inclinó sobre mí, con una expresión de preocupación en su rostro. Lo miré y luego alrededor de su ático. No estaba en mi apartamento. Nadie me perseguía. Era un sueño. Estaba a salvo.

"Respira hondo", dijo Troy tranquilizador mientras me frotaba la espalda. "Sólo ha sido una pesadilla".

Hice lo que me dijo, respirando hondo por la nariz y soltando el aire por la boca.

"Parecía tan real", dije en voz baja, sacudiendo la cabeza.

"Estabas gritando", comentó.

“Lo siento”.

"No pasa nada. ¿Estás bien?".

Asentí con la cabeza. En este momento lo estaba. Sabía que estaba a salvo con el hombre que me amaba. Hacía varios meses que no soñaba con mi acosador. Me pregunté por qué ocurriría en ese momento, después de mi noche con Troy. Probablemente se debía a las flores, para las que aún no tenía explicación. Sabía que mi acosador estaba en libertad condicional. Además, tenía una orden de alejamiento. Sería estúpido que intentara hacer algo porque volvería directamente a la carcel.

"Estoy bien", le dije.

"¿Qué estabas soñando?", preguntó, con los ojos llenos de preocupación.

"Siendo perseguida por él...".

"¿Tu acosador?".

Asentí solemnemente.

"Solía tener estos sueños antes, pero hace tiempo que no los tenía". Bajé la cabeza. "Siento haberte despertado".

"No lo sientas".

Troy me atrajo hacia él y apoyé la cabeza en su pecho desnudo. Sólo escuchar el sonido de su respiración me tranquilizó mientras me acurrucaba más cerca de él. Estábamos en el suelo de su salón, donde habíamos cenado la noche anterior, fue la primera cita perfecta. Comimos pizza grasienta y bebimos cerveza barata, viendo comedias clásicas en pijama.

Nuestros pijamas no estaban por ninguna parte, probablemente perdidos en el montón de mantas bajo las que estábamos. Pasamos una película y media antes de que nuestras manos ya no pudieran resistirse la una a la otra. Yo ya casi no podía resistirme a él. Me apoyé en un codo y me incliné para besarle. Me dedicó una sonrisa soñolienta.

"¿Qué hora es?", le pregunté mirando el cielo oscuro por la ventana.

Se dio la vuelta y miró la hora en el móvil. "Las cinco de la mañana".

Hacía apenas tres horas que nos habíamos acostado.

"¿Volvemos a dormir? O...".

Sus dedos recorrieron mi pezón mientras su sonrisa soñolienta se convertía en una sonrisa hambrienta.

"¿O qué?", pregunté, sintiendo que no podía respirar mientras sus dedos se movían suavemente, haciendo que mi piel se pusiera de gallina.

Me dio un leve golpecito en el pezón y jadeé cuando el dolor, lleno de placer, me recorrió de arriba a abajo entre las piernas. Se puso encima de mí y me mostró exactamente lo que estaba pensando.

Dos horas más tarde, me desperté de nuevo con el zumbido de mi teléfono y el suave saludo del sol que entraba por los ventanales. Las mismas ventanas en las que había experimentado por primera vez lo que él sentía. Me agaché y cogí el móvil, intentando no molestar a Troy, que seguía durmiendo. Había un mensaje de Erica: *A mi jefe le encantó tu artículo de muestra. Quiere publicarlo en el próximo número.*

Me quedé desconcertada. Sólo había sido una muestra. Una forma de sumergirme de nuevo en la escritura. No esperaba que llegara a ninguna parte.

Yo: *¿De verdad? Es estupendo. Espera... ¿significa eso que estoy contratada?*

Erica: *Eres la nueva freelance a tiempo parcial. Enhorabuena.*

Yo: *Debería haber preguntado, pero ¿es un puesto a distancia? Todavía trabajo para tu hermano, ya sabes...*

Erica: *¡Sí! Puedes escribir cuando quieras. En cualquier sitio. Sólo tienes que enviar tus artículos a tiempo.*

Yo: *Gracias. Estoy en deuda contigo.*

Erica: *Le diste a mi hermano otra oportunidad. Estamos en paz.*

Sonreí a mi teléfono y luego miré a Troy. Seguía con los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos. La almohada de su cama le caía sobre la frente, pero aún así, de alguna manera, parecía que estaba fuera de lugar a propósito. Me acerqué y le toqué la mejilla. Darle otra oportunidad había sido lo mejor que había hecho nunca.

Abrió los ojos y se llevó la mano a la cara. "Buenos días, preciosa".

"Buenos días. Otra vez". Me reí suavemente.

Entrecerró los ojos ante la llegada del sol y el calor que besaba nuestra piel desnuda.

"¿Qué hora es?".

"Hora de prepararse para ir a trabajar".

"No quiero...".

"Qué pena". Me reí.

Bostezó y estiró las manos por encima de la cabeza, la manta tirando peligrosamente justo por debajo de sus caderas. Dejé que mis ojos se desviaran hacia las líneas que formaban una V justo encima de donde había estado mi boca la noche anterior. Él captó mi mirada.

"¿Ves algo que te guste?", preguntó con una sonrisa sarcástica.

Lo empujé juguetonamente mientras me separaba de mala gana del calor de las mantas y de su cuerpo. Me levanté.

"¿Adónde vas?", preguntó mirándome.

"Tengo que prepararme para ir a trabajar. Mi jefe necesita su café matutino". Puse los ojos en blanco.

"Suena como una verdadera obligación del trabajo...".

"No tienes ni idea". Empecé a caminar hacia el baño para ducharme.

"¿Ah, sí?". Le oí decir, poniéndose en pie y viniendo detrás de mí.

Solté un pequeño chillido y empecé a correr por el pasillo, él no muy lejos. Prefiero este tipo de persecución a la de mi sueño.

Después de darme una ducha más larga de lo previsto, empecé a vestirme para ir a trabajar con la ropa que me había traído. Troy estaba apoyado en la puerta de su dormitorio con una toalla alrededor de la cintura. Todavía tenía el pelo húmedo y me miraba con sus penetrantes ojos verdes.

"¿Quieres dejar de hacer eso?", pregunté, negando con la cabeza mientras me abotonaba la blusa.

"¿Qué?". Se encogió de hombros inocentemente.

"Me dan ganas de quedarme. Ya voy a llegar tarde".

"Creo que tu jefe lo dejaría pasar".

"No me gustaría pensar que estoy recibiendo un trato especial", dije, moviendo las pestañas.

Se rió mientras se acercaba y me besaba en la nuca. Cerré los ojos y me incliné hacia él. Sentía su polla cerca de mi era prácticamente imposible ignorarlo, pero tenía que irme ya. Me ayudó a subirme la cremallera de la falda lápiz negra y me dio una palmada en el trasero.

"Te veré pronto", me dijo antes de besarme la oreja.

Me volví hacia él. "Estoy impaciente", respondí en voz baja.

En la acera, llamé a un taxi sin poder contrarrestar la sonrisa de mi cara. El trayecto hasta la oficina no estaba lejos y le pedí al conductor que parara antes en la cafetería. Pedí para Troy su nueva bebida caliente favorita y también pedí otra para mí. Pedí un poco más de espresso para cada una. Apenas habíamos dormido lo suficiente y además mi pesadilla nos despertó a los dos. Sabía que necesitaríamos más energía.

En su despacho, coloqué la bebida sobre su mesa, como hacía los últimos meses. No podía creer cuánto tiempo había pasado y cuántas cosas nos habían sucedido. Sentía que por fin íbamos por buen camino. Mi estómago estaba lleno de nervios de vértigo al saber que llegaría en cualquier momento, como si no acabara de dejarlo. Estaba insaciable.

Pronto oí su voz por el pasillo y sentí calor por todo el cuerpo mientras esperaba a que apareciera. Se acercó a mi mesa con un traje gris marengo y una camisa blanca abotonada que dejaba ver

su pecho bronceado. Podía oler su champú mezclado con su colonia desde donde estaba sentada, pero también podía ser mi propio pelo. Aspiré y sentí una sensación entre las piernas justo cuando sus ojos se posaron en los míos.

"Buenos días, Mónica", dijo con una inclinación de cabeza, con el pelo cayéndole sobre la cara antes de echárselo hacia atrás con una sonrisa que le tiraba de un lado de la boca.

Tragué saliva. ¿Cómo demonios podía estar más sexy que hace una hora?

"Buenos días", prácticamente grazné, mi garganta era lo único seco en ese momento.

Crucé las piernas con fuerza y fingí estar mirando el ordenador porque, si seguía mirándolo, no estaba segura de poder controlarme. Me dedicó una expresión divertida antes de entrar en su despacho.

No podía seguir así mucho más tiempo, fingiendo que no estaba completamente encaprichada de mi jefe. El hombre que me amaba. Me quería. Y yo le quería a él. Quería gritarlo en voz alta. Quería entrar en su despacho y enrollarme con él ya mismo. Quería presentarme a trabajar juntos después de una noche de amor. Pero sabía que era imposible.

La situación con su padre ya era bastante difícil. No quería complicarla más. Tendríamos que mantener nuestro secreto un poco más.

Mi teléfono sonó en mi escritorio. Lo cogí y vi un mensaje de Troy: *Hoy estás muy guapa.*

Yo: *Acabas de verme esta mañana.*

Troy: *Y de alguna manera tú estás aún mejor.*

Yo: *Tú tampoco estás tan mal.*

Troy: *G.*

Troy: *r.*

Troy: *a.*

Troy: *c.*

Troy: *i.*

Troy: *a.*

Troy: *s.*

Mi teléfono zumbó en mi mano con cada texto individual. Levanté la vista y le miré confusa. Me sonrió antes de escribir otro mensaje: *Espero que te pongas el teléfono entre las piernas.*

Yo: *¡Dios mío!*

Se rió a carcajadas desde su despacho. Negué con la cabeza y dejé el teléfono sobre la mesa, con las mejillas encendidas. Mantener ese secreto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

Era el momento de buscar otro trabajo. No era algo que hubiera hablado todavía con Troy, pero estaba segura de que entendería que no podíamos seguir así. Si trabajaba en otro sitio, no habría razón para que no pudiéramos estar juntos. Por muy divertido que fuera andar a escondidas, no quería ocultar mi amor por él.

Había conseguido un trabajo a tiempo parcial en el periódico de Erica, pero nunca sería suficiente para pagar mi apartamento. Dudaba que pudiera pagar ni una cuarta parte de mis facturas mensuales. Tenía que encontrar otro trabajo con un sueldo comparable a éste. Abrí un nuevo documento de Word y empecé a redactar un currículum. Me resultaba extraño saber que, si me contrataban en otro sitio, ya no trabajaría aquí. Era como una despedida y un nuevo comienzo a la vez.

Capítulo 44

Troy

La bulliciosa presencia de mi padre se hizo sentir incluso antes de que pusiera un pie en mi despacho. No esperaba que viniera, nunca lo esperaba. Le gustaba aparecer sin avisar, como si quisiera encontrarme haciendo algo o pillarme desprevenido. Las risas forzadas de Kathy y los chasquidos de sus tacones siguieron a mi padre por los suelos de mármol hacia mí.

Miré a Mónica, que ya me miraba con cierta cautela. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora para decirle que probablemente no era nada. Asintió y volvió a escribir en su ordenador, pero me di cuenta de que estaba en guardia. Yo también.

Un momento después, mi padre entró en mi despacho sin llamar y con Kathy detrás. Sólo verla me molestaba, con la cara pellizcada por tantas inyecciones y los labios fruncidos. No sabía si estaba muy comprometida con su trabajo o si le gustaban los hombres que le doblaban la edad. Empezaba a sospechar que había algo más entre ellos y eso me cabreaba. Mi pobre madre. Me preguntaba si lo sabría.

"Hola, papá, qué sorpresa", saludé, levantándome del escritorio y estrechándole la mano.

"¡Troy, mi niño!". Sonrió.

Estaba sorprendentemente de buen humor.

"¿A qué debo el placer?", pregunté, en parte por su visita y en parte por su estado de ánimo.

"¡Estoy preparado para el viaje de mañana, por supuesto! ¿Y tú?".

"Uhh...".

Me devané los sesos, intentando averiguar de qué estaba hablando sin que él supiera que yo no tenía ni idea. Cuando consulté mi calendario esta mañana, no vi nada sobre un viaje, especialmente uno para mañana. Era febrero, que era cuando solíamos ir a nuestro retiro de la empresa, pero no había oído nada al respecto. Pensé que tal vez no lo haría este año. Esperaba que no.

"¡El retiro de la empresa, por supuesto!".

Se me encogió el corazón.

"El que hacemos todos los años", dijo mi padre, con una ligera sonrisa de fastidio.

¿Por qué demonios no estaba en mi calendario? Era algo que se planeaba con meses de antelación. Sólo podía haber una razón y estaba junto a mi padre, inexpresiva.

"Le pedí a Kathy que lo pusiera en tu calendario". Mi padre miró a Kathy.

"Lo hice". Ella asintió con seguridad.

Di la vuelta a mi escritorio y miré el calendario. Efectivamente, había un bloque de cinco días a partir de mañana que no estaba allí esta mañana. Debió de añadirlo en una hora, pero ¿por qué no me lo dijo? ¿Y por qué esperó hasta el último momento?

Estuve a punto de echarle la bronca, pero sabía que sería inútil. Mi padre se pondría de su parte y me culparía por no ser lo bastante responsable. Esbocé una sonrisa tensa y asentí ante el resplandor de la pantalla del ordenador y el nuevo bloque azul de mi calendario.

"Ah, sí. Sí, claro. Está aquí mismo", dije tocando la pantalla.

"Confío en que tengas el itinerario", preguntó mi padre.

Estaba seguro de que estaba recién llegado a mi bandeja de entrada, cortesía de Kathy. Juraba que hacía cosas así sólo para tocarme las narices y hacerme quedar mal delante de mi padre. Pero no iba a darle la satisfacción de verme sudar con esa ligera mueca de desprecio en la cara.

"Sí, claro".

"Bien. Entonces, Atlantic City. Cinco días de reuniones y un poco de libertinaje". Su voz bajó en las últimas palabras de su frase antes de reírse entre dientes.

Atlantic City. Nunca habíamos llevado allí a la empresa ni habíamos tenido un retiro tan largo. Nuestros retiros de empresa eran en

realidad días de conferencias interminables, seguidos de noches en los mejores restaurantes y clubes de striptease de lujo. Seguro que a algunos les parecía bien y a mí me lo parecía. Pero en ese momento me daba pavor.

"Recuerda...", empezó mi padre. "Nada de invitados. Nada de mujeres en tus habitaciones".

"Lo sé, papá".

"Bien". Asintió.

"Nos vemos en el aeropuerto mañana al mediodía. Está todo en el...".

"Itinerario", terminé su frase. "Lo sé. Nos vemos entonces".

Él y Kathy salieron de mi despacho sin saludar a Mónica, que estaba sentada a unos metros. Podía ser un imbécil pomposo. De repente me sentí avergonzado por su grosería. Probablemente aún se estaba lamiendo las heridas de cuando hablaron en la conferencia. No estaba acostumbrado a que una mujer dijera lo que pensaba, sobre todo cuando se trataba de defender a su hijo.

Cuando me aseguré de que él y su compinche se habían ido, llamé a Mónica a mi despacho. Se levantó de la mesa y se acercó, tan guapa como siempre, con la misma falda lápiz negra que le había ayudado a ponerse esta mañana y una camisa blanca abotonada. Llevaba el pelo recogido en un moño sujeto con un lápiz, probablemente aún húmedo por la ducha de esta mañana.

"¿Me necesitas?", preguntó.

"Siempre", respondí.

Sacudió la cabeza y reprimió una sonrisa. Intenté ignorar la sensación en mi ingle cuando se sentó frente a mí.

"Siento lo de mi padre", dije poniendo los ojos en blanco.

"No pasa nada". Se encogió de hombros.

"Puede ser tan imbécil...".

"¿Qué quería?".

"Recordarme el retiro de la empresa de mañana... en Atlantic City".

"¡Oh! Ni siquiera lo vi en tu calendario".

"Yo tampoco, hasta esta mañana. Kathy debe haber olvidado convenientemente mencionarlo".

"Ella hace eso, ¿no?". Mónica puso los ojos en blanco.

Yo me reí.

"¿Cuánto tiempo estarás fuera?", preguntó.

"Cinco días".

Pude ver que su sonrisa vacilaba un poco.

"Vaya", dijo, mirándose los pies.

Me di cuenta de que tampoco estaba contenta. Me di cuenta de que no habíamos estado separados tanto tiempo en meses. Incluso cuando no estábamos juntos, nos veíamos en el trabajo. Empezaba a temer el vuelo de mañana.

"¿Vas a echarme de menos?", pregunté con una sonrisa socarrona.

Ella levantó la vista y me miró a la cara, negando con la cabeza.

"Eres insufrible". Se rió.

"Admítelo".

Suspiró. "Sí, claro que lo soy".

"Entonces ven esta noche. Podemos despedirnos como es debido".

"¿Qué tienes en mente?", preguntó con los ojos entrecerrados, inclinándose hacia donde yo podía ver el encaje blanco de su sujetador justo debajo de los botones de su camisa.

"Sigue mirándome así y puede que te dé un anticipo ahora mismo".

La puerta de mi despacho estaba abierta. Hablar así era terreno peligroso, pero no podía evitarlo. Tenía hambre de ella. Prácticamente insaciable. No sabía cómo iba a aguantar cinco días sin ella.

"Abajo, muchacho", dijo, levantándose de su silla..

Salió de mi oficina, tomándose su tiempo mientras sus caderas se movían lentamente en esa falda que abrazaba su trasero. Sabía

exactamente lo que hacía. Me senté en mi asiento y disfruté de la vista.

Después del trabajo, me fui a casa a hacer las maletas para el retiro. Mónica planeaba venir a cenar más tarde, una cena que yo no iba a cocinar. Cuando entré en mi edificio, me aseguré de confirmar con los de seguridad que Verónica tenía prohibida la entrada. Me aseguraron que sí, y me sentí mejor mientras subía en el ascensor hasta mi casa. No quería más sorpresas inesperadas. Sabía que aún tenía que hablar con mi madre sobre mis límites y sobre cómo no quería a Verónica en mi vida nunca más.

También sabía que tenía que hablar con mi padre. Cuanto más tiempo pasaba dirigiendo la empresa, incluso con Mónica a mi lado, me daba cuenta del poco interés que tenía por mi trabajo. Tenía poco interés en todo lo que dirigía mi padre y estaba cansado de que me controlara, sabía que nunca estaría a la altura de sus expectativas por mucho que me esforzara. Probablemente por eso no me había esforzado mucho en los últimos meses.

Quería encontrar algo que me interesara, que me apasionara. Mónica me ayudó a ver eso. Aunque había perdido el rumbo en la escritura, yo sabía que le encantaba. La echaba de menos. Sabía que encontraría el camino de vuelta, especialmente en el momento que Erica le había conseguido un trabajo en el periódico. Quería sentir la pasión por mi trabajo. Mi propio trabajo. No quería seguir a la sombra de mi padre.

Iba a cabrearle. Lo sabía. Más que cuando mi hermana decidió seguir su propio camino. Mi padre siempre pensó que yo, siendo su único hijo, me haría cargo de la empresa. Mi hermana nunca pensó en ello, así que el hecho de que eligiera ser periodista y no empleada de la empresa sólo le molestó un poco. Pero yo... Sería su perdición. Probablemente la mía también.

No tardé mucho en hacer la maleta. Sólo necesitaba unos trajes y unos pares de Oxfords. Desearía estar haciendo la maleta para las Bahamas otra vez. Tenía toda la intención de llevarme a Mónica. Sin mi hermana, claro. Quería llevarla a muchos sitios. Sentía que teníamos todo el tiempo del mundo. O pronto lo tendríamos.

Todo se reducía a quién se iba primero. Ella o yo. Sabía que había enviado su currículum a otros ejecutivos de Manhattan. Algunos incluso ya me habían llamado para hacer un seguimiento. Odiaba la idea de que se fuera, sobre todo a trabajar para otro hombre que probablemente la cortejaría. Pero sabía que no podíamos seguir como hasta entonces. Yo no quería. Estaba cansado de esconderme y cada vez me resultaba más difícil ocultar mis sentimientos delante de los demás en la oficina, especialmente de Kathy.

Después de hacer las maletas, me di una ducha rápida y me puse una sudadera negra y un jersey de cuello redondo. Me gustaba estar así con Mónica. Cómodo y simplemente yo. No el hombre de los trajes de diseño hechos a medida. Cuando apareció una hora más tarde con su chándal, sonreí y tiré de ella para darle un beso. Estaba preciosa con la cara descubierta y el pelo recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza.

"Parece que estábamos en la misma onda", dijo mientras me miraba de arriba abajo.

“Me gusta”. La cogí de la mano y la hice girar para que pudiera mirarla.

Perfecta. Simplemente perfecta. En traje. En chándal. Sin nada.

Me miró un momento, con sus ojos marrones oscurecidos por algo que no sabía leer. Me rodeó la cintura con los brazos y me acercó a ella. El calor de su cuerpo alivió todos mis pensamientos y tareas

pendientes con mi familia. Estábamos solos. Esto bien podría ser todo lo que necesitaba.

"Te voy a echar de menos", susurró. Había nostalgia en sus ojos.

"Yo también voy a echarte de menos". Besé la parte superior de su cabeza.

Nos quedamos así un momento antes de agacharme y cogerla por detrás de las rodillas. Soltó un gritito cuando la eché por encima del hombro.

"¡Troy! ¿Qué estás haciendo?". Se rió mientras me golpeaba suavemente la espalda.

"Recuperando el tiempo perdido".

La llevé por el pasillo hasta mi dormitorio. Compensamos los cinco días durante varias horas. Era tan tarde cuando terminamos que estábamos hambrientos y nuestra única opción para comer era pizza del mismo sitio que la noche anterior. Yo no me quejaba. La pizza sabía incluso mejor en la cama.

Capítulo 45

Mónica

"¿ Tienes que irte?", pregunté.

Troy se puso unos vaqueros oscuros, balanceándose sobre un pie en la puerta de su armario, que era más grande que todo mi apartamento. Yo seguía en su cama, observándole mientras se ponía un jersey verde oliva por la cabeza. Se sacudió el pelo y me dedicó esa sonrisa de labios cerrados que sólo se dibujaba en un lado de su boca perfecta. La sonrisa que significaba que no tramaba nada bueno.

Se acercó a la cama donde yacía desnuda y me tumbó boca arriba. Se cernió sobre mí y sus ojos recorrieron lentamente mi cuerpo, oculto bajo las sábanas sedosas. Tenían un color verde más intenso que el de la noche anterior. Aquel jersey le sentaba de maravilla.

"Podrías intentar tentarme para que me quede...", sugirió con voz ronca. Sus vibraciones me recorrieron la columna vertebral y me hicieron arquear la espalda instintivamente.

Habíamos pasado toda la noche dándonos amor el uno al otro hasta que ambos sucumbimos a un intenso placer que nos dejó a los dos sin aliento, con las gargantas secas y los cuerpos llenos de huellas de dedos y dientes. Cuando me desperté esta mañana, apenas podía moverme, pero... Estaba lista para más. Con ganas.

Las sábanas se deslizaron ligeramente hacia abajo, revelando el suave color rosado de mis pezones donde se clavaron los ojos de Troy. Se inclinó hacia abajo y tiró de la sábana con los dientes. Su aliento contra mi pecho me hizo cerrar los ojos. Sentí el calor de su lengua rodeando un pezón y luego el otro. Solté un pequeño gemido, con la garganta apretada.

"Podría arriesgarme a llegar tarde...", dijo mientras sus dientes me rozaban.

"Mhmm", dije en un suspiro mientras él despegaba más las sábanas, su boca le seguía.

Su lengua recorrió el centro de mi abdomen y tuve que abrir los ojos para mirarle. Su rostro se cernió sobre mí y volvió a sonreírme, justo antes de que sus fuertes manos me agarraran los muslos y los separaran. Solté un grito ahogado.

El primer contacto de su lengua rozando mi clítoris, me hizo agarrar las sábanas a ambos lados. Dejé escapar un audible gemido de placer al sentir su lengua, me hizo vibrar hasta el fondo. Tuve un ligero espasmo y sus manos me sujetaron las caderas, inmovilizándolas contra la cama, mientras él seguía moviendo la lengua con movimientos largos y lentos. Gemí de desesperación.

Cuando su lengua se deslizó dentro de mí, grité y me retorcí, pero él me sujetó, haciéndome saber que no había terminado. Su pulgar rodeó mi clítoris, siguiendo el ritmo de sus besos. Me sentía

impotente ante sus caricias. Su boca. Tiré de las sábanas con tanta fuerza que amenazaban con salirse de las esquinas de la cama. Se me doblaron los dedos de los pies cuando solté un grito silencioso, tuve un orgasmo cerca de su boca hambrienta.

Me quedé allí tumbada temblando, incapaz de moverme, mientras él me soltaba lentamente y subía por la cama hacia mí. Se lamió los labios, como si estuviera saboreando mi gusto y casi me vuelvo a desmayar solo de verlo. Se cernió sobre mí.

"Ha merecido la pena correr el riesgo", me susurró en el cuello.

Me estremecí, como si me hubiera golpeado una réplica.

Me tapó con las mantas y me arropó suavemente. "Quédate", me dijo.

"¿Qué?", pregunté, confusa. "¿Y el trabajo?".

"Prácticamente es mediodía. Kathy probablemente piensa que estás haciendo recados para mí antes de que me vaya. Ve tarde o no vayas. No me importa. Sólo me gusta verte aquí en mi cama".

Me dio un beso en los labios antes de bajarse de la cama. Miró la hora en su reloj.

"¿En qué lío te has metido?". Le pregunté.

"He retrasado unos minutos la salida de dos aviones llenos de imbéciles de empresa", dijo sonriendo. "Sobrevivirán".

Negué con la cabeza y él se inclinó para darme otro beso.

"Como he dicho... merece la pena".

Se dio la vuelta y salió de la habitación, cogiendo su maleta al salir. Cuando oí cerrarse las puertas del ascensor, me tumbé de nuevo en la cama y dejé escapar un suspiro soñador. Me dormí con su olor. Kathy no me echaría de menos.

El día siguiente se prolongó lentamente, como el lento goteo de un grifo. Esta mañana, de camino al trabajo, tuve que recordarme a mí misma que no debía pasar por la cafetería, o al menos no pedir un Americano helado. Sentarse frente a la oficina vacía de Troy era deprimente. Ni siquiera necesitaba estar en la oficina, pero me daba algo que hacer. Un lugar adonde ir.

Troy no me había dejado nada que hacer, así que pasé la mañana escribiendo para el periódico de Erica. Su editor estaba aumentando el número de piezas, junto con su recuento de palabras. Dijo que mi primer artículo, el de muestra, había vendido más periódicos que en años. Me pregunté si mis fieles lectores se habían enterado de que volvía a escribir, aunque no fuera en forma de libros.

Me dio la confianza que me había faltado durante el último año. Incluso estaba acariciando la idea de escribir un nuevo libro, para gran entusiasmo de mi agente. No había hecho más que acosarme cada semana sobre cuál sería mi siguiente paso. Sentí que tenía suficiente material para escribir una serie completamente nueva, gracias a Troy. Probablemente la serie más picante.

Pensé en el pequeño festín que tuvo ayer antes de irse, me sonrojé, las palabras ya venían juntas en mi cabeza. La sensación de calor entre mis piernas. Estaba a kilómetros de distancia y aún me excitaba.

Cogí el móvil y decidí enviarle un mensaje: *Te echo de menos.*

Troy: *Yo también te echo de menos.*

Yo: *¿Qué echas de menos?*

Tres puntos rebotaron en la pantalla mientras esperaba ansiosamente su respuesta.

Troy: *Tu sabor y cuando tiemblas alrededor de mi boca.*

Apreté las piernas con fuerza. Los tres puntos volvieron a rebotar.

Troy: *La forma en que palpitas alrededor de mi polla cuando está enterrada profundamente dentro de ti.*

Miré alrededor de la oficina mientras mi cara empezaba a arder. Estaba jugando a un juego peligroso.

Troy: *La forma en que tus labios se ajustan a mi polla, acogiéndome.*

Sentí que iba a desintegrarme allí mismo, en mi escritorio.

Yo: *Me estás mojando.*

Troy: *Enséñamelo.*

Vuelvo a leer sus palabras. Tan exigentes. Se me ocurrió una idea. Me levanté rápidamente del escritorio y entré por la puerta abierta de su despacho, cerrándola tras de mí. Las persianas ya estaban bajadas. Rodeé su mesa y me quité la falda rápidamente. Me senté en la silla de su despacho y abrí las piernas para mostrar las bragas de encaje blancas y húmedas. Hice una foto y la envié antes de que pudiera cambiar de opinión.

Tres puntos. Esperé impaciente.

Troy: *Joder.*

Troy: *JODER.*

Yo: *Me voy a casa.*

Troy: *Estoy duro como una roca debajo de esta mesa.*

Troy: *¿Por qué me haces esto?*

Me reí, satisfecha con su respuesta.

Yo: *Tú te lo has buscado.*

Troy: *Tendrás problemas cuando llegue a casa.*

Yo: *No puedo esperar.*

Troy: *Eres una chica mala.*

Me levanté rápidamente la falda y me la volví a poner. Lo último que necesitaba era que Kathy viniera a hacerme preguntas. Volví a mi escritorio y abrí un nuevo documento de Word en el ordenador. De repente me sentí inspirada. Empecé a escribir y pronto tuve suficiente para dos capítulos de un libro.

Había quedado con Erica para comer. Me alegraba tener otra amiga en la ciudad a la que le gustara escribir. Como a mí. Era sólo porque ella era la hermana de Troy. Me alegro de que nos lleváramos tan bien.

Quedé con ella en otro restaurante de moda que había encontrado. Siempre conocía los mejores sitios porque era muy amiga del crítico gastronómico de su periódico y él siempre estaba probando los sitios nuevos. Este era de fusión asiática para llevar. Llevamos nuestras raciones de comida para llevar a un parque cercano y disfrutamos del sol que le faltaba desesperadamente a Nueva York. La primavera estaba a la vuelta de la esquina. Me moría de ganas. Parecía un nuevo comienzo.

Todo lo parecía. Con Troy. Las amistades. El trabajo. La ciudad.

"¿Entonces?", preguntó Erica con voz cantarina mientras daba un bocado a los fideos.

"¿Qué?", pregunté, enarcando una ceja, aunque sabía a dónde quería llegar.

"¿Cómo van las cosas con el idiota de mi hermano?".

"Bueno, ya no es idiota". Me reí.

"Gracias a Dios. Iba a repudiarle si estropeaba las cosas contigo".

Sonreí mientras me metía un mini rollito en la boca.

"¿Pero las cosas van bien entre vosotros?". Me dio un codazo.

"Bien. Muy bien", respondí, pensando en nuestros mensajes de antes. Me ardía la cara.

"Así de bien, ¿eh?", dijo, mirando el color rosado de mis mejillas.

"¡Para!", solté una risita. "Es tu hermano".

"Sí, lo sé. Qué asco".

"¡Tú has preguntado!".

Me sacó la lengua antes de apoyarse en el banco del parque, dejando que el sol cayera sobre su cara bronceada. Se parecía a su hermano. No la había visto hasta ese momento. Morena y de ojos verdes.

"Me alegro por él", dijo, como si hablara al cielo. "Te necesitaba, ¿sabes?". Se giró y me miró.

"No era feliz. Me di cuenta. Podía mentirme todo lo que quisiera y decirme que ésa era la vida que quería, pero yo lo sabía. Nunca estuvo destinado a ser un playboy, del tipo de Richie Rich. Troy siempre fue Troy cuando crecía. Amable con todos. Divertido. Inteligente. Entonces nuestro padre tuvo que ir y joderlo todo. A veces lo odio por eso".

Sus palabras me rompieron el corazón.

"Pero tú eres su lado bueno. No te habría conocido sin su trabajo. Sólo espero que no se quede para siempre. Se merece más. Merecía valerse por sí mismo".

"Lo merece", dije suavemente.

"De acuerdo". Ella aplaudió de repente. "Basta de seriedad. Háblame de tu próximo trabajo".

Le sonreí mientras le contaba mi relato corto sobre una chica de un pueblo pequeño que llega a la gran ciudad, pero con un giro que nadie ve venir. Me sentí bien cuando me entusiasmé con algo y confié en mis palabras.

Cuando volví a la oficina, había tres nuevos correos electrónicos esperándome en la bandeja de entrada. El primero era de un ejecutivo del sector tecnológico que me pedía una entrevista. El segundo era de un abogado financiero que me pedía lo mismo. El tercero era de un ejecutivo de publicidad. Otra vez lo mismo. Lo mismo. Hacía unos días que había enviado currículos con la esperanza de que alguien picara. Parecía que todos lo habían hecho.

Un correo electrónico incluso escribió:

Una asistente personal que duró más de unos meses con Troy Gunner. Estoy en el temor y la curiosidad absoluta. Tienes mi atención.

Estaba claro que su reputación le precedía y aunque no me gustaba precisamente, lo aceptaba. Todos tenemos pasado. Algunos más turbios que otros. El suyo, mucho más turbio que el mío, pero le quería igual. Todo nos había llevado el uno al otro. Incluso su ex mujer psicópata.

Mi emoción por los correos electrónicos duró poco cuando miré hacia su despacho vacío, imaginándomelo sentado allí con esa sonrisa suya mientras me miraba. Aceptar un nuevo trabajo significaba no estar aquí con él. De alguna manera ya le echaba de menos y eso que aún no había hecho la entrevista. Sólo llevaba un día de retiro y ya sentía que me faltaba una parte de mí.

Pero tuve que dejar a un lado esos sentimientos, sabiendo que el resultado de no trabajar juntos significaba estar juntos. Estar juntos

de verdad.

Capítulo 46

Troy

Mientras la limusina avanzaba por las iluminadas calles de Atlantic City, me quedé mirando por la ventanilla los carteles de neón y los casinos que se alineaban a lo largo de la concurrida calle. A mi alrededor, la música sonaba a todo volumen y los hombres estaban alborotados mientras nos dirigíamos a un club de striptease de lujo. Tenía cero ganas de ir, pero sabía que mi padre me haría preguntas si no lo hacía, cuando normalmente estaba delante y en el centro con billetes de cien dólares. Era mejor seguirle la corriente y apostarme junto a la barra, lejos de los hombres babeantes con demasiado whisky en el aliento.

Sentía que me asfixiaba en aquel coche, aunque tenía prácticamente la longitud de un autobús. Apenas podía mirar a mi padre sin sentirme mal físicamente. Estaba sentado al final del coche, justo en el centro, como a él le gustaba, con un puro en la mano. Odiaba lo engreído que parecía, sabiendo cómo había actuado en el restaurante del que acabábamos de salir cuando tenía a su mujer en casa, mi madre.

Al principio, parecía inocente. Teníamos una habitación privada con nuestros propios camareros. Me pregunté si había pagado extra para

que estas dos mujeres en particular nos atendieran. Ambas tenían el pelo rubio platino y la piel excesivamente bronceada de las cabinas de bronceado. Llevaban minivestidos negros ceñidos a la piel y al final de la noche, las manos de mi padre habían llegado a ambas.

Tuve que apartar la mirada, intenté ahogar sus risitas mientras se encaramaban a su regazo. El tipo tenía más del doble de su edad, pero ellas no lo veían así. Veían el dinero. La propina en metálico que recibirían al final de la cena.

El resto de los hombres del grupo lo animaron, como los cerdos que eran. Jeremy, especialmente, lo que me hizo querer golpearlo en la cara, porque de todos, él era el más cercano a la familia. Mi madre lo adoraba, pero, por otra parte, ella no tenía el mejor juicio de carácter. Podía verlo con mi padre.

Lo miré a través de la nube de humo de los puros, con los ojos llorosos por la neblina gris. No mostraba ningún remordimiento mientras los otros chicos le daban palmaditas en la espalda. Me hervía la sangre. Era un hipócrita. Siempre me echaba la bronca por mis relaciones dentro de la oficina o por mis aventuras pasadas con cualquier nueva modelo de Victoria 's Secret, diciendo que empañarían mi reputación. Pero, ¿y la suya? Seguramente, sus ojos y manos errantes eran peores cuando tenía una esposa en casa.

Era completamente desvergonzado. Era como si tratara de quitarse toda la atención de encima y echara todos sus defectos sobre mí. Suspiré frustrado y saqué el móvil del bolsillo de la chaqueta. Le envié un mensaje a Mónica, lo único que me mantenía cuerdo en este viaje y sólo habían pasado dos días: *Llévame a casa.*

Mónica: *¿Tan mal estas?*

Yo: *Peor.*

Mónica: *Lo siento, cariño.*

Yo: *¿Qué haces?*

Mónica: *Escribiendo* ☺

Yo: *Estoy orgulloso de ti. Te dejaré para que vuelvas a ello. Solo quería decirte que te echo de menos.*

Mónica: *Yo también te echo de menos.*

Sonreí y volví a meter el teléfono en el bolsillo, justo cuando la limusina se detuvo frente al club. Cuando el coche se detuvo, mi padre carraspeó, reclamando la atención que tanto le gustaba.

"Muy bien, chicos", dijo, con voz retumbante. "¡Estamos aquí para una cosa y sólo para una cosa!".

Todos le miraron, como si estuvieran pendientes de cada una de sus palabras. Me di cuenta de que el whisky le había afectado porque sus mejillas estaban sonrosadas contra el pelo gris de su barba.

"Tetas y culo", dijo, con la voz entrecortada y una gran sonrisa.

Los hombres gritaron y levantaron los puños, haciendo que la limusina se balanceara de un lado a otro. Puse los ojos en blanco y bebí un sorbo de bourbon.

"Cada uno de vosotros tiene cinco mil dólares para gastar esta noche". Chasqueó los dedos hacia Jeremy, que sacó varios sobres. Todos llenos de dinero. "Pensad en ello como un regalo por todo vuestro duro trabajo".

Los hombres vitorearon mientras cogían con avidez sus sobres de dinero y se los guardaban en los bolsillos. Cuando fui a coger el mío, sin intención de gastármelo en bailes eróticos, mi padre me guiñó un ojo.

“Una desgravación fiscal, ¿eh?”.

Me reí a medias y me metí el sobre en el bolsillo.

"Vámonos", gritó mi padre al salir del coche y el resto de los hombres salieron tras él. Yo me quedé atrás mientras entrábamos en el oscuro club, con las únicas luces de la barra y el escenario, que mostraban las dos cosas que querían vender. Alcohol y mujeres.

Todo era lujoso, desde el escenario negro brillante hasta el bar iluminado con lámparas de araña, donde se servían cócteles artesanales en cúpulas cubiertas de humo. Allí estaba yo. Observé cómo los hombres corrían a los reservados que había apalabrado mi padre y se sentaban con los ojos ávidos puestos en las mujeres que bailaban ante ellos, mientras yo me quedaba atrás y me sentaba en la barra.

"¿Qué te sirvo, guapo?", preguntó la camarera de pelo negro con remolinos de tinta negra en sus delgados brazos.

"Sorpréndeme, siempre que lleve bourbon".

Asintió y se puso manos a la obra, sacando todo tipo de mezclas de la estantería que tenía encima. Un momento después, mi bebida estaba servida en una copa de cristal llena de humo blanco. La levanté y sentí el olor a cereza, servida con un cubito de hielo y la marca del club grabada en él.

"Elegante", dije tomando la copa.

"¿Por qué no estás con el resto?", preguntó con curiosidad, mientras miraba al grupo con el que había entrado.

"No es lo mío", murmuré. "Al menos, ya no".

"Ahh, tienes una chica en casa". Sonrió.

No pude evitar devolverle la sonrisa.

"Tiene suerte", dijo. "Aquí se gana bien, pero los hombres son asquerosos".

Me reí entre dientes y di un sorbo a mi bebida. Mis ojos se abrieron de par en par. Era la mejor bebida que había tomado nunca. La mezcla perfecta de bourbon, humo y el dulzor de la cereza.

"Hostia puta", dije mirando mi vaso. "Esto es fantástico".

"Gracias".

"¿Qué demonios estás haciendo aquí?". Miré alrededor del club.

"Como dije, el dinero es bueno. Espero ahorrar y abrir mi propio local".

"Deberías", dije, tomando nota mental de dejar una generosa propina.

Ella era otro ejemplo de alguien que intentaba hacer algo propio. Algo que le gustaba. La admiraba por ello, a pesar de que tenía que

aguantar a los hombres mirones que le preguntaban cuándo iba a subir al escenario.

Últimamente tenía la sensación de que todo y todos me apuntaban en la dirección de dejar mi trabajo, la sombra de mi padre. Pero no sabía cuándo iba a dar el paso. Era una gran decisión y, la verdad, tenía miedo de dejar lo único que había conocido. Lo único por lo que había trabajado mientras crecía porque pensaba que era mi único camino. En ese momento sabía que no lo era.

Me volví de espaldas al bar y vi cómo mi padre extendía la mano y ayudaba a una pelirroja a bajar del escenario. Ella le sonrió seductoramente mientras él le metía un billete de cien dólares en el tanga antes de sentarse en el reservado y verla bailar. Su cuerpo se movía en oleadas, rozándose con él. Me ponía enfermo sólo de verla. Sorbí el resto de mi bebida y pedí otra.

Cuando me volví, la pelirroja conducía a mi padre a una sala situada al lado del escenario. Corrió las cortinas y desaparecieron tras ellas. Me volví hacia la camarera.

"¿Qué es esa habitación?". Hice un gesto de despreocupación con la cabeza, aunque tenía un nudo en el estómago.

"Oh, es para bailes eróticos más privados", dijo con aire entrecomillado.

No tuve que hacer más preguntas para saber que mi padre estaba a punto de cruzar mil líneas. Sentí que me hervía la sangre. Debería haberle parado. Casi lo hice, pero probablemente no era la primera vez que lo hacía y lo más probable es que no fuera la última. Mi pobre madre.

No podía quedarme allí más tiempo. Acabé dejando el sobre de dinero en efectivo sobre la barra cuando la camarera estaba ocupada preparando las bebidas. Esperaba que eso la ayudara a salir antes de allí.

Fuera del club, paré un taxi y volví al hotel para acostarme. Quería llamar a Mónica y desahogarme, pero no quería descargarme con ella a estas horas de la noche. Me acosté soñando con ella.

A la mañana siguiente, en la reunión, todo el mundo estaba resacoso, con los ojos enrojecidos y la sombra de las cinco de la tarde. Yo era el único que tenía mejor aspecto. Evité cualquier contacto visual con mi padre. Sabiendo lo que hizo anoche, tuve que reprimir las ganas de darle un puñetazo en la cara.

"¿Dónde te metiste anoche?", refunfuñó mientras tomaba asiento a mi lado.

"Volví al hotel".

"Coño", susurró Jeremy.

Le lancé una mirada que le hizo callar rápidamente. Mi padre se rió entre dientes, poniéndose claramente de parte de la opinión de Jeremy sobre mis dotes fiesteras.

"¿Te has divertido?", pregunté, mirando a mi padre.

"De hecho, sí. Gran club. Te lo perdiste".

"Lo dudo", murmuré.

"¿Hay algún problema, Troy?", preguntó.

"No. Ningún problema". Puse los ojos en blanco.

"Entonces empecemos la reunión". Golpeó la mesa con las palmas de las manos para llamar la atención del resto del grupo.

La reunión transcurrió lentamente mientras mi padre hablaba del futuro de su empresa y de las proyecciones para las que había que trabajar ya que habíamos entrado en el nuevo año. Me interesaba tanto como la química del instituto, que casi suspendí hasta que mi padre donó un nuevo gimnasio al colegio. Lo odiaba por eso. Siempre utilizaba su dinero y su poder para salirse con la suya.

Cuando la reunión se interrumpió para un descanso de quince minutos, mi padre me retuvo.

"Apenas has dicho una palabra. ¿Qué te pasa?", preguntó, reclinándose en su silla y estudiándome.

"Nada". Me encogí de hombros.

"Si no tienes nada que aportar, ¿por qué estás aquí?".

"Porque me lo exigen".

"Lamento que te hayan arrastrado hasta aquí en un jet privado", dijo, con la voz cargada de sarcasmo.

"¿Para qué? ¿Fingir que estas reuniones significan algo cuando sólo estamos aquí para emborracharnos y merodear a las mujeres como cerdos?".

"Oh, vaya. Mírate. Todo altanero y poderoso".

Me quedé callado.

"No, por favor, dime cómo has cambiado", se burló mi padre. "Esto es nuevo viniendo del tipo que se folla a todas sus ayudantes".

"No necesito esto", dije, levantándome de la mesa. "No necesito nada de esto".

"¿Qué significa eso?". Mi padre levantó una ceja.

"Me voy".

Empecé a caminar hacia la puerta.

"Troy, trae tu culo aquí", bramó mi padre.

Pero le ignoré mientras empujaba la puerta y pasaba junto a los demás, que fingían no haber oído nada, excepto Jeremy, que tenía una sonrisa en la cara. Al diablo con él. Al diablo con mi padre. Iba a coger el siguiente vuelo a Nueva York y no necesitaba un jet privado para hacerlo.

Capítulo 47

Mónica

"Mónica", dijo Connor, sonriéndome desde detrás del mostrador de la cafetería.

"Hola, Connor", dije, devolviéndole la sonrisa.

"No te he visto en toda la semana. Me preocupaba que tú y el señor Gunner hubierais encontrado una nueva cafetería o algo así".

"Nunca". Sacudí la cabeza y miré el menú, aunque ya sabía lo que iba a pedir. "Está fuera por negocios".

"Ahh, claro. Los negocios nunca duermen para ese tipo". Asintió con un gesto de silenciosa admiración.

Sonreí para mis adentros, preguntándome si eran los negocios los que le quitaban el sueño a él o a mí. Me obligué a no sonrojarme al pensar en nuestra última noche y mañana, juntos.

"¿Qué te pongo?", preguntó, mirándome con una sonrisa de curiosidad.

"Lo de siempre, por favor".

"Ahh, el especial Connor. Te ha enganchado".

"Desde luego que sí. Nunca pensé que vería el día en que Troy bebería algo más que su Americano helado".

"Mi objetivo es complacer", dijo, dándome la espalda y poniéndose a trabajar en la máquina de café espresso.

Deslicé un billete de veinte por el mostrador y me dirigí al otro extremo de la cafetería. Estaba abarrotada, como de costumbre, con su mezcla de hombres de negocios y madres que se ponían los leggings para hacer pilates por la mañana. Llevaba meses viniendo y me había convertido en una de las habituales.

Recordé la primera vez que vine con el pedido ridículamente preciso de Troy. Uno que había memorizado. Me había preguntado en qué me había metido esa mañana, sin saber que me llevaría a todo lo bueno que tenía.

Connor me llamó desde el mostrador y me acercó la taza blanca. Le di las gracias y salí por la puerta al aire de la mañana. Aún estaba fresco, pero ya no picaba tanto. Faltaban pocas semanas para la primavera y respiré lo último del invierno mientras me dirigía a la oficina.

Arriba, me senté en mi escritorio y abrí mis correos electrónicos. No había nada nuevo. Actualicé la página, pero seguía igual. Suspiré y me recosté en la silla. Ya estaba aburrida, a pesar de que acababa

de llegar. Eché un vistazo a la oficina. Todos estaban ocupados haciendo clic en los ordenadores de sus cubículos o contestando al teléfono. Me di cuenta de que lo único que hacía interesante este trabajo era mi jefe.

Troy me había recordado que no hacía falta que viniera si él no estaba, pero me resultaba extraño no venir a la oficina en un día laborable. Además, estar aquí me hacía sentir cerca de él de alguna manera.

Por suerte, Kathy apenas venía cuando no tenía a Troy para hacer de niñera o vigilarnos. Sabía que sospechaba de nosotros. No sabía si era por su reputación o porque éramos muy malos actores. La idea me hizo sonreír.

Me encantaban las miradas nerviosas que Troy me lanzaba cuando ella venía a husmear, o las miradas que me fulminaban cuando nadie más miraba. Echaba de menos esas miradas. Le echaba de menos.

Mientras estaba sentada en mi escritorio, me preguntaba si ser asistente personal de alguien que no fuera Troy sería lo que realmente quería. Una gran parte de la razón por la que no quería dejar el trabajo era porque significaba menos tiempo con él. Me había acostumbrado tanto a estar con él todos los días que odiaba la idea de no pasar tanto tiempo a su lado.

También sabía que si me iba a otro sitio, volvería a recuperar el café de alguien y a la tintorería. Troy me dejaba intervenir en las reuniones y dar mi opinión. La mayoría de los directores generales nunca lo permitirían. Sus egos eran demasiado grandes. Pero Troy lo aceptaba y me hacía sentir valorada. Mis pensamientos eran valorados.

Mi debate interno era porque todavía no había aceptado una entrevista para otro trabajo de asistente personal. Pensé que cuando Troy volviera, podríamos sentarnos y hablar de ello. Podría conocer sus opiniones sobre mis posibles nuevos jefes. Él conocería sus reputaciones y caracteres mejor que nadie. Sabía que, en el fondo, no quería que aceptara otro trabajo como asistente personal. Pero ambos sabíamos que tenía que hacerlo si queríamos estar juntos.

Era mejor para mí irme que para él en esta situación, aunque él tuviera su propia vida que resolver. Yo tenía mucho menos que perder si me alejaba. Él podría perderlo todo.

No dejaba de animarme a escribir más. Era bastante lindo, en realidad. Las noches que me quedaba a dormir, que eran casi todas, veía una de mis novelas en su mesilla de noche. Había comprado toda la estantería de la librería. Se me ponía la cara color de rosa al saber que estaba leyendo mis textos, sobre todo las escenas más explícitas.

Con su aliento y el paso del tiempo, sentí que volvía a ser la de antes. Gracias a Erica, me había demostrado a mí misma y al periódico, que aún podía escribir. Aunque no eran mis habituales novelas románticas, los mini misterios que escribía cada semana atraían a un público nuevo al periódico. Fue como un soplo de aire fresco probar suerte en un género diferente y ser aceptada con tanto entusiasmo en el campo del periodismo. Mis seguidores se habían enterado de que escribía para el periódico y para mi sorpresa, sus críticas eran positivas.

Mi confianza volvía a crecer. No podía negar que era escritora. Lo llevaba en la sangre. Sabía que tenía que volver a ello algún día. Puede que fuera más pronto que tarde.

Cuando no estaba escribiendo misterios, seguía probando suerte con algunos capítulos de un nuevo libro. Con Troy como inspiración, las palabras me salían fácilmente. Mi último libro se inspiró en el desamor y éste en un nuevo amor. Era dulce mezclado con dramatismo y pasión, muy parecido a nuestra relación y a cómo empezó.

No quería dar esperanzas a mi agente, pero ella sabía que estaba trabajando en algo. Le dije que necesitaba escribir sin la presión de los plazos, los títulos y las portadas. No estaba segura de querer llegar a ninguna parte, pero tenía tanta inspiración en mi propia vida que tenía que plasmarla en el teclado.

Y eso se lo tenía que agradecer a Troy.

Miré hacia su despacho y puse mala cara. Le echaba muchísimo de menos. Sólo llevaba unos días fuera y aún le quedaban unos días más de retiro. Por lo que había oído de él esta mañana temprano, no estaba bien. No entró en detalles y no quise curiosear. Sabía que me lo contaría cuando volviera. Sea lo que sea lo que estaba pasando entre él y su padre no era bueno.

Me alegré de que no me dejara de lado. Ya habíamos superado eso. Nos abríamos el uno al otro, en lo bueno y en lo malo. Eso era el amor y no podía creer que lo tuviera con él. Aún podía oír las palabras que salían de su lengua como una melodía susurrada que no podía sacarme de la cabeza. Sonreí mientras flotaban en mi mente.

De repente me sentí inspirada y estaba a punto de abrir los últimos capítulos de la novela en la que estaba trabajando cuando oí el paso rápido de unos tacones sobre el suelo de mármol que se acercaba por el pasillo. Me preparé para esperar a Kathy y cualquier asunto urgente que considerara necesario dejar sobre mi mesa, aunque me

alegraría tener algo que hacer para que el tiempo pasara más rápido. Levanté la vista y vi que no era Kathy, sino Verónica.

"Oh, gracias a Dios", dijo dramáticamente, llevándose la mano al corazón al verme.

Respiré hondo. Tenía el pelo revuelto de una forma que nunca pensé que la cantidad de laca que usaba le permitiría y los ojos inyectados en sangre. Su gabardina negra le colgaba de los hombros, dejando al descubierto sus prominentes clavículas. Tenía peor aspecto que nunca. Casi me sentí mal por ella, hasta que recordé todo lo que le había hecho a Troy.

"¿Qué quieres?", pregunté con frialdad, echándome hacia atrás en mi silla.

"¡Oh, Mónica! Es horrible", sollozó.

"¿De qué estás hablando?".

"¿No te has enterado?".

"¿Qué?". Mi voz estaba perdiendo su filo debido a la curiosidad.

"Troy ha tenido un... accidente". Ella gritó la última palabra.

Mi estómago se hundió hasta el último piso del edificio y aterrizó con un ruido sordo en el suelo del vestíbulo.

"¿De qué estás hablando?", pregunté, con los ojos escrutando los suyos en busca de respuestas.

Hacía unas horas que no sabía nada de él, pero supuse que sería porque estaba en conferencias o reuniones o tratando con su padre. Lo último que me había escrito era que tuviera un buen día y que me quería. Me pregunté si eso sería lo último que sabría de él. La idea me ponía enferma.

"Tienes que venir conmigo", dijo Verónica con insistencia, apoyando las palmas de las manos en mi escritorio mientras sus ojos se clavaban en los míos. Podía ver las lágrimas amenazando con caer.

Instintivamente, cogí el bolso del suelo y me agarré al escritorio, poniéndome en pie de forma inestable. Verónica asintió con impaciencia mientras miraba hacia el pasillo. Le temblaban las manos mientras se apartaba los mechones de pelo de la cara. Estaba a punto de acercarme a ella para intentar calmarla, aunque yo no lo estaba en absoluto, pero entonces se me ocurrió algo.

"¿Cómo sabes que ha tenido un accidente?", pregunté, enarcando las cejas.

Ella giró la cabeza hacia mí. La emoción de hace un momento fue sustituida por un destello de enfado que me pilló desprevenido.

"Sigo siendo su contacto de emergencia", espetó, antes de echarse a llorar.

Asentí con la cabeza. Me di cuenta. Quizá Troy se había olvidado de cambiar eso después de que se divorciaran. Parecía extraño, ya que se habían divorciado hacía años. Pensaba que él habría puesto a Erica al principio de su lista. Pero no tenía tiempo para cuestionarlo. No importaba lo que sintiera por Verónica, sabía que tenía que dejar mis sentimientos a un lado si quería llegar a Troy.

"Tienes que venir conmigo", me suplicó, tendiendome la mano. "El accidente... es malo. Realmente malo".

"¿Qué ha pasado? ¿Está bien?".

"¡Sólo ven!", dijo, con voz chillona.

Sin ninguna respuesta, mi cabeza se inundó de pensamientos sobre el crujido del metal de los coches y el humo del jet privado ennegreciendo el horizonte de Nueva York. Mi visión entraba y salía de la negrura. Troy no. Por favor, se lo supliqué. Pensé que iba a vomitar. Mis piernas amenazaban con fallar. Tenía que llegar hasta él. Sólo esperaba no llegar demasiado tarde.

Verónica miraba impaciente por el despacho mientras yo intentaba mover los pies. Sentía como si tuvieran pesas atadas a ellos, haciendo que mis movimientos fueran lentos. Cuando di la vuelta a la mesa para seguirla, me hizo un gesto con la cabeza y me cogió de la mano para que la siguiera. Todo estaba borroso cuando me condujo a través de la oficina hasta el ascensor. Juraría que oí a Kathy decir mi nombre desde su despacho, pero no estaba segura.

Mi cerebro estaba nublado. Lo único que tenía en mente era llegar a Troy.

Capítulo 48

Troy

El avión traqueteó y retumbó al aterrizar en la pista, la mujer que estaba a mi lado se agarró con fuerza al reposabrazos. No le gustaba volar, según me dijo cuando salimos de Nueva Jersey. A pesar de que el vuelo duró poco menos de una hora, estuvo agarrada a mi brazo todo el tiempo, soltando pequeños jadeos ante cualquier forma de turbulencia. Tuve que reprimir una sonrisa. Supuse que eso era volar en clase turista.

Pero no importaba. Cualquier cosa era mejor que seguir en Atlantic City con mi tramposo, hipócrita y egoísta padre. Después de nuestra gran metedura de pata, dudaba que pudiéramos volver a estar en un buen lugar, si es que alguna vez lo estuvimos para empezar. Todavía podía oír su voz resonando en mi cabeza cuando salí de la sala de reuniones tan enfadado. Pero sacudí la cabeza para liberarme de ella. Estaba en casa a un paso más cerca de ver a Mónica.

El avión se detuvo y la mujer que estaba a mi lado me despegó lentamente cada dedo como si su piel se hubiera fundido con la mía. La miré, con la cara sin color.

"Lo has conseguido". Asentí con ánimo.

"Apenas", dijo con una débil sonrisa.

“¿Qué te trae a Nueva York?”.

"Mi novio. Aunque la próxima vez vendrá conmigo".

Me reí.

"¿Y tú?", preguntó mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad.

"Yo vivo aquí. Voy de camino a ver a mi novia".

Aunque nunca había pronunciado la palabra, me pareció bien. Mónica y yo no habíamos establecido exactamente cuál era nuestra relación, pero nos queríamos. Estaba bastante seguro de que eso significaba que era mi novia. Hacía tanto tiempo que no me encontraba en una situación así. Todo parecía muy de secundaria, pero estaba feliz.

Feliz de que por fin pudiéramos estar juntos.Tuve que pelearme con mi padre para llegar hasta aquí, pero había merecido la pena. Por fin me había liberado de él y sólo tenía que dejar mi puesto de trabajo en la empresa. Entonces Mónica y yo podríamos estar juntos de verdad, sin reglas ni juicios.

Por mí, mi padre podía quedarse con la empresa. Me dijo una y otra vez cómo podía dirigirla mejor, así que era su oportunidad. No me di cuenta de lo fácil que sería dejarlo ir, hasta que me di cuenta de lo poco que significaba para mí.

"Bueno, tiene suerte de tenerte. No creo que hubiera superado el vuelo sin ti".

"Feliz de ser útil". Me reí entre dientes.

El resto de los pasajeros empezaron a bajar y yo me deslicé fuera de la fila de asientos, siguiéndola. Saqué su bolsa del compartimento superior y se la entregué. Me di cuenta de que en el bolsillo lateral asomaba la cubierta de un libro que me resultaba familiar. Sonreí.

"¿Cómo es el libro?", le pregunté, mirando su bolso mientras bajaba el mío.

"Es muy bueno. No podía dejarlo".

Claro que no podía. Mónica lo había escrito."Es una autora fantástica", le dije.

"¿Lees romántica?".

"Conozco a la autora, pero sí, leo sus cosas".

Sus ojos se abrieron de par en par. "Es increíble. Es una de mis autoras favoritas".

Sonreí, sintiéndome orgulloso.

"Tengo que preguntar...", empezó titubeando.

"¿Sí?", pregunté con curiosidad.

"¿Es su vida tan romántica como sus libros?".

"Creo que sí".

Y yo esperaba que fuera verdad, desde que entré en su vida. Sabía que había tenido un año difícil y yo no ayudé. Pero esperaba que en ese momento fuera feliz. Eso era todo lo que quería para ella y quería ayudar para que lo fuera. Quería ser la persona junto a la que se despertara y se durmiera. Quería ser quien la llevara en jets privados a islas privadas, pero también quien disfrutara de cerveza barata y pizza en el suelo de mi salón. Quería ser la persona con la que pudiera hablar cuando se sintiera perdida o no lo suficientemente buena en su mundo de escritora. Quería ser su mayor apoyo. Quería amarla plenamente, abiertamente y en voz alta.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, como si estuviera sumando dos más dos. "Bien".

Cuando bajamos del avión, me despedí con la mano y me dirigí por el largo pasillo hacia la salida del aeropuerto, abriéndome paso entre la multitud de viajeros. En la acera, llamé a un taxi y me senté en el asiento. Le dije al conductor que se dirigiera a la oficina, donde suponía que estaría Mónica. Le había dicho que no hacía falta que fuera, pero ella insistió. Su ética de trabajo era algo que admiraba y que nunca había encontrado en una compañera.

No había hablado con ella desde primera hora de la mañana. Después de tomar la decisión de abandonar el retiro antes de tiempo tras la pelea con mi padre, pensé que podría darle una sorpresa. Tal vez incluso podría convencerla para que saliera temprano del trabajo y viniera a casa conmigo. Lo único que quería era estar encerrado en mi apartamento con ella, lejos del resto del mundo, olvidando los pensamientos sobre el futuro. Era algo que resolvería más tarde.

El taxi se detuvo en la acera del edificio de piedra, que me pareció más gris que nunca. Nunca me había gustado tanto ese edificio. Era demasiado duro. Demasiado frío. No era cálido. Se parecía mucho a mi padre. Al atravesar el amplio vestíbulo con sus relucientes suelos de mármol, miré la gran foto que colgaba detrás del mostrador de recepción. Hice una leve mueca.

Mi padre y yo nos habíamos hecho esa foto cuando inauguré la empresa de fondos de cobertura. Mi madre insistió en que nos hiciéramos un retrato juntos para conmemorar la ocasión, pero fue mi padre quien insistió en que colgara en el vestíbulo. Probablemente era su forma de decir que también era suyo, de reivindicarse. No era porque estuviera orgulloso de estar junto a mí, su hijo. Era para decir que yo no tendría nada de esto sin él. Pronto podría sustituir el retrato por uno de él solo.

Subí por los ascensores, que parecía que subían tan despacio que iba a estallar. Hacía sólo unos días que no veía a Mónica, desde que la deje en mi cama, la recordaba envuelta en mis sábanas, estaba ansioso por llegar a ella. La había echado de menos y tenía toda la intención de decírselo. Mostrárselo. Si conseguía que viniera conmigo antes de que empezara su hora de comer. Si me echaba tanto de menos como yo a ella, no me costaría mucho convencerla.

Entré en la oficina, evitando las miradas que me dirigían, los que se preguntaban por qué estaba aquí y no en el retiro. Caminé por el pasillo hacia mi despacho y la mesa de Mónica, pero me detuve en seco al ver que ambos estaban vacíos. Curioso, eché un vistazo al despacho pero no la vi. Vi que la pantalla de su ordenador seguía encendida, lo que significaba que no estaba lejos, pero me di cuenta de que su bolso había desaparecido. Miré el reloj. Eran casi las once de la mañana. Quizá se había ido a comer temprano.

Decepcionado por mi sorpresa fallida, volví a la oficina en busca de la única persona que probablemente sabría dónde estaba. Llamé a la puerta de la oficina de Kathy y ella levantó la vista sorprendida cuando me vio.

"Troy. ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en el retiro", dijo, confundida.

"Me fui antes de tiempo", dije, sin dar explicaciones.

"Pero tu padre...".

"Sigue en Atlantic City haciendo lo que mejor sabe hacer".

"Pero…".

"Olvídalo. Necesito saber dónde está Mónica".

"Se fue hace como quince minutos".

"¿A dónde iba?".

"No lo sé, pero no te va a gustar con quién se fue...". Kathy frunció el ceño.

"¿De qué estás hablando? ¿Con quién se fue?".

"Con Verónica".

"¿Verónica? ¿Como mi ex mujer, Verónica?".

Kathy asintió secamente. Sabía que despreciaba a Verónica, que era lo único que me gustaba de ella.

“¿Por qué?”, pregunté, confuso.

"No lo sé, pero parecía urgente. Intenté detenerla, pero ya se habían colado en el ascensor. “Verónica…”, dijo Kathy pensativa, como si recordara algo.

"¿Qué? ¿Qué pasa con ella?", pregunté, sintiendo que el pánico me crecía.

"Parecía apagada. No lo sé, Troy...".

A medida que mi pánico aumentaba, mi estómago se hundió y un mal presentimiento se instaló en mí. ¿Qué demonios hacía Verónica aquí? ¿Y por qué Mónica se fue con ella? Sabía de lo que era capaz Verónica y el infierno en el que había convertido mi vida últimamente. No tenía sentido que fuera con ella a ninguna parte.

Salí rápidamente del despacho de Kathy y me dirigí al mío, marcando el teléfono de Verónica por el camino. Sonó varias veces, cada trino se prolongaba hasta el siguiente. Finalmente, oí el clic de una respuesta en la otra línea.

"¿Verónica? Hola?", dije, intentando mantener la calma.

"Hola, Troy", contestó con una voz que me produjo un escalofrío.

"Verónica. ¿Dónde está Mónica?".

"Oh, está aquí mismo", dijo con una satisfacción sarcástica, como si fuera un gato manoseando un juguete.

"Pásamela".

"Oh, no lo creo".

"Maldita sea, Verónica. Pásamela".

"Si no puedo tenerte, entonces nadie puede...". Su voz era fría y jadeante, me detuvo en seco.

Entonces se oyó un clic que puso fin a la llamada. Miré el teléfono y me di cuenta de que me temblaba la mano. Intenté llamar a Mónica, pero saltó el buzón de voz.

"Mierda", grité, haciendo que el resto de la oficina levantara la vista con curiosidad. Me dio igual.

Corrí por el pasillo hasta mi despacho. A toda prisa, me senté en mi escritorio y llamé a la policía. Rápidamente les conté todo lo que había pasado con Verónica y que posiblemente era peligrosa. Les conté que se había llevado a Mónica a algún sitio y que probablemente no había sido por voluntad propia. No parecía que me estuvieran tomando en serio, así que solté mi nombre y eso llamó su atención. Una vez que me aseguraron que harían todo lo posible por ayudarme, colgué e intenté pensar en mi siguiente paso.

Me senté en mi escritorio sin poder hacer nada, repasando todos los lugares a los que Verónica podría estar llevando a Mónica, pero no se me ocurría nada significativo. Entonces se me ocurrió algo. Encendí el ordenador, dando golpecitos impacientes con el pie mientras la pantalla de bienvenida aparecía lentamente en la

pantalla. Una vez iniciada la sesión, abrí inmediatamente la función Buscar mi iPhone para rastrear el teléfono de Mónica. Era una función que hacía utilizar a todos mis asistentes personales, aunque yo nunca la había usado hasta ese momento. Respiré hondo cuando vi el pequeño parpadeo en la pantalla moviéndose por la interestatal.

¿Adónde diablos iban? No tenía ni idea de cuál era el plan de Verónica, pero sabía que no podía ser bueno. Además, sabía que no podía quedarme aquí sin hacer nada. Conecté el dispositivo de rastreo a mi teléfono antes de salir corriendo de mi despacho. Esperaba poder llegar a tiempo. Para qué necesitaba llegar a tiempo, no lo sabía, pero con la forma en que Verónica había estado actuando últimamente, no podía ser bueno.

Capítulo 49

Mónica

Mientras bajábamos en silencio por el ascensor, no dejaba de mirar a Verónica, que estaba de pie en un rincón, mirando el suelo negro y brillante. Se mordía las cutículas hasta dejarlas hechas jirones. Debía de estar tan preocupada como yo, porque su aspecto era desastroso. Su abrigo se esforzaba por tapar su camiseta blanca, arrugada y holgada, que colgaba sobre sus vaqueros desteñidos. Tenía tantas preguntas que hacerle sobre Troy. ¿Qué le había pasado? ¿Cuál era su estado? ¿Dónde estaba?

Estaba a punto de abrir la boca para hacer las preguntas que martilleaban mi cabeza, pero sonó el ascensor y se abrieron las puertas del vestíbulo. Ella salió rápidamente y me hizo un gesto para que la siguiera. El tintineo de sus tacones, lo único que la caracterizaba, resonaba mientras caminábamos. Apenas podía seguirla.

"Señorita Mews", llamó la recepcionista desde detrás de la gran losa de mármol que era su escritorio, mirándonos con un rastro de preocupación.

Verónica no la oyó o la ignoró y siguió caminando. Noté que el guardia de seguridad de la puerta movía los pies inseguro mientras nos miraba acercarnos.

"Señorita Mews", volvió a llamar la recepcionista, con más urgencia.

Agarré suavemente a Verónica del brazo y la giré hacia mí. Se dio la vuelta tan deprisa que me pilló desprevenida y la mirada que me dirigió fue desconcertante. Me tambaleé un poco hacia atrás.

"¿Qué?", me espetó impaciente.

Señalé con la cabeza a la recepcionista, que rodeaba su mostrador y caminaba hacia nosotros con cautela a cada paso.

"Sabes que no deberías estar aquí", dijo la recepcionista con cautela.

"¡Claro que no!", gritó Verónica.

"El señor Gunner dejó explícitamente claro que ya no se te permitía entrar en el edificio". La recepcionista levantó las manos en señal de defensa, como si dijera que sólo era la mensajera.

Miré de la recepcionista a Verónica, mordiéndome nerviosamente el interior de la mejilla. Sabía que Troy había prohibido la entrada de Verónica a su edificio después de todo lo que había hecho, pero no me había dado cuenta de que dio las mismas órdenes aquí. Tenía sentido, pero no podía permitirme que Verónica se dejara llevar por la seguridad cuando no tenía respuestas sobre Troy.

La cara de Verónica se contrajo en algo malicioso, pero antes de que pudiera decir las palabras desagradables que seguramente tenía en la punta de la lengua, me interpuse entre las dos mujeres.

"No volverá a ocurrir", le aseguré a la recepcionista.

Miró de mí a Verónica, con cara insegura y finalmente asintió. Miró hacia las puertas en una súplica silenciosa para que nos fuéramos. Conduje a Verónica hacia las puertas de cristal y nos abrimos paso hacia la calle con el aire fresco del exterior. Si no sintiera que me asfixiaba, el aire fresco habría sentado bien a mis pulmones, pero seguía sintiéndolos como si me los estuvieran apretando con fuerza con un puño.

Verónica miraba a lo largo de la calle y se pasaba la mano por el pelo, que parecía no haberse cepillado en días. Le puse suavemente la mano en el antebrazo.

"Verónica...", empecé.

Parecía estar murmurando algo para sí misma, algo que no entendía. Me esforcé por distinguir algo, pero no lo conseguí porque su voz se perdía en el tráfico de la ciudad a última hora de la mañana.

"Verónica", dije con más urgencia, más alto, llamando por fin su atención.

Se volvió hacia mí como aturdida.

"¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Troy?", le pregunté.

Sus ojos se abrieron ligeramente antes de agarrarme con fuerza de los brazos.

"Oh, es horrible. Horrible. Tenemos que llegar a él cuanto antes".

Seguía sin responder a mis preguntas, pero supuse que estaba en estado de shock. Sabía que se preocupaba por Troy, probablemente más de lo que él o yo preferiríamos, pero no podía culparla. Él era Troy. Ella lo amó una vez, lo suficiente como para casarse con él. Aunque ya no estaban juntos, podía ver el dolor que aún había en ella. No justificaba lo que le había hecho a él o a mí, pero en este momento, no iba a hacerla sentir peor de lo que ya se sentía.

"Intentaré llamarle", ofrecí, tirando de mi bolso delante de mí.

"¡No!", gritó Verónica frenéticamente.

La miré interrogante, mientras mi mano se congelaba en el bolso.

"No importa. Se destruyó en el accidente", dijo con la voz entrecortada.

Choque. De repente me sentí mal. Pensé que iba a vomitar allí mismo, en la acera. El crujido del metal me llenó los oídos mientras intentaba bloquear las imágenes que amenazaban con arruinarme. Un coche. Un avión. No lo sabía, pero sabía que un accidente no era bueno.

"Vamos", dijo, cogiéndome de la mano y guiándome por la acera. Miró de izquierda a derecha mientras pasábamos unas manzanas y varios parquímetros. Me pregunté si sabría siquiera adónde iba y entonces se detuvo ante un deportivo rojo. Rebuscó en su pequeño bolso y sacó las llaves, pulsó el botón y abrió las puertas. Se dirigió al lado del conductor y se deslizó dentro del coche.

"Sube", dijo mirando hacia la puerta.

Algo me decía que no lo hiciera, pero mi preocupación por Troy se impuso a cualquier otro sentimiento y entré por el lado del acompañante.

En cuanto estuve dentro, Verónica cerró las puertas y giró rápidamente el contacto. Vi cómo le temblaban las manos al ponerlas sobre el volante. Me puse el cinturón de seguridad con ansiedad y agarré el tirador de la puerta del coche, preparándome para lo que viniera. Sin mirar el tráfico que se aproximaba, salió de la acera con un chirrido de neumáticos resonando en mis oídos.

"¿Estás bien para conducir?", pregunté insegura.

"Estoy bien", contestó.

La observé mientras se abría paso entre el tráfico a una velocidad muy superior a la permitida. Me pregunté si Troy estaría en el hospital o si seguiría en el lugar del accidente. Internamente, rogaba que estuviera en el hospital siendo atendido, rogaba que aún estuviera vivo. Odiaba que Veronica no me diera ninguna respuesta y dejara que mi mente se llenara de pensamientos aterradores.

"¿Puedes decirme dónde está, por favor?". pregunté en voz baja.

Verónica miró fijamente al frente, apenas parpadeando. Podría haber pensado que estaba congelada si sus manos no estuvieran girando el volante.

"Verónica...". Lo intenté de nuevo.

Nada.

"Sólo quiero saber si está bien", dije, apenas en un susurro. "Necesito saber si está bien".

Todavía nada.

Empecé a sentir que la inquietud se apoderaba de mí y helaba la sangre que corría por mis venas. Algo no iba bien. Dejé de mirar a Verónica y miré por la ventanilla hacia la mancha de árboles que pasaba. Estaba entrando en la interestatal. No tenía sentido. Si Troy siguiera en Nueva Jersey, cogeríamos un vuelo hasta él. Si de alguna manera estuviera aquí, en Manhattan, no saldríamos de la ciudad, sino que nos dirigiríamos a un hospital. Nada de esto tenía sentido.

A medida que la realidad de mi situación se hundía, una gran parte de mí se sintió aliviada ante la posibilidad de que Troy estuviera realmente bien y que la mente enferma de Verónica hubiera ideado una mentira extravagante para conseguir que me fuera con ella. Otra parte de mí se sentía tonta por haberla creído, por haberme subido a un coche con ella. Mientras miraba por la ventanilla la ciudad que se desvanecía en la lejanía del retrovisor, me preguntaba adónde demonios me llevaba.

"Troy está bien, ¿verdad?", pregunté, intentando mantener la calma en mi voz, pero me traicionaba el temblor de mis nervios.

Verónica me ignoró.

"Por favor, al menos dime que está bien. Es lo único que me importa".

Me lanzó una mirada y negó con la cabeza. "Tú no le quieres como yo", susurró, volviendo la cara hacia la carretera. "Nunca le querrás como yo".

Verónica pisó a fondo el acelerador, haciendo que el coche fuera aún más rápido por la interestatal. Miré el velocímetro y estaba cerca de los noventa por hora. Los coches que pasábamos nos tocaban el claxon, pero el sonido se desvanecía rápidamente a medida que aumentaba la distancia entre nosotros.

"¡Más despacio!", grité, agarrando la manilla de la puerta con los nudillos blancos.

Juraría que sonreía mientras agarraba con fuerza el volante.

"¡Verónica! Detente". Me acerqué y la agarré del brazo, pero me lo quitó de un tirón. El coche se desvió a la izquierda y cerré los ojos, preparándome para chocar con otro coche. Pero no fue así. Verónica enderezó el coche y siguió recto, apenas inmutada por el accidente en el que casi nos habíamos metido.

Empecé a respirar hondo, intentando calmar la oleada de pánico que me invadía la cabeza. Tenía que pensar en algo. Tenía que salir de aquí. Pero a medida que el coche ganaba velocidad y se alejaba de la ciudad, cualquier salida empezaba a parecer imposible.

Apreté el bolso contra el estómago y entonces recordé que tenía el teléfono. Miré a Verónica con recelo mientras apartaba la mano de la puerta del coche y metía lentamente la mano en el bolso. Tanteé el bolso grande, un regalo de Troy, con los dedos desesperados por sentir la elegancia de mi teléfono. Finalmente, lo encontré e intenté desbloquearlo en la oscuridad del bolso.

Lo intenté varias veces y fallé. Solté un sollozo silencioso. Verónica me miró de repente y bajó la vista hacia mi mano en el bolso. Me lo arrancó de las manos, el teléfono con él y lo tiró al asiento trasero.

"Buen intento", se burló.

Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos. Estaba indefensa. Acababa de perder mi única forma de conseguir ayuda. ¿O no? Miré la puerta y el botón de la ventanilla. Me acerqué rápidamente y lo pulsé. Saqué la mano por la ventanilla y la agité frenéticamente, esperando que alguien me viera, pero los coches que pasábamos no eran más que borrones de colores. Íbamos demasiado deprisa.

Sentí que la ventanilla se cerraba con fuerza contra mi muñeca y solté un aullido de dolor. Miré a Verónica, que sonreía mientras mantenía pulsado el botón de su lado del coche.

"¡Para! Por favor, ¡para!". Grité de dolor, intentando apartar el brazo de la mordedura de la ventanilla.

Tras varios segundos disfrutando de mi tortura, bajó la ventanilla y me soltó el brazo. Lo sostuve contra mí, frotándome la impresión roja que el borde de la ventana había dejado en mi piel. Sentí que se me humedecían los ojos, no por el dolor, sino por estar atrapada aquí con ella. Intenté parpadear, negándome a que viera cómo me destrozaba. Intenté mantener la cordura.

Oí el sonido de un teléfono. Miré hacia el asiento trasero, donde estaba mi bolso, pero me di cuenta de que no era mi teléfono el que sonaba. Verónica acercó su teléfono a la oreja, manteniendo una mano en el volante. Esforcé los oídos para escuchar mientras el coche se tambaleaba entre los carriles.

"Si yo no puedo tenerte, entonces nadie puede...", fueron las únicas palabras que pude distinguir entre el martilleo de mi cabeza.

Me di cuenta de que era Troy el que estaba al otro lado de la línea. El corazón se me subió a la garganta y rompí a llorar, sabiendo que estaba vivo y bien. Aspiré un aliento tembloroso antes de soltar un grito estridente. Pero Verónica ya había colgado y mi grito de auxilio había caído en saco roto. Verónica echó la cabeza hacia atrás y se rió de mi desesperación. Fue una risa que me recorrió el cuerpo y me puso la piel de gallina.

Capítulo 50

Troy

Me levanté del escritorio, con los ojos pegados a la pantalla del teléfono, mientras caminaba por el pasillo en dirección a los ascensores. Las palabras crípticamente frías de Verónica se repetían en mi mente. Pude ver que el parpadeo de la pantalla seguía avanzando por la interestatal, alejándose de la ciudad y ganando velocidad. Me pasé la mano por el pelo, estresado, mientras pensaba en cómo podría llegar hasta Mónica. Pasé por delante de la puerta de Kathy para ir a los ascensores, intentando pensar en un plan.

"¿Troy?", gritó con curiosidad.

"Tengo que irme", dije, apenas deteniéndome.

"Por favor. Háblame". La preocupación en su voz me cogió desprevenido. Reduje la velocidad de mis pasos.

"Estás blanco como un fantasma", dijo, caminando hacia mí.

"Creo que Mónica tiene problemas".

Tragó saliva al notar la seriedad de mis palabras. Me miré a los pies y negué lentamente con la cabeza.

"No puedo perderla", susurré, sintiendo que los ojos me ardían por las lágrimas que amenazaban con caer. Parpadee. Odiaba dejar que Kathy me viera así, pero mis emociones estaban sacando lo mejor de mí. Mis miedos me estaban consumiendo.

"La quieres, ¿verdad?", preguntó casi en un susurro.

Miré a Kathy y vi una simpatía cómplice en sus ojos. No había ninguna satisfacción sarcástica en saber que tenía razón al decir que estábamos juntos en secreto, por muchas veces que hubiera intentado pillarnos o delatarnos ante mi padre. No, había comprensión en sus ojos. Me pregunté si era porque ella también amaba a alguien que no podía tener. A mi padre. No podía dejar que ese pensamiento me afectara.

No cuando la mujer que amaba estaba en peligro y yo no podía hacer nada para impedirlo en ese momento. Nunca me lo perdonaría si algo le pasara. Yo la había traído a este mundo de problemas, había traído a esa mujer horrible a su vida. Verónica le hizo la vida imposible en la gala, en mi apartamento, y en este momento, esto. Pensé que había hecho lo que podía para proteger lo nuestro. Aún así, no era suficiente.

Y después de todo lo que había pasado con su propio acosador, Mónica debía de estar aterrorizada. Me odiaba por eso.

"Sí". Asentí lentamente, secándome los ojos con el dorso de la mano.

Kathy me puso la mano en el hombro, dándome un suave apretón. "¿Qué puedo hacer?", preguntó, con la mirada fija.

"Llama a un helicóptero y date prisa".

Asintió y se apresuró a entrar en su despacho. La miré mientras cogía el teléfono y marcaba rápidamente. Volví a mirar el teléfono, sintiéndome impotente mientras el parpadeo de la pantalla se alejaba de la ciudad. Oí el clic del teléfono sobre su mesa. Eso fue rápido.

"He conseguido que un helicóptero de tu padre baje en los próximos veinte minutos hasta el embarcadero del East River. Tienes que irte ya", dijo Kathy después de colgar el teléfono.

"Gracias", dije asintiendo con la cabeza.

"Ten cuidado, Troy", dijo en voz baja.

Probablemente fue lo más bonito que me dijo desde que la conocí. Entré en el ascensor y bajé al vestíbulo, pensando en lo que pasaría. Si hubiera llegado antes, habría podido detener el plan de Verónica. Podría haber hecho algo antes, como alejar a Verónica de mí y de mi familia, para eso tuve mucho tiempo. O dejar este trabajo. O enfrentarme a mi padre. O luchar por Mónica desde el principio. Los "hubiera", "hubiera" y "hubiera" no me ayudarían. Sacudí la cabeza y salí por las puertas abiertas del ascensor.

Cuando me dirigía a las pesadas puertas de cristal que Mónica había atravesado hacía menos de media hora, sentí que la recepcionista me miraba con recelo.

"¿Por qué no me hablaste de Verónica? Debería haber sido lo primero que me dijiste cuando entré esta mañana", dije, volviéndome contra ella.

"Yo...". Parecía enferma de inquietud.

"¡Creía que teníamos medidas de seguridad!". dije bruscamente, apenas frenándome.

"Señor Gunner, intenté detenerlos. Pero Mónica...".

"¿Mónica qué?", pregunté, suavizando la voz. A lo mejor tenía alguna pista de adónde se dirigían. Cualquier cosa ayudaría.

"Mónica se fue con ella. Parecía dispuesta...", se encogió de hombros.

Me pregunté qué le habría dicho Verónica para convencer a Mónica de que se fuera con ella. Estaba segura de que se le había ocurrido algo diabólico, por desgracia, Mónica había caído en la trampa. No podía culparla. Verónica era una mujer intrigante.

"Bueno, ¿tienes idea de adónde se dirigían?".

Sacudió la cabeza.

"¿Dijeron algo?".

"No, señor".

"¿Qué dirección tomaron?".

"No lo sé".

Inútil. Completamente inútil. Suspiré frustrado.

"Esa mujer es peligrosa. Debería hacer que la despidieran. Y tú...", señalé al guardia de seguridad de la puerta, que se miró los pies.

Ya no tenía tiempo que perder aquí. Salí por la puerta, llamé a un taxi, me metí dentro y le di la dirección del muelle. No estaba lejos, pero el tráfico sumaba minutos. No perdía de vista la pantalla de mi teléfono y mi reloj, preocupándome a medida que pasaban los minutos y aumentaban los kilómetros que nos separaban a Mónica y a mí.

Treinta minutos después, llegamos al muelle. Hice que el taxi me dejara lo más cerca posible de la plataforma de aterrizaje, que estaba atestada de tráfico de otros helicópteros. Corrí por la pista, con el viento ensordecedor de otras aeronaves azotándome el pelo. Busqué frenéticamente el elegante helicóptero negro de mi padre. Por fin lo vi al final de la pista.

Aceleré el paso, ignorando los gritos de advertencia de los demás pilotos y de los directores de pista. No me importaba nada más que llegar hasta Mónica. Divisé al piloto dentro del helicóptero, apresurado por hacer sus comprobaciones de seguridad. Llamé a la ventanilla, sobresaltándole.

"¡Tenemos que irnos!". Grité a través de la ventana.

Saltó del helicóptero y se dirigió al otro lado para abrir la pesada puerta. Me deslicé dentro, me puse el cinturón de seguridad y me coloqué los auriculares.

"¿Cuál es nuestro destino, señor Gunner?", preguntó el piloto mientras se acomodaba en el asiento de al lado.

"No estoy seguro".

Me miró, confuso.

"Necesito que siga este mapa". Levanté mi teléfono y le mostré el seguimiento en pantalla. "¿Puedes hacerlo?".

“Sí”. Asintió.

Se puso el cinturón de seguridad y apretó el acelerador, los rotores sobre nosotros zumbaron más rápido mientras levantaba el helicóptero de la pista con facilidad. Pronto sobrevolamos el río y nos dirigimos a la interestatal. Podía ver que Mónica estaba a kilómetros y kilómetros por delante de nosotros, pero viajar por aire acortaría la distancia rápidamente.

Cuando la distancia entre nosotros se hizo menor, todavía podía ver que se movían rápidamente. Demasiado rápido para un taxista. Verónica debe estar conduciendo. Cerré los ojos, intentando bloquear la imagen de su pequeño deportivo rojo estrellado contra otro coche del muro de la interestatal, con Mónica dentro. La idea me revolvió el estómago. Tenía que llegar hasta ella antes de que Verónica hiciera algo verdaderamente estúpido.

Pronto pude ver desde mi teléfono que estábamos prácticamente encima del punto rojo que había estado siguiendo en mi pantalla. Miré por la ventanilla hacia la interestatal. Mis ojos iban de un coche a otro hasta que se posaron en el rojo brillante que estaba buscando. Respiré hondo.

"¡Ahí!", grité señalándolo.

"¿Qué quieres que haga?", preguntó el piloto, inseguro.

No tenía respuesta para él. Ya que estábamos aquí, tan cerca, no tenía ni idea de qué hacer. Ni idea de cómo detener a Verónica. Seguía indefenso, pero estaba a cientos de metros de altura.

Verónica debía de ir a unos 160 km/h, entrando y saliendo del poco tráfico que había. Sus movimientos eran desordenados y temerarios. Quería cerrar los ojos para no ver cada una de las colisiones casi fatídicas que hicieron que se me parara el corazón, pero mantuve la vista fija en el coche, deseando que redujera la velocidad.

Fue entonces cuando vi el destello rojo y azul. Luego varios destellos. Parpadeé varias veces para asegurarme de que veía bien, pero allí estaban. Al menos una docena de coches patrulla circulando a toda velocidad por la interestatal en persecución del deportivo rojo de Verónica. Habían llegado.

Me permití sentir un ligero respiro, hasta que vi a Verónica acelerar aún más. Se acercaba a una velocidad difícil de controlar. Debió de ver a la policía por el retrovisor, debió de oír las sirenas. No le importaba que la persiguieran. No iba a detenerse. Yo sólo podía imaginar lo que Mónica estaba sintiendo al estar atrapada dentro del coche y no podía hacer nada.

"¡Mierda!". Grité frustrado, golpeando con la mano la parte superior del cuadro de mandos.

"¿Somos parte de una persecución policial, señor Gunner?", preguntó el piloto, sin apartar los ojos de la escena que se veía abajo mientras más coches patrulla se unían a la persecución.

"Le pagaré el triple", murmuré por los auriculares.

¿Había puesto a Mónica en más peligro llamando a la policía? Estaba claro que la persecución no estaba deteniendo a Verónica. Tal vez esto era lo que ella quería. Un gran espectáculo. Su gran final. Algo para llamar mi atención. Para llamar la atención de todos.

Eso era todo lo que siempre quiso en la vida, ser el centro de atención. Todos los ojos en ella, ya sea en una fiesta en un vestido ceñido o medio desnuda en la portada de Sports Illustrated. Vivía para llamar la atención. Por eso se casó conmigo. Para ir del brazo de uno de los multimillonarios más jóvenes de Nueva York mientras las cámaras disparaban flashes y se sucedían las entrevistas sobre nuestro romance relámpago. Lo vivió todo y entonces acabé con el espectáculo, con la fachada, y me odió por ello.

Por eso estaba tan desesperada por volver a colarse en mi vida, ya fuera a través de mi propia madre o emborrachándome con un bourbon caro y dejando que se le cayera un fino tirante del vestido. Yo era débil, e incluso después de nuestro divorcio, la dejé entrar en mi vida. En mi cama. Había aprovechado egoístamente las veces que se lanzó sobre mí para poder encontrar algún placer fugaz en mi aburrida vida. Ella era un alivio familiar.

No sabía que para ella era algo más que eso, o que sus sentimientos eran más fuertes que una simple aventura. Nunca lo supe. No vi la mirada silenciosa y desesperada en sus ojos cuando nos despediamos o cuando entraba en alguna fiesta familiar y la veía allí de pie. Todavía me quería. Y por eso, había arriesgado la vida de la mujer que amaba.

Sabía que el amor podía llevarte a cometer locuras, pero nunca supe de lo que era capaz Verónica, ni hasta dónde llegaría. Siempre estuvo un poco loca. En cierto modo, fue lo que me atrajo de ella.

Era la fiestera supermodelo que bebía demasiado champán y bailaba encima de las mesas o se asomaba a los balcones en las fiestas, sabiendo que alguien la pondría a salvo, sacudiendo la cabeza con una risita y un "Oh, así es Verónica".

Pero esto era diferente. Esta era realmente una versión aterradora de ella que nunca había visto antes. No sabía cómo detener a esta nueva Verónica.

Capítulo 51

Mónica

Mientras continuábamos por la interestatal, el coche circulando a una velocidad que nunca había visto en mi vida, miré a Verónica en busca de algún signo de miedo. No había ninguno. Tenía las manos firmes sobre el volante, sin temblores. Tenía la cara de piedra y los ojos fijos en la carretera. Verónica tenía la boca apretada, los labios apretados en una línea recta que bien podía confundirse con un ceño fruncido o con una sonrisa. Me estremecí ligeramente.

Parecía una villana sacada de una película o descrita en las páginas de un libro. Me sentía como un personaje de una película de suspense, pero no sabía cómo iba a acabar. Deseaba poder pasar las páginas para ver mi destino, pero el autor aún no había terminado de escribir su historia. Si alguna vez salía de ésta, tendría que escribir mi propia historia. Era un pensamiento cruel, dada la gravedad de mi situación.

Llevábamos conduciendo así al menos una hora y mis manos se habían soltado por fin de la manilla de la puerta del coche, como si de algún modo me hubiera acostumbrado a la velocidad y a la posibilidad de que mi vida se acabara. Los hitos kilométricos pasaban borrosos, junto con las grandes señales verdes que no

podía distinguir. Sólo podía suponer que nos dirigíamos a Pensilvania, pero no creía que ése fuera el destino que Verónica tenía en mente.

El final era lo que ella tenía en mente. Ya fuera yo o las dos, no creo que le importara basándome en la mirada enloquecida de sus ojos. Estaba tan obsesionada con Troy que no le importaba si moría, con tal de que yo fuera con ella. Ella no podía soportar la idea de que él estuviera con alguien más. Fue la aterradora verdad que se me ocurrió unos kilómetros atrás, haciendo que mi corazón se hundiera en el suelo de mi estómago, asentándose allí como una roca.

Nunca volvería a ver a Troy. La sonrisa socarrona que cruzaba sus labios o el cabello oscuro rebelde que caía perfectamente imperfecto sobre su frente. Nunca iba a volver a sentir sus besos ni sus dedos entrelazados con los míos. Nunca iba a oír cómo decía mi nombre, suave y dulce o ronco en un momento de pasión. Nunca iba a conocer la vida que queríamos empezar, la que habíamos estado soñando cuando ya nada nos retenía. Estuvimos muy cerca y nos la arrebataron. Me estaban arrancando la vida.

Lágrimas calientes me nublaron la vista mientras observaba los árboles que pasaban, negros y desnudos, pero en la cúspide de una nueva vida para la primavera. Era un cruel recordatorio de que la vida empezaba para ellos, pero para mí iba a terminar. No podía soportar la idea de no poder despedirme de Troy, de no decirle "te quiero" por última vez. Me di cuenta de que tenía que decírselo, costase lo que costase.

Miré a Verónica concentrada en la carretera, con los ojos en el horizonte que parecía no tener fin por mucho que pisara el acelerador. Miré rápidamente hacia el asiento trasero, buscando el bolso que había tirado. Lo vi en una esquina, con el contenido esparcido por el asiento y el suelo. Mis ojos buscaron rápidamente

mi teléfono y entonces lo vi, negro y liso, en el asiento central. Estaba al alcance de la mano, pero tendría que desabrocharme el cinturón para cogerlo. Parecía una tarea imposible.

Me di la vuelta y volví a mirar hacia delante, intentando averiguar cómo podría coger el teléfono, mi única forma de llegar a Troy, sin que Verónica me lo impidiera. Tendría que ser rápido. Si conseguía llegar hasta el asiento trasero y ponerme fuera de su alcance, podría contactar rápidamente con Troy para despedirme.

Respirando hondo, planeé mi próximo movimiento. Miraba a Verónica de vez en cuando, pero ella seguía concentrada en la carretera. Sabía que tenía que hacerlo en ese momento. Lentamente, me llevé la mano al costado y presioné con el pulgar el botón rojo del cinturón de seguridad. Cerré los ojos mientras me preparaba para el sonido de un clic que me delataría. El sonido no alertó a Verónica. Dejé escapar un suspiro lento y tranquilo mientras me quitaba el cinturón de seguridad, sabiendo que al hacerlo estaba sellando mi destino, pero de todos modos estaba muerta.

Esperé a que un coche la distrajera, a que Veronica tuviera que esquivarlo con las dos manos en el volante. Divisé un sedán blanco justo delante y supe que me quedaban segundos para lanzarme al asiento trasero. Vi cómo Verónica apretaba el volante y se preparaba para adelantar al coche. Entonces aproveché la oportunidad, me levanté del asiento y trepé por la consola central.

Verónica gritó, la estridencia me taladró los oídos mientras yo buscaba mi teléfono, pero mi pie quedó atrapado entre la consola y la palanca de cambios. Apenas rocé con los dedos la frialdad de mi teléfono cuando el coche giró bruscamente a la izquierda, golpeándome contra el lateral del asiento de Verónica. Gruñí mientras el dolor me atravesaba. El teléfono se deslizó hacia el borde del asiento y quedó fuera de mi alcance. Pegué un grito al

verlo caer, seguido del sonido de un ruido metálico al depositarse entre la puerta trasera y el asiento. Ya no tenía ninguna posibilidad de llamar a Troy.

El coche se desvió a la derecha, tirándome contra el asiento del copiloto y sentí que una mano me agarraba con fuerza la pantorrilla. Las uñas de Verónica se clavaron en mi piel, haciéndome gritar mientras tiraba de mí hacia el asiento delantero. Cómo dirigía el coche y me sujetaba era un misterio.

"Vuelve aquí, zorrita", me espetó.

Sus uñas se clavaron aún más en mí, rompiéndome la piel. Intenté zafarme, pero mi pie seguía pegado a la consola. No tuve más remedio que moverme hacia ella para liberarme. Me moví hacia atrás, liberando el pie, pero la mano de Verónica estaba en mi pelo. Me rodeó el cuero cabelludo con los dedos y tiró con fuerza. Grité de dolor mientras seguía su mano hasta el asiento delantero, intentando aflojar su agarre.

Cuando volví a acomodarme en el mismo asiento del que había intentado escapar, me empujó la cabeza con tanta fuerza que se estrelló contra la fría ventanilla. Un millón de ráfagas de luz estallaron en mi mente mientras el dolor me destrozaba. Gemí y cerré los ojos, intentando bloquear el resplandor, pero estaba dentro de mi cabeza. No podía escapar.

"Eso es lo que te pasa", dijo Verónica.

Sentí que el coche se estabilizaba. Ya que yo no era una distracción, ella podía concentrarse en mantenerlo dentro de nuestro carril. Me pregunté por qué lo estaba alargando. Podría haber dejado que nos estrelláramos. Con la cabeza todavía pegada a la ventanilla, cogí el

cinturón de seguridad y volví a ponérmelo, aunque no le veía sentido.

Despegué la cabeza de la ventanilla y sentí una sensación pegajosa. Mis ojos se abrieron lentamente y vi sangre goteando por la ventanilla, un contraste rojo contra el árido paisaje exterior. Me llevé la mano a la cabeza y sentí el cálido goteo de la sangre en la sien.

Algo rojo me llamó la atención en el retrovisor. Un destello de luz roja. Y otro más. Varios destellos de luces rojas mezcladas con azul. Parpadeé varias veces para asegurarme de que realmente lo estaba viendo y no eran las secuelas de lo que seguramente era una conmoción cerebral. Pero no lo eran. Eran las luces de los coches patrulla. Varios de ellos. Tenía que haber al menos dos docenas acercándose a nosotros.

Me senté un poco más erguida, con la esperanza de que hubieran venido a rescatarme. Tal vez tenía una oportunidad de salir de esta. De vivir. De volver a ver a Troy. Miré por el retrovisor un poco más antes de mirar a Verónica, que no parecía haberse dado cuenta de las luces intermitentes que se acercaban por detrás. El sonido lejano de las sirenas llegó a mis oídos, y entonces lo vi reflejado en su cara.

Levantó la vista y miró por el retrovisor.

"¡Mierda!", gritó, golpeando el volante con las palmas de las manos.

"Verónica", dije suavemente. "Se acabó".

Se quedó callada, con los ojos fijos en la carretera. No aminoraba la marcha.

"Esto no tiene solución", le dije.

"¡Cállate!", gritó.

"Si reduces la velocidad, paras el coche y me dejas ir... quizá te dejen ir a ti".

Verónica se rió sarcásticamente.

"Les diré que me fui contigo por voluntad propia. No presentaré cargos", volví a intentar.

Apretó aún más el acelerador y el coche avanzó a trompicones. Vi cómo el velocímetro superaba los cien kilómetros por hora. Tragué saliva.

"Puedes quedártelo", balbuceé, con la garganta seca por el miedo.

"¿Qué?", espetó.

"Troy. Puedes quedártelo".

"¡Ja! Él no me quiere".

"Sí te quiere. Él te quiere. Yo sólo era una distracción, pero sé que nunca estaré a tu altura. Ahora lo sé".

Verónica murmuró algo en voz baja que no pude entender. Hablaba sola y la mirada enloquecida de sus ojos se había disimulado con algo que no pude identificar, pero que me produjo un escalofrío.

Acerqué una mano temblorosa y se la puse suavemente en el antebrazo, haciéndola estremecerse ligeramente. Intenté mantener la voz firme y calmada, con la esperanza de convencerla.

"No volveré a verle. Podéis volver a ser felices. Sé que eso es lo que queréis. Lo que los dos queréis".

Noté que su respiración empezaba a ralentizarse, como si mis palabras estuvieran derribando su barrera.

"Verónica, nunca estaré a su altura. No puedo encajar en su mundo como tú. Tenías razón. Sólo hay una mujer que pertenece a la vida de Troy. Eres tú. Ve más despacio antes de que te hagas daño. ¿No quieres volver a verlo?".

Giró lentamente la cabeza y me miró, con los ojos entrecerrados. No me atreví a romperle la mirada, por miedo a perder su confianza y por lo que pudiera ver en el camino.

"Debes pensar que soy estúpida", dijo.

"¡No!", fingí sorpresa.

"Sé lo que intentas hacer, pero no va a funcionar".

"No intento hacer nada, Veronica", dije, alzando la voz.

"Parece que no lo entiendes. Ninguna de las dos va a salir de este coche hasta que alguien nos detenga".

Un sollozo silencioso escapó de mi garganta mientras ella se daba la vuelta y encaraba la carretera. Mis palabras habían sido inútiles. Iba a morir en este coche, junto a ella. Nunca volvería a ver a Troy. Nunca volvería a escribir. Nunca formaría una familia, ni volvería a ver a los míos. Dejé que las lágrimas cayeran por mis mejillas, sin importarme si eso satisfacía a Verónica. Cerré los ojos y apoyé la

cabeza en la ventanilla, apartando la imagen de la carretera en la que iba a perder la vida.

Las sirenas de los coches de policía estaban ya más cerca, llenándome los oídos con su burla de un rescate que nunca llegaría. Me pareció oír los rotores de un helicóptero, pero, de nuevo, un ruido burlón, sabía que nadie podía hacer nada por salvarme.

Capítulo 52

Troy

Intenté llamar de nuevo a Verónica, esperando que la distracción de atender una llamada no la hiciera estrellarse contra el arcén de la interestatal. Oí el sonido del timbre contra el estruendo de los rotores sobre mi cabeza. Esperaba que lo cogiera. Tal vez pudiera convencerla de que detuviera el coche y pusiera fin a esta locura. Le diría cualquier cosa que quisiera oír, con tal de que pusiera fin a la persecución y Mónica estuviera fuera de peligro.

Pero, para mi decepción, el timbre seguía sonando y nadie contestaba al otro lado. Apoyé de golpe el teléfono en el asiento en cuanto oí su buzón de voz. No tenía forma de ponerme en contacto con ella ni con Mónica. Aunque el helicóptero sobrevolaba el coche rojo, Mónica seguía estando muy lejos.

"¿Cuál es nuestro próximo movimiento, señor Gunner?", preguntó el piloto, con una mirada cautelosa en los ojos.

Sabía que no podíamos quedarnos aquí arriba para siempre. Sólo deseaba tener un plan. Ojalá la policía fuera suficiente para poner fin a esto, pero lo único que podían hacer era seguirnos. Habían cerrado

la interestatal para que ningún transeúnte inocente pudiera resultar herido. Vi como más coches patrulla se unían a la persecución, pero empezaba a darme cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles. Mis esfuerzos eran inútiles. Verónica se movía demasiado rápido. Demasiado erráticamente. Llegados a este punto, lo único que podíamos hacer era contemplar la aterradora escena que se desarrollaba ante nosotros.

Entonces se me ocurrió una idea. Una desesperada. Más peligrosa que desesperada, pero podría funcionar.

"¿Puedes adelantarte al coche rojo?", pregunté, señalando hacia delante.

El piloto asintió, aunque me di cuenta de que no estaba seguro de a dónde quería llegar con mi idea. Presionó el cambio y el morro del helicóptero descendió ligeramente, aumentando la velocidad. Vi cómo pasábamos rápidamente por encima del coche rojo.

"Continúa", le dije. "Necesitas suficiente distancia entre nosotros para aterrizar esta cosa".

"¿Aterrizar?", preguntó el piloto, con la boca abierta.

"Sí". Asentí con la cabeza.

"¿Dónde demonios voy a aterrizar?".

"Allá abajo". Señalé la longitud de la interestatal.

Sacudió la cabeza.

"No puedo hacer eso, señor. No es seguro ni legal".

"No tenemos elección", dije con gravedad.

El piloto tragó saliva y agarró con fuerza los mandos. Parecía estar debatiendo en su mente, pero finalmente comenzó a bajar el helicóptero, kilómetros por delante de Verónica. Sabía que, con lo rápido que iba, no teníamos mucho tiempo. Había una curva en la interestatal, lo que podría ser una ventaja si nos perdíamos de vista y podíamos tomar a Verónica completamente por sorpresa.

"Por allí". Señalé más allá de los árboles que acorralaban la curva de la carretera.

Asintió con la cabeza y continuó descendiendo, haciendo el giro y enderezándose antes de descender lentamente hacia los carriles vacíos de abajo, el negro asfalto tragándonos en su vacío. Cuando el helicóptero aterrizó, me desabroché el cinturón y me quité los auriculares.

"¡Señor! ¿Qué está haciendo?", gritó el piloto, mientras los rotores ahogaban su voz.

"Esto es lo único que la detendrá", dije, más para mí mismo que para él.

Agarré la manilla de la puerta y la empujé para abrirla. Una vez abierta la puerta, salté del helicóptero y caminé rápidamente hacia el centro de la interestatal, donde sabía que Veronica doblaría la curva en cualquier momento. El aire estaba extrañamente en calma, el viento frío y cortante me azotaba el pelo. Si no fuera por el lejano sonido de las sirenas, casi me parecería tranquilo estar aquí, en una carretera vacía, rodeado de árboles.

Miré a mi alrededor, dándome cuenta de que este podría ser el lugar donde moriría. No era donde pensaba que acabaría cuando me desperté, pero han pasado muchas cosas que no había previsto. No sabía cuando me levanté que tendría una discusión con mi padre, una que tenía que ocurrir, por muy dura que fuera. No sabía que estaría a punto de dejar mi trabajo sin tener ni idea de lo que iba a pasar el resto de mi vida. No sabía que la mujer que amaba iba a ser secuestrada por mi ex mujer psicópata, lo que provocaría una persecución policial y mi plan desesperado para detenerla.

Y no, no sabía que morir sería una buena posibilidad. Pero estaba dispuesto a arriesgarme si eso significaba salvar a Mónica.

Mónica. Otra cosa que había sucedido en mi vida y que no esperaba. Su cara pasó por mi mente. No la que me había despertado hacía unos días, ni la que cantaba mal en el karaoke, ni la que se transformaba cuando la tocaba de aquella manera. Sino la que vi cuando entró por primera vez en mi vida, cuando entró en aquel bar aquella noche. No sabía que ella lo cambiaría todo.

Sonreí con fuerza al darme cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida. Me había abierto a ser una persona que nunca pensé que podría ser, cariñosa, valiente y divertida, como le gustaba decir a Erica. Me enseñó cómo podía ser la vida fuera del trabajo y las posibilidades que había si era lo bastante valiente para elegir otro camino. Me enseñó lo que era el amor. El amor de verdad. No el fugaz que te envuelve en un matrimonio impulsivo en Las Vegas, sino uno que trasciende.

Cuando imaginé su suave rostro en mi cabeza, supe que tenía que decirle adiós. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y saqué el teléfono. Sabía que no lo cogería, pero si de algún modo salía de esta, si podía salvarla, quería que supiera cómo me sentía. El teléfono sonó y sonó, como era de esperar, finalmente saltó el buzón

de voz. Su breve mensaje llenó mis oídos y, al oírlo, mi corazón se contrajo y se expandió al mismo tiempo.

Bip.

Respiré entrecortadamente antes de hablar.

"Monica. Soy yo. No sé cómo va a acabar esto, pero espero que acabe contigo viva. Aunque yo ya no esté aquí, no puedo imaginar el mundo que dejo atrás sin ti en él. Te quiero. Te quiero muchísimo. Por la persona que eres y por la persona en la que me has convertido".

Pude ver el borrón rojo del coche de Veronica doblando la curva, no muy lejos detrás los destellos azules y rojos de las luces. Los lejanos sonidos de las sirenas se hacían más fuertes con cada giro de la rueda y supe que mi tiempo menguaba.

"Si nuestra historia termina hoy, que sepas que lo siento. Siento mucho todo esto. Sobre todo, siento que nunca tuviéramos nuestra oportunidad".

El coche se acercaba. Casi podía distinguir el cabello rubio rosado de Verónica en el asiento delantero. No iba más despacio. Al menos, todavía no. Di un paso firme hacia delante, aunque parecía que las rodillas me iban a fallar. Necesitaba que me viera. Sabía que yo era la única posibilidad real de que detuviera el coche. Podría ser homicida, incluso suicida, pero no me haría daño. Al menos, no a propósito. Lo sabía en el fondo de mis huesos. Aún así, estar aquí en medio de la carretera era un riesgo. Un riesgo que estaba dispuesto a correr si eso salvaba a Mónica.

"Te quiero", susurré en el teléfono antes de presionar con el pulgar el botón rojo de la pantalla. Mi mano cayó a mi lado justo cuando el coche se acercaba, el olor de los neumáticos y la gasolina llenando mi nariz. Se me paró el corazón y no me atreví a cerrar los ojos.

Por favor, detén el coche, pensé.

Por favor, que pare.

Recé a quienquiera que estuviera escuchando para que Verónica detuviera el coche.

Como si mi plegaria hubiera sido escuchada, oí el chirrido de los frenos justo cuando los ojos de Verónica se encontraron con los míos a través del parabrisas delantero. Había sorpresa, miedo y locura en ellos. El morro del coche se hundió y empezó a frenar, pero luchó por no seguir avanzando por la carretera. Pude ver cómo Verónica luchaba por mantener el volante. Su pie en el freno no fue suficiente para detener el coche que acababa de viajar a más de 160 kilómetros por hora. Salté justo a tiempo y un destello rojo pasó volando a mi lado.

Aterricé bruscamente en el asfalto con un ruido sordo, mientras el chirrido de los neumáticos retumbaba en mis oídos. Al incorporarme, llegué a tiempo de ver el coche derrapando por la carretera, con la cola moviéndose erráticamente. Contemplé horrorizado cómo el coche atravesaba la barricada y se estrellaba contra los árboles.

"¡Mónica!". Grité.

Me puse en pie y corrí hacia el coche. Detrás de mí se oyó un chirrido de neumáticos y las sirenas me llenaron los oídos. Seguí corriendo, incluso cuando las puertas del coche se abrieron y la

policía me gritó que parara. No podía detenerme. Tenía que llegar hasta ella.

Seguí corriendo a través del metal crujiente de la barricada y salí al terreno rocoso, con las ramas de los árboles azotándome la cara mientras las atravesaba. Había humo delante y la luz naranja apagada de los faros rebotaba en los oscuros troncos de los árboles. Corrí más deprisa.

Llegué al coche y agarré con fuerza el tirador de la puerta del acompañante, tirando desesperadamente, pero no cedía. La puerta estaba ligeramente hundida por el impacto con la barricada. Miré por la ventanilla y vi a Mónica en el asiento delantero, sin moverse. Golpeé la ventanilla, muerto de miedo. Necesitaba llegar hasta ella.

Intenté abrir la puerta de nuevo, tirando de la manilla con todas mis fuerzas, pero seguía sin moverse. Me quité la chaqueta y me la envolví con la mano. Sin pensarlo, golpeé con el puño la ventanilla del copiloto y los cristales se hicieron añicos a mi alrededor. Esperaba que los diminutos fragmentos no hirieran a Mónica mientras salpicaban a su alrededor. Si es que no estaba ya demasiado herida. Me tragué el pensamiento y me acerqué a ella a través de la ventanilla.

En cuanto mis manos la tocaron, la sentí estremecerse. Se llevó las manos a la cara, cubriéndosela y se acobardó lejos de mí. Estaba viva. La miré rápidamente, evaluando los daños, pero parecía casi ilesa, sólo asustada.

"Mónica", dije en voz baja.

Miré el asiento del conductor con recelo. Verónica yacía desplomada, con la cabeza apoyada en el volante. Apenas se movía, salvo por el lento subir y bajar de la espalda. Sentí un escalofrío al verla. Tenía

los ojos vacíos y los dedos rojos y pulidos se enroscaban en el volante como las finas patas de una araña. Apenas la reconocí.

"Mónica". Volví a intentarlo, le puse la mano en el hombro y la sacudí suavemente.

"¿Hmm?", dijo soñadoramente.

"Soy yo", le aseguré. "Voy a sacarte de aquí".

"Mmm". Su voz era como si estuviera muy lejos.

Le rodeé la espalda con un brazo y pasé el otro por debajo de sus piernas, tirando de ella desde el asiento y sacándola con cuidado por la ventanilla, evitando los bordes afilados del cristal. Respiraba entre mis brazos mientras se le cerraban los ojos. Estaba aquí. Estaba bien. Al menos, recé para que así fuera mientras la estrechaba contra mí pecho en la oscuridad de la noche entre los árboles.

Capítulo 53

Mónica

Mientras parpadeaba lentamente, las sombras y las formas de los altos árboles se hacían más nítidas a medida que mi vista se ajustaba, no podía entender dónde estaba. Sentía la cabeza borrosa, como un viejo televisor cubierto de estática gris. La noche oscurecía el bosque que me rodeaba y de repente sentí mucho frío, además de las manos grandes que me agarraban. Conocía esas manos. Pero no sabía a quién pertenecían.

Miré a mi derecha y vi metal rojo aplastado y la astilla de un árbol alto cerca de mi cabeza. Salía humo, ¿o era niebla? No podría decirlo a través de la neblina anaranjada de los faros que sobresalían entre los árboles. Vi cristales rotos esparcidos por las rocas y la hierba del suelo bajo mis pies.

Me sentí como si estuviera teniendo una experiencia extracorpórea, sabiendo que no estaba ya en aquel coche. ¿O estaba todavía? Mi mente estaba demasiado borrosa para comprender dónde estaba. Quién era. Inspiré al ver a la mujer sentada en el asiento del conductor, o más bien tumbada allí. Tenía la cabeza inclinada de una forma que me heló las entrañas, sus ojos azul claro parpadeaban lentamente mientras miraban por la ventanilla hacia mí.

"Oh", jadeé, aspirando un aire que no creía que fuera a salir.

"No pasa nada", dijo una voz suave mientras una mano me pasaba por el pelo, peinándolo suavemente.

Giré la cabeza hacia la voz y levanté la vista. No estaba segura de si estaba viendo correctamente al contemplar los ojos verdes tan oscuros como el bosque que nos rodeaba, o la boca que juraba haber besado cientos de veces, apretada en una dura línea de miedo. Estudié su rostro durante un largo momento, sin creer que fuera real.

Troy. Troy estaba aquí.

Como si viera esa idea grabada en mí, su boca se curvó en una pequeña sonrisa.

"Hola, tú", susurró.

Parpadeé varias veces.

“¿Cómo?”. Empecé, con la boca seca y desesperada por hacer preguntas para las que necesitaba respuestas.

"Shhh", dijo, poniéndome suavemente un dedo en la boca. "Haz las preguntas más tarde".

Me acercó más a él, con la cara contra su pecho. Le inspiré, aún sin creerme el espejismo que tenía ante mí, sosteniéndome en los brazos que nunca pensé que volvería a sentir.

Mientras le sentía respirar, miré a través de los árboles y vi destellos rojos y azules que rebotaban en ellos. El viento se levantó y agitó las hojas, el aire frío se filtró a través de mi ropa. Me estremecí y su calor me abrazó con más fuerza. Oí pasos y voces apagadas que se acercaban y enterré la cabeza en el pecho de Troy, sintiéndome abrumada.

"Señor Gunner", dijo un hombre bruscamente.

Oír a otra persona decir su nombre significaba que alguien más también lo había visto. No era una ilusión. Troy era real. Le rodeé el cuello con los brazos y me aferré a él con fuerza. Sus manos me agarraron con más fuerza mientras yo mantenía la cara hundida en su pecho y su olor familiar me envolvía.

"¿Están... están todos... bien?", preguntó el hombre que sólo podía suponer que era un agente de policía.

"Creo que sí", dijo Troy, con su voz profunda sonando en mis oídos como música. "Pero la conductora... eh... Verónica. Todavía está en el coche. No sé si ella...".

Verónica. La mujer que me había secuestrado. La ex-esposa de Troy. Esa era la que estaba detrás del volante. Todo estaba encajando mientras reconstruía la conversación que tenía ante mí. Me había parecido una pesadilla, pero sabía que era real. El coche rojo. La flecha del velocímetro temblando en el salpicadero. El chirrido de los neumáticos. El crujido del metal a mi alrededor.

Había sido más peligroso, más mortal de lo que jamás hubiera imaginado. No me podía creer que estuviera en el coche con ella, creí su mentira descarada como si hubiera sido verdad. No podía creer que por eso, casi muero. Pero Troy estaba bien. Estaba aquí conmigo. No había habido ningún accidente, excepto el mío.

"Vamos a comprobarlo", dijo el oficial de policía. "Los paramédicos están en camino".

"Gracias", dijo Troy.

Oí el crujido de unos pasos y la apertura de la puerta de un coche, seguidos de un grito desgarrador que me erizó el vello de los brazos. Oí a Troy respirar entrecortadamente.

"¡Quítame las manos de encima!", chilló Verónica.

Sentí una mezcla de miedo y alivio al saber que estaba bien. Giré la cabeza para ver qué pasaba y también para asegurarme de que no se escapaba. Me pregunté si volvería a sentirme segura sabiendo que ella estaba en este mundo.

"Señorita Mews. Por favor, cálmese". El policía levantó las manos con cuidado, como si tuviera miedo de tocarla.

"¡Mi coche!", gritó ella, mientras miraba a su alrededor. El capó rojo estaba completamente hundido. El parabrisas astillado como una tela de araña. La ventanilla del pasajero hundida, la puerta aplastada. Allí me había sentado yo. Me estremecí al verlo.

La vi contemplar el coche destrozado y luego sus ojos se abrieron de par en par, mirando frenéticamente a su alrededor.

"¡Troy!", gritó. "¿Dónde está Troy?".

Empezó a sollozar, apoyando la frente contra el volante y golpeándolo.

"Señorita Mews...", dijo el policía, poniéndole la mano en la espalda. "Por favor, pare. Señorita Mews. Por favor".

Ella empezó a arañarse el pelo, a apartárselo del cuero cabelludo y a sacudir violentamente la cabeza, escapándosele sollozos a gritos.

"Yo lo maté", sollozaba. "¡He matado a Troy! ¡Oh, Dios mío!".

"No, señorita Mews. No lo mató. El Sr. Gunner está bien".

"¡No me mientas!", gritó ella. "Yo lo vi. Lo golpeé. Dios mío. No pude parar el coche a tiempo".

"Verónica", dijo Troy en voz alta, tratando de sacarla del hechizo bajo el que estaba.

Ella levantó rápidamente la vista a través de sus ojos llenos de lágrimas y lo vio. Incrédula, lo contempló por un momento antes de posar sus ojos en mí, que estaba en sus brazos. Intenté tragar saliva, pero tenía la garganta demasiado seca.

"Tú", gruñó, con la voz entrecortada en un frío susurro.

Salió a trompicones del coche, con la locura en los ojos. No pude apartar la mirada, aunque lo deseaba desesperadamente. Vi su pierna destrozada arrastrándose por el suelo hacia mí y se me revolvió el estómago. Ni siquiera parecía sentir el hueso que sobresalía de su piel.

"Señorita Mews. Por favor. Está herida", dijo el agente de policía, haciendo señas a los demás para que le ayudaran.

Otros dos agentes se acercaron y le rodearon los brazos con las manos, sosteniéndola mientras intentaba abrirse paso hacia Troy y hacia mí. Perdió el equilibrio y gritó de dolor cuando empezó a caer al suelo.

"Oh", sollocé, volviendo la cara hacia el pecho de Troy mientras me abrazaba con más fuerza.

"Queda detenida, señorita Mews", dijo el agente. "Por el secuestro de Mónica Durrall y conducción temeraria. Por favor, no haga esto más difícil de lo que es. Está usted muy herida. Déjenos ayudarla".

"¡No necesito vuestra ayuda!", gritó Verónica mientras intentaba zafarse de las garras de los policías. "Quiero llamar a mi abogado. ¡Ya!".

"Puede hacer todo eso en comisaría. Necesita que la vea el personal médico. Ha sufrido una fractura en la pierna y quién sabe qué más", dijo el policía con calma.

Seguimos a Verónica y a los agentes que la llevaban hacia una de las ambulancias que acababan de llegar.

"Tenemos que hacerte un chequeo a ti también", dijo Troy suavemente, mirándome.

"Estoy bien", insistí.

Aunque estaba lejos de estarlo. Mi mente y mi cuerpo aún estaban en estado de shock. Demonios, no sabía si tenía mis propios huesos rotos sobresaliendo de mi piel.

"Por favor, cariño", susurró Troy.

Cariño. La palabra me atravesó como un abrazo que necesitaba desesperadamente. Asentí contra su pecho mientras me llevaba con cuidado por el terreno rocoso hasta la otra ambulancia. Los paramédicos se apresuraron a separarme de él, pero no aflojó el agarre. Y yo tampoco, mientras le rodeaba el cuello con fuerza. Si esto era real, no iba a dejarle marchar. Ni una vez más.

Me subió a la ambulancia y se sentó a mi lado mientras los paramédicos me tomaban las constantes vitales y me examinaban los ojos con linternas brillantes. Oí los gritos de Verónica a lo lejos y traté desesperadamente de acallar el sonido. Cerré los ojos mientras el dolor se extendía lentamente por mi cabeza. Todo parecía tan borroso, incluso la sensación de la fuerte mano de Troy en la mía.

Podía oír hablar a los paramédicos, pero sus voces sonaban lejanas. También la voz de Troy. Parecía como si fueran susurros apagados, a pesar de que estaban a mi lado.

"Mónica", dijo Troy, sus labios contra mi oído.

"¿Hmm?". Dije.

"¿Puedes oírme?", preguntó.

Asentí ligeramente.

"Creen que tienes una conmoción cerebral...".

"No", grazné. "Estoy bien. De verdad".

"No estás bien".

"No quiero dejarte", dije, abriendo los ojos y encontrándome con los suyos. Tenía miedo de volver a separarme de él. Casi le había perdido. Casi me había perdido. Me vino a la mente la imagen de él de pie delante del coche que se acercaba a toda velocidad. Me agarré a él, incrédula de que estuviera aquí conmigo y no muerto.

"Por favor, no me dejes", sollocé.

"No te voy a dejar, cariño. Estoy aquí". Me rodeó con sus brazos y sentí sus labios presionando la parte superior de mi cabeza.

"Tenemos que llevarla a un hospital", dijo un paramédico cercano.

"Yo la llevaré", dijo Troy. "Probablemente más rápido que tú".

Hubo una breve pausa, como si el paramédico se lo estuviera pensando.

"De acuerdo", dijo con cautela. "Llamaré al hospital para avisarles de que estáis de camino y para dar el visto bueno al helicóptero".

¿Helicóptero?

"Gracias", dijo Troy, mientras se ponía de pie lentamente, llevándome con él mientras me levantaba.

Me llevó por los escalones de la ambulancia, con el aire mordiéndonos, la noche nos acogia con el mismo amor que sentía en ese momento. Vi un helicóptero negro y elegante en la carretera ante nosotros, Troy me llevaba hacia él. Me pregunté qué estaría pasando mientras el piloto saltaba y nos abría la gran puerta, los rotores se activaban lentamente.

"¿Troy?", pregunté con miedo en la voz.

"No pasa nada", me aseguró. "Nos vamos a casa. Cuando me asegure de que estás bien".

Me llevó al helicóptero. El piloto cerró la puerta. Troy me llevó al asiento trasero y me sentó con cuidado. Me puso el cinturón y se sentó a mi lado, cogiéndome la mano. Apoyé lentamente la cabeza en su hombro, repentinamente desesperada por dormir.

"No puedes dormir, cariño", susurró apretándome la mano.

"Estoy muy cansada". Bostezo.

"Lo sé, pero no te duermas. Tienes que hacerlo".

"Mmm".

"Te prometo que las vistas merecen la pena". Oí una pequeña sonrisa en su voz.

Una pequeña sonrisa de esperanza después de todo lo que habíamos pasado.

"Vale", dije, devolviéndole la sonrisa.

Vi cómo el suelo se alejaba lentamente de nosotros mientras el helicóptero se elevaba, dejando la aterradora escena bajo nosotros. El rojo de la ambulancia, el coche destrozado alrededor del árbol, los huesos rotos, las sirenas, las luces intermitentes. Estaba dispuesta a no volver a ver nada de aquello.

Pronto apareció el horizonte de Manhattan y mi corazón se hinchó. A casa. Nos íbamos a casa. Los edificios que besaban el cielo púrpura y rosa nos dieron la bienvenida a medida que nos acercábamos. Aún no estaba segura de si estaba soñando o no.

Capítulo 54

Troy

Mientras sujetaba la mano de Mónica, apretándola cada pocos minutos para asegurarme de que estaba despierta, la ciudad se extendía bajo nosotros como un mar de hormigón y cristal. Habría sido una cita perfecta si no fuera porque ella estaba ligeramente conmocionada y acababa de sobrevivir a una muerte inminente. Le planté un beso en la coronilla y memoricé con gratitud aquel olor a jazmín tan suyo. No quería perder nunca ese aroma, ni la sensación de su mano entre las mías, ni su cabeza contra mi hombro.

"¿Estás despierta?", susurré.

"Mhmm", dijo ella. "La vista es estupenda".

Le sonreí. Había anochecido. El cielo era una acuarela de azul marino y lila, las luces parpadeantes de los edificios eran el único calor.

El helicóptero descendió ligeramente y pensé que eso significaba que nos acercábamos al hospital. Aunque los paramédicos habían

examinado a Mónica y habían llegado a la conclusión de que lo más probable era que tuviera una conmoción cerebral y nada más, yo no estaba seguro. La imagen del capó del coche rojo enrollado alrededor de un árbol se me quedó grabada en la cabeza. Tuvo suerte. Mucha suerte. Alguien había escuchado mis plegarias y la había salvado, pero yo sólo esperaba que los médicos no le encontraran nada más.

También esperaba que se curara de la carga emocional que esto le había causado. Cuando la encontré en el coche, estaba casi irreconocible, con la cara vacía de color y el miedo en los ojos que antes eran tan cálidos. No pude evitar pensar que todo pasó por mi culpa. Fui yo quien la metió en el coche que estaba enrollado alrededor del árbol. Volví a apretar su mano, no para asegurarme de que estaba despierta, sino por el sentimiento de culpa que me recorría.

"Lo siento mucho", susurré.

"¿Hmm?", preguntó ella, inclinando ligeramente la cabeza para mirarme. "¿Por qué?".

"Por todo. Por el lío en que te he metido...". Negué con la cabeza, conteniendo las lágrimas mientras observaba los moratones de su cara, que empezaban a oscurecerse.

"Tú no hiciste nada", dijo en voz baja.

"Si no fuera por mí, Verónica nunca habría entrado en tu vida. Podría haberte matado. No sé qué habría hecho...".

"Estoy aquí", dijo, apretando mi mano hacia atrás. "No es tu culpa, Troy".

"Nunca volverá a hacerte daño", dije con firmeza.

Ella asintió, pero yo sabía que no estaba convencida. Siempre habría una pequeña parte de ella que recordaría ese día y el horror por el que la habían hecho pasar. Sólo esperaba poder asegurarle que podría seguir adelante con su vida, conmigo, amada y a salvo. Quería protegerla. Casi la perdí, no sabía cómo iba a poder perderla de vista.

Sabía que encerrarían a Verónica y con suerte, la llevarían a un lugar donde pudieran ayudarla. Si antes creía que no estaba bien de la cabeza, hoy su estado mental se ha deteriorado aún más. Lo vi en sus ojos. La mujer que solía conocer ya no estaba allí. Lo que quedaba era una versión destrozada, desesperada por una vida que ya no podía tener y que la estaba partiendo en dos. Me estremecí al recordar la fractura de su pierna, de la que no era consciente porque su ira era demasiado fuerte para sentir otra cosa.

El helicóptero descendió y Mónica gimió suavemente mientras cerraba los ojos, los edificios estaban cada vez más cerca.

"Eh, ¿estás bien?", pregunté preocupado.

"Mhmm", dijo, pero mantuvo los ojos cerrados.

Su rostro adquirió un tono verde grisáceo mientras respiraba lenta y agitadamente. Pensé que podría estar enferma. Le froté la espalda mientras deseaba que llegáramos pronto al hospital. No podíamos estar lejos. Necesitaba que la viera un médico cuanto antes. Sabía que una conmoción cerebral podía provocar náuseas, pero rezaba para que no fuera tan grave como para causar daños a largo plazo.

"Ya casi hemos llegado", dije en voz baja, esperando tener razón.

Volvió a gemir, se desplomó hacia delante y se sujetó la cabeza entre las piernas.

"Te pondrás bien, cariño", le dije.

"¿Cuánto falta?". Me incliné hacia delante y le pregunté al piloto, un poco demasiado severamente. No era culpa suya.

"El hospital ya está a la vista, señor Gunner", me aseguró.

Asentí y me senté de nuevo en el asiento, mientras la oscuridad nos inundaba a Mónica y a mí. Pude ver la X amarilla en lo alto de un edificio cercano, nuestro lugar de aterrizaje. Solté un suspiro de alivio. El piloto bajó lentamente el helicóptero y los rotores se detuvieron. Pude ver a las enfermeras con una camilla que se acercaban a toda prisa. El piloto dio la vuelta y abrió la puerta. Saqué a Mónica del helicóptero y la coloqué en la camilla.

"Nosotros nos encargaremos a partir de aquí", dijo la enfermera con urgencia, cogiendo las asas de la camilla y empujando a Mónica hacia un ascensor cercano en la azotea.

"Voy con vosotros", dije, tratando de mantener el ritmo.

"¿Eres de la familia?", me miró.

"Soy su...".

"Va a venir. Tiene que venir". Mónica se agarró al brazo de la enfermera y le dirigió una mirada suplicante, con la respiración acelerada.

La enfermera me miró y supo que era mejor no discutir para no causar más estrés. La seguí hasta el ascensor, con dos enfermeras detrás. Bajamos a la planta de urgencias y empujaron a Mónica a una habitación cercana.

"Tendrá que esperar aquí fuera", dijo una de las enfermeras, impidiéndome entrar en la habitación. "Tenemos que hacerle unas pruebas. Es el protocolo".

Vi que Mónica intentaba incorporarse para ver qué pasaba, con una mirada de pánico en los ojos. Le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

"No pasa nada", le dije. "Enseguida salgo".

Parecía que iba a decir algo, pero se desplomó y vomitó en el suelo. Tenía tantas ganas de acercarme a ella, sujetarle el pelo, frotar la espalda. Cualquier cosa. Pero sabía que cuanto más me resistiera, más tardaría en verla un médico. Así que dejé que la enfermera cerrara la puerta y me quedé fuera.

El móvil me zumbó en el bolsillo. Lo ignoré. Al cabo de un minuto, volvió a sonar. Otra llamada entrante. Suspiré frustrado y lo saqué del bolsillo. Me di cuenta de que la pantalla tenía una larga grieta, probablemente de cuando salté del coche y aterricé en el asfalto. A través de la grieta vi que me llamaba mi padre. Ignoré su llamada, pero volvió a llamar.

Lo apagué, sabiendo que continuaría llamando. Probablemente seguía furioso por nuestra conversación de esta mañana, pero no era el momento. Mi única preocupación era Mónica y asegurarme de que estaba bien. El ajuste de cuentas con mi padre podía esperar. Era lo último que me preocupaba en este momento.

Vi a un médico entrar en la habitación de Mónica y sentí un pequeño alivio. Entonces oí una voz familiar al final del pasillo y vi al mismo agente de policía de la escena del accidente. Me vio y se acercó.

"Sr. Gunner". Asintió. "Soy el oficial Lundquist. Me doy cuenta de que no nos han presentado bien".

Le tendí la mano y se la estreché con firmeza.

"¿Cómo está?", preguntó, señalando la puerta cerrada.

"No estoy seguro", dije, pasándome la mano por el pelo.

"Voy a tener que hacerle algunas preguntas. Tomarle declaración. Si el médico me lo permite".

Se dio la vuelta y llamó a la puerta, antes de volverse de nuevo hacia mí.

"Tú serás el siguiente. Así que no te vayas lejos".

Asentí con la cabeza y le vi desaparecer en la habitación, tratando de vislumbrar a Mónica.

Durante los veinte minutos siguientes, me paseé por delante de la puerta, intentando oír algo desde dentro, pero no pude. El agente Lundquist salió de la habitación y me condujo por el pasillo a un lugar más privado. Le conté todo sobre Verónica y cómo había estado al borde del acoso y acosando a Mónica. Le dije que había sospechado que le había enviado las flores muertas y ambos decidimos que había sido una amenaza contra su vida. Me sentí estúpido por no haberlo visto antes. Nunca habría esperado que su venganza se volviera violenta. Mortal.

Cuando terminé de declarar, el agente se marchó de vuelta al departamento, dejándome a solas con mis pensamientos. Volví a la habitación de Mónica, pero la puerta seguía cerrada. Suspiré y busqué una sala de espera cercana, dejándome caer en un sillón. Apoyé la cabeza en las manos y cerré los ojos. Me preguntaba por qué tardaba tanto y mis preocupaciones estaban sacando lo mejor de mí.

"¿Troy?", dijo una voz familiar.

Levanté la vista y vi a Erica caminando hacia mí, con preocupación en los ojos.

"¡Erica!". Me levanté y ella me abrazó, llorando en silencio.

"Dios mío", dijo entre lágrimas.

"¿Qué haces aquí?", pregunté, confuso.

"¿Estás de broma?". Se apartó y me miró con las manos en los hombros. "Salió en todas las noticias. La persecución policial. El helicóptero de papá. El accidente".

Gemí. Por supuesto que lo fue.

"Sabía que papá estaba en Nueva Jersey. Bueno, probablemente ya no si se ha enterado de esto, que seguro que sí. Pero de todos modos, sabía que eras tú. Sólo que no sabía por qué estabas involucrada en una persecución policial, hasta que vi el auto rojo de Verónica".

"Oh, Erica". Sacudí la cabeza. "Fue horrible. Simplemente horrible".

Sentí que me flaqueaban las piernas mientras me sentaba en la silla que tenía detrás. Erica se sentó a mi lado y le conté todo lo sucedido. Me escuchó con los ojos muy abiertos. No podía culparla. Parecía sacado de una película de terror.

"¿Mónica está bien?", preguntó con urgencia mientras miraba a su alrededor.

"Sí, eso creo. Eso espero. Creen que tiene una conmoción cerebral, pero lleva ahí mucho tiempo. No sé qué le pasa...". Sentí que lágrimas tibias amenazaban con caer.

"Oh, Troy. Se pondrá bien". Me dio un sentimiento tranquilizador mientras tomaba mis manos. "Odio preguntar, pero... Verónica...".

"Está viva, pero herida".

Erica asintió aliviada. Se quedó callada un momento más antes de ponerme la mano en el hombro. "Odio sacar el tema, pero las noticias especulan...".

"¿Sobre qué?". Enarqué una ceja.

"Una conexión romántica entre Mónica y tú".

"Claro que sí", murmuré. "Sólo las noticias tomarían algo horrible y lo convertirían en algo totalmente distinto".

Suponía que mi padre llamaba no por nuestra pelea, sino porque su helicóptero había aparecido en las noticias en una persecución a alta velocidad y se había corrido el rumor de que yo tenía una relación sentimental con mi ayudante. Probablemente estaba más preocupado por esto último.

Gruñí mientras me sentaba en mi asiento. "Ni siquiera me importa. Sólo quiero ver a Mónica".

"La verás", dijo Erica.

Esperamos en silencio durante lo que parecieron horas, hasta que el médico que vi entrar en su habitación vino a buscarme. Me levanté rápidamente cuando lo vi, ansioso de respuestas. Ansioso por cualquier cosa que pudiera decirme sobre Mónica.

"La señorita Durall pregunta por usted", me dijo.

Respiré hondo y le seguí hasta la habitación, dejando a Erica en la sala de espera.

Capítulo 55

Mónica

Aferré con fuerza las sábanas blancas hasta la barbilla, con la esperanza de que taparan el hecho de que me temblaban las manos. Todo en mi vida acababa de cambiar aquí, en este hospital, y no tenía nada que ver con el accidente de coche que podría haberme quitado la vida.

"¿Se encuentra bien?", preguntó la médico, mirándome desde su portapapeles.

Asentí con la cabeza, aunque estaba lejos de estarlo. Se me revolvían las tripas y se me subían a la garganta. Busqué rápidamente el cuenco que me había traído la enfermera. Lo vi en la encimera, junto al lavabo, después de que ella lo lavara por tercera vez. Lo señalé frenéticamente, con los labios apretados para contenerlo todo. La mirada de la doctora siguió mi dedo y rápidamente cogió el cuenco, entregándomelo.

Vomité en el cuenco hasta que sentí que no quedaba nada. Apreté el cuenco contra mí mientras exhalaba en seco. Cada bocanada de aire que aspiraba era dolorosa, pues mi cuerpo empezaba a darse cuenta

de lo que había pasado aquel día. La médico me dijo que estaba bastante magullada, pero que los moratones serían más evidentes y el dolor más intenso en los días siguientes. Me dijo que había tenido suerte de llevar puesto el cinturón de seguridad.

Volví a pensar en el momento en el coche en el que estaba tan segura de que mi vida había terminado, cuando me lo quité para intentar despedirme de Troy. Las cosas podrían haber acabado de forma muy diferente momentos después.

Me quejé cuando me sobrevino otro vahído seco y mi espalda gritó de dolor al tambalearse hacia delante. La médico me puso la mano en la espalda.

"Las náuseas son normales en las conmociones cerebrales. También es normal en el primer trimestre, o a veces más allá", dijo con suavidad.

Aferré el cuenco con fuerza y cerré los ojos, sacudiendo la cabeza como si eso fuera a borrar de algún modo lo que el médico me había dicho minutos atrás.

"Estás embarazada".

Embarazada.

De tres meses para ser exactos. Acababa de entrar en mi segundo trimestre y de alguna manera estaba felizmente inconsciente de que había un bebé creciendo dentro de mí. El bebé de Troy.

Empujé el cuenco lejos de mí y una de las enfermeras vino y, afortunadamente, se lo llevó. En la cama de al lado había una foto en blanco y negro de mi bebé, nuestro bebé. Mi mano tembló al

cogerla con cuidado, como si fuera a romperse. Los ojos se me llenaron de lágrimas al posarse sobre el pequeño bebé que yacía acunado en mi vientre. Las lágrimas saladas cayeron sobre las sábanas blancas que me rodeaban.

"La dejaré un momento", dijo la médico, haciendo un gesto a las enfermeras para que se marcharan. "Por favor, avíseme si necesita algo. Y felicidades de nuevo".

Lo único que pude hacer fue asentir. No sabía si quería estar sola en ese momento con la culpa carcomiéndome por dentro. Llevaba tres meses embarazada y no lo sabía. Mis instintos ya estaban fallando como madre. Debería haber sabido que no me había venido la regla, no una, sino tres veces. Como no me di cuenta cuando cosas como la tarta de chocolate empezaron a saber diferentes. Tendría que haberme dado cuenta de que a veces me dolían los pechos, o de que Troy les dedicaba mucho tiempo cuando teníamos relaciones íntimas.

Lo peor de todo era que puse a nuestro bebé en peligro cuando me fui con Verónica esa mañana. Si hubiera sabido que estaba embarazada, nunca habría ido con ella a ningún sitio. Habría sido menos ingenua y habría hecho más preguntas, habría pedido ayuda. En lugar de eso, la seguí a ciegas, directa a la boca del lobo donde casi perdemos la vida los tres. Dejé escapar un sollozo silencioso mientras apretaba la foto contra mi corazón, con la culpa desbordándome.

A pesar de que la médico me había asegurado que el bebé estaba bien tras hacerle una ecografía y las diversas mediciones y pruebas de los latidos del corazón, seguía sintiendo que había fracasado como madre.

Algo que nunca había pensado que sería, aunque cuando era más joven tenía la esperanza de casarme con alguien al salir de la universidad y formar una familia. Cuando mi vida no resultó así, ni siquiera cerca, empecé a escribir novelas como una forma de sobrellevarlo. Una forma de escapar. Cuando mi primer libro despegó, mi sueño de formar una familia pasó a un segundo plano y no había vuelto a pensar mucho en ello desde entonces. Pero en este momento... parecía que mi sueño se estaba haciendo realidad. Sólo que no sabía si estaba lista. Si Troy estaba listo. Mientras me ponía la mano en la barriga, me di cuenta de que ya no teníamos muchas opciones.

Llamaron suavemente a la puerta. Me sequé las lágrimas justo cuando la puerta se abrió y Troy entró por ella. Deslicé rápidamente la foto de la ecografía detrás de mí, debajo de una almohada. Sabía que tenía que decírselo, pero no sabía cómo. Apenas lo había asimilado. Sentía como si la ecografía estuviera gritando detrás de mí y me costara pensar mientras él caminaba hacia mí con cautela, como si yo fuera de cristal.

"Mónica", dijo en voz baja, como preguntándome si quería que estuviera allí.

Se me saltaron las lágrimas al ver la preocupación en su rostro.

Corrió hacia mí y me abrazó.

"Tenía tanto miedo", murmuró en mi pelo. "¿Por qué demonios tardaba tanto?".

"Sólo un montón de pruebas...". Le dije.

Y una que cambiaría mi vida.

Se apartó y me miró, como si me estuviera inspeccionando.

"Estoy bien", le aseguré.

Fue él quien asintió con los ojos llenos de lágrimas. Le cogí las mejillas con las dos manos y le acerqué la cara a la mía. Miré desde sus ojos verde bosque hasta el arco de sus labios, dándome cuenta de lo mucho que necesitaba besarle. Perderme en él. Respondió a mi silenciosa necesidad y apretó sus labios contra los míos con fuerza. Con pasión. Una lágrima salada corrió por mi mejilla al darme cuenta de lo cerca que había estado de perderle, de perderlo todo. Se apartó y me limpió la lágrima de la mejilla.

"Pensé que te había perdido...", susurré.

"¿Por qué pensaste que me perderías?", preguntó suavemente.

Seguí explicándole cómo Verónica se había presentado en la oficina y la mentira que había tejido para que me fuera con ella. Había sido tan convincente que no me paré a pensar, ni a llamarle a él ni a la policía. Sólo sabía que tenía que llegar hasta él. fue cuando íbamos a toda velocidad por la interestatal cuando me di cuenta de que me había engañado.

"No tendremos que volver a tratar con ella", dijo. Era la segunda vez que me aseguraba que estaba fuera de nuestras vidas, y yo quería creerle, pero también sabía de lo que era capaz. De lo que era capaz la gente con dinero, especialmente los locos.

"Me aseguraré de ello", dijo Troy, como si percibiera mis dudas. No es que dudara de él, ni siquiera que le culpara. Sólo había sido un día infernal, y ya que sabía que tenía un bebé que proteger, mi

guardia estaba en alto. Sabía que tenía que decirle que no sólo tenía que protegerme a mí.

Las palabras me pesaban en el pecho mientras me colocaba en la cama, haciendo una mueca de dolor al moverme.

"¿Estás bien?", preguntó Troy, con preocupación en su voz, mientras sus ojos parecían encontrar cada moretón amarillento que asomaba de la bata azul del hospital.

"Estoy bien. Sólo un poco dolorida".

"Dios, nunca me lo perdonaré. Jamás".

Apreté su mano. "Troy, estoy bien. Por favor".

"Podrías haber muerto".

"No lo hice".

"¡Tienes una conmoción cerebral!". Se pasó la mano por el pelo con frustración.

"Estoy bien. El médico me va a tener ingresada toda la noche para evaluarme y luego seguro que podré irme a casa".

"¿Durante la noche?". Apoyó la cabeza en las manos.

"Troy", dije tan firmemente como pude, mientras veía como la culpa lo carcomía. "Estoy embarazada".

Las palabras se me escaparon. No pude contenerlas por más tiempo. No podía verle derrumbarse más delante de mí.

Sacó lentamente la cabeza de entre las manos y me miró, sus ojos buscaban los míos como si quisiera entender que me había oído bien.

"¿Embarazada?", preguntó lentamente, como si estuviera probando una palabra nueva.

Asentí con la cabeza. "De tres meses".

"¿Te...?".

"No, me quedé tan sorprendida como tú".

"¿Está...?".

"El bebé está bien. Le hicieron varias pruebas".

Metí la mano por detrás y busqué la foto brillante debajo de la almohada. La saqué y se la enseñé. Sus ojos se desviaron de mí hacia la foto, pero no pude entender lo que estaba pensando. Sabía que era mucho para procesar, pero Troy se había quedado prácticamente catatónico. Cuando me di cuenta de que no estaba cogiendo la foto, la dejé caer sobre mi regazo.

"Sé que esto no era lo que esperabas...". Dije suavemente, tratando de no concentrarme en mi corazón que lo sentía como si estuviera en sus manos y en riesgo de ser dejado caer. "Tampoco era lo que yo esperaba".

Se quedó callado y un pánico sigiloso empezó a apoderarse de mí.

"Entiendo si esto no es lo que querías", susurré. "No quiero que te sientas atrapado...".

Evitó mi mirada y se levantó lentamente de la cama del hospital.

"Troy...". Empecé.

"Necesito un poco de aire", dijo, volviéndose hacia la puerta.

Lo vi salir por ella en estado de trance, dejándome sola en la habitación, completamente incrédula. Se me escapó un sollozo mientras cogía la foto y la estrechaba contra mí. Me mecí a mí misma y al bebé, como si intentara consolarnos a ambos.

El hombre al que amaba y creía conocer acababa de abandonarme cuando más lo necesitaba. Comprendí que estaba en estado de shock, pero yo también. Acababa de recibir la misma noticia que él. Pero no me iba a ir. No tenía esa opción. Nuestro bebé estaba creciendo dentro de mí. Junto a él, el miedo, la confusión y la tristeza me invadían.

En la última media hora, ni siquiera había tenido tiempo de imaginar cómo sería nuestra vida como padres, flotaban en mi cabeza imágenes de Troy meciendo al bebé y cantándole nanas. No sabía si sonreír o llorar ante las imágenes de él como padre. En el fondo, sabía que lo haría genial. Pero no creía que él lo supiera. Las imágenes que tenía de él flotando en mi mente estallaban como burbujas, dejándome vacía.

Llamaron a la puerta y levanté la vista para ver a Erica de pie en el umbral. No sabía que estaba aquí. La miré confusa.

"¿Cómo has...?".

"Supongo que Troy no te ha dicho que has salido en las noticias...".

Sacudí la cabeza.

"Vine en cuanto lo vi".

Me di cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas, así que le tendí la mano.

Se abalanzó sobre mí y me abrazó. "¿Estás bien?", preguntó con voz temblorosa.

No sabía cómo responder a esa pregunta. Estaba lejos de estar bien y no tenía nada que ver con mi conmoción cerebral ni con el dolor que palpitaba en mi cuerpo. No pude contestarle mientras las lágrimas corrían por mi cara. Erica no hizo más preguntas. Se sentó y me abrazó en silencio en la cama del hospital, sin saber que su hermano acababa de romperme el corazón y fue un sentimiento peor que cualquier cosa que hubiera soportado hoy.

Capítulo 56

Troy

Embarazada. La palabra me susurraba al oído una y otra vez, como una canción en bucle, mientras bajaba en el ascensor hasta el vestíbulo del hospital. Sabía que estaba mal dejar a Mónica, después de todo lo que había pasado, pero sobre todo después de que me dijera que estaba embarazada de nuestro bebé. Pero no sabía cómo quedarme en aquella habitación, ya que sentía que las paredes se cerraban sobre mí y me costaba respirar o pensar.

Me encontré con Erica al salir, pero no le expliqué por qué me iba. Las palabras no podían formarse en mi cabeza para salir de mi boca, así que seguí caminando hasta que estuve a salvo en el ascensor y me alejaron de la vida que no sabía si algún día llegaría a descifrar.

En la acera, dudé antes de llamar a un taxi, sabiendo muy bien que era la elección equivocada. Vi el dolor en los ojos de Mónica mientras me alejaba lentamente de ella, de nuestro bebé. ¿Qué más gilipollas podía ser? Pero la verdad era que no tenía control sobre mi cuerpo en ese momento. Se movía solo, paralizado por el miedo. Miré hacia el hospital, las ventanas de cristal me miraban como ojos críticos. Sacudí la cabeza y extendí la mano para pedir un taxi.

Un coche amarillo se detuvo enseguida y me deslicé dentro.

"Vamonos", dije entumecido.

"¿Adónde?", preguntó el conductor.

Era una gran pregunta, cuando estaba dejando atrás todo lo que amaba. Le di la dirección de mi oficina. No sabía por qué, pero fue lo primero que solté. Mientras el taxi se alejaba de la acera, apoyé la cabeza en el asiento trasero e intenté remediar el martilleo de mi cabeza. Era como si toda la adrenalina del día hubiera desaparecido y solo me quedaran los pensamientos que necesitaba ordenar.

Verónica. Detenida y loca.

Mónica. Conmocionada y embarazada de mí.

Yo. Completamente perdido en la vida y a punto de ser padre.

Eso lo resumía todo.

Suspiré con fuerza y cerré los ojos, pero lo único que vi en la oscuridad fue la imagen de nuestro bebé. Vi la cabeza, los brazos y las piernas. Era un ser humano de verdad, creciendo dentro de Mónica. Ni siquiera parecía real y saber que tenía partes iguales de mí y de ella en su interior fue suficiente para hacerme contener las lágrimas. Me aterrorizaba echarlo todo a perder.

Un bebé no estaba en mi radar. Era algo en lo que nunca había pensado. Nunca surgió entre Verónica y yo, y menos mal que no lo había hecho, sabiendo cómo acabó aquella historia. Nunca me vi como padre. Probablemente porque yo mismo tuve uno tan pobre. No creía que fuera a ser bueno en eso porque no tenía a nadie a

quien admirar, así que nunca lo pensé dos veces. Pensé que llevaría una vida de soltero para siempre, centrándome en los negocios y necesitando sólo a una mujer para satisfacer la necesidad primaria cuando surgiera.

Pero entonces llegó Mónica y todo lo que había esperado para mi vida se fue por la ventana. Pero un bebé... eso era grande. Cambiaría mi vida para siempre.

El taxi se detuvo frente al edificio de mi oficina. Pagué al conductor y salí del coche, mirando fijamente el oscuro edificio de hormigón que se alzaba ante mí. Había muy poca luz en las ventanas. Todo el mundo se había ido a casa. Agradecí la soledad.

Atravesé las puertas de cristal y pasé junto al guardia de seguridad, uno distinto al de esta mañana. Me miró con curiosidad al pasar, probablemente conteniendo las preguntas que tanto deseaba hacer después de ver todo lo que había pasado hoy en las noticias. Me aflojé la corbata, que parecía asfixiarme y seguí caminando hacia el ascensor.

La planta de mi despacho estaba vacía y las luces tenues. El equipo de limpieza no llegaría hasta dentro de unas horas, lo que significaba que podía sentarme a pensar en silencio. Entré en mi despacho, sin molestarme en encender las luces y me senté en mi escritorio. Me quité la corbata y me desprendí de la chaqueta mientras el cansancio se apoderaba de mí. Debería haberme ido a casa a dormir.

Vi el escritorio de Mónica al otro lado de la puerta y casi pude imaginármela allí sentada tecleando en su ordenador. Me di cuenta de que la echaba de menos y me sentí como un cobarde por cómo había reaccionado cuando me contó lo del bebé. Ella misma acababa de enterarse. Seguro que estaba tan aterrorizada como yo.

¿Cómo iba a volver a enfrentarme a ella después de lo que acababa de hacerle? Probablemente me odiaba por haberla abandonado cuando más me necesitaba. Me odiaba a mí mismo por ello, pero mi cerebro necesitaba tiempo para procesarlo todo. Necesitaba ponerse al día después de todo lo que había pasado en las últimas horas.

Oí pasos que se acercaban por el pasillo, en mi dirección. Eran pesados sobre los suelos de mármol, y me pregunté quién estaría aquí a deshoras.

"¡Troy!". Oí el familiar ladrido de la voz de mi padre rompiendo el silencio. "¿Dónde demonios estás?".

Hice una mueca. Lo último que necesitaba era ver a mi padre en este momento. Permanecí callado en la oscuridad de mi despacho, esperando que pasara de largo.

"Sé que estás aquí. Seguridad te vio subir".

La luz que había encima de mí se encendió, haciéndome parpadear un par de veces ante la dura luz fluorescente que llenaba mi despacho. Entonces vi a mi padre en la puerta, con la cara roja y los ojos desorbitados.

"¿Qué demonios haces?", me preguntó.

"Necesitaba pensar".

"¿Pensar? ¡Ja! Qué lujo salir temprano del retiro para pensar", dijo, con la voz cargada de sarcasmo.

"Hoy han pasado muchas cosas, papá...".

"¿Oh? ¿Crees que no lo sé?". Empezó a pasearse por mi despacho. "Después de que te fueras del retiro, avergonzándome a mí y a mi reputación, recibí una llamada diciendo que habían fletado mi helicóptero. Lo siguiente que supe fue que lo vi en las noticias en una maldita persecución policial. ¿En qué estabas pensando?".

"Estaba...".

"No he terminado", espetó mi padre. "Dicen que estabas involucrado sentimentalmente con esa asistente tuya. ¿Es cierto?".

Le miré y sólo vi ira en sus ojos. No había ni una pizca de preocupación por lo que yo había pasado. Lo único que le importaba era su reputación. Era un maldito egoísta y un egocéntrico. Algo en mí estalló.

"Eso es todo lo que te importa, ¿verdad?". Pregunté, con la voz entrecortada.

"¿Cómo dices?".

"No te importa que alguien podría haber muerto hoy. Tu propio hijo podría haber muerto hoy. No te importa que haya gente herida. No te importa nada de eso, siempre y cuando tu imagen permanezca inmaculada. Bueno, siento haber manchado tu imagen por preocuparme por alguien más de lo que me preocupo por mí mismo. Pero tú no sabes nada de eso, ¿verdad? Ni siquiera te importa tu propia mujer".

"Cuidado, chico", dijo mi padre, deteniéndose en seco y lanzándome una mirada.

"¿Crees que no te vi en el restaurante? ¿En el club de striptease? Eres una asquerosa excusa de marido. Y un padre aún peor. Si tanto te preocupa tu reputación, quizá deberías empezar a comportarte con dignidad".

"¡Cómo te atreves!", gritó mi padre.

"¡No, cómo te atreves tú!". Dije levantándome del escritorio. "No puedo creer que te admirara. No puedo creer que eligiera el mismo camino que tú sólo porque pensaba que te haría sentir orgulloso, pero nada te complacerá jamás. Lo veo claro".

"Oh, boo-hoo". Puso un mohín sarcástico que me dieron ganas de quitarle de la cara. "Siento que miles de millones de dólares no te hagan feliz".

"No lo hacen. Nada de esto lo hace", dije, mirando alrededor de mi oficina.

"Ah, ¿y supongo que tu asistente te hace feliz?". Se rió.

"La verdad es que sí. Y hoy casi la pierdo. No es que te importe".

"Si, de hecho, estás liado con ella, entonces es el colmo. Estás despedido. Estás acabado. Te lo advertí, Troy". Mi padre me señaló con el dedo, la mirada de suficiencia en su rostro que se convirtió en un ceño fruncido.

"No hace falta que me despidas porque he renunciado".

"Piensa bien lo que dices, Troy...", me advirtió.

"Lo he pensado. He dimitido. Odio este trabajo. No me interesa hacer más ricos a los ricos y no me interesa trabajar a tus órdenes. Tengo casi cuarenta años y sin embargo me tratas como a un niño".

"Entonces no actúes como tal. ¿Crees que tirarte a tu ayudante es sensato?".

"No lo sé. Podría preguntarte lo mismo sobre Kathy".

"Cuidado, chico," repitió

"Y no sólo me estoy tirando a mi ayudante. Estoy enamorado de ella".

Mi padre se burló.

"De hecho, vamos a tener un bebé".

Era la primera vez que lo decía en voz alta, lo que lo hacía aún más real. Ojalá la primera persona a la que se lo dijera no fuera mi padre, pero pareció dejarle sin aire temporalmente. Por un momento, pensé que se daría cuenta de que lo que decía iba en serio. Que era feliz con ella. Que era real. Que iba a ser abuelo. Debería haber sabido que era una ilusión.

"¿Cómo puedes ser tan estúpido?", preguntó finalmente, su voz casi un susurro. "Dejas que te atrape. No te quiere. Ama el dinero".

"Eso no es verdad", dije, dando un paso hacia él.

"Sí que lo es. Eso es exactamente lo que hacen las putas como ella".

Sus palabras me mordieron como veneno y me llenaron de rabia. Tiré del brazo hacia atrás y le di un puñetazo en toda la cara. Vi cómo caía al suelo, casi a cámara lenta, sus ojos siguiéndome mientras caía al suelo. No sentí remordimiento, sólo satisfacción.

"¡Cómo te atreves!", escupió, con la sangre cayéndole de la boca.

Me puse a su lado y le señalé con el dedo. "No vuelvas a hablar así de ella. No le faltarás al respeto. Ni a mí. Nunca más".

Pasé por encima de él y salí por la puerta de mi despacho, por el pasillo poco iluminado, y entré en el ascensor. Sabía que mi padre no dudaría en llamar a seguridad. Tenía que salir lo antes posible. Lejos de él y del hombre malvado que era. Lo supe todo el tiempo, pero estaba demasiado asustado para cortar lazos porque, al fin y al cabo, era mi padre. Pero no era una buena persona. Lo veía claro.

Salí del edificio, sintiéndome libre de él y del trabajo que me ataba. Me sentía libre de mi padre, que estaba sangrando en mi despacho. Me palpitaba la mano, el puño que había tocado su boca. Me la sacudí mientras llamaba a un taxi.

Esta vez sabía exactamente adónde iba. Iba a volver al hospital para estar con Mónica, pedirle perdón y demostrarle que estaba preparado para ser el padre de nuestro hijo. Ella era el amor de mi vida, por mucho miedo que tuviera a ser padre, quería hacerlo con ella. Gracias a mi propio padre, sabía exactamente lo que no debía hacer. Eso era suficiente confianza para mí.

El taxi no podía llegar a ella lo bastante rápido. Nuestra vida juntos no podía empezar lo bastante rápido.

Capítulo 57

Mónica

"¿Estás segura?", preguntó Troy, sosteniendo un rodillo de pintura y mirándome con una ceja levantada.

"Sí, estoy segura". Pasé mi propio rodillo de pintura por la banda del suelo.

Había sido una proeza agacharme para hacerlo. No estaba segura de cómo iba a pintar toda una habitación infantil. Por supuesto, le había preguntado al médico si era seguro que lo hiciera y me dio luz verde. Aunque me había costado decidir sobre qué color usar para la habitación del bebé, hasta que encontré el tono perfecto de azul.

Azul dichoso.

Dichoso.

Una yuxtaposición a lo que era mi vida tres meses atrás, cuando casi perdí mi vida y luego descubrí que estaba embarazada y casi perdí a Troy.

"Vale", dijo vacilante mientras pasaba la pintura por la pared, observándome con el rabillo del ojo.

"¿Quieres dejar de hacer eso?". Puse los ojos en blanco.

"Sólo quiero asegurarme. Has necesitado setenta y cinco muestras de pintura para encontrar la que querías". Se rió.

Más bien fueron ochenta y cinco, pero quién llevaba la cuenta. Intenté ponerme en pie, pero mi vientre redondo me lo impedía. Troy dejó el rodillo y se acercó, me cogió de las manos y me ayudó a ponerme en pie. No me soltó las manos mientras me miraba con calidez a los ojos.

"Sólo quiero que sea perfecto", le dije.

"Es perfecto", susurró. "Tú eres perfecta".

Se inclinó y me besó, sus manos se movieron suavemente hacia mi vientre. Cerré los ojos y me empapé del momento, recordando cuando pensaba que este modo de vida nunca sería nuestro. Convertirnos en padres y pintar la habitación de nuestro hijo, estar completamente enamorados.

Tres meses atrás, cuando Troy salió huyendo del hospital después de que le dijera que estaba embarazada, pensé que mi mundo se había acabado. Me dolía más que cualquiera de los moratones o el golpe en mi cabeza que me había infligido el accidente. Recuerdo que le vi salir por la puerta mientras yo sujetaba la ecografía entre las manos.

Volvió casi dos horas más tarde, evitando que su hermana le diera una bofetada y me abrazó disculpándose entre lágrimas. Recuerdo que lo abracé, con su cara pegada a mi estómago mientras se

aferraba a mí. No podía rechazarlo. El día fue como sacado de una película de suspense, un shock para los dos y luego añadir la noticia de que estaba embarazada. Sería demasiado para cualquiera.

"Tengo miedo de ser como mi padre", había susurrado, casi al bebé más que a mí.

Había pasado los dedos por su pelo oscuro, con el corazón roto, sabiendo que Troy, ese hombre maravilloso, creía que sería como ese hombre horrible. Me sentí culpable cuando supe que había golpeado a su padre en la cara. Tal vez sería la llamada de atención que el poderoso y todopoderoso Bryson Gunner necesitaba.

"Lo único que tenéis en común es vuestro ADN", le dije.

Eso le hizo reír suavemente.

"Sólo tú podrías hacerme reír después del día que hemos tenido", respondió, mirándome.

Le sonreí.

"Ven a vivir conmigo", me dijo.

“¿Qué?”, pregunté sorprendida.

Hacía apenas una hora, pensaba que había perdido al amor de mi vida y en este momento me pedía que viviera con él.

"Múdate conmigo. Hagámoslo bien. Te quiero y quiero a este bebé. Quiero ser el mejor padre que pueda ser y el mejor compañero para ti".

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

"De acuerdo". Asentí con la cabeza, mi voz apenas un susurro.

Al día siguiente, cuando me dieron el alta en el hospital, Troy me preparó un sitio acogedor en su sofá, con mantas y aperitivos y todas mis películas favoritas. Me dijo que me quedara allí y me relajara, mientras él y la empresa de mudanzas que había contratado la noche anterior trasladaban todo desde mi pequeño apartamento de Queens hasta aquí, su ático de Manhattan. Al final de la tarde, todo lo que tenía estaba allí. Empezábamos nuestra vida juntos.

Los últimos meses habíamos pasado juntos casi todas las horas del día. Desde que Troy dejó su trabajo en la empresa de fondos de cobertura y abandonó definitivamente la empresa de su padre yo también me había quedado sin trabajo. Todavía tenía mi trabajo de freelance a tiempo parcial para el periódico de Erica. Si siguiera viviendo por mi cuenta, nunca sería suficiente para sobrevivir. Me sentía rara viviendo sin pagar alquiler en este increíble apartamento, pero Troy se limitó a burlarse. Aunque estuviera en paro, aún tenía millones para vivir. Estaba preparado de por vida si no quería volver a trabajar, pero yo sabía que él quería trabajar. Los dos queríamos.

Antes de que resolviéramos esa parte de nuestra vida y antes de que mi embarazo se considerara demasiado avanzado para viajar, Troy me invitó a unas vacaciones en la playa. Una luna de miel de bebé en las Maldivas. Nunca había visto una playa tan bonita, con su arena blanca, tan suave al tacto y sus aguas cristalinas, azul zafiro.

Pasamos allí dos semanas, con cócteles de piña colada en la mano y mi creciente barriga en bikini, tomando el sol. A pesar de los cambios en mi cuerpo, Troy no se cansaba de mí, ni yo de él. Si no estábamos en la playa, nos encerrábamos en nuestro bungalow

junto al mar, perdidos el uno en el otro entre las sábanas de lino blanco. Nuestra fortaleza privada.

Agradecí que se me hubieran pasado las náuseas matutinas, aunque a cambio pasé noches inquietas. No estaba segura de si lo que me mantenía despierta era el insomnio del embarazo o las pesadillas. Podría haber sido una combinación de ambos. Algunas noches me daba miedo dormirme porque las imágenes del metal rojo crujiente del deportivo o la mirada enloquecida de Verónica se colaban a menudo en mis sueños, haciéndome tambalear para despertarme.

Troy me consolaba frotándome la espalda mientras intentaba dejar que las olas me tranquilizaran. Me aseguraba una y otra vez que Verónica no volvería a hacerme daño y yo lo sabía. Sabía que me protegería y yo a él. Aunque se enfrentaba a una pena de prisión, su abogado pudo luchar por ella alegando demencia. Aunque podría haber sido una estratagema, creí que era cierto. Verónica estaba loca y necesitaba ayuda. Fue enviada a un hospital psiquiátrico y estaría allí durante años. Para estar seguros, Troy y yo solicitamos una orden de alejamiento contra ella, por si conseguía escapar, aunque el abogado de Troy me aseguró que sería imposible.

Yo sabía lo mucho que Verónica había amado a Troy o al menos se había encaprichado de él. Eso era evidente en sus desesperados intentos por recuperarlo, interviniendo en actos familiares, acosándome y acosándolo. Pero nunca pensé que llegaría tan lejos. Erica no dejaba de sugerirme que, cuando estuviera preparada, escribiera una novela de suspense basada en mi propia vida. Decía que podría ser la liberación terapéutica que necesitaba, pero yo no estaba preparada para eso. Quizá algún día. Hasta entonces, seguí con la terapia por sugerencia de Troy, que parecía estar funcionando, ya que cada vez tenía menos noches inquietas.

Cuando volvimos de las Maldivas, Troy se puso manos a la obra para montar su propia empresa. No iba a ser fácil empezar desde cero, pero yo sabía que podía hacerlo. Podía ver cuánto lo deseaba, cuánto quería algo que fuera suyo, lejos de la sombra de su padre.

En la universidad, había hecho algunos cursos sobre inteligencia artificial y le había apasionado. Nunca se dedicó plenamente a ello porque dejó que su padre dictara su camino, pero tenía la libertad de ir a por ello. Con la ayuda de Daniel Jacobs, que tenía su propia empresa de tecnología, se le ocurrieron algunas ideas nuevas que aún no estaban en el mercado. Daniel le dio una lista de contactos para que la utilizara. Teníamos mucho que agradecer a Daniel, incluida nuestra propia relación. De no ser por él, Troy y yo no habríamos vuelto a poner un pie en la vida del otro después de aquella fatídica noche en el bar.

Nunca había visto a Troy tan involucrado en algo. Le había visto trabajar durante meses, trabajando a su lado como su ayudante, pero nunca le había visto tan entusiasmado por algo. Me llenaba el corazón saber que estaba persiguiendo algo que era todo suyo. Me alegré mucho de que no se diera por vencido, cuando muchos otros en su posición económica se conformarían con tener dinero en el banco y no necesitar hacer nada el resto de sus vidas.

Mientras él trabajaba en su escritorio, yo me acurrucaba en un sillón y escribía, tratando de no distraerme por lo bien que se veía cuando estaba sumido en sus pensamientos. Cumplía con creces los encargos que me daba el periódico, incluso les echaba extras cada semana, y mi afán se hacía notar. La semana pasada me ofrecieron un trabajo a tiempo completo, que acepté encantada. Eran conscientes de que estaba embarazada y de que necesitaría tiempo libre en los próximos meses, pero me ofrecieron el trabajo de todos modos. Tenía una columna semanal de mis relatos cortos en el periódico, además de su edición en línea.

Troy me había preparado una deliciosa cena con bistec para celebrarlo, acompañada de sidra espumosa y una selección de mis postres favoritos de una pastelería cercana. Estaba muy orgulloso de mí.

Aunque hacía tiempo que no publicaba un libro, mis seguidores se habían interesado por mis columnas en el periódico. Y nuevos seguidores del periódico se habían interesado por mis libros. Se había producido un resurgimiento de las ventas en las librerías y en Internet, lo que me había permitido ahorrar un poco gracias a los derechos de autor. Algunos de mis libros habían vuelto a las listas de los más vendidos.

Parecía que todo en mi vida estaba funcionando a la perfección. De pie, en la habitación de mi hijo, con el hombre al que amaba, sonreía por cómo me había ido la vida. Pero entonces mis ojos se posaron en la mancha de pintura de la pared y mi sonrisa se torció ligeramente.

"¿Qué?", preguntó Troy, con un toque de temor en la voz mientras seguía mi mirada hacia la pared.

"No me odies...".

"Uh-oh".

"Es que no me encanta".

Troy dejó escapar un pequeño suspiro antes de besarme en la frente. Se arrodilló en el suelo y empezó a volver a tapar la lata de pintura. Lo cogió por el asa metálica y empezó a dirigirse hacia la puerta.

"¿Adónde vas?", le pregunté.

"A la ferretería. Quiero encontrar algo que te guste. Tal vez esa Lucy Blue que estabas mirando".

"Eres el mejor. ¿Lo sabías?".

“Lo sé”. Se rió entre dientes.

Se dio la vuelta y salió por la puerta y yo sonreí tras él. Recuerdo que había querido contratar a alguien para el trabajo, pero yo insistí en que lo hiciéramos nosotros. Seguramente se arrepentía de haber accedido con mis caprichos siempre cambiantes, pero me gustaba saber que lo estábamos haciendo juntos. Se estaba haciendo una idea más de mi mundo, incluso mientras pintábamos un cuarto infantil que probablemente era más grande que mi antiguo apartamento de Queens. Me senté en el suelo del cuarto infantil, esperando pacientemente a que volviera. Miré las cuatro paredes que me rodeaban, sabiendo que estaban llenas de amor.

Capítulo 58

Troy

Encontré a Mónica sentada en la habitación del bebé, con las paredes grises y azules rodeándola en un apacible abrazo mientras doblaba ropa de bebé. Aún no me había visto, así que me limité a observarla en silencio desde la puerta. Tarareaba una canción de cuna mientras levantaba un diminuto body blanco, mirándolo, antes de doblarlo y añadirlo a la creciente pila que tenía delante.

En las últimas semanas, a medida que se acercaba la fecha del parto, se había puesto manos a la obra. Nuestro hijo llegaría en pocas semanas. Por muy preparados que estuviéramos con la habitación del bebé ya terminada, con el tono perfecto de azul en las paredes y una cuna de roble en un rincón de la habitación, seguía sintiéndome totalmente sorprendido por el hecho de que estuviera a punto de ser padre.

Le agradecí a Mónica su calma, como si estuviera hecha para esto. Los temores que tenía de fastidiar a este bebé disminuían con sólo mirarla, sabiendo que todo lo que quería ser en esta vida era un hombre decente para ella y un padre cariñoso para nuestro bebé. Intenté no recordar el día en que estuve a punto de perderlos a los

dos, sobre todo porque Mónica parecía estar mejor después de aquello, pero realmente ponía las cosas en perspectiva.

"¿En qué estás pensando?", preguntó en voz baja, notándome en la puerta.

"En lo mucho que te quiero". Caminé hacia ella, sorteando los montones de ropa diminuta que la rodeaban.

Me senté a su lado, me apoyé en la cuna, cogí un body y lo doblé en un cuadradito. Ella apoyó la cabeza en mi hombro y dobló dos calcetines azules en una bola. Doblamos el resto de la ropa en un cómodo silencio, asimilando el hecho de que dentro de unas semanas la llenaría nuestro bebé.

"Ya casi está aquí", susurré.

"¿Estás preparada?". Buscó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos.

“Creo que sí”. Le di un suave apretón en la mano.

"Vas a ser el mejor padre".

"Y tú la mejor madre".

Levantó la cabeza y apretó los labios contra mi mejilla, con su calor recorriéndome. Echó un vistazo a la habitación, a todo lo que habíamos hecho en los últimos meses, seleccionando poco a poco las piezas perfectas para el cuarto del bebé.

"Has elegido el tono de azul perfecto", dijo mirándome.

"Alguien tenía que hacerlo". Le guiñé un ojo.

Me dio un codazo juguetón con el hombro. "¿Qué tal el trabajo?".

"Bien. Estamos listos para el lanzamiento de mañana".

"Estoy orgullosa de ti".

"No te sientas orgullosa todavía. Ya sabes cómo va la tecnología. Siempre hay algo que puede salir mal".

"No lo hará. La web no tiene fisuras y tienes un equipo de genios para solucionar cualquier problema que surja, que no surgirá".

Asentí, pero los nervios seguían revoloteándome en el estómago. Cuando ideé esta empresa tecnológica meses atrás, sabía que me estaría arriesgando al pisar un territorio en el que nunca había estado. No tenía padre a quien recurrir. Todo dependía de mí, que era lo que quería, pero no dejaba de ser aterrador.

Lo único que me hizo seguir adelante fue mi interés por la inteligencia artificial, que conocí en la universidad, pero nunca me interesó del todo. Entonces no era algo tan importante y aunque lo hubiera sido, la presión de mi padre para que me uniera a la empresa familiar era abrumadora. Dejé que controlara todos mis movimientos y todas mis decisiones. Pero ya no.

Se me ocurrieron algunas ideas cuando Mónica y yo disfrutábamos de la vida en el paro, aunque no estaba pensada para nosotros a largo plazo. Le comenté algunas a Daniel Jacobs, que tenía su propia empresa de software de inteligencia artificial de éxito y me prestó amablemente su oído y sus consejos, ayudándome a acotar el camino. Me decidí por una herramienta de IA que buscaba

automáticamente en Internet infracciones de derechos de autor, facilitando a las nuevas empresas saber qué logotipos, marcas o nombres de empresas ya estaban en uso, al tiempo que generaban ideas para los suyos propios.

La prensa y el mundo empresarial estaban expectantes, dispuestos a alabarme o a demostrar que yo no era nadie sin mi padre. Necesitaba que el lanzamiento fuera como la seda si quería triunfar en este mundo. Sólo quedaban doce horas hasta el lanzamiento a la mañana siguiente.

"Vamos. Vamos a sacarte de tus casillas", dijo Mónica, dándome un pequeño tirón de la mano.

La ayudé a levantarse, con la barriga redonda a punto de reventar. Pasamos por encima de los montones de ropa y me llevó a la cocina. Sacó una lista de menús para llevar y me dijo que eligiera. Elegí la misma pizzería que habíamos pedido después de que quemara la cena meses antes. No sólo estaba buena, sino que ocupaba un lugar especial en mi memoria.

Sonrió y llamó para hacer el pedido. Cuando sonó el teléfono, señaló el salón con la cabeza.

"Ya sabes lo que tienes que hacer".

Le sonreí y me dirigí a la consola que había bajo el televisor, saqué una gran manta de felpa y la tendí en el suelo. Oí a Mónica pedir una pizza de pepperoni, jalapeño y una caja de cerveza para mí y otra de agua con gas para ella.

Pronto estábamos en el suelo, comiendo pizza de la caja y viendo una nueva comedia que acababa de estrenarse. Era justo lo que

necesitaba para olvidar el estrés de mañana.

"Oh", dijo Mónica de repente, agarrándose el estómago.

"¿Qué te pasa? ¿Estás bien?", pregunté preocupado.

"¡Está pateando como loco! Creo que el jalapeño le ha despertado". Se rió.

Se acercó a mí y me puso la mano sobre su vientre firme. Nos quedamos los dos sentados en silencio, como si el bebé estuviera a punto de hablar, mientras esperábamos otra patada. Sentí cómo mi mano subía y bajaba a medida que se movía.

"Bueno, hola", arrulle, acercando mi cara a él.

Cuando sentí que mi hijo me daba una patada en la mano, miré a Mónica, que me sonreía con tanto amor en los ojos. Me di cuenta de que esto era todo lo que necesitaba. Aunque mañana no fuera como esperaba, al menos la tenía a ella y a nuestro bebé.

Afortunadamente, el lanzamiento fue como la seda. Mónica se unió a mí en la pequeña oficina que había alquilado en el Upper West Side, con mi pequeño equipo rodeándonos, mientras veíamos cómo se ponía en marcha la página web. Cuando llegó la primera descarga, todos lo celebramos con champán y sidra espumosa, animándonos a medida que llegaban más y más. Nuestra primera hora de ventas hizo historia en el lanzamiento de empresas de IA.

Al día siguiente, la prensa fue generosa y me nombró "One to Watch" en una publicación y "40 Under 40 Innovators" en otra. Ya estaban pronosticando las ventas de mi primer año, incluso comparándolas con las de la empresa de mi padre, a la que se

preveía que superaría. Erica también cubrió el lanzamiento en su periódico, ya que pudo verlo de primera mano porque estuvo allí para celebrarlo.

Para mi sorpresa, esa noche mi padre había enviado una botella de champán y un gran ramo de rosas a mi apartamento. Me hizo más feliz de lo que me gustaría admitir. Las cosas entre nosotros seguían tensas después de que nuestros ánimos se caldearan aquella noche en mi despacho. Ambos dijimos e hicimos cosas de las que nos arrepentimos. Aunque las cosas no fueran normales entre nosotros, si es que alguna vez lo fueron, durante mucho tiempo, al menos íbamos por el buen camino.

"¿Qué dice?", preguntó Mónica con curiosidad, mientras yo sacaba la tarjeta del ramo.

La abrí con la respiración contenida.

"Dice: 'Felicidades por el lanzamiento. Estoy orgullosa de ti. P.D. las rosas son para Mónica'".

"Vaya", susurró asombrada.

"Sí. Es correcto". Sacudí la cabeza y volví a leer las palabras.

A la mañana siguiente, pasé por mi antigua cafetería del Upper East Side para felicitar a Connor por su graduación. Además, echaba de menos su café. Todavía no había encontrado ninguna cafetería en el Upper West Side que me gustara. Para felicitarle, le di un generoso cheque, que casi se negó a aceptar. Le dije que era por todo el café y por inspirarme a encontrar mi propia pasión en la vida. Le dejé sin palabras y me dirigí a la oficina.

En la pequeña sala de espera, encontré a un viejo amigo de la universidad, Alex Rodgers. Hacía años que no le veía. Tenía el mismo aspecto, sólo unas cuantas arrugas más alrededor de los ojos formadas por los años. A medida que me acercaba a los cuarenta, lo sabía todo. A Mónica le gustaba burlarse de mí, diciendo que era como un buen vino.

"¿Alex?", pregunté con curiosidad.

Levantó la vista del periódico que tenía en las manos y me dedicó una sonrisa, la misma que tenía cuando no hacía nada bueno en los dormitorios.

"Troy, viejo cabrón". Se levantó y me abrazó, dándome palmaditas en la espalda.

"¿Qué estás haciendo aquí?". Le pregunté cuando nos separamos.

"Quería felicitarte. Cara a cara".

"Gracias. Vaya, ha pasado...".

"Demasiado tiempo".

"Bueno, vamos". Le hice un gesto para que me siguiera. "Entra en mi despacho. No es mucho...".

"¿Estás bromeando? Esto es increíble. Y es todo tuyo", dijo mientras me seguía a mi despacho, mucho más pequeño que el anterior.

Pasamos la siguiente hora poniéndonos al día, mientras yo le contaba cómo había dejado la empresa de mi padre para dedicarme

a lo mío y él me hablaba de su propia empresa, de la que me sentía mal por no estar al día. Veía su nombre de vez en cuando en la prensa, pero hablaba más de con quién se acostaba que de sus negocios. Algo que me resultaba familiar.

"¿Así que vas a ser padre?", preguntó, echándose hacia atrás y levantando una ceja divertida.

"Eso parece". Sonreí.

Sacudió la cabeza y sonrió.

"Nunca pensé que vería el día. Troy Gunner, padre. Sentando la cabeza".

"¿Y qué hay de ti? ¿Alguien especial en tu vida?".

"Siempre hay alguien especial". Movió las cejas. "Quién sea depende de la noche de la semana".

Me reí entre dientes. "El mismo Alex de siempre".

"Nunca cambiaré". Me guiñó un ojo.

Recordé cómo pensaba lo mismo hasta que Mónica llegó a mi vida. E incluso entonces, seguía intentando luchar contra ello, pero estaba tan contento de haberme dejado enamorar por ella. Mi vida estaba exactamente donde quería que estuviera.

"Deberíamos celebrar tu lanzamiento", dijo, golpeando su mano en mi escritorio con entusiasmo. "Vi en los periódicos que no había fiesta. Estoy decepcionado".

"No estoy seguro de poder seguir el ritmo como antes".

Recordé todas las fiestas a las que íbamos, la copiosa cantidad de licor que bebíamos y las mujeres a las que engatusábamos para que nos llevaran a nuestro apartamento de la universidad. Era increíble que nos hubiéramos graduado. Estaba seguro de que nuestros padres habían tenido algo que ver. Probablemente donaron un gimnasio o algo así para que no fracasáramos.

"Probablemente no", se burló Alex.

"Pero mira, ¿por qué no vienes a una fiesta en mi casa? Cuando nazca el bebé, queremos recibir a amigos y familiares, para que todos podáis conocerlo".

"¿Una fiesta del bebé?", preguntó Alex con escepticismo.

"Me aseguraré de que haya una buena botella de bourbon para ti".

"Allá voy". Se rió.

Justo en ese momento llamaron a mi puerta y mi nuevo ayudante asomó la cabeza, con aspecto algo agotado.

"¿Sí, Brad?", pregunté.

"Siento interrumpir, pero Mónica...".

"¿Qué pasa con ella?", pregunté, levantándome de repente de la silla.

"Se ha puesto de parto".

Capítulo 59

Mónica

Troy tiró de mi manta de felpa favorita alrededor de mí y del bebé que estaba apretado contra mi pecho durmiendo. Le sonreí mientras metía los lados debajo de mí como un capullo. Fue él quien sugirió que trajéramos la manta de casa. Me alegré mucho de que lo hiciera porque era un trocito de hogar, un lugar al que me hacía ilusión volver pronto porque nuestro hijo había llegado al mundo.

Lo miré, dormido sobre mi pecho, con sus labios perfectos fruncidos como si estuviera a punto de arrullar. Eran los labios de Troy. Tenía el pelo oscuro y espeso, liso y perfectamente redondeado. Tenía la nariz respingona, pequeña y bonita. Mi nariz. Nunca había visto nada tan perfecto.

"Lo hemos hecho bien", susurró Troy, rodeando la cama del hospital y apoyando la barbilla en mi hombro para poder admirar a nuestro bebé.

"Desde luego que sí", le susurré.

Me besó suavemente el hombro desnudo y cerré los ojos ante la calidez de sus labios y el cansancio que me invadía. Había sido un día muy largo y, cuando empezó, no pensé que acabaría aquí, en el hospital. No salía de cuentas hasta dentro de tres semanas, pero estaba claro que nuestro bebé tenía otros planes, ya que estaba ansioso por debutar antes de tiempo.

Después de que Troy se fuera a trabajar esta mañana, me preparé una taza de café y me dispuse a ir a una reunión con mi editor en el periódico. Cuando me puse el vestido negro premamá por encima de la cabeza y de la barriga, sentí unos calambres sordos, pero no le di importancia. Pensé que era el café ácido.

Salí del apartamento, que aún no podía creer que fuera mi casa. Cuando Troy me pidió que me fuera a vivir con él, me sorprendió. No llevábamos tanto tiempo juntos, pero eso no había impedido que nos enamoráramos y tuviéramos un bebé. Puede que las cosas fueran un poco al revés, pero no me gustaría que fueran de otra manera. Acepté su invitación con entusiasmo y, de alguna manera, se las arregló para que toda mi vida se mudara al día siguiente, sin que yo moviera un dedo. Esa era la cosa con Troy. Me mimaba, pero aún más en el embarazo.

Saludé al portero con una sonrisa y una inclinación de cabeza cuando me abrió la puerta. Pensé en ir andando a la reunión. Estaba a sólo unas manzanas y mi médico me había sugerido hacer ejercicio ligero para mejorar la circulación. Era una hermosa mañana de otoño y las hojas empezaban a transformarse en profundos tonos naranja y rojo. Me encantaba el otoño en Nueva York. Tenía algo especial.

Mientras caminaba por la acera, mirando a otras madres que empujaban a sus bebés en cochecitos, me dedicaban sonrisas cómplices. Era como si me dijeran: "Yo estuve así". Yo les devolvía la

sonrisa, frotándome la barriga, sabiendo que esa sería yo algún día. Era todo lo que siempre había deseado, pero que había rechazado por miedo a que no me sucediera. Pero entonces conocí a Troy y todas las cosas con las que solía soñar empezaron a abrirse paso a través de las grietas del caparazón que me había construido.

Llegué a la cafetería y encontré a mi editora en una mesa de la esquina, tomando su habitual caramel macchiato. La saludé con la mano y empecé a acercarme, pero de repente sentí otro calambre sordo. Se levantó preocupada y me ayudó a sentarme.

"¿Estás bien?", me preguntó, estudiando mi cara.

"Mhmm. Creo que al bebé no le ha gustado el café de esta mañana".

Asintió con cautela antes de sentarse frente a mí. Pedí un vaso de agua y un bizcocho de frambuesa, con la esperanza de que me calmara el estómago.

"Bueno, Mónica...", dijo mi editora con una lenta sonrisa dibujándose en sus labios.

"Sarah...", dije con curiosidad, mordisqueando el bollo.

"Tengo noticias emocionantes".

“¿De verdad? ¿De qué se trata?”. Me incorporé un poco más en mi asiento.

"Llevas un tiempo escribiendo para nosotros. Has creado una gran base de seguidores que compran nuestro periódico sólo por tus relatos cortos".

"Mhmm...".

"Y sé que tu anterior editor cortó lazos hace unos meses".

Asentí, recordando la llamada de mi agente. Sabía que iba a llegar. No había escrito nada nuevo en casi un año, y su paciencia, junto con la de mi editor, se había agotado. Tuvieron que despedirme. Había sido un duro golpe, pero era comprensible.

"Bueno, hay otra editorial, una grande, que quiere contratarte".

"¿Qué?", exclamé.

"Quieren publicar todos tus relatos cortos en un libro estilo mesa de café".

"Dios mío", chillé. "¡Sarah! Esto es increíble!".

Me sonrió. "Yo también lo pensé".

Me aparté de la mesa y me levanté, ansiosa por darle un abrazo, pero me detuve en seco cuando sentí una ráfaga de agua entre mis piernas, salpicando el suelo de madera debajo de mí.

"¡Dios mío!" dije en voz alta, llevándome las manos a la cara mientras miraba el charco que había debajo de mí.

"¡Mónica! Tenemos que llevarte al hospital", dijo Sarah, rodeando la mesa y abrazándome. Tiró dinero sobre la mesa y me llevó a la acera. Levantó la mano y me hizo señas para que cogiera un taxi. En el trayecto al hospital, Sarah llamó al despacho de Troy para contarle lo que estaba pasando.

Ocho horas más tarde, estaba aquí conmigo a la luz tenue de la lámpara del hospital, con el cielo oscureciéndose para recordarnos lo mucho que había cambiado en un día. En pleno parto, parecía que el tiempo pasaba rápido y despacio a la vez. La enfermera me guiaba mientras empujaba por enésima vez y Troy me cogía la mano todo el tiempo, acariciándome el dorso de la mano con el pulgar. Había estado tan tranquilo, tan seguro de sí mismo. Mi compañero de equipo.

No fue hasta que nuestro hijo soltó su primer llanto cuando vi que algo hermoso se rompía dentro de Troy. Juré que me enamoré aún más de él en ese momento. Era un padre. En ese momento supe que sería un buen padre. Todos sus miedos podrían desaparecer y esperaba que así fuera. Esperaba que pudiera verse a sí mismo como yo lo veía.

"¿Qué nombre le ponemos?", preguntó Troy, mirando a nuestro bebé en mis brazos.

Sus ojos se abrieron un instante antes de estirar los bracitos y volver a apoyarse en mi pecho, poniendo una carita malhumorada. Me reí por lo bajo. No habíamos hablado mucho de nombres. Habíamos decidido esperar y decidir el nombre cuando conociéramos oficialmente al bebé. En el momento que lo miraba y veía tanto Troy en él, se me ocurrió un nombre.

"¿Qué te parece Troy Jr.?", pregunté mirando a Troy.

Sus ojos se abrieron ligeramente y repitió el nombre, como si lo estuviera probando con la lengua. Sin decir nada, sabía que significaba todo para él. Podía verlo en sus ojos vidriosos mientras miraba a su hijo.

"Podríamos llamarle T.J. para abreviar", le dije.

Lo único que pudo hacer fue asentir mientras extendía la mano y pasaba los dedos por el cabello suave y oscuro de nuestro precioso bebé.

"T.J.", susurró. "Me encanta".

"A mí también".

Se inclinó hacia mí y me besó, antes de darle a T.J. un beso en la mejilla. Nos quedamos allí un rato, admirando a nuestro bebé, completamente asombrados por cada movimiento, cada expresión facial. Estábamos completamente enamorados de él.

Alrededor de medianoche, el hambre se apoderó de mí y mi estómago gruñó ruidosamente. Lo suficiente para que Troy se diera cuenta y para que el pequeño T.J. se removiera mientras dormía.

"Yo también tengo hambre", dijo Troy con una sonrisa. "¿Por qué no bajo a la cafetería y traigo algo de cenar?".

"Sí, por favor".

"Vuelvo enseguida. Quiero mimos de este chico cuando vuelva", dijo señalando el bulto envuelto en mantas que tenía en los brazos.

"Ya lo tienes".

Vi a Troy salir por la puerta y me volví a acomodar en la cama del hospital, poniéndome cómoda mientras el cansancio se unía a mi sensación de hambre. Llamaron suavemente a la puerta. Invité a pasar a la habitación a quienquiera que estuviera allí, suponiendo que sería una de las enfermeras. Me llevé una grata sorpresa cuando

vi a Corazón en la puerta, con un ramo de flores y un elefante de peluche.

"¡Corazón!" dije sorprendida. "¿Cómo has...?".

"Troy llamó. Dijo que querrías a tu amiga aquí".

Sonreí para mis adentros. Por supuesto, lo hizo.

"Ven aquí. Ven a conocer a T.J.". Le dije, haciéndole señas para que se acercara.

Dejó el ramo y el elefante en una mesa cercana y se acercó. Lo miró y se llevó las manos a la boca.

"Oh, Mónica. Es perfecto". Se le llenaron los ojos de lágrimas.

T.J. abrió los ojos y la miró con sus ojos grises. Estiró las piernas y los brazos, pero no volvió a dormirse. Lo levanté para que ella lo cogiera, cosa que hizo con mucho entusiasmo. Lo acunó en sus brazos y no apartó los ojos de él durante unos largos minutos.

"No puedo creer que seas mamá", susurró.

"Lo sé". Sacudí la cabeza con incredulidad.

"Y yo no me puedo creer lo monísimo que es".

"Lo sé".

"¿Quién iba a pensar que nuestras vidas acabarían así?", preguntó mirándome mientras mecía a T.J. en sus brazos.

"Yo no". Me reí suavemente.

"Bridgette tiene un compañero de juegos".

"O un novio". Le guiñé un ojo.

"¿Ya estás casando a nuestro hijo?", preguntó Troy desde la puerta, con una gran bandeja de comida en la mano.

Nos reímos mientras acercaba la comida y la dejaba sobre la cama del hospital. Le dio un abrazo a Corazón y me di cuenta de que nunca se habían conocido oficialmente hasta ese momento. Fue un espectáculo especial ver abrazarse al hombre que amaba y a mi mejor amiga, sobre todo en un momento tan especial de mi vida.

"Ya que os conocéis oficialmente...". Sonreí entre ellos antes de mirar la bandeja. "¿Qué me has traído?".

Troy se rió entre dientes mientras levantaba las tapas plateadas de los platos, revelando una hamburguesa con queso y patatas fritas, dos porciones de pizza de pepperoni y un plato de espaguetis. Mi estómago gruñó hambriento al verlo todo.

"No estaba seguro de lo que querías, así que he cogido un poco de todo". Se encogió de hombros. "Hay una galleta de chocolate enterrada en alguna parte".

"Esto es perfecto".

Cogí un trozo de pizza y le di un buen mordisco antes de entregarle otro trozo. Corazón no tuvo ningún problema en acunar a T.J. mientras Troy y yo devorábamos toda la bandeja de comida. Entre

bocado y bocado, le contamos a Corazón todo sobre la rotura de aguas y el parto.

Cuando terminamos, Corazón se despidió. Le entregó a T.J. a Troy, que acarició su suave cabellera antes de sentarse a mi lado en la cama. Apenas podía apartar la vista de lo que tenía delante. Mis dos hijos. Me llenaban el corazón.

"La paternidad os sienta bien", dijo Corazón guiñandome un ojo antes de salir por la puerta.

Tuve que darle la razón.

Epílogo

Troy

El sonido del gimnasio para bebés de T.J. tintineó en la cocina mientras yo colocaba otro cubo de champán entre el bullicio de los camareros. La casa olía a tomates asados y pan de ajo, lo que hizo que mi estómago refunfuñara anticipándose a la cena. Mónica se sentó en el suelo junto a T.J., haciéndole cosquillas en la barriga con los dedos.

Habíamos planeado esta fiesta hacía unas semanas, cuando el médico nos dio el visto bueno para presentar a T.J. a la familia y amigos. Sólo había conocido a Corazón y Erica, que estaban igual de obsesionadas con él. Nunca había visto a mi hermana tan enamorada de alguien. Al menos eligió a un buen tipo.

Estaba ansiosa por que mis amigos y compañeros lo conocieran, pero me inquietaba que conociera a mis padres, sobre todo a mi padre. Las cosas no habían ido bien entre nosotros en los últimos tres meses, aunque habíamos mantenido la comunicación desde que él envió un regalo al hospital. Fuimos breves en las llamadas, sobre todo para hablar de T.J. A veces de negocios. De hecho, parecía mostrar interés por mi empresa de IA, ya que era algo completamente ajeno a él.

Mi madre se había disculpado profusamente por teléfono después de lo ocurrido con Verónica. Dijo que no tenía ni idea de hasta dónde habían llegado las cosas y que los sentimientos de Verónica hacia mí eran realmente peligrosos. Dijo que nunca la habría invitado a nada sabiéndolo. Sólo intentaba hacer lo que creía que me haría feliz. Sabía que sus intenciones eran puras, pero me alegraba de que Verónica estuviera fuera de nuestras vidas.

El intercomunicador junto al ascensor sonó antes de que llegara la voz de la recepcionista.

"¿Sr. Gunner? Sus invitados están llegando".

Me acerqué y pulsé el botón del sistema que habíamos instalado después de todo lo de Verónica.

"Gracias. Que suban".

Habían reforzado la seguridad en el edificio, aunque yo sabía que ella estaba en el norte del estado, en el mismo hospital psiquiátrico en el que llevaba meses. Además, aunque sabíamos que el acosador de Mónica estaba en libertad condicional, gracias a que mi abogado había averiguado información y parecía mantenerse alejado, había estado tan cerca de perderla a ella y al bebé, que no iba a correr ningún riesgo.

"¿Estás preparada para esto?", preguntó Mónica, cogiendo a T.J. y acunándolo en brazos mientras caminaba hacia mí.

Solté un suspiro. “Creo que sí”.

Me hizo un gesto tranquilizador con la cabeza, justo cuando sonaron los ascensores y las puertas se abrieron para mostrarme a mi

hermana. Dejé escapar un pequeño suspiro de alivio al ver que aún no era el resto de mi familia. Sus ojos se posaron en T.J. y prácticamente me ignoró a mí y a Mónica, que lo tenía en brazos.

"Hola, pequeño", arrulló, agachándose y acariciándolo. "¿Y cómo está hoy mi pequeño T.J.? ¿Estás listo para conocer a todo el mundo?".

"Hola a ti también", dije divertido.

"Ah, claro. Hola, hermano". Se levantó y me dio un abrazo. "Hola, Mónica".

Mónica se rió mientras Erica también la abrazaba.

Empezaron a aparecer el resto de invitados, unos cuantos antiguos colegas, la mayoría nuevos que no trabajaban para mi padre, Corazón y Daniel, Alex Rodgers, los padres de Mónica, su antiguo agente, su editor, algunos colegas de su periódico. Estábamos todos disfrutando de unas copas de champán bien frías en las mesas altas de cóctel que rodeaban nuestro salón, T.J. en el centro de todo mientras Mónica y yo nos turnábamos en sostenerlo en brazos.

Realmente era un buen bebé, pero estaba segura de que todos los padres decían lo mismo. En sus tres meses de vida, no hacía más que sentir curiosidad por todo, siempre mirando a su alrededor y escuchándonos hablar a su madre y a mí. Seguíamos teniendo algunas noches agotadoras, pero la mayor parte del tiempo sólo se despertaba una vez por noche para que Mónica le diera el pecho. Yo siempre me levantaba con ella, sentada en el suelo de la habitación del bebé, mientras ella lo acunaba para que se durmiera en el sillón de felpa que habíamos elegido juntos.

Mónica y yo formábamos un gran equipo, tenía que reconocerlo. Era una madre brillante. Era muy atenta y cariñosa, incluso cuando compaginaba su carrera de escritora. Podía trabajar desde casa la mayoría de los días, pero yo siempre la ayudaba los días que tenía que ir al periódico. Nos alternábamos haciendo cenas y rutinas nocturnas con T.J. Lo mismo con los desayunos y las rutinas matutinas. Sentía que realmente habíamos encontrado nuestro ritmo como padres y eso me había hecho quererla aún más.

T.J. empezaba a parecerse cada vez más a nosotros dos. Corazón decía que era una combinación perfecta de Mónica y yo, como si ambos hubiéramos dado partes iguales. Podía ver el verde de mis ojos empezando a salir a través del gris y su nariz de botón era claramente la de Mónica. Era perfecto en todos los sentidos.

Mientras le miraba entre aquella multitud de personas que me conocían bien y que probablemente nunca habían visto esto, me di cuenta de lo mucho que me gustaba ser padre. Todos los temores que tenía de meter la pata se habían disipado gracias al amor que sentía por mi hijo. Aunque solo tenía unos meses, sabía que haría todo lo que estuviera en mi mano para que fuera feliz.

Quería que él se forjara su propia felicidad, tomando sus propias decisiones en la vida, fueran las que fueran. Por supuesto, quería guiarle, pero nunca querría que sintiera la presión que mi padre ejercía sobre mí. Esa presión había empezado a una edad temprana. A veces me preguntaba si tuve infancia, al menos sin expectativas ni presiones para practicar determinados deportes o apuntarme a determinados clubes, como había hecho mi padre.

Sabía que resentirme con mi padre por sus decisiones acabaría por envenenarme y por eso hice todo lo posible por superarlo. Además, quería que T.J. conociera a su abuelo. Al menos él me había enseñado una cosa. A ser diferente.

En ese momento, sonaron las puertas del ascensor y entró mi padre, que parecía un poco inseguro por ser probablemente la primera vez que entraba en mi apartamento. No había una presencia bulliciosa, ni una voz estruendosa, solo una mansedumbre tranquila que no me esperaba. No le había vuelto a ver desde aquel día en mi despacho. Mi madre estaba colgada de su brazo y sus ojos me encontraron, ya llenos de lágrimas. Tiró de mi padre para que la siguiera y pronto estuvieron de pie delante de mí, contemplando al nieto que yacía en mis brazos.

Mi madre jadeó, con lágrimas en los ojos.

Mi padre se quedó quieto, contemplando en silencio a su nieto durante un minuto.

"¿Puedo?", susurró, con voz tranquila y tensa.

“Por supuesto”. Asentí y le entregué a T.J. con cuidado.

Al principio, mi padre lo cogió con torpeza, como si no supiera qué hacer, pero luego encontró una postura en la que se sentía cómodo y su incomodidad pareció desaparecer. Balanceó suavemente a T.J., una sonrisa se dibujó en sus labios y una lágrima rodó por su mejilla. Sentí que se me paraba el corazón. Nunca, ni una sola vez en toda mi vida, había visto llorar a mi padre y sin embargo allí estaba.

"Os dejo un momento", dije, poniéndole la mano en la espalda. Besé a mi madre en la mejilla. Se acomodaron en el sofá con su nieto.

Vi a Alex Rodgers junto a la barra, pidiendo una copa. Me sorprendió que hubiera aparecido. Cuando meses atrás le mencioné la posibilidad de celebrar una fiesta para nuestro bebé, no pareció muy

entusiasmado. Sin embargo, no podía culparle. Esto era muy diferente de las despedidas de soltero y las salidas a clubes a las que estaba acostumbrado.

"Me alegro de que hayas podido venir", le dije, dándole una palmada en la espalda.

"No me lo perdería". Sonrió antes de dar un sorbo al bourbon que le había prometido.

Pude ver cómo la joven camarera le movía las pestañas mientras él le daba la espalda. Era rubia con los labios rojos, sin duda su tipo.

"Parece que has impresionado al personal", le dije, dándole un codazo.

"¿Hmm?".

"La camarera".

"Oh, ¿ella? Sí, supongo que sí...". Parecía completamente distante.

"Es guapa", le ofrecí.

"Sí, es sólo que no estoy mirando".

Me miró sorprendido.

"¿Tú? ¿No estás mirando?", pregunté sorprendido.

"Sí, no. En realidad necesito un consejo...". Se frotó la nuca.

"¿Sobre qué?", pregunté con curiosidad.

"Sobre mujeres".

"Eres la última persona que necesita consejo sobre ese tema". Me reí.

"No, estoy completamente perdido. ¿Cómo lo consigues?". Miró hacia Mónica, que estaba al otro lado de la habitación hablando con mi hermana.

"Alex...". Empecé a mirarle divertido. "¿Has conocido a alguien?".

Una sonrisa se dibujó en su labio. "Bueno, hay una chica...".

Sentí un golpecito en el hombro y me giré para ver a mi madre allí de pie con T.J.

"Creo que alguien necesita un cambio de pañales. Yo lo haría, pero no sé dónde hay nada...", dijo.

"Yo me encargo, mamá". Le quité a T.J., excusándome con Alex, que me había dejado completamente sorprendido con su admisión de que había una mujer en su vida. Nunca hubiera pensado que vería ese día. Hacía meses que no hablaba con él y seguía siendo el mismo Alex que yo conocía. Me preguntaba qué había cambiado.

Mientras caminaba por la fiesta, miré a Mónica, que parecía sumida en una conversación con Erica. Mónica aplaudió emocionada. No tenía ni idea de por qué. Pero mi hermana parecía disgustada. Me pregunté de qué estarían hablando. Erica había mencionado la semana pasada, durante el almuerzo, que estaba teniendo algunos problemas en el trabajo. No me dio muchos más detalles,

probablemente porque yo me ofrecí a ayudarla y ella nunca aceptó mi ayuda. Tenía demasiado orgullo para pedirle a su hermano multimillonario que la sacara de un apuro. Tendría que preguntárselo más tarde.

Cuando T.J. se hubo aseado, entré en mi despacho y abrí el último cajón de mi escritorio. Levanté la pila de papeles y palpé en busca de la cajita de terciopelo que había escondido allí. La envolví con los dedos y la saqué del cajón, mirando hacia la puerta para asegurarme de que nadie la viera. No había nadie. Abrí la caja con cuidado y vi el gran anillo de diamantes ovalado que brillaba. Lo compré el mes pasado, sabiendo que se acercaba la fiesta. Había llamado a su padre y le había pedido permiso. Aunque no nos conocíamos y su relación con Mónica era a veces tensa, me dio su bendición.

Cerré la caja y la metí en el bolsillo antes de salir del estudio. En cuanto entré en el salón, mis ojos encontraron los de Mónica, como si me estuviera esperando. Me dedicó una cálida sonrisa mientras caminaba hacia ella. Le hice una señal a Erica y ella empezó a tintinear su vaso con un cubierto, llamando la atención de todos.

Mónica la miró con curiosidad y luego sus ojos se abrieron de par en par al verme arrodillado ante ella, con T.J. sobre mis rodillas, mirando a su hermosa madre. Aspiró mientras se llevaba temblorosamente la mano a la boca mientras yo sacaba la caja del anillo del bolsillo.

"Te quiero desde el día en que entraste en mi vida y te quiero más cada día. Mónica, ¿quieres casarte conmigo?".

Abrí la caja, pero sus ojos no se posaron en el anillo que había dentro. Sus ojos se quedaron fijos en mí y me dio un sí rotundo.

FIN